TELEPORT

JOSHUA T. CALVERT

TELEPORT 1

JOSHUA T. CALVERT

ÍNDICE

PRÓLOGO



El barco convertido en plataforma móvil de perforación tenía, de hecho, el aspecto grisáceo de un auténtico vertedero flotante de doscientos cincuenta metros de largo y cuarenta y dos de ancho, todos ellos corroídos por el salitre. Un coloso horrendo, compuesto de acero y una cantidad de mugre equivalente a las expectativas económicas de sus ricos propietarios en continentes lejanos, que procuraban mantenerse lo más alejados posible del trabajo sucio que tanto dinero les reportaba. Las múltiples estructuras añadidas, que asomaban de su casco como un espeso e incongruente bosque, llegaban a marear a cualquiera que fijara la mirada en él. La maraña estaba dominada en su centro por la torre de perforación, de unos cien metros de alto, construida con finísimos puntales y riostras y de cuyo extremo superior sobresalían dos largos puntales pintados de amarillo, en los que se alojaban todo tipo de sensores y los pernos, del grosor de un brazo, que aseguraban el sistema de tracción.

El *Deep Sea Explorer*, como se lo llamaba con mucho eufemismo, se arrastraba lentamente acompañada por una flotilla de pequeñas chalupas y barcos de aprovisionamiento por la desembocadura del lago de Maracaibo, junto a la ciudad a la que debía el nombre, y cuyas casas se arracimaban por la orilla izquierda como hongos de variopintas manchas de color.

Desde su posición en la popa de la nave principal, que dirigía la pequeña flota, Anders Larsson sentía ese cruce por el estrecho del mar interior como una violación de la belleza natural de ese lugar. El agua lucía un tono azul con ligeros toques de verde solo interrumpido por el largo puente General Rafael Urdaneta, que como una cinta plateada unía a lo lejos las dos orillas y que pocas horas antes se había levantado con un ensordecedor redoble de tambores y trompetas. Los habitantes de Maracaibo se habían aglomerado a miles en la orilla para asistir al espectáculo. No porque la majestuosa procesión de naves fuera muy digna de admirar, sino más bien por los sueños de los lugareños, que confundían su fantasía con una supuesta belleza. El *Deep Sea Explorer* significaba bienestar para toda la región. Al menos fue eso lo que el gobierno venezolano estuvo intentando asegurar durante meses. Pero Anders no estaba aquí por ello. Había venido para supervisar los trabajos de perforación y el cumplimiento de los plazos y no para ocuparse de las mentiras políticas que habían

propiciado la contratación de su patrón. Y no se trataba, en el fondo, de su patrón, sino de una empresa artificial, una especie de Frankenstein diplomático. Un año antes, prospectores de Shell encontraron un nuevo yacimiento de petróleo bajo el lago Maracaibo, que ya de por sí era una fuente rica para la obtención de ese oro negro, pero las primeras muestras las extrajeron ingenieros de la petrolera rusa Bashneft. No cabía duda alguna de que las buenas relaciones entre los gobiernos ruso y venezolano propiciaron que se diera esa «circunstancia», como la llamaba la presidenta de la Comisión Europea; pero finalmente se logró alcanzar un acuerdo con el que todos pudieran vivir, infelices, pero ansiosos: Se constituyó una empresa conjunta ruso-europea para la explotación de este nuevo yacimiento. Al parecer, a nadie le interesó mucho que los datos no fueran lo suficientemente claros como para pelearse ya desde un principio. Sin embargo, Anders sabía que el inmenso espacio hueco bajo el fondo del mar –pues el Maracaibo, en el fondo, no es un lago, sino una embocadura del Golfo de Venezuela– podría ser también, aunque menos probable, una inmensa burbuja de gas condensado. Una perspectiva muy poco halagüeña.

—¿A qué viene esa cara? —le preguntó Alexei Yevchenko, el ingeniero jefe ruso, que apoyaba junto a él los codos en la barandilla y observaba también ese horrendo montón de barcos mugrientos por el trabajo al que se dedicaban. Se encendió un cigarrillo que inhaló con un fuerte siseo entre dientes.

—Fumar es un mal hábito, pero para alguien que trabaja en el sector petrolífero puede llegar a ser algo suicida.

—¡Bah! —Yevchenko hizo un gesto despectivo con la mano—. Aún no veo petróleo alguno y tengo motivos para estar de celebración.

—¿Ah sí? —Anders levantó una ceja.

—¡Hace calor! —El ruso se colocó el cigarrillo entre los labios y extendió los brazos en cruz—. ¡Temperaturas tropicales, aire fresco de mar y un nuevo proyecto con buena paga! ¿Qué más se puede pedir?

—*Si* encontramos lo que creemos que vamos a encontrar.

—No sea tan pesimista. Mi gente ha encontrado ese caldo negro allí abajo, así que nos está esperando.

—Todo el fondo del lago está lleno de petróleo, pero una reserva tan grande como la que piensan haber encontrado suena casi a demasiado bueno para ser verdad, si me permite decirlo —contrapuso Anders de mala gana.

—Piense algo más en positivo. La flota está aquí. Mañana por la noche podemos empezar a perforar. —El acento siberiano de Yevchenko iba en cierta manera a juego con la tosca imagen de los barcos que les seguían—. Así que nos quedamos aquí y vemos como nuestros contratos se convierten en oro.

—No, no nos quedaremos aquí. —Anders sacudía la cabeza.

—No sé qué hará usted, pero pasado mañana tengo que ...

—¿Ha leído algo sobre este lugar antes de subirse al avión? —interrumpió a su colega ruso.

—Sí, claro. Los datos del tiempo y la altura de los Andes que bordean en lago.

Anders reprimió un suspiro de frustración.

—¡Jolines, no se ponga así! —Yevchenko puso los ojos en blanco—. Está bien. ¿Por qué dice que no nos quedaremos aquí?

—Porque este es el lugar con más rayos por kilómetro cuadrado de todo el mundo. Casi cada noche hay fuertes tormentas. El lago tiene una temperatura de treinta grados, esas estribaciones de los Andes que tanto le gustan mantienen la humedad evaporada durante el día dentro de esta cuenca geológica y por las noches enfrían las laderas de las montañas con bastante más rapidez que el aire caliente sobre el lago. Ahora, en pleno verano, han llegado a caer hasta cien rayos por kilómetro cuadrado ... cada noche. Cada año se incendian o destruyen cinco plantas de extracción de petróleo. En las orillas hay muertes cada semana y rebaños enteros de animales quedan fritos por las descargas. —Anders asintió al notar que su colega empalidecía—. Ese salario que tanto le ilusiona tiene, lamentablemente, también su pequeño y proverbial *pero*.

Permanecieron en silencio el resto del viaje, hasta que llegaron a su destino al cabo de diez horas. Anders ya había comido algo en la pequeña cantina, había verificado las últimas comprobaciones e informes de sus empleados y dado su visto bueno a la perforación inicial. Ese mar interior solo llegaba a los treinta y cinco metros de profundidad en su punto más bajo, lo que para una plataforma de perforación como la *Deep Sea Explorer*, capaz de perforar hasta catorce mil metros de profundidad, era casi un chiste. Sin embargo, tampoco iba a ser un coser y cantar. El yacimiento supuestamente hallado se encontraba a más de nueve mil metros de profundidad y el subsuelo estaba plagado de minúsculas vetas de agua de mar, conductores perfectos para las descargas eléctricas que se sucedían por las noches. A ello se añadía el peligro de no poder perforar un canal directo, sino que se podrían enfrentar a numerosas roturas en el sedimento. Y en su mente se imaginaba ya una catástrofe similar a la de BP en el Golfo de México, cuando las primeras cascadas de rayos incendiaron un conducto mal aislado.

El proceso se puso en marcha a las 23 horas, hora local, y Anders estaba en el puente del *Dolphin*, el único barco más o menos decente de la flota de expoliación, en el que se alojaba la dirección y, por lo tanto, él y Yevchenko, como jefes de proyecto. Observaban al *Deep Sea Explorer* desde el puente: un conglomerado de luces en la oscuridad,

rodeado de naves pequeñas que parecían brotes o protuberancias y que mantenían su posición junto a la plataforma. En medio de las navecillas, el coloso, visto a un kilómetro de distancia, parecía una imagen fija, si no fuera por los muchos reflejos que lanzaba la ondulada e intranquila superficie del lago, que no era lago.

—Dicen que trae desgracia —dijo en español uno de los ingenieros venezolanos cerca del capitán, que se tomaba un café con total desinterés.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Anders.

—Algo sobre la desgracia o la mala suerte —respondió Yevchenko encogiéndose de hombros—. Pero no te preocupes, aquí todos son supersticiosos.

—Supongo que por los rayos.

—Sí, claro. He leído una guía de viajes. Los de por aquí piensan que el centro del lago está maldito, entre otras cosas también por los rayos. Dicen que han desaparecido muchos pescadores en esta zona.

—¿Desaparecido?

—Hundidos, ni idea. —El ruso volvió a encogerse de hombros.

—Pues entonces ... —Anders levantó el aparato de radio frente a la boca—. Ya podéis empezar. Control constante de la presión, y quiero que las válvulas no superen el noventa por ciento de su capacidad. ¿Entendido?

Obtuvo una confirmación de su técnico jefe a bordo de la plataforma y se quedó contento. Sobre la torre de perforación se encendieron unas luces rojas giratorias, señal de que el proyecto ya había empezado.

Treinta minutos después llegó la tormenta, anunciada y esperada sin sorpresas, marcando su avance con el rugir de truenos que se acercaban desde la desembocadura del mar interior. Otra media hora después, mientras Anders continuaba entre los pocos que aún quedaban despiertos y seguía los procesos en la *Deep Sea Explorer* con prismáticos y radio, los alcanzó y envolvió la flota entera bajo un manto de espesa lluvia, truenos espeluznantes y tantos rayos que tenía que parpadear con frecuencia para eliminar los impactos de la luz en su retina. A ratos quedaba el horizonte entero iluminado y creyó ver docenas de descargas simultáneas, que se formaban como defectos de visión en zig zag entre las opresivas masas de nubes negras y el mar embravecido.

Era una visión aterradora que le puso de punta los pelos de la nuca. *Solo es una tormenta*, se recordaba a sí mismo para tranquilizarse, pero los siguientes rayos impactaron directamente junto a la plataforma de perforación, levantando una espuma blanca en varios puntos a la vez. Bajo su luz, las naves parecían extrañas figuras recortadas de metal y cuchillas afiladas. Y si estos impactos

llegaron a asustarle, la situación empeoró poco después. Con cada segundo que pasaba, las descargas eléctricas golpeaban el agua y parecían acercarse más y más concéntricamente hacia la *Deep Sea Explorer*. Anders pudo ver irregularidades en las olas que se formaban y se sobresaltó asustado al ver con sus prismáticos que se trataba de miles de peces muertos flotando a la deriva.

De su aparato de radio empezaron a llegarle mensajes de pánico de los técnicos de seguridad en la plataforma, que le fueron revelando poco a poco una imagen del presumible desastre. Alguien había sido trasladado a la enfermería, aunque era difícil de adivinar, por las múltiples voces en todo tipo de idiomas que surgían del aparato.

—¡Meyer! ¡Responde! —gritó en el canal de su ingeniero de seguridad.

—¿Larsson? ¡Esto es un infierno! Hemos tenido dos impactos de rayo que, aunque no han causado daños estructurales, han provocado quemaduras a varios trabajadores, y los venezolanos se están volviendo locos. ¡Quieren evacuar la zona! —respondió su empleado alemán con voz rasposa por la radio.

—¿Se han vuelto locos? ¡Amenácelos con despido inmediato, me da lo mismo! ¡Sólo son rayos, joder!

—Ya lo intento, pero ...

—¿Meyer? ¿Qué está pasando?

—Ejem ... tenemos aquí algo raro en los sensores del fondo. Se está acumulando una gran cantidad de energía.

—¿De qué tipo?

—Eléctrica.

—¿Ahí abajo?

—Sí, además hay algún tipo de anomalía magnética que ha registrado la cabeza de perforación. Se desplaza unos cinco grados a la izquierda.

—¡Eso es imposible!

—Larsson, ya le digo que esto está ... —La conexión se interrumpió y mientras Anders no paraba de pulsar el botón de enviar y de gritar en el aparato sin recibir respuesta, siguió mirando por la ventana del puente. Al principio solo tenía esa sensación de fondo de que algo estaba pasando, sin que pudiera percibir ningún cambio. Pero entonces, las muchas luces de la *Deep Sea Explorer* comenzaron a moverse en un curioso baile. El coloso de acero vibraba como si estuviera sobre una plancha de agitación de laboratorio, y entonces sucedió algo que, aunque lo percibieran sus ojos, su cerebro no pudo comprender. La nave entera fue chafada como una lata de Cola-Cola, el casco mostró grieta y pliegues y se redujo al tamaño de un camión, rodeada de las olas de un mar interior embravecido. La flota de acompañamiento se puso también en movimiento, arrastrada varios

metros hacia abajo en dirección a su punto central destruido, como si unas manos invisibles tiraran de ellas desde las profundidades.

—¿¡Qué coño está pasando ahí!? —gritó sin esperar respuesta. La tripulación del puente se había quedado de piedra sin excepción, hasta que el capitán comenzó a gritar órdenes en italiano. El horizonte de la destrucción frente a los ojos de Anders giró lentamente cuando su nave se desplazó hacia babor y las máquinas aullaron al iniciar la huida de ese dantesco escenario—. ¿Dónde está mi barco?

La montaña de chatarra comprimida que se hundía progresivamente en el agua dejó un enorme remolino, golpeado por más rayos que atinaban justo en el punto en el que hacía poco flotaba una plataforma de más de doscientos cincuenta metros de largo. La noche resultó ser muy oscura y los truenos eran ensordecedores mientras el *Deep Sea Explorer* desaparecía y la flota de naves emprendía desesperadamente la huida.

Anders se incorporó aterrado con la respiración entrecortada. El corazón le latía como un martillo pilón y tenía la frente perlada de sudor.

—¿Señor Larsson? —oyó una voz lejana y miró a su alrededor. Estaba tumbado en el camastro de su camarote de la Dolphin y vio la cara cuadrada de un hombre sin afeitar. *Yevchenko*—. Vaya, ha regresado.

—Sí ... ya voy —aseguró a su colega y se levantó de las mojadas sábanas para meterse en la ducha y dejar que esa lluvia de gotitas resbalase por su cara. Las imágenes de ese sueño se iban disolviendo lentamente como si fueran solo suciedad muy adherida a su piel. La última semana había sido un auténtico calvario. No solo habían tirado la toalla todos los empleados y proveedores venezolanos, sino que muchos de los empleados europeos y rusos se negaban a cumplir con su contrato, por mucho que Anders no se imaginara cómo habría sido posible hacerlo. Luego estaban los peritos del conglomerado de empresas del *Deep Sea*, que se marcharon sin llegar a poner el pie en Maracaibo. En su lugar llegaron enviados diplomáticos especiales con sus equipos de asesores de la UE y del Kremlin, que se movían con tanta frialdad que solo podía tratarse de agentes del servicio secreto. Interrogaron durante días a Yevchenko y a la tripulación del barco antes de que llegaran los primeros buques de guerra. Primero llegó el USS Brixton, un crucero de la marina estadounidense, y luego el Kuzneszow de los rusos, tres días después de que seis buques de ambas naciones alcanzaran el centro del lago Maracaibo. Se decía que eran unas maniobras conjuntas por invitación del presidente venezolano, como si los Estados Unidos y Rusia hubieran jamás realizado maniobras conjuntas. Desde entonces, el agua del lago no paraba de

vibrar y la cantidad de peces muertos en la superficie aumentaba día a día.

Se secó, se vistió y cogió su maleta de viaje que había preparado ya la noche anterior y dejado junto a la puerta. En la cubierta de popa ya se movía el rotor del helicóptero que lo llevaría al aeropuerto internacional. Yevchenko y el capitán del *Dolphin* ya estaban sentados en la cabina de pasajeros y se habían puesto los gruesos auriculares para protegerse del estruendo. Anders, a pesar del viento bajo el que se agachaba para llegar a su vez a la cabina, comenzó a sudar de nuevo.

En su asiento había una carpeta cerrada con una goma elástica que tuvo que coger antes de poder sentarse y empujó su maleta con los tacones para ponerla bajo su asiento.

—Es un contrato de confidencialidad —dijo Yevchenko por radio.

—¿Un contrato de confidencialidad? ¿Por qué? —preguntó Anders cuando logró ponerse el micro frente a los labios y quitaba con dificultad la goma de la fijación metálica—. ¿Doscientas páginas?

—Sí. Ni su gente ni la mía quieren que hablemos sobre esta locura.

—Pero ... *doscientas* páginas?

El helicóptero se elevó como en cámara lenta, oscilando un poco.

—Han puesto fecha a las maniobras militares con una semana antes. Al parecer hubo un accidente en un submarino atómico debajo de nuestra flota de perforación, por lo que la maniobra secreta salió a la luz —explicó el ruso con expresión de sorna.

—Menuda m... —Anders hizo un gesto despectivo con la mano—. Da lo mismo. Con doscientas páginas seguro que han cubierto todo lo que tenga que ver lejanamente con Venezuela para hacernos callar ante cualquier jurado.

—Y más pobres que las ratas —añadió Yevchenko.

Su helicóptero describió un gran arco por encima de la densa flota de barcos de guerra americanos y rusos, que formaban un círculo casi perfecto. En el centro había dos naves de aprovisionamiento, unos gruesos mamotretos de acero, desde cuyas cubiertas sobresalían gigantescas grúas sobre el agua, con cables que descendían como hilos de telaraña hacia las profundidades. Los cruceros y destructores que las rodeaban comenzaron a oscurecer el cielo a su alrededor con generadores de niebla, para permanecer ocultos desde la órbita o desde aviones que evitaran la zona de exclusión aérea; pero Anders aún logró echar un último vistazo a la sombra ovalada que estaban izando desde las profundidades. Primero pensó en una ballena gigantesca, pero la forma era demasiado uniforme y perfecta, aunque los bordes se difuminaban por efecto del agua y eran de todo menos nítidos.

—¿Y eso qué es? —resopló Anders, aunque no necesitó preguntar

más para saber que esa misteriosa sombra estaba justo donde hacía tan solo una semana se había hundido el *Deep Sea Explorer*.

—¡Deben ser los restos de la plataforma! —comentó Yevchenko, que se inclinó sobre el apoyabrazos de su asiento, aunque la neblina era ya tan densa que no pudieron ver nada más.

Eso no es la plataforma de perforación, pensó Anders.

1



James hacía como que leía el briefing de intervención, sujetando los documentos de forma que los dos empleados del Ministerio de Exteriores no pudieran ver su móvil, que tenía entre las páginas ante sí. El vuelo de Washington a Mombasa duró una eternidad y no podía ni pensar en dormir. Estaba demasiado nervioso para ello. Su intervención era demasiado delicada para poder dedicar un solo minuto a pensar en tranquilidad. Así que siguió criando pequeñas gallinas pixeladas, creando campos de cultivo adicionales y trazando riachuelos para poder levantar y cuidar su pequeña granja.

El juego era una distracción muy útil para no pensar tanto; no porque no le preocupara no poder llevar a cabo su encargo, sino por las peculiares condiciones que comportaba. Llevaba tres años esperando una ocasión así y al fin había llegado: el lugar correcto en el momento correcto. Ahora no esperaba nada más que un simple mensaje. Llevaba veinte horas y treinta y un minutos verificando su correo entrante y, por seguridad, su buzón de email. Nada. Ninguna respuesta.

—¿Señor Hamilton?

Levantó la mirada para observar la cara de una de las azafatas en su uniforme blanquiazul, que se ocupaba de los pasajeros en el pequeño Learjet. Su sonrisa era tan impecable como el paño caliente perfectamente bien doblado que le ofrecía.

—Gracias. —Lo cogió con cuidado y se lavó con él las manos; y, cuando nadie miraba, de paso también rápidamente la cara.

Los dos representantes del ministerio, Carl Vega y Mitch Blake, dos refinados funcionarios de Washington con gruesas panzas y escaso pelo, se removieron en sus asientos para resurgir de su estado medio catatónico que los había mantenido aletargados las últimas horas, permitiendo a James disfrutar de un poco de tranquilidad.

—Buenos días —dijo Vega con voz rasposa, para carraspear un poco a continuación.

—Buenos días —respondió James.

—¿Falta poco para aterrizar?

—Nos van a traer el desayuno, así que más o menos una hora.

—¿No ha dormido nada? —Vega se frotaba los ojos y alisaba la camisa.

—No lo necesitaba.

—Este asunto es realmente importante, señor Hamilton. Vincent Debongo es un informante muy importante para la CIA y ...

—... es imprescindible que lo interrogue para saber lo que pudiera haber revelado. Eso está claro. Además, su padre es un industrial acaudalado en Kenia. —James dio unos golpecillos con el dedo sobre su carpeta de documentos y la cerró, con lo que el móvil cayó oculto de la mesa a su regazo—. Lo he leído todo.

De hecho, no había leído ni una sola línea del informe de la CIA, tras estar seguro de que allí no encontraría nada inesperado.

—Bien, pues ya sabe que ...

—... Vincent Debongo es el enlace de Boko Haram. Sus ojos y oídos en una de las peores organizaciones terroristas del mundo. ¿No fueron esas las palabras del Secretario de Estado?

—Exacto. —Vega levantó las manos y se rindió—. Está bien.

—Deben confiar en mí. Soy el mejor en mi trabajo.

—Eso nos han dicho —alegó de pasada el funcionario sonriendo a la azafata cuando recibió su propio paño caliente.

El pequeño avión privado aterrizó a las nueve de la mañana hora local en el aeropuerto internacional de Moi y rodó con suavidad hasta la pequeña terminal privada donde todo un ejército de empleados del servicio secreto comprobó su documentación y acreditaciones especiales y las sometió a una cascada de sellos. A continuación, los acompañaron a un todoterreno VW de gran tamaño, acompañado por otros dos más iguales, todos con cristales tintados, que les esperaban fuera. Los soldados que los acompañaban lucían uniformes desastrados y fusiles Kalashnikov con los componentes de madera muy desgastados, pero James ya tenía mucha experiencia en África y sabía que eran tipos muy duros de roer y seguramente mejor entrenados de lo que parecía.

Su pequeño convoy recorría las polvorientas calles a través del aire contaminado de la ciudad a velocidades muy por encima de las permitidas, incumpliendo todas las normas de circulación y despreocupándose incluso de los semáforos en rojo. James temió más de una vez que aquello acabaría en un accidente y se abrochó bien el cinturón. Blake, el otro empleado del ministerio, estaba ya pálido como la leche y parecía a punto de vomitar.

La cosa mejoró algo cuando salieron de la ciudad y circularon hacia el oeste por pistas de gravilla que se perdían en el horizonte. Nunca antes había estado en Kenia, lo cual le decepcionó bastante los últimos tres años, y desde luego se lo había imaginado muy distinto. Ese país cercano a los grandes deltas de ríos y lagos interiores, que rodeaba ese monstruo de metrópolis, era sorprendentemente verde y bien provisto de agua. Vio plantaciones de plátanos y campos de

tapioca de extensión infinita. El Sol brillaba con fuerza suficiente sobre ellos para dar la sensación de que el calor que cruzaba el techo del vehículo le calentaba la coronilla, aunque probablemente no fuera más que imaginación, porque el aire acondicionado funcionaba a plena potencia. Pero donde espalda y trasero tocaban la piel artificial de los asientos traseros, notaba cómo se le acumulaba el sudor.

Con cada kilómetro que avanzaban hacia el oeste, el paisaje se volvía más seco y pobre. Los campos verdes se volvieron marrones, sin maquinaria agrícola sobre ellos, sino con docenas y cientos de hombres y mujeres con la cabeza envuelta en pañuelos que trabajaban la tierra con herramientas muy simples, arando o recolectando cosechas visiblemente escasas. Las hojas dejaron paso a ramas secas y la hierba a arena clara. A la velocidad de locos con la que avanzaban, los neumáticos de la comitiva levantaban inmensas nubes de polvo tras ellos, que en el retrovisor se veían como un frente de tormenta que cubría a los trabajadores y las pocas plantas que había al desplazarse hacia el norte por el ligero viento del sur que soplaba. Esa visión era una metáfora real de cómo funcionaba el mundo. Mientras unos desplazan sus blandos cuerpos en coches lujosos por el campo con el frescor del aire acondicionado, los otros intentan arrancar con escasos y sencillos medios algo de alimento a la tierra y son ahogados por la mierda que les echan encima los primeros.

El mundo en una frase, pensó mordiéndose el labio inferior a medida que las sombras humanas en las nubes de polvo volvían a ser reconocibles. ¿Les quedarán ánimos para cabrearse por ello? ¿O simplemente seguirán trabajando, aceptando lo que hay?

—¿Todo bien? —preguntó Vega con voz preocupada. Su camisa, allí donde sus michelines tensaban la tela, ya estaba empapada de sudor—. Le veo inquieto.

—No se preocupe, lograremos el acuerdo.

—¿Qué le hace estar tan seguro?

James se encogió de hombros.

—Tengo experiencia y su jefe ha contratado al mejor, ¿no?

Vio cómo Blake se giraba en el asiento del copiloto para decirles algo, pero James levantó la mano para intervenir antes.

—Escúchenme bien los dos. Solo estaba pensando lo raro que es que estemos aquí.

—¿A qué se refiere? —Vega arqueó las cejas.

—La CIA llega a un acuerdo con el servicio secreto de Kenia, cuyo acrónimo ni siquiera conozco. Esta gente de ahí —señaló por la ventanilla, aunque ya no se veían campos—, trabajan como cerdos de sol a sol para ganarse un dólar al día, tienen las manos llenas de ampollas, la espalda dolorida y uno de sus cinco hijos morirá el año que viene de hambre. ¿De cuánto dinero disponemos?

—Unos veinte millones de dólares estadounidenses —respondió Vega, como si no fuera esa una pregunta retórica.

—Lo que podría llegar a hacerse con ese dinero en lugar de jugar a los jueguecitos que solo provocan el caos desde hace cien años.

—¿Quiere decir que deberíamos donarlo? ¿Para darles de comer algo más y que Boko Haram los mate a todos dentro de un par de meses?

—Venga ya, eso no se lo cree ni usted. La CIA solo quiere recuperar a su informante para proteger a nuestra propia gente. Sin el atentado contra nuestra embajada en Mombasa no habríamos movido ni un dedo. ¿Cuánto tardaríamos en acabar con estos terroristas si realmente quisiéramos?

—No estamos aquí para valorar eso —murmuró Blake y se giró de nuevo hacia delante—. Usted está aquí porque conoce personalmente a Vincent Debongo.

—No necesito ningún chute de motivación. Además, solo hablé con él durante dos minutos en una recepción de la embajada en Ciudad del Cabo, hace dos meses, cuando estaba allí de invitado con su padre. No puede decirse que tenga una buena relación con él.

—La Agencia le necesita todo lo motivado que pueda estar para dar lo mejor de sí. Y el ministerio también. Todo lo demás no nos incumbe.

—Claro que no. Así que vamos a sacar de ahí al niño rico ese y de paso mejoramos el mundo —resopló James y siguió mirando por la ventanilla para acabar con la conversación. Excepto distintos tonos de marrón, apenas quedaba nada por mirar o admirar del paisaje; exceptuando las montañas a lo lejos, que parecían cubiertas de herrumbre. Eran escarpadas y agrietadas, y a la vez irradiaban una cruda belleza de autenticidad y virginidad, como el continente mismo, por el cual no sabía si sentir amor u odio. Tenía motivos suficientes para hacer ambas cosas de corazón, al menos eso lo tenía muy claro.

Rukanga, su destino y lugar convenido de encuentro, era, al parecer y a tenor de la información en Wikipedia, un pueblo; pero el informe breve de la CIA era bastante más realista: Se trataba de una escasa docena de cabañas con techo de chapa ondulada y paredes ensambladas con tablones de madera que parecían tener su origen en la época colonial. Nunca había más de dos chabolas juntas y los pocos nudosos y resecos árboles que había en la zona no llegaban a dar sombra a las cabañas vecinas, a un par de cientos de metros de distancia cada una.

Su convoy se paró con neumáticos chirriantes frente a uno de estos edificios de una sola planta, algo más alargado que los demás, y sobre cuya entrada había escrito «Moi High School Kasigau». Tuvieron que esperar un minuto a que la nube de polvo levantada por ellos los

adelantara y pasara de largo. Entonces el conductor se giró hacia él.

—Hemos llegado —dijo con fuerte acento y expresión dura.

—Está bien. Pues ahora me toca a mí —dijo James, asintió y quiso bajarse.

—Un momento. ¿Qué lleva ahí dentro? —preguntó Vega, señalando el pequeño maletín a los pies de James.

—¿Es esta su primera vez? —preguntó James en dirección a Blake y sacudió la cabeza antes de bajarse y cerrar la puerta detrás de sí. Tras el metálico portazo se hizo el silencio, hasta que un viento caliente movió hojas secas de baobab alrededor de sus pies. La escuela estaba envuelta en polvo color óxido que formaba pequeños remolinos y parecía abandonada, aunque sabía muy bien que no era así. Caminó por el corto acceso de gravilla hasta la puerta de entrada sin ceder a la tentación de mirar hacia atrás, hacia su escolta. Conocía esa urgencia, ese instinto básico de sentirse arropado por su tribu. Apoyo, ayuda, simple proximidad. Pero el paso que tenía que dar ahora debía ser sin nada de ello.

Ese era su trabajo.

Llamó a la puerta de madera seca y notó la aspereza en los nudillos. Le abrió la puerta un keniata en uniforme de camuflaje y le puso el cañón de una pistola en la frente. Era frío y, por lo tanto, casi absurdamente agradable.

—No voy armado —dijo tragando saliva. Saber que la muerte era ahora una posibilidad muy real para finalizar el día hizo que el miedo se le extendiera por toda la columna, electrizándole desde las suelas de los pies hasta la coronilla. Ya no quedaba lugar para pesar o preocupación; solo la respiración, pensamientos ágiles, la percepción de cualquier olor cercano, por ínfimo que fuera. Tenía cada uno de sus sentidos en máxima alerta, centrados, como si alguien hubiera girado un potenciómetro al máximo.

—¡Entra, *tumba*! —espetó el hombre y, tras lanzar una sombría mirada a la comitiva de vehículos, le arrastró al interior empujado por el hombro. Estaban en una sala apenas iluminada, un aula gigantesca; seguramente la única de este supuesto *instituto*. Cuatro hombres armados más estaban sentados o alrededor de un par de mesas y llevaban los rifles al hombro. El blanco de sus ojos parecía brillar en contraste con sus caras de color caoba, como depredadores al anochecer.

James fue registrado burdamente en busca de armas, pero no llevaba nada encima excepto su smartphone. Uno de los terroristas lo cogió y le quitó la batería antes de meterse ambas cosas en el bolsillo. Luego sacó un saco de yute negro de su mochila y se lo echó sobre la cabeza. El mundo de James se oscureció de golpe y estuvo a punto de tropezar cuando fue agarrado por detrás y tropezó hacia delante

cuando alguien le presionó algo puntiagudo en la espalda, que por experiencia y fantasía interpretó como el cañón de un Kalashnikov. El saco olía a una mezcla de polvo y sudor, con un toque de canela que le resultó confuso. Las bisagras de una puerta chirriaron muy débilmente, pero el cerebro de James, en estado de excepción, percibió ese ruido, al igual que el siseo del viento en un trozo de pintura desprendida en la puerta de atrás, por la que era empujado. Lo metieron en un coche que olía a cuero desgastado por el sol. El aire se volvió irrespirablemente denso cuando se cerraron las puertas y arrancó el motor.

No tenía miedo; al menos ya no, pues estaba acostumbrado a situaciones como esta. Contaba con la experiencia suficiente para saber cómo funcionaban estas cosas y, hasta ahora, nada parecía salirse del guion. Ya que no sacaría de ellos más que problemas, podía intentar calmarse, y lo logró a su manera. Disfrutó de sus sentidos agudizados, del sabor metálico en la boca, como si hubiera tomado demasiados analgésicos. Nada importaba ahora más que los ruidos que le rodeaban, la sensación del asiento bajo su trasero y en su espalda, la de ser llevado y no poder hacer nada en contra, liberado de pensamientos repetitivos sobre cosas inútiles, que no tenían nada que ver con las cosas de la vida real. Pues esta consistía aquí y ahora solo en respirar lentamente y percibir el entorno en cada momento, y todo a la vez. Simple e intuitivo, como si su cuerpo lo hiciera de forma automática. No necesitaba esforzarse; bastaba su mera presencia.

El viaje duró bastante, unas dos o tres horas, aunque era imposible saberlo, ya que le pareció una eternidad y un santiamén a la vez. El vehículo paró y el ronroneo eterno del motor calló, junto con los rozamientos y chasquidos de la gravilla en los guardabarros. Las puertas se abrieron y hubo un intercambio de frases en la lengua autóctona, lo sacaron al exterior bajo el sol abrasador y el siempre presente canto de los grillos.

Le quitaron el saco de la cabeza y percibió el intenso brillo del sol como un bombardeo con cañones láser en la cara. Entrecerró los ojos todo lo que pudo luchando contra el dolor de sus retinas, hasta que finalmente pudo ver el contorno de cinco personas, una de ellas más baja que las otras. Poco a poco logró reconocer que no era más bajita, sino que estaba sentada y atada en una silla en la arena. A la derecha e izquierda había dos hombres fuertemente armados con trajes de camuflaje oscuro. Sus caras totalmente exentas de cualquier emoción.

Un sexto hombre apareció en su campo de visión. No iba armado y lucía un taqiyah, el gorro de oración musulmán, sobre la cabeza. Aunque era difícil de decir, James creyó que no había estado con ellos en la escuela.

—Buenos días —dijo, y se incorporó un poco para recuperar algo

de honor y compostura. Procuró adoptar una postura rígida.

—¿Es usted el señor Schmidt? —preguntó ese hombre, ¿el jefe?

—Puede llamarme así. Supongo que ya sabe cómo funciona esto.

—Bien. Yo soy Shahir. Ahora ya podemos negociar.

James miró hacia Vincent Debongo, un hombre joven y fornido de mirada calculadora y boca suave, vestido con un traje de raya diplomática bastante sucio y atado a una sencilla silla con cinta americana. Estaban em medio de un semi desierto de piedra, rodeado por lomas rocosas a algunos cientos de metros de distancia. El sol caía abrasador sobre ellos haciéndole sudar a mares.

—¿Está usted bien, señor Debongo? —preguntó en un tono neutro.

El joven asintió brevemente.

—¿Ha sufrido violencia física o psíquica?

—No.

—¿Le han inyectado sustancias potencialmente peligrosas o se ha puesto en peligro su salud a largo plazo de alguna u otra forma?

—No.

—Bien. Entonces podemos comenzar la negociación.

—Queremos cincuenta millones de dólares —dijo Shahir de forma directa. Su oscilante acento africano se asemejaba un poco a un motor con el carburador roto, por lo que el tono resultaba en cierta manera especialmente amenazador. Adecuado para alguien que seguramente haya amputado a más gente y asesinado a más niños que en cualquier película de terror japonesa de clase B. Era fácil pasar por alto con quién se está hablando en una conversación normal entre dos personas, pero no a James.

—No existe tanto dinero. No para algo así.

Shahir hizo un gesto a sus hombres, tras lo cual uno de ellos sacó una pistola y la apoyó contra la sien derecha de Debongo.

—Si quiere acabar las negociaciones ahora ..., usted mismo. —James tragó para simular cierto nerviosismo que a su vez intentaba mal disimular con mucho esfuerzo.

—Yo le diré lo que pasará entonces: Se queda sin rehén y yo sin objeto de negociación. Luego le quedarán dos opciones: Me deja marchar y le habrá costado a los contribuyentes americanos y keniatas un poco de dinero. ¿Una gran victoria para su *organización*? No lo creo. O también puede pegarme un tiro, cosa que no me gustaría nada, y esta habrá sido la última negociación de Boko Haram para cobrar un rescate. La CIA pensará entonces muy bien para qué está pagando dinero con respecto a usted y su gente. Entiende lo que le digo, ¿no es así?

Shahir le lanzó una larga mirada que James devolvió estoico antes de inclinar los ojos de nuevo hacia el suelo, siguiendo su propio guion premeditado, como si se sintiera acobardado.

—Yo no apostaría por ninguna de las dos opciones —continuó, para llenar ese supuestamente desagradable silencio—. Si tengo éxito, igual recibo un aumento de sueldo y conservo mi trabajo y usted tendrá más dinero en su cuenta. ¿Cómo le suena eso?

—Como la letanía de un vendedor de aspiradoras —dijo Shahir, pero hizo un gesto a su lacayo, que retiró entonces el arma para guardarla en la funda de la pierna.

—Es que *soy* un vendedor. No de aspiradoras, pero sí de aspiraciones de futuro. El futuro del señor Vincent Debongo aquí presente y el de *usted*. —James juntó las palmas de las manos y se las frotó—. Continuemos. El padre del señor Debongo está dispuesto a pagarle diez millones de dólares si deja ahora libre a su hijo y nos lleva de regreso al punto de encuentro.

—¿Diez millones? —Shahir quiso levantar de nuevo la mano.

—Espere. Es una gran cantidad de dinero. Con eso puede comprar muchísimos Kalashnikovs y cosas de esas —replicó rápidamente James, como si se estuviera poniendo nervioso y se limpió el sudor frío de la frente.

—Treinta millones.

—Tengo un sobrino, se llama Jeremy. Por su cumpleaños se empeñó en que quería el nuevo castillo feudal de Playmobil. Conoce Playmobil, ¿verdad? —El cabecilla terrorista le lanzó una mirada sombría—. Pues bien, quería ese castillo como fuese, pero ya tenía uno. Algo más pequeño y no tan vistoso e impresionante como el nuevo que había visto en la juguetería, así que hizo lo que todo niño de su edad suele hacer: llorar y patalear como un perrito faldero. Pero mi hermana fue muy lista. Le dijo que podría tenerlo siempre y cuando entregara su castillo anterior. No podía tener ambos.

—Vaya usted al grano, señor Schmidt; si no, le enseñaré mi viejo *machete* —gruñó Shahir.

—Eh … pues … —James tragó—. Solo tenía cuatro años, pero lo entendió y dos años después se acordó de ello cuando empezó un nuevo curso en la escuela. Le había echado el ojo a una nueva mochila escolar y mi hermana no se la quiso comprar porque aún estaba bien la anterior. Él recordó lo que había pasado con el castillo y se dio cuenta de que …

—¡Treinta millones!

—Mire: si le damos ahora treinta millones, de los que no dispongo, habrá sido la última vez que reciba usted un castillo medieval de nosotros. Cuando quiera una mochila escolar nueva, nos acordaremos de que no quiso entregar el castillo viejo y que fue un chico muy codicioso.

—¿Está diciendo que soy un maldito niño, *Momba*? —saltó el hombre, llevándose la mano derecha al oxidado machete que lucía al

cinto.

—Le está diciendo que en el futuro podría tener también una mochila escolar nueva —dijo Debongo. Sonaba algo exhausto, pero ni herido ni deshidratado.

Shahir observó atentamente a James y enseñó los dientes como un chacal antes de intercambiar una larga mirada con su rehén y asentir al final.

—Veinte millones.

—Quince, ¡tengo una reputación que mantener!

—¡Dieciocho!

—Está bien. ¡Trato hecho! —James alargó la mano con la palma hacia arriba, tras lo cual Shahir hizo un gesto a otro de sus hombres, que sacó el smartphone y la batería para entregárselos. Lo reconstruyó con rapidez y abrió la única app que había dentro—. Necesito la cuenta bancaria.

Shahir le sostuvo su propio móvil frente a él, donde podían verse los datos correspondientes. James ordenó la transferencia y esperó a que el aparato de su interlocutor emitiera un fuerte sonido tritono al cabo de unos minutos. En lugar de sonreír con codicia, como había visto que hacían con frecuencia los secuestradores, la cara del keniata no varió en lo más mínimo.

—Puede dejar su móvil encendido —dijo, e hizo un gesto a sus hombres que les colocaron primero a Vincent Debongo y luego a él un saco negro sobre la cabeza. Acercaron a James a la silla y le ataron con cinta americana a una pata de la silla.

No protestó, ya que contaba con algo así.

—Señor Hamilton, yo ... —comenzó a decir Debongo.

—No. —Eso fue todo lo que le dijo y ambos guardaron silencio. El saco convirtió su mundo en oscuridad con muchas y minúsculas estrellitas en el firmamento de lana basta y un calor sofocante que inundaba a chorros la tela de su traje. En algún momento cayó en un trance de sed y agotamiento, se sintió febril, intranquilo y, a la vez, como si le hubieran inyectado un sedante. El continuo canto de los grillos que lograban sobrevivir en esta tierra yerma se estaba volviendo muy desagradable, como si se le acercaran cada vez más y quisieran oprimirle con su alto volumen. Por ello no notó el ruido de motor de vehículos acercándose hasta que estuvieron tan cerca que percibió sus frenos hidráulicos, maltratados por el omnipresente polvo.

—Han tardado mucho —gruñó, cuando uno de los soldados keniatas le quitó el saco de la cabeza mientras otro le cortaba las ataduras. Mantuvo los ojos cerrados hasta que tanto él como Debongo quedaron totalmente liberados. Entonces volvió a abrir los ojos con nuevas protestas de sus retinas y vio a Vega y a Blake frente a él,

dándose aire con las palmas de las manos.

—¿Y? —preguntó Vega, dando sorbos a una botella de agua que, tras una mirada de cabreo de James, se la entregó de inmediato.

—Dieciocho millones —respondió sin aliento, tras haberse bebido todo el resto de la botella de un trago y haberse asegurado de que también le daban agua al rehén.

—¿Dieciocho? Parecen aflojarse un poco.

—Fue una negociación extremadamente dura. —Se giró hacia Debongo—. ¿Está listo para volver a casa?

—Sí —respondió el joven, visiblemente agotado—. Gracias, Míster …

—Está bien —le interrumpió James, dándole golpecitos en el hombro—. Ahora deberíamos largarnos de aquí.

2



James alzó la vista al espejo e intentó, sin éxito, alisarse las patas de gallo de las comisuras de los ojos. Las gotas de agua resbalaban como perlas brillantes por su piel, que parecía haber envejecido mucho en las últimas veinticuatro horas. No, *él* parecía haber envejecido.

La puerta de los lavabos se abrió y entraron dos hombres elegantemente trajeados charlando y riendo, pero se callaron al ver a James allí. Tras un leve asentimiento, se dirigieron a los urinarios y continuaron conversando en voz más baja mientras se aliviaban. James cogió una de las toallas limpias de la cestita junto al lavabo y se secó la cara y las manos antes de lanzar una última mirada al espejo. Su bronceada piel seguía pareciendo más joven de lo que sus sienes ligeramente encanecidas pretendían decir; y su barba de tres días, perfectamente perfilada, resaltaba su pronunciada barbilla. Su peinado de cabello corto con los lados de pocos milímetros y la melena corta pero frondosa del centro parecía estar ya fuera de moda, pero lo consideraba toda una declaración de intenciones y así salió contento de los aseos. En el pasillo se alisó una última vez el traje gris marengo, hecho a medida, con la camisa roja debajo, y comprobó que sus deportivas All Stars, también rojas, tuvieran los cordones blancos bien atados antes de subirse el nudo de la corbata azul marino y hacer acto de presencia en la recepción del edificio. Su maletín negro lo había ocultado debajo del lavamanos.

Normalmente se trataba de la zona de recepción de la residencia de los Debongo en la ciudad, una de las mayores familias industriales de Kenia. La gran puerta doble, flanqueada por dos empleados en librea que recordaban a los mayordomos ingleses, daba paso a unas escalinatas ante las que hasta hacía poco habían parado las limusinas de los invitados al ritmo de una por minuto. El hall de entrada estaba rodeado por grandes columnas junto a las escaleras que llevaban a la planta superior por la derecha y por la izquierda y que desembocaban en la tercera planta en una especie de balconada a la altura de las grandes lámparas de araña doradas. En la balconada pudo ver a William Debongo vestido con una túnica tradicional keniata y su gorro de oración en los colores del país. Pertenecía a la minoría musulmán y era el único gran industrial que había surgido de ella; un motivo más por el que cualquier ciudadano del país conocía su nombre. A ello se

añadía el hecho de que los decentes tonos folclóricos que interpretaba una banda sobre el podio bajo las escaleras eran composición de su hija, conocida en toda África como una estrella de la música y que llenaba las salas de ópera y auditorios de todo el mundo. Su hijo mayor, Justin Debongo, era un aclamado y respetado cardiocirujano con su propia clínica en Nairobi y, a juzgar por las miradas que le lanzaba Debongo allí arriba mientras conversaban, el hijo mediano de los tres, Vincent, solo podía dar pena. Según varios artículos de la prensa, había dejado sus estudios en los Estados Unidos para convertirse en jugador de fútbol, pero nunca pudo recuperar su prometedora forma física tras una rotura del ligamento cruzado. Vestía un traje sencillo y parecía hacer todo lo posible para no llamar la atención entre su padre y su hermano mayor. Pero James podía incluso ver desde allí abajo, entre los más o menos cien invitados en el hall, el brillo de rabia en sus ojos, que resaltaba como un brocado blanco en su oscura cara.

—Señor Hamilton —llamó alguien a su lado y bajó la mirada de la balconada hacia Vega y Blake, que se le acercaban con sendos vasos de Martini esquivando a algunos invitados. Vega estaba masticando seguramente una aceituna y señaló hacia James con el pequeño palillo —. Debo reconocer que estaba algo molesto por haber tenido que quedarnos un día más de lo previsto, solo porque usted quiere regocijarse un poco más de su éxito, pero las bebidas son espectaculares, todo hay que decirlo.

—¡Y he oído que luego hay un bufé! —añadió Blake, enderezándose el cinturón que sujetaba su protuberante barriga—. No tengo ni idea de a quién ha llamado para eso, pero no se lo recrimino.

—Me alegro mucho —replicó James brevemente y levantó de nuevo la mirada hacia arriba, donde seguían estando solos los tres Debongo. Así que empezó a ponerse de puntillas buscando alguna cara conocida entre los invitados.

—Hay una cosa que no pillo —continuó Vega, dando sorbos a su bebida—. Nadie sabrá nunca lo que ha hecho. ¿Es ese el motivo de que la comida vaya a ser *tan* buena?

—No lo sé, nunca he comido antes aquí.

—El pequeño mierdecilla, Vincent —comentó Blake y resopló—. Ayer mismo salvado de un secuestro y hoy lo saca papá para exhibirlo ante los ricos y guapos de la ciudad.

—Seguramente no tuvo nunca miedo de perderlo, sino más bien de perder su dinero.

—Pero si él solo paga la mitad.

—Sí, pero aun así tiene hoy nueve millones menos en su cuenta. Un hombre de negocios como él no pasa de algo así —aseguró Blake —. Querrá sacar ventaja de la pérdida de alguna forma, y eso es lo que

está haciendo. El gran hombre que ha rescatado a su hijo, al chico que no parece estar destinado a nada grande y que ahora será recordado para siempre como tal.

—¿Como el que fue secuestrado?

—Sí.

—No suena a nada muy heroico —pensó Vega.

—Da lo mismo. A la gente solo le interesa las historias. La historia del destacado cirujano, la historia de la compositora del siglo y la historia del inútil secuestrado por terroristas islámicos que maduró y se creció durante su cautiverio. Con todo lo que habrá sufrido y ahora tiene que estar hoy aquí y ni siquiera parece traumatizado. La gente solo quiere una buena historia, ya te lo digo yo. Oye Hamilton, ¿qué pasa?

—¿Hm?

—¿Buscas a alguien? —Blake arqueó las cejas y comenzó a mirar también a su alrededor.

—No, qué va. Solo quería mirar cómo se había llenado esto de gente —contrapuso James, cuando los golpecitos de una cucharilla contra una copa de cristal hicieron que las conversaciones y murmullos cesaran paulatinamente. Todas las miradas se dirigieron hacia la balconada donde William Debongo entregaba en ese momento su copa de champán a un sirviente y se apoyaba con las manos sobre la balaustrada de mármol travertino.

—Queridos amigos, queridas amigas, seáis bienvenidos. Me alegra mucho poder veros a todos hoy aquí junto a mis hijos Justin y Vincent —dijo Debongo en un suave barítono, tan estudiado, que no dejó duda de que este hombre de setenta años era un excelente vendedor. Un inmenso aplauso recorrió toda la estancia, por lo que tuvo que levantar las manos como si no fuera para nada necesario—. Como todos sabéis, nadie quería creerse que Boko Haram también estuviera activo en Kenia, aunque lleváramos tiempo advirtiendo de ello. Estos terroristas son una plaga que ha invadido ya gran parte de África y no nos podemos permitir seguir mirando hacia otro lado.

Se levantaron voces de aquiescencia y nuevos aplausos.

—Por ello he decidido implicarme personalmente para proteger a nuestro país —continuó Debongo—. Pero no con sangre y armas, como hacen estos bárbaros. No quiero pagar el odio con odio. Quiero que no puedan echar raíces aquí en Kenia. Según citan muchos medios, *Boko Haram* significa, en *Hausa* nigeriano, algo así como *Los libros son pecado*. Pero no es del todo correcto. *Haram* procede del árabe y significa *pecado* o *tabú,* pero *Boko*, en el uso actual del idioma, engloba a todas las enseñanzas no islámicas u occidentales. Podría traducirse, así, como *Educación es tabú*.

—Pfff —hizo Blake—. Boko Haram forma parte del Estado Islámico

desde 2015.

James le ignoró y siguió escuchando a Debongo.

—Estoy convencido de que podremos derivar la mejor arma a partir de su nombre: Educación. Debemos procurar que nuestros hijos musulmanes, pero también cualquier hijo de otras religiones con peligro de ser convertido, obtenga la formación y educación que necesitan para poder protegerse de la locura y las promesas vacuas de estos fanáticos. Por ello donaré la misma cantidad que he tenido que pagar para recuperar a mi amado hijo de las garras de sus secuestradores a la Fundación *Archeologists for Kids*. ¡Y lo haré en nombre de Vincent!

Vincent supo construir algo así como una vaga sonrisa cuando los invitados estallaron en sonoros aplausos coreando su nombre. Pero el tic alrededor de sus labios desapareció cuando su padre continuó hablando.

—Y eso no es todo. Mi hijo mayor, Justin —y Debongo atrajo a su lado a su hijo mayor, que hacía gestos de no merecer tanta atención—, ha prometido añadir la misma cantidad de su propio bolsillo.

El aplauso fue entonces ensordecedor. El padre de familia no dejó que sus invitados le interrumpieran mucho tiempo y esperó lo justo hasta que el entusiasmo comenzó a descender.

—La directora de la *Archeologists for Kids Foundation* está esta noche aquí presente por invitación mía para recibir en persona el cheque y explicarnos un poco sobre su actividad. —Debongo señaló hacia abajo e hizo gestos a alguien para que subiera. James notó como un hormigueo se apoderaba de sus manos y le empezaba a picar el cuero cabelludo—. ¡Señoras y señores, Joana Bretoni!

—¿*Archeologists for Kids*? —dijo despectivamente Vega a su lado—. A esta gente tan buena siempre se les ocurre alguna tontería nueva; parecen no poder evitarlo.

—¡Calla la boca! —le interpeló James malhumorado, sin apartar la vista de la escalera de la derecha por la que subía lentamente una mujer delgada en un vestido de cóctel poco llamativo y luciendo sus negros tirabuzones bajo un respetuoso aplauso.

—Quiero pedir a alguien más que suba aquí a esta balaustrada. A la persona que ha hecho posible la salvación de mi hijo. Al embajador extraordinario James Hamilton, a quien pude felicitar ayer ya en persona. Lamentablemente no podremos saber nunca quién llevó a cabo in situ las negociaciones para el pago del rescate, porque por motivos comprensibles debe permanecer en el anonimato; pero el embajador extraordinario Hamilton logró aportar los elementos necesarios para que pudiera alcanzarse este logro —dijo Debongo con una amplia sonrisa—. Por favor, suba aquí con nosotros, señor Hamilton.

James se estiró la americana y dejó a los dos funcionarios del ministerio, que le miraban con la mandíbula desencajada, para subir por la escalera de la izquierda. Frente a él se abrió un pequeño pasillo y los elegantes invitados le lanzaban gestos de asentimiento y sonrisas, incluso con algún que otro golpecito en el hombro. James sonreía con timidez y emprendió el ascenso por aquella escalinata, procurando no mirar constantemente a la mujer al otro lado, que ya casi había llegado arriba. Cuando llegó al lado de Debongo le estrechó primero la mano a este, luego a Justin y al final a Vincent, antes de girarse hacia Joana, que se situó frente a él con mirada impertérrita, para luego volver a sonreír cando al final se soltaron las manos y se giraron hacia los invitados, convertidos en un pequeño mar de ojos que les observaban. Solo se movían entre ellos los criados con sus bandejas como piezas en movimiento sobre un complejo tablero, cambiando copas vacías por llenas y recogiendo servilletas y palillos de aceitunas usados.

—Señora Bretoni, ¿quiere contarnos algo sobre cómo le gustaría invertir el dinero en su organización? —propuso Debongo y ella asintió agradecida.

—Claro que sí, señor Debongo —dijo, con una ligera genuflexión, antes de girarse hacia James y disimular de forma magistral su desagrado—. Y gracias, señor Hamilton, que nos haya usted recomendado. La fundación se lo agradece enormemente. —Entonces se dirigió a la balaustrada—. Como muchos de ustedes ya saben, llevo tres años trabajando en Kenia. Aquí se hallaron los restos del *niño de Turkana*, de más de mil quinientos millones de años de antigüedad; uno de los fósiles homínidos más antiguos de la historia. Su país tiene mucho que contarnos sobre la evolución y el nacimiento de la humanidad. Queremos que esta curiosidad sobre el origen antropomórfico se contagie a generaciones jóvenes. Ahora muchos se preguntarán: *¿Por qué van a interesarse niños en la escuela primaria por fósiles y viejas formaciones pétreas? Seguro que prefieren quedarse en casa y jugar con su Playstation.*

Unas risas educadas recorrieron la improvisada platea.

—Hemos podido ver que precisamente a los más jóvenes de entre nosotros les sienta bien concentrarse en cosas sencillas, que no prometen grandes recompensas, pero que en la comunidad pueden generar grandes resultados tras una labor larga y concentrada. En el Parque Nacional de Sibiloi hemos hallado hace pocas semanas una antigua tumba de piedra y durante tres meses hemos implicado en la labor a cuatro clases escolares en total. Aprendieron con sorprendente rapidez el uso de martillos, cinceles, pinceles, espátulas y extractores; pero sobre todo aprendieron a ser cuidadosos, a fijarse en los detalles y a trabajar en equipo; a no perder los nervios ni dañar nada. Cuando

vieron la tumba ya despejada y comprendieron su importancia, quisieron saberlo todo sobre ello: por ejemplo de quién era y cómo podrían determinar su edad. Ese tipo de curiosidad por cosas nuevas es la que queremos despertar en los niños con nuestro trabajo, y el generoso donativo de los Debongo se empleará en iniciar muchos nuevos proyectos como este. Nosotros, los arqueólogos, excavamos en el pasado, mientras el mundo actual parece ocuparse solo del futuro. Lo entiendo, pero tenemos que encontrar el tiempo para poder buscar en nuestras raíces las respuestas a nuestras tendencias más actuales. La protoescritura cuneiforme sumeria fue la primera escritura de la humanidad, tres mil años antes que la Biblia. En uno de los textos más antiguos encontrados en Mesopotamia se decía lo siguiente: TIIT LAPAN WARKANUM. WARKANUM ULLANUMMA INA PANI AKSU. Traducir ese lenguaje directamente es difícil. Pero su significado es algo así como que la vida tiene lugar antes del futuro y que un futuro sin pasado es peligroso. Por ello es tan importante que nuestros hijos se familiaricen con nuestro pasado y no caigan en la trampa de promesas de un futuro que bien podría ser poco halagüeño. Si los primeros hombres con escritura entendieron esto, nosotros también deberíamos. Muchas gracias a todos.

Joana se apartó; su piel color canela parecía como pintada y su cara era tan uniforme y bella que James suspiró internamente.

Debongo aplaudió con los invitados y se alegró visiblemente del entusiasmo del público. James se retiró unos pasos atrás y notó un tironcillo de su manga. Era Vincent, que se inclinó ligeramente hacia él y susurró: —Detrás de mí hay una puerta y detrás está su maletín, sobre una silla.

—Gracias —respondió, sin dejar de mirar hacia delante. Debongo continuó hablando cuando sintió de nuevo un tirón de la manga. Estuvo a punto de soltar un «chitón» cuando se encontró, para su sorpresa, con la cara de Joana.

—¿Podemos hablar? —le preguntó, y el brillo en sus ojos hizo que tuviera que tragar con dificultad.

—Claro —susurró a su vez y se retiraron hacia la puerta, una docena de pasos detrás de ellos—. Por allí no.

—¿Por qué no?

—Creo que son las habitaciones privadas, de ...

Miró a su alrededor, sacudió la cabeza, bajo la manilla y entraron. Estaban en una habitación con suelo de madera noble y las paredes adornadas con alfombras de aire europeo, que mostraban escenas de caza de la época colonial. Al fondo había unas ventanas y una puerta de cristal que daba a una inmensa terraza. En el centro destacaba una única mesa con seis sillas y sobre una de ellas había un maletín negro que intentó ignorar.

—Habitaciones privadas, ¿no? —preguntó Joana, se acercó al maletín y lo cogió.

—No, eso ...

—Ya *sé* que es el tuyo. Yo te lo regalé cuando inauguramos la agencia, ¿te has olvidado? —Joana resopló tiró el maletín hacia él. Por poco se le cae al suelo y a James casi se le sale el corazón de la camisa, pero logró agarrarlo en el último segundo y lo depositó con cuidado a un lado.

—No, no lo he olvidado. ¿Por qué estás tan enfadada?

—Empiezo un proyecto en Kenia, para ... —Joana se pasó la mano por la espesa cabellera y parecía que quería arrancársela, antes de bajar las manos y hacer un gesto tranquilizador—. ¿De qué va esto?

—¿A qué te refieres?

—¿Dieciocho millones de dólares? Es la donación individual más grande que jamás haya recibido nadie.

—Pues eso está ... *bien*, ¿no?

—Claro que está bien. Pero te pedí que te mantuvieras alejado de mi vida, ¿te acuerdas?

—¿Cómo podría haberlo olvidado? —murmuró y suspiró, antes de levantar la mano pidiendo paz—. Escucha, solo te he hecho un favor, nada más. No significa nada.

—¿Que no significa nada? —y le lanzó una mirada plagada de dudas.

—Está bien. Me alegra haber hecho algo bueno por ti, ¿vale?

—¿Y?

—Y ... –James dudó—. También quería verte, lo reconozco.

—¡Buah! ¡Lo sabía! —Joana gruñó y se puso a pasear de un lado al otro por la terraza—. Y ahora me preguntarás si no podrían ser las cosas como antes.

—No, no pretendía hacerlo —mintió.

—¿Ah, no? ¿James Hamilton decide, así como así, hacer lo correcto y empezar a tener conciencia?

—Joana, el tema con la Agencia no es realmente como siempre cuentas.

—¿No? Pues explícamelo, por favor, ¿Cómo es?

—Yo ...

—¡No! —le interrumpió ella con ambas palmas frente a él, como si quisiera utilizar algún truco Jedi para apartarlo—. No quiero volver a oír esas cosas. Si hay una cosa que sabes hacer es vender opiniones tergiversadas. ¡Al final solo querrás convencerme de que lo hiciste todo por mí!

—La Agencia es tuya. Ganas un porrón de pasta y haces cosas buenas con ella —dijo en un tono que se acercaba a la súplica—. Ha salido bien.

—¡Lo *destrozó* todo, James! ¡Destruido! ¡La Agencia era su vida! No la quiero ni nunca la quise

James quería decir algo, pero se mordió el labio inferior en su lugar y lanzaba miradas al maletín que llevaba en la mano. En el silencio que se formó, Joana se llevó de nuevo las manos a la cabeza y giró varias veces en círculo suspirando.

—Te amé, James. No eres mala persona, solo que no sabes cómo ser buena persona, ¿me entiendes? Todo lo que tocas lo tocas con codicia y luego lo rompes. La vida no consiste en obtener siempre *más.*

—Lo sé —contrapuso con la mirada baja—. Sin ti ha sido menos.

—¡No! —Joana contestó con rabia y levantó un dedo hacia él—. No, no dejaré que me hables más así, ¿entiendes?

James podía ver cómo se le humedecían los ojos. Sus temblorosos labios eran lo más hermoso que podía ver. La tristeza que le invadió fue apoderándose de su ser con pinchazos de empatía, aunque a la vez despertaban una chispa de esperanza en su corazón.

—Nunca quise hacerte dudar.

—Fuiste tú, ¿no? —preguntó en un tono más conciliador—. Liberaste tú al joven Vincent. Tú fuiste el negociador del rescate para el Ministerio de exteriores, ¿tengo razón?

James asintió. Este gesto de asentimiento era una prueba de confianza y ella lo sabía. Con una sola palabra podría ella acabar aquí y ahora con toda su carrera.

—Eso está bien. —Joana llevó una mano hacia su mejilla, pero la retiró antes de tocarle, como si se hubiera quemado. Más seria ya, dijo: —Está bien. Igual sí que encuentras tu camino algún día.

—Lo he hecho. —Agarró el asa del maletín con más fuerza cuando a lo lejos pudo oír un retumbar grave que se convirtió en un traqueteo. Probablemente un helicóptero sobrevolando la ciudad—. ¿Podríamos hablar un poco, al menos? Mi vuelo no sale hasta mañana a primera hora; tendría tiempo. Por favor.

Joana reaccionó como si la hubiera abofeteado y retrocedió, pero en lugar de chillarle parecía recomponerse poco a poco. James comenzó a pensar que se cumpliría su esperanza cuando ella abrió la boca, pero en lugar de hablar, entrecerró los ojos y miró como él hacia la puerta de cristal, que empezó a vibrar con fuerza. El ruido de los rotores era tan alto que dolía en los oídos. Antes de poder decir nada, la puerta se abrió de golpe bajo el efecto de esa tormenta artificial y platos y cubiertos fueron barridos de la mesa.

—¿James? —gritó Joana aterrada, pero él no reaccionó, ya que por el susto, o por las fuertes rachas de viento, se le escapó el maletín de las manos. Golpeó contra la pared detrás de ellos y se abrió. Incontables billetes de 100 dólares comenzaron a volar por los aires, otros, aún ligados en fajos, cayeron rodando al suelo de madera.

Durante un instante, él y su ex prometida quedaron paralizados mirando los billetes que los rodeaban como copos de nieve de color verde y beis. La expresión en los ojos de Joana exhalaba una mezcla tal de horror y decepción, que le llegó al corazón.

—Joana, esto ... —gritaba él por encima del estruendo del helicóptero de las fuerzas armadas que tomaba tierra en la inmensa terraza. Por la puerta lateral saltaron varios soldados que se acercaron a ellos corriendo.

En lugar de decir nada, Joana dio un paso atrás cuando él estiró la mano hacia ella y su corazón cayó en el agujero negro que se le abrió en el vientre.

—¡Señor Hamilton! —gritaba un soldado joven con fuerte acento tejano—. ¡Debe venir conmigo, señor!

Como no respondía, el uniformado hizo un gesto a sus compañeros, que le agarraron por ambos lados y le llevaron a toda velocidad hacia el helicóptero. James miró por encima del hombro a Joana, que se quedó como una estatua rodeada por el baile de billetes –*sus* billetes– con la mirada fija en él.

¡Maldita sea!, masculló para sí antes de tomar conciencia de lo que estaba ocurriendo. *¿Qué demonios está pasando?*

3



—¿Quién demonios es usted? —gritó James en el micrófono de los auriculares que le habían ofrecido para proteger los oídos del tremendo ruido de los rotores. Ya habían despegado y lo sentía como si le hubieran arrancado de Joana, a quien ya ni siquiera pudo ver por la ventanilla. Había dos hileras de asientos confrontados, con tres plazas cada una. Iba sentado en el asiento central que daba la espalda a la cabina del piloto y frente a él tenía a un oficial mayor con estrella en las hombreras. Ambos tenían a dos soldados sentados a cada lado, en simples trajes de camuflaje y gorra con visera. No se había dado cuenta hasta ahora de que no iban armados.

—Soy el comandante Timothy Norton de las fuerzas armadas —le respondió el oficial. Su cara era muy cuadrada, huesuda, pero al mismo tiempo bien proporcionada, de estatura fuerte en la medida en que el amplio uniforme permitía deducirlo, y observaba a James con una mirada punzantemente analítica.

Le sacudió una ola de preocupación cuando pensó en el maletín con dinero y en las serias caras de los soldados con los que compartía la cabina del helicóptero bajo luz roja. Si no recordaba mal, había una base aérea al norte del País, en la costa, *Camp Simba*, pero era una base muy pequeña. ¿Habían venido para detenerlo? Pero ¿por qué los militares? ¿Y cómo se habían enterado de su acuerdo?

—Oiga, sea lo que sea lo que le hayan dicho, creo que debería oír primero mi versión de la historia —dijo James con precaución, tras haber reprimido lo suficiente sus emociones y recuperar el aliento, así como a dejar de pensar constantemente en Joana, en cómo se había quedado allí en medio de un millón de dólares revoloteando a su alrededor como papel manchado de pecado.

—Le ruego que nos perdone haberle sacado de allí de forma tan abrupta y sin aviso previo, pero no pudimos contactarle por teléfono.

—¿Cómo sabían que estaría allí?

—Eso no importa ahora. Estamos en contacto con el director de la CIA y la Ministra de Exteriores y nos han concedido que se ponga usted provisionalmente a nuestro servicio —continuó el comandante Norton.

—¿Provisionalmente a su servicio? ¿Dónde? ¿Por qué? —preguntó James confuso.

—Fuerzas armadas. Le necesitamos en un proyecto especial en Wyoming.

—Soy civil, no soldado. Ni tampoco lo he sido nunca.

—Constará como asesor civil extraordinario.

—¿Para qué, exactamente? ¿Qué es ese *proyecto especial*?

En lugar de contestar, Norton metió la mano bajo su muslo derecho y sacó una carpeta que entregó a James.

—Firme esto —dijo por radio entre el ruido de rotores.

—¿Doscientas cuarenta páginas? Necesitaré mucho tiempo.

—Limítese a firmarlo.

—Tengo derecho a saber qué firmo y a elegir, ¿o no? A fin de cuentas, soy ciudadano de los Estados Unidos. ¿O es que esto es un secuestro? —James se calmó un poco al ir descubriendo que no se trataba de un escrito de demanda sino de un contrato de confidencialidad extremadamente exhaustivo, con declaraciones de renuncia y omisión.

—Claro que tiene elección —le dijo Norton con cara inexpresiva.

—¿Y ahora dirá que puede dejarme bajar cuando quiera?

—No. Léalo tranquilamente. Nos espera un vuelo muy largo.

—A Wyoming.

—Al aeropuerto. Volaremos con un Learjet de las Fuerzas Aéreas vía Ramstein hacia Nueva York y de allí a Wyoming, a la base de las Fuerzas Aéreas Francis E. Warren —dijo el comandante y señaló hacia la carpeta en las manos de James—. Así que, adelante: lea. Pero procure que al final quede estampada su firma.

—¿Nada más?

—Si no, no sabrá nunca por qué le hemos extraído de Mombasa de esta forma.

—¿Apela usted a mi curiosidad? —refunfuñó James—. Me acaba de arruinar mi carrera.

Y probablemente mi última oportunidad de recuperar a Joana, pensó indignado, y le habría gustado enterrarse lo más profundo posible bajo tierra para no tener que seguir mirando a la cara a este mundo y su maldito peso.

—No, señor Hamilton. Acabo de darle un aliciente totalmente nuevo. Pero solo se lo podré explicar —dijo Norton dando toquecitos sobre la carpeta—, cuando me devuelva eso firmado.

El vuelo al aeropuerto duró solo unos diez minutos y tomaron tierra en una pequeña zona junto a un hangar de mantenimiento. Desde allí corrieron bajo el viento de los rotores hacia un pequeño jet que les esperaba: un G5 de aspecto bastante nuevo. Allí esperaban dos hombres de civil en camisetas ajustadas a su musculatura y tejanos, saludaron al oficial y le siguieron por la estrecha escalerilla detrás de la cabina del piloto. Dentro había un total de ocho butacas de piel en

grupos de dos butacas confrontadas con mesa central. Un lujo decente que se expresaba en los detalles y no tanto en el equipamiento de debía llevar oculto. El avión de un político, sin duda.

Esperaba que el comandante se sentara frente a él, pero en lugar de ello lo dejó solo, sentado junto a los lavabos en el asiento de más atrás, para que James tuviera realmente tiempo, después de ese inicio tan atropellado y precipitado, de leer lo que tenía entre las manos. Solo ahora, cuando las turbinas rugían y sobrevolaban las nubes nocturnas de Kenia en dirección noroeste, asumió lo absurda que era la situación en la que se encontraba. Era todo tan irreal, que creía estar soñando. Primero el encuentro con Joana, que él mismo había provocado y que lo mantuvo nervioso durante semanas. Luego la charla, la mirada que le lanzó cuando el maletín se abrió y salió el dinero volando. Un helicóptero militar y soldados que aparecen en medio de esa terrible escena y que se lo llevan a rastras como a la víctima de un accidente. ¿Dónde estará ahora Joanna? ¿Habrá abandonado la fiesta? ¿Qué pasará con Debongo? La aparición del helicóptero no puede haber pasado desapercibida. ¿Salieron él y sus hijos por la puerta, poco después de desaparecer?

Oh, Joanna, pensó, y sintió como desaparecía todo el calor de su cuerpo. ¿Y si relacionaban el dinero con ella? La había vuelto a meter en problemas por haber hecho algo incorrecto. Ahora sí que no lo perdonaría jamás; eso podía tenerlo ya por seguro. Las primeras horas de vuelo no pudo concentrarse. Intentó una y otra vez abrirse paso por la documentación, pero tan pronto había leído un párrafo y pasaba al siguiente, ya había olvidado lo que acababa de leer. Sus pensamientos giraban sin parar alrededor de Joana y la finca de los Debongo, el maletín repleto de dinero, el helicóptero y el hecho de que pensaba sin parar en encerrarse en el lavabo y gritar desarticuladamente para deshacerse de esa presión en el pecho. No parada de girar su smartphone en la mano, quería marcar su número, pero decidió a regañadientes no hacerlo. Aunque no se lo hubieran arrancado de las manos de inmediato, ¿qué podía decirle que pudiera salvar la situación?

Solo cuando se sintió cansado, cuando el miedo, el estrés y la autocompasión pasaron forzosamente a segundo plano, el alud de emociones frenó un poco dejando paso a un profundo agotamiento. La adrenalina se había retirado de sus venas y dejó tras de sí una quemazón ácida en la piel. Así que dejó a un lado la carpeta y se puso a dormir.

Cuando despertó estaban a punto de aterrizar en el aeropuerto militar de Ramstein, en Alemania, donde cambiaron de avión en lugar de solo repostar. Corrieron bajo un fuerte chaparrón hacia un avión comercial de mayor tamaño y con las insignias de las Fuerzas Aéreas.

James se acurrucó bajo una chaqueta de uniforme que le entregó Norton y que mantenía sobre su cabeza como un paraguas. Se sintió bastante «chimpancé», ya que el viejo soldado caminaba recto y tranquilo, como si la fría lluvia no le afectara en nada. En el otro avión había un nutrido grupo de oficiales que volaban de regreso a su hogar y charlaban animadamente entre sí. Norton y él se sentaron delante de todo en una especie de Business Class con asientos más grandes que podían tumbarse del todo. Compartían la zona con dos coroneles, que se tumbaron de inmediato con sus gafas para dormir puestas sobre los ojos.

Tras el despegue hacia Nueva York comenzó finalmente la lectura de los documentos uno tras otro. Seguía sintiéndose fatal, pero la intranquilidad interior ya no era tan extremada como para no poder pensar con claridad. Al cabo de unas seis horas acabó la lectura y se dirigió hacia Norton ante quien estampó la carpeta con doscientas cuarenta firmas y ciento ochenta rúbricas sobre la mesa.

—Allí no pone nada excepto que el proyecto ha sido bautizado con el nombre de *Hyperion*. Sin embargo, he tenido que firmar conforme jamás mencionaré el proyecto. La primera Regla del Club de la Lucha y eso; lo entiendo —dijo con los brazos cruzados y bajó ligeramente la voz—. Digamos que a partir de ahora. —Se dejó caer en el asiento libre junto a Norton y puso el dedo índice estirado sobre la carpeta, mientras el comandante le miraba con serenidad—. Todo lleno de amenazas y listas de penalizaciones si incumpliera cualquier cosa. En realidad, no puedo hablar de absolutamente nada, excepto de que he sido contratado para una reestructuración de personal de algo llamado *90th Missile Wing* por un período de mínimo un mes y máximo diez años. *¡Diez años!* No pueden decirlo en serio.

—¿Lo acepta, entonces? —preguntó Norton impávido y con mirada fría.

—Creo que lo acabo de hacer.

—No. Ha firmado el papeleo legal. Aún puede decir que *no*.

—¿Y usted no puede decirme nada?

—No.

James pensó. Podría llamar al Secretario de Estado en el Pentágono, responsable de él, para explicar el asunto de la recepción en casa de los Debongo; seguro que Vega y Blake ya habrán pulsado todos los botones de alarma. ¿Y entonces qué? ¿Volver a su trabajo? Tras el asunto del maletín se enfrentaría a un tribunal, a no ser que los Debongo se hayan encargado de hacer desaparecer el dinero y Joana no lo haya traicionado. Y seguro que no volvería a dirigirle la palabra nunca jamás, sin importar cuantas veces lo intentara.

—Okey, acepto.

—Obtendrá un sueldo de veinte mil dólares al mes durante, al

menos, dos meses. No se puede prever cuánto durará el proyecto, por eso esos márgenes de tiempo tan amplios —explicó el comandante con un tono de voz suficientemente bajo para que nadie pudieran oírlos en los asientos contiguos por encima del ruido de los motores, aparte del hecho de que estaban vacíos. Antes de que pudiera decir nada, Norton sacó una única foto del bolsillo interior de su chaqueta de uniforme y se la enseñó a James. Mostraba un objeto oval, absolutamente negro y al menos de treinta metros de largo y quizás unos cinco de ancho. En la imagen fija de la foto parecía ser extraído del agua con dos grúas.

—¿Qué es eso? —James se pasó la lengua por los labios repentinamente secos.

—No lo sabemos, pero por los análisis de nuestros científicos hasta ahora partimos del hecho de que lleva unos cuatrocientos mil años sumergido a gran profundidad bajo el lago Maracaibo en Venezuela —dijo Norton y se guardó de nuevo la foto en el bolsillo de la chaqueta —. Un grupo de empresas europeas y rusas se topó con eso al realizar perforaciones petrolíferas.

—¿Cuatrocientos mil años? Eso significa, que ...

—... no ha sido construido por humanos, en efecto. Se trata probablemente de tecnología alienígena, capaz de generar un campo magnético muy fuerte. —El oficial sacó una segunda foto de su chaqueta. Esta vez mostraba un bloque de chatarra chafada a medio hundirse. A derecha e izquierda se veían otros barcos. James cogió aire al darse cuenta de las dimensiones.

—¿Qué es esto?

—Es el *Deep Sea Explorer,* o lo que queda de él. Era una plataforma de perforación desplazable de la empresa con el mismo nombre, y lo que ve en la foto es la consecuencia de una hora de intensos impactos de rayos sobre el objeto. Ha triturado literalmente el Explorer que acabó en un estado inerte.

—Y ... ¿ustedes lo sacaron?

—Sí.

—¿Y esa empresa? ¿Dijo que era rusa?

—Ruso-europea. Les hemos comprado el pecio y los hemos indemnizado a todos, empleados incluidos, generosamente.

—Lo han hecho pasar por un incidente militar. Algún ensayo fracasado —Pensó James en voz alta—. Un clásico.

—Es algo más complicado que eso. Solo funciono, porque el Consejo de la UE y el Kremlin participaron, aunque con la condición de poder participar también en la investigación del objeto una vez recuperado. —Cuando James quiso comenzar a bombardearle con preguntas, Norton levantó una mano y continuó con un tono tan frío que le habría gustado sacudirlo un poco—. Las fotos son de hace dos meses. Desde entonces, dieciocho científicos e investigadores y

doscientos soldados se dedican las veinticuatro horas del día a sacarle los secretos al hallazgo, en unas instalaciones subterráneas de alta seguridad que forman parte de la base aérea de Warren.

—¿Han descubierto algo sobre los que pudieran haberlo construido? —James apenas podía creer haber planteado esa pregunta. ¿Un artefacto alienígena? Ese objeto ovalado tenía, sin duda, un aspecto extraño; sobre todo por ese negro tan profundo, sin forma alguna, que parecía absorber toda la luz, aunque tampoco tanto como se esperaría de una película de ciencia ficción. ¿Estaba realmente hablando con otro hombre sobre *aliens*?

—Solo que eran, de lejos, muy superiores a nosotros. Dentro del objeto hay una única habitación, allí donde el elipsoide es más ancho.

—¿Una *habitación*?

—Sí, y en ella hay doce sillas o asientos, de forma algo inusual pero definitivamente aptos para cuerpos humanoides —respondió Norton.

—¿Un círculo de asientos de cuatrocientos mil años, profundamente enterrado?

—Se trata inequívocamente de una máquina. Nuestros ingenieros no han podido descubrir mucho hasta ahora, pero una cosa sí: por encima y por debajo de la habitación hay fuertes campos magnéticos que absorben toda la energía que hay a su alrededor y la guardan de forma hasta ahora inexplicable. Parece que hay un cierto valor umbral a partir del cual los campos magnéticos se invierten y la energía almacenada se descarga.

—¿Es eso lo que ha pasado en ese lago Maraca?

— Maracaibo, lago de Maracaibo —le corrigió Norton—. Sí. Partimos de esa suposición. Los asientos están unidos a la máquina y se cargan con ella. Parece haber unos campos de inducción en los apoyabrazos, pero no hay teoría alguna sobre su utilidad.

—Hay algún registro o indicio de sus constructores?

—No hay manual de instrucciones, si se refiere a eso. Ni siquiera piezas que se puedan desmontar en el interior. Parece como si el objeto entero hubiera sido hecho de una sola pieza. Tampoco muestra daños ni erosión o influencia tectónica alguna; algo que sería de esperar incluso en las aleaciones más duras tras tantísimos años.

—No lo entiendo.

—Créame, todos estamos igual.

—No me refiero a eso —dijo James y levantó la mirada—. Lo que me cuenta es tan increíble que entiendo que le hayan traspasado el proyecto. Si me lo hubiera contado otra persona, me hubiera partido de risa; pero usted no va de broma, ¿verdad?

—Nunca.

—Ya me lo imaginaba. Así que ha reunido a los mejores científicos

que ha podido encontrar. Tras lo que he podido oír, seguramente seis americanos, seis rusos y seis europeos.

Norton asintió y James lo tomó como petición de que siguiera hablando.

—Un grupo lo suficientemente grande para ayudarse entre sí y alcanzar nuevas ideas, pero tampoco tan grande como para que se divida en pequeños grupos y se interponga a sí mismo entre trabajo en equipo y acciones agresivas de equiparación. Eso también lo entiendo, ya que es más fácil conservar la confidencialidad. Seguramente, todos los participantes se alojan en la base durante el proyecto, ¿es así?

Otro gesto de asentimiento.

—Ya solo queda la pregunta de por qué quieren añadirme precisamente *a mí* a ese proyecto. No soy científico ni soldado de las fuerzas aéreas. No tengo influencias políticas ni sirvo como animal heráldico, ya que la mayoría de la gente ni siquiera sabe que existe un trabajo llamado *negociador de rescates*.

En lugar de responder, Norton sacó una pequeña bolsa de entre sus pies y el asiento delantero y sacó un expediente que abrió, antes de ponerse unas gafas de lectura sobre la nariz.

—James M. Hamilton, máster en Humanidades, licenciado en artes escénicas contemporáneas. —El comandante levantó una ceja—. Finalizados los estudios, es contratado como asesor júnior en la agencia de comunicación *Benson&Schuster* de Nueva York. Dos años después, asciende a asesor sénior y supuestamente iniciador de una fusión con *Bretoni&Partners*, una agencia de la competencia en Washington, con mucho éxito en la comunicación política. Tras la fusión, se convirtió en socio, ganó reputación y pasta gansa e incluso inició una relación con la hija del emperador: *Joana Bretoni*. Entonces decide echar al padre de Joana de la empresa. Augustus Bretoni muere una semana después en un accidente de tráfico y usted tira la toalla cuando solo faltaban tres semanas para cumplir el cuarto año como socio, con el que podría haberse marchado de la empresa con una indemnización de oro según contrato. ¿Quién hace algo así? No solo pierde el trabajo, sino también a la princesa, sigue las recomendaciones de un amigo y salta a negociador en un secuestro con petición de rescate en Sudán. Luego sigue durante tres años haciendo lo mismo en distintos encargos: Negociador de rescates.

Los labios de James se iban estrechando con cada palabra leída, aunque se forzó por mantener cara de póquer y avanzó la barbilla.

—Parece estar muy bien informado. Felicidades —dijo lacónicamente—. Pero eso no responde a mi pregunta.

—Su currículo no tiene sentido alguno, pero parece tener ciertos principios que van más allá del dinero y que sabe guardar secretos. Su cuota de éxito en su nuevo empleo es considerable. No ha sido fácil

conseguir esta documentación, pero cuando le eché un vistazo me quedé muy sorprendido. En su segundo empleo liberó en Yemen a una familia por una fracción del dinero disponible para el rescate, al descubrir que se trataba de dos familias en disputa que no tenían relación alguna con terroristas. Un año después, hizo que dos traficantes de armas secuestrados trabajaran para la CIA, tras haber convencido a los secuestradores de que podrían contar con dos agentes dobles por un precio menor. ¿Cómo se consigue eso? —Norton señaló hacia el expediente y sacó un par de hojas más—. Está lleno de ejemplos como ese. Al parecer, en una entrevista laboral de la Secretaria de Estado Annelie Petterson llegó a venderle a un confeso protestante una edición encuadernada en piel del Necronomicón.

—Mi ex novia diría que porque soy un gilipollas manipulador —murmuró James indignado.

—Parece que es capaz de leer a la gente y de tratarla como necesitan. Igual podría decirse manipular, sí. Y precisamente para eso le necesito.

James se paró a pensar.

—Su panda de cerebritos —dijo al final—. No colaboran como le gustaría que lo hicieran.

—Hmm —expresó el comandante.

—Rusos, europeos y americanos, científicos brillantes, probablemente con egos gigantescos.

—Hmm.

—Y en medio de ellos algo que los lleva al límite de todo lo que habían llegado a creer saber sobre el universo. Suena a material idóneo para una mezcla explosiva.

—Sí. La colaboración no es ni de lejos la que esperábamos y estamos llegando a un punto crítico del proyecto.

—¿Qué punto crítico?

—Uno de nuestros científicos cree haber calculado un umbral de mínima energía para activar el objeto. Pero para eso no basta la energía disponible en las instalaciones, a pesar de tratarse de un silo de armas nucleares. Así que hemos tendido un cable especial desde la central nuclear en Washington y dentro de cuatro días dispondremos durante una hora entera de la plena capacidad del reactor, lo que no ha sido nada fácil de conseguir, considerando la confidencialidad del proyecto. Solo saben de ello el Presidente, el Ministro de Defensa y la Ministra de Exteriores. Si realmente se consiguiera activar el objeto, necesito un equipo que tire de la misma cuerda. Pueden salir muchas cosas mal, como ha podido ver en la imagen del Lago de Maracaibo, y un fracaso supondría igual la cancelación inmediata del proyecto.

—¿Quieren ponerlo en marcha? ¿Saben, siquiera, para qué coño sirve?

—Algunos del equipo piensan que se trata de un medio de transporte, una especie de teletransportador; otros dicen que es una sala de cine muy desarrollada, y un par más piensan en un Caballo de Troya que arrastrará a nuestro mundo a un holocausto —respondió Norton con tal sequedad, que a James se le erizaron los pelos de la nuca.

—¡Pues ni se les ocurra ponerlo en marcha! ¡No se puede pulsar el botoncito rojo solo porque el trasto está allí!

—Sí, porque es la única forma de descubrir qué función tiene el objeto y la dirección civil del proyecto así lo quiere. —Norton cerró el expediente, lo metió en la carpeta y lo empaquetó todo de nuevo en la bolsa—. *Usted*, señor Hamilton, se encargará de que el equipo se una y siga una misma línea, para poder realizar el ensayo.

4



Wyoming, en el corazón de los EE. UU., no tenía ningún atractivo especial. Bonita naturaleza, paisajes llanos y extensos, escasa población, más preocupada de sus rebaños que de la gran política mundial. Pero la base de las Fuerzas Aéreas llamada E. Warren Air Force Base marcaba un fuerte contraste con todo ello. No solo se trataba de la base aérea en funcionamiento más antigua de los Estados Unidos, sino también de la sede principal de la 20ª división de las Fuerzas Aéreas: la unidad que controlaba todos los misiles intercontinentales americanos. Nada que hubiera sabido James aunque forzara su smartphone en la búsqueda, que también le informó que aquí vivían y trabajaban más de tres mil soldados de forma permanente. Las barracas, vistas desde el avión, parecían cajas de zapatos alineadas entre árboles y amplios prados, como una pequeña ciudad independiente a unos cinco kilómetros de Cheyenne, la capital del Estado federado. Saber que aquí se almacenaban cerca de doscientos misiles nucleares, listos las veinticuatro horas del día, para verter fuego y muerte por el mundo desde sus ocultas trampillas de silos daba una sensación algo curiosa al cuerpo.

La base contaba con dos pistas de aterrizaje, no especialmente largas, que se tocaban en una especie de pieza accidentada en forma de T, rodeada de varios puestos de misiles Patriot de defensa antiaérea; unidades móviles que, a juzgar por las huellas de neumáticos a su alrededor, habían sido instaladas ahí hacía muy poco. Aterrizaron en la pista más larga, adecuada para su avión de turbohélice que, contrariamente a lo pensaba que James, resultó ser suficiente. Norton y dos funcionarios civiles, que se presentaron durante el vuelo como Jeena Pavar y Ralph Kowalski, pero por lo demás mantuvieron las bocas muy cerradas, lo acompañaron al edificio principal de las barracas: un bloque de hormigón de dos plantas con techo verde lleno de plantas, frente al cual los saludaron dos soldados. Dentro no se veía a nadie, la recepción estaba desierta y no se oía ruido alguno que llevara a la conclusión de que había vida ahí dentro. Se dirigieron a un ascensor monótono y nada llamativo que Norton activó con una tarjeta codificada. Al lado había una gran caja de plástico en las que dejó su reloj de muñeca y su smartphone.

—Debo pedirles, por favor, a todos que depositen aquí sus aparatos

electrónicos y objetos metálicos.

James arqueó las cejas malhumorado, pero cumplió la orden, al igual que los otros dos civiles que parecían menos sorprendidos.

—Necesitamos escáner de retina —dijo Pavar. La mujer, de origen indio y mirada muy estricta, pero con una figura super atractiva, asintió frente a Kowalski, que a su vez dejó en el suelo su bolsa e hizo anotaciones en su tableta.

—Las tarjetas codificadas también sirven. Los escáneres de retina son caros y susceptibles de cometer errores. Eso es solo para el cine —dijo el comandante.

—El Presidente se toma la seguridad de esta instalación muy en serio, comandante, así que usted también debería hacerlo. Escáner de retina —repitió ella y Kowalski, que había hecho una minúscula pausa, siguió escribiendo. James se sorprendió cuando el viejo oficial se limitó a asentir.

—¿Es usted la nueva directora de este proyecto? —preguntó James, y casi da un paso atrás cuando Pavar le lanzó una mirada como una leona ante su presa.

—Pues sí, señor Hamilton. Y soy el motivo de que usted esté aquí. Marcus Pollock le recomendó con mucho énfasis para encarrilar el equipo que tenemos ahí abajo.

Y espero que usted no me decepcione ni a mí ni a Marcus, dijeron sus ojos electrizantes en total silencio.

—Ehh..., me esforzaré al máximo, señora.

—Bien. Espero que eso sea suficiente. ¿Cómo estamos con el traslado del reactor de prueba? —dijo ella dirigiéndose de nuevo a Norton.

—Más complicado de lo que pensábamos.

—No preguntaba eso.

—Tres semanas, al menos. —El comandante parecía haber mordido un limón y James empezaba a hacerse una idea de lo que había pasado aquí. Los militares habían tenido el control del proyecto durante los primeros dos meses hasta que en Washington se llegó a la conclusión de nombrar a un civil como director, lo que, en este caso, para la maquinaria política, había funcionado con mucha rapidez.

—Usted es entonces la nueva jefa —estableció James, recibiendo una mirada que parecía un escáner marciano.

Apostaría por veterana política, pensó. *Olfatea un movimiento de ajedrez tras cada frase, una maniobra completa tras cada gesto y un laberinto enrevesado tras cada escrito, repleto de trampas y cebos.*

—Soy la decana en funciones.

—¿Decana? —James asentía con movimientos lentos—. Adecuado para un proyecto de investigación, creo.

—¿Quiere ser mi amigo, Hamilton?

—Estoy aquí para hacerme amigo de todos, o al menos eso me han dicho.

Pavar sonrió de forma casi imperceptible y pensó que le quedaba bien, para quitar un poco de esa rigidez ascética en esa mujer de traje pantalón.

—Bien. Pues empiece por comentar cada paso conmigo o con Kowalski, y a partir de ya mismo. Su trabajo comienza ... —El ascensor comunicó con un «¡Pling!» que habían llegado, y se abrieron las puertas—, ahora mismo.

—Llevo suficiente tiempo aguantando la tensión entre CIA y Ministerio de Exteriores para saber cómo se tejen aquí las telas —le aseguró—. ¿Puedo preguntarle algo?

—Incluso *debería* hacerlo. Y cuanto más, mejor.

—¿Hasta qué punto cuenta con el comandante Norton? —preguntó James cuanto entraron en la austera cabina con el escudo de las Fuerzas Aéreas y el oficial desbloqueaba los botones con su tarjeta codificada antes de pulsar el más bajo de los tres botones. La decana volvió a lanzarle su mirada escrutadora, analizando y sopesando a saber qué en su mente. De su mirada era imposible deducir si pensaba en cómo se lo podría merendar mejor, o si por el contrario valoraba más su osadía.

—El comandante Norton será mi principal asesor aquí y tendrá control absoluto sobre las cuestiones militares. ¿Qué le ha revelado mi respuesta ahora sobre mí, señor Hamilton? —preguntó Pavar, mirándole con tanta curiosidad como a Norton—. Se trataba de eso, ¿no?

James no se esforzó en negarlo y sonrió.

—Varias cosas: intenta no marcar un frente de batalla entre el control militar y el civil. Tiene claro que es nueva y que necesita apoyo, de él y de sus soldados. Quiere tenerlo cerca, lo cual es inteligente y la ayudará en Washington, ya que el Estado Mayor debería estar informado y tiene, como se sabe, una gran influencia sobre el Presidente —explicó James—. Quiere evitar cualquier enfrentamiento.

Pavar asintió lentamente.

—Nada mal, pero con un «pero». La imagen de la política centrada en su carrera tiene un par de grietas. En primer lugar, fui Secretaria de Estado y luego embajadora para las reuniones a partir del próximo año. He renunciado a esa posibilidad por esto y hago mutis por el foro de esa escena; mi carrera en Washington ha acabado. En segundo lugar, mi paquete de indemnizaciones es tan bueno que no tendría que levantar un dedo más en mi vida, si no quisiera hacerlo. Bajo circunstancias normales le habría felicitado por su capacidad de visión política, pero aquí las cosas van por otro camino. Quiero saber con

qué nos enfrentamos y proteger así a nuestro país; y me gustan los retos difíciles. No estoy aquí para hacer feliz al Presidente, y así mismo se lo he dicho a él.

—Entiendo. Gracias.

—No me las dé. He dicho todo esto para que el comandante Norton lo oiga. —Pavar miró hacia el oficial, que asintió despacio y parecía haberse quitado un peso de encima—. Así que, gracias a usted por su exposición, señor Hamilton. Ha sido la última vez que intenta meterse en mi cabeza con palabrería, ¿lo ha entendido?

—Sí, señora—dijo tragando saliva.

—Muy bien, entonces nos entenderemos de maravilla.

El resto del viaje en ascensor duró aproximadamente un minuto, hasta que se abrieron las puertas hacia un pasillo anodino de paredes de hormigón gris. Más o menos a la altura del pecho transcurría una banda horizontal marrón oscuro que decía «Subnivel 3». Dos soldados armados hasta los dientes saludaron con rigidez cuando Norton se los llevó por el pasillo a la derecha. Cada diez metros pasaban por puertas automáticas antiincendios, provistas de sirenas de alarma. Había algunas puertas hacia la derecha, de material sencillo y gris, accesibles también solo con tarjetas codificadas y marcadas con números gigantescos.

—Son los alojamientos —explicó el comandante al pasar por allí—. Ya que deseó ver primero la instalación y luego ocupar su alojamiento, le entregaré su tarjeta más tarde, tras la visita.

Pavar asintió. Al final del largo paseo torcieron a la derecha y el pasillo cambió: ya no era cuadrado, sino más bien arqueado y con grandes puertas de seguridad en sus extremos, que acababan en gigantescos ascensores montacargas. Frente a cada puerta resaltaba una gran señal de peligro radiactivo. Por el techo transcurrían gruesos cables y tubos, de aspecto curiosamente blando. A la izquierda había una gran puerta de acero con el rótulo de «Mantenimiento y Seguridad».

—Tras esta puerta trabajaban antes los ingenieros que mantenían y supervisaban las armas nucleares. Esta instalación es el silo central que no se construyó alrededor del edificio principal, sino al revés. La casa de encima solo sirve de camuflaje y nunca se utiliza; las paredes están orientadas de forma que se encuentran entre las distintas compuertas de los silos. Aquí había, en total, ocho misiles intercontinentales del tipo Minutemann-III, que ya han sido trasladados junto con el resto del equipamiento militar a otro lugar.

¿Podremos ver de una puta vez el artefacto?, pensó James, inquieto, pero guardándose el comentario. Para James, Pavar era una persona inteligente y directa; podía vivir con eso, pero no le parecía que fuera una persona que aguantara tonterías o nerviosismo. Y la necesitaría, si

quería tener éxito aquí. Un éxito que necesitaba fervientemente. Lo que Norton le había contado se había convertido en una especie de tirita para su alma. Por primera vez desde hacía mucho tiempo dejó de pensar en Joana, a pesar de que cualquier pensamiento, por leve que fuera, le proporcionara un pinchazo, y se concentró en la foto de ese elipsoide negro y su posible significado.

—Todos los materiales ferromagnéticos han sido sacados fuera de la instalación y el resto del cuartel se está modificando en estos momentos. Las puertas de protección son de aluminio y componentes plásticos, y todos los tubos y conductos han sido cambiados por otros de polímeros complejos —continuó el comandante—. Nuestros científicos trabajan en turnos de dieciséis horas, cuatro de ellos tras estas puertas y los catorce restantes en una sala idéntica en el otro lado, donde hay un pasillo similar por el que antes se trasladaban piezas de misiles. Al final de pasillo —dijo señalando hacia delante, donde al cabo de unos cien metros esperaba el siguiente montacargas —, hay una sala de descanso, una cocina con comedor y dos oficinas, magnéticamente apantalladas.

—¿Y en el centro se encuentra *eso*? —preguntó Pavar.

—Sí.

—Pues veámoslo ya.

—Claro.

James se preguntaba por el camino a qué profundidad deberían estar. La mayoría de los misiles intercontinentales eran extremadamente grandes; hasta veinte metros de largo por dos de ancho, por lo que necesitaban pozos de lanzamiento de considerable tamaño abastecidos de electricidad y refrigerantes, un sistema de repostaje, ventilación y aireación y tubos para la eliminación de las nubes de gas generadas por un despegue. Así que cada pozo bien podría ser el doble de profundo que el misil en sí. Las paredes comenzaron a causarle un efecto opresivo.

Pararon ante otra puerta de polímero gris. Dos soldados saludaron de nuevo, a lo que el comandante respondió con un gesto descuidado. Utilizó de nuevo su tarjeta codificada y marcó un número adicional de ocho cifras antes de que se abriera hacia un lado como un tanque sobre cadenas. Finalmente se encontraron frente a una lámina de plástico transparente que Norton apartó con una mano para darles paso a una habitación pequeña, totalmente revestida, en la que colgaba de una barra una docena de trajes de protección química.

—Esta es nuestra esclusa de aire. Es necesario que nos pongamos uno de estos trajes, por nuestra propia seguridad y la del objeto. El entorno detrás de la siguiente puerta es zona blanca, libre de gérmenes.

Para sorpresa de James, cuando el comandante se desnudó y, en

ropa interior, descolgó uno de los trajes para ponérselo, Pavar no dudó en hacer lo mismo. Un largo rato después estaban ya todos vestidos con esos trajes de blanco níveo y grandes capuchas sobre la cabeza, listos para cruzar la siguiente lámina de plástico; la ropa la habían dejado en cajas herméticas bajo un banco frente a la barra donde colgaban los trajes. James veía ahora a sus acompañantes a través de un gran visor de plástico flexible y cerró los salientes de guantes y botas de goma al traje con cintas de goma que se encogían solas. Era como si hubiese salido del mundo real para entrar ahora en un microcosmos propio, donde su respiración formaba una melodía de trasfondo dedicada a la urgencia y expectación, y donde cada movimiento de manos y dedos parecía más difícil.

—¿Están todos listos? —preguntó el comandante con una voz amortiguada. Frente a su boca, por el lado interior del visor, se formaron pequeñas gotas de condensación. Cuando todos asintieron en silencio, pulsó un grueso botón de seta en la pared y un vapor blanco surgió de múltiples boquillas sobre sus cabezas que los envolvió en una neblina que se retiró luego lentamente. Solo entonces apartó el oficial la cortina de plástico frente a ellos, tras la cual había otro mamparo de seguridad que Norton abrió.

Apareció ante ellos una inmensa sala de hormigón, del tamaño de tres pistas de tenis y de varios pisos de altura. Cuatro columnas macizan formaban un cuadrado en el centro, donde el elipsoide permanecía sujeto por cuatro gigantescas grúas ancladas al suelo. Su parte inferior cónica desaparecía en el suelo, que parecía haber sido excavado a medida, al igual que su extremo superior, aunque este desaparecía dentro de un antiguo pozo de despegue de misiles, de los que había cinco más, visibles sobre ellos por haber unos círculos sellados muy recientemente con hormigón. En el centro, el objeto parecía flotar como una punta de flecha, insertada en la tierra como por la mano de un dios. Su exterior era tan negro que impedía reconocer contorno alguno, no como si fuera por algo macizo, sino más bien como pura ausencia total de luz. Alrededor de sus bordes parecía fibrilar un poco, como la imagen de espejismo sobre el asfalto de una carretera en el desierto y a pleno sol. Pero las pinzas de las grúas de plástico no se fundían, así que seguramente fuera solo un efecto óptico. Una rampa alargada y sobre ruedas llevaba de la zona entre dos de las columnas hasta más o menos el centro del elipsoide, y su aspecto era también feo y desgarbado ante la negra perfección del obelisco.

James se desplazó sin poder pronunciar una sola palabra alrededor del objeto a cierta distancia, lo cual no era problema en esa gigantesca caverna. Había mucho espacio, aparte de un par de mesillas con ruedas e instrumentos científicos y herramientas, repartidas a varios

metros de distancia alrededor del elipsoide. Había, sin lugar a duda, una parte frontal, algo más ancha, ya que, de lado, este artefacto moldeado de pura oscuridad mostraba un perfil más delgado. James vio también dos grandes contenedores de plástico con símbolos de riesgo biológico de los que asomaban los contornos desenfocados de una cabeza de vaca y un par de patas o pezuñas. ¿Habrán estado realizando ensayos con animales durante los días o semanas transcurridos? Pero entonces ya no estarían aquí dentro. ¿Qué habrían hecho con ellos? ¿Por qué estaban muertos? Quiso decir algo al respecto, pero se le adelantó la nueva directora de la instalación.

—Hace bastante frío aquí abajo —dijo Pavar desde cierta distancia. Estaba con Norton y Kowalski al pie de la rampa. James se apercibió entonces de que él también emitía densas nubes de vapor al respirar.

—Sí. El objeto mismo es muy frío; unos doscientos grados bajo cero, para ser precisos. Los científicos suponen que en su interior debe haber estructuras superconductoras, aunque solo sea una teoría imposible de demostrar ya que no se ha podido penetrar esa superficie con ningún dispositivo que ofreciera imágenes. Parece lisa a nivel atómico y no hay herramienta que pueda hacerle el menor rasguño. Tampoco se ha desvelado el secreto de cómo mantiene esa temperatura tan baja.

—¿Alguna idea de su composición? —quiso saber James, regresando lentamente hasta el grupo, que permanecía entre dos de las grandes columnas observando el objeto.

—No. Ya que no hay forma de dañar el casco y no emite ni pierde la más ligera partícula, seguimos en la inopia al respecto —respondió Norton.

—Pero pudieron determinar la edad —alegó Pavar.

—Sí, pero solo a través de residuos de roca adheridos al casco, que descubrimos al recuperarlo del fondo del lago.

—Eso significa que el objeto podría ser incluso muy anterior a esos cuatrocientos mil años.

—Sí.

—¿Reacciona de alguna forma a su entorno?

—No, aparte del hecho de emitir algo de su frío al entorno; aunque tampoco mucho.

—¿Hay algo que sepamos? —James arrugó la frente e intentó ignorar la piel de gallina que se le formaba en brazos y espalda, dejando un cosquilleo desagradable. A pesar de estar a unos buenos diez metros de distancia, el objeto irradiaba tanto poderío que se sentía minúsculo y e insignificante. Emitía un aura amenazante, como si estuviera repleto de significado y peligro, sin que ellos pudieran descubrir lo más mínimo de su razón de ser. En su fantasía apareció la imagen de un poderoso animal, ¿o de un monstruo? hibernando en

silencio aún, como un oso. ¿Qué pasaría cuando se despertara al final? Se sentía como una hormiga, estudiando al oso dormido y sin comprender ni de lejos lo que debería hacer. James sintió un escalofrío.

—He leído los informes secretos, las cifras y los hechos, y confieso que en los ocho días que han pasado desde entonces no he dormido precisamente bien —dijo Pavar a su lado. Su voz se había convertido casi en un susurro—. Pero me temo que ya no voy a poder dormir nunca más.

—Entiendo lo que siente —dijo Norton y asintió, sin apartar la mirada del elipsoide, que de suelo a techo ocupaba unos veinte metros como una astilla gigante—. Seguramente todo el mundo se sienta más o menos igual aquí, y debo confesar que no resulta muy útil para la moral y la colaboración.

—Todos tienen miedo —resumió James tras escucharlos—. Yo me sumo a ellos.

—El miedo no nos va a ayudar en nada. —Pavar se enderezó—. He leído que hay una sala dentro, pero no veo ninguna puerta.

—La rampa lleva directamente a ella. —El comandante señaló el largo ascenso por un complicado entramado de riostras y planchas de rejilla al que no se subiría nadie con vértigo. Cuando la decana levantó una ceja, añadió: —Se abre sola al acercarse.

—El objeto reacciona entonces a nosotros.

—Sí. Pero no sabemos cómo. El equipo no ha podido detectar ningún sensor ni cambo de temperatura del objeto cuando se abre la puerta, lo cual lleva a deducir que está perfectamente apantallado como el resto, que es lo que creemos, o que no consume prácticamente energía alguna.

—Quiero verlo.

—Naturalmente. No supone ningún peligro, que sepamos. —A este último comentario de Norton le respondió la mujer con una breve mirada hacia el lado y dudó, cuando la invitó a subir por delante de él.

—Ya voy yo —propuso James y dio un paso de prueba sobre la rampa cuando nadie de opuso a ello. El material plástico crujía un poco como el metal e incluso parecía de metal, si no fuera por su color blanco. El olor recordaba a recipientes de táper, recién sacados del envoltorio, pero luego se dio cuenta de que se trataba de su propio traje. En lo momentos buenos pensaba que estaba protegido, como si el poco plástico arrugado alrededor de su piel fuera una barrera efectiva; seguramente fuera solo para amortiguar el miedo. A pesar de ello fue poniendo un pie frente al otro, comprobando a cada paso de no resbalar ni que la rampa volcara. Pero resultó ser más robusta de lo que parecía.

—Tenga cuidado —dijo Pavar a su espalda.

—Ni idea de lo que tengo que hacer allí —murmuró, y siguió subiendo hacia el elipsoide que ocupaba una parte cada vez mayor de su campo de visión—. Tú tranquilo, grandullón.

Cuando alcanzó la mitad de la rampa evitando mirar hacia abajo, creyó percibir un ligerísimo ronroneo en los oídos. Todos los pelos de su cuerpo se pusieron tiesos y se paró de inmediato.

—Debería estar sintiendo ahora el campo magnético. Es extremadamente fuerte y desciende exponencialmente con la distancia —explicó el comandante tras él. Su voz le llegaba de muy lejos. Lo suficiente como para que James se sintiera de repente perdido e inmensamente solo como un recién nacido frente a un lobo que le enseñara los dientes. Pero continuó, se tragó el miedo e ignoró el nudo en la garganta que le forzaba a dar media vuelta y a salir corriendo de allí a toda velocidad.

Aunque no había apartado la mirada de esa superficie sin estructura del objeto, la apertura apareció de golpe frente a él, al final de la rampa: un recorte rectangular como una puerta, algo demasiado alta y estrecha, pero claramente reconocible como tal. Toda ella era de luz blanca y formaba un contraste tan brutal con el casco negro que habría preferido apartar la mirada. Pero a la vez se sintió como mágicamente atraído y siguió caminando antes de ponerse a pensar más sobre ello. Cuando ya solo le separaba un paso, se quedó quieto y alargó una mano. Sus dedos estirados, embutidos en el guante de goma, atravesaron la luz y no sintió nada. Seguía teniendo frío, pero nada más que eso. Se imaginó a Pavar, esperando detrás de él, y tragó antes de dar un paso más al frente y entrar en un espacio hexagonal. Su diámetro debía ser de unos cinco pasos, y suelo y paredes eran de un tono gris muy simple, formando un patrón de minúsculas celdillas de panal, unidas prácticamente sin juntas, como si hubieran crecido así. No se veía un techo; la habitación se perdía hacia arriba en una oscuridad impenetrable. Frente a cada una de las paredes de la habitación había un asiento ligeramente inclinado hacia atrás, con respaldo alto, apoyabrazos y apoyapiés. Justo enfrente de cada asiento había otro, tan cerca que los apoyapiés prácticamente se tocaban. Los asientos centrales, que miraban hacia las paredes, eran algo distintos, con ocho pequeños orificios parecidos a boquillas en el respaldo y un apoyacabeza más grande. Tras el aspecto inusualmente extraño del objeto por fuera, el interior parecía casi decepcionantemente mundano, si no fuera por la unión al suelo, formada por seis tentáculos móviles, del grosor de un dedo, cuyo aspecto era tan delicado que no parecía capaz de soportar a doce asientos ocupados. En el centro, donde los respaldos de los asientos casi se tocaban entre sí, había un embudo oscuro.

Se acercó a uno de los asientos y lo quiso tocar, pero retiró justo antes la mano. Ahora notó también que había desaparecido ese cosquilleo en la piel, así como el ronroneo en sus oídos. Sin embargo, en ese mueble frente a él, que tan familiar le resultaba, había algo que *estaba mal*, aunque era incapaz de decir qué.

—Parece todo tan *normal* —dijo Pavar, sacándole de sus pensamientos asustado al escuchar su voz junto a él. Intentó calmarse respirando con fuerza, para recuperar el ritmo cardíaco normal.

—Ejem, sí —dijo, y carraspeó—. Normal y extraño a la vez.

—Pero no es eso. —Pavar pasó los dedos de su guante derecho sobre el apoyabrazos frente a él—. Es demasiado largo. Y el asiento demasiado estrecho.

—Demasiado estrecho para nosotros.

—Sí —respondió, y la importancia de esta simple declaración le hizo sentir un hormigueo por la espalda.

5



El equipo de científicos estaba formado por dos grupos, tal y como Norton le había explicado. Estaban los jefes de equipo, un hombre y una mujer por cada país participante, Estados Unidos, Unión Europea y Rusia, y cuatro colegas adicionales cada uno bajo su supervisión, de forma que solo tuvieran que coordinar equipos reducidos. Conoció primero al grupo mayor, aunque nadie pareció interesarse por él en particular en cuanto oyeron que solo era un asesor especial y no iba a cumplir funciones científicas. Tras haberles dado a todos la mano, continuaron trabajando frente a grandes pizarras con diagramas y anotaciones ininteligibles, peleándose sobre detalles. Otros parecían estar petrificados sobre mesas de aluminio con montañas de dibujos y columnas de datos. Todos parecían absolutamente concentrados como estudiantes antes de entregar su examen final. Así que se dirigió a los seis jefes de equipo en la sala del otro lado, a la que se accedía por una pequeña puerta, por lo que no tuvo que desplazarse por los pasillos tan vigilados y que resultaban más claustrofóbicos que las salas compactas de hormigón en las que se movía. Pero no había nadie allí, sino que estaban todos en la «cueva», que es como llamaban aquí a la antigua zona de mantenimiento bajo los pozos de lanzamiento donde se aojaba el objeto. Pensó en unirse a ellos para presentarse, pero decidió no hacerlo. Decir hola embutido en un traje de plástico no daba una buena impresión, ya que les interrumpiría el trabajo y los científicos seguramente no se alegrarían de ello. Así que decidió familiarizarse con su alojamiento, una habitación pequeña en el pasillo principal cerca del ascensor. Disponía de un lavamanos, una cama, un pequeño escritorio y un armario con una luz que se encendía tirando a la antigua de un cordón. Un extraño contraste con lo que se estaba haciendo aquí abajo y, probablemente, un contraste muy adecuado. Al final del pasillo estaban los aseos y las duchas que eran compartidas por todos.

James intentó no pensar demasiado en la ausencia de privacidad que padecería durante un tiempo y prefirió abrir los expedientes sobre el equipo directivo, que Norton le había enviado a su habitación. Contenían una cantidad sorprendente de detalles sobre cada uno de ellos, incluso fotos en distintas situaciones en las que no se dieron cuenta que estaban siendo fotografiados.

Al final resultó tratarse de un grupo muy heterogéneo de personalidades muy diferentes.

La Dra. Kathryn Chazelle era física de partículas con Alma Mater de la Universidad de Stanford, aunque era originaria de Utah. Era tan delgada que parecía casi un esqueleto revestido de piel y contaba cuarenta y cinco años de edad. En las fotos parecía extremadamente distante y ajena a todo, como si en su cabeza sucedieran varias cosas a la vez que no permitían dedicar tiempo alguno a cosas mundanas. Divorciada desde hacía diez años, no se había vuelto a casar y no tenía hijos.

El Dr. Vincent Meeks era un hombre de cincuenta años con una potente barriga y escaso pelo alrededor de una brillante calva. Sonreía en casi todas las fotos como un payaso, era físico nuclear e ingeniero con veinte años de experiencia en investigación y desarrollo de la empresa Boeing. Su esposa falleció hacía dos años en un accidente de coche y sus hijos, mellizos, estudiaban en Alemania e Italia.

La Dra. Mette Laudrup, danesa, la mayor de todos, con sesenta y dos años, regordeta, de mejillas rosadas y con una melena recogida en coleta que daría para tres personas. Sudaba con notoria frecuencia en las fotos y parecía más una agradable mamá y ni de lejos la genial científica que era, la mejor en su especialidad. Contaba ya con treinta años de experiencia como química civil en las unidades ABC de la OTAN.

El Dr. Justus Falkenhagen, también de la Unión Europea y de nacionalidad alemana, más o menos todo lo contrario de la anterior: con 39 años, el más joven del grupo, entrenado y bronceado, casi caricaturescamente atractivo con una brillante y blanca sonrisa y fuerte musculatura. Era el único actualmente casado, aunque sin hijos. James tuvo que repasar dos veces los datos del astrofísico e investigador cuántico para asegurarse de que no se trataba de un error y habían cambiado las fotos por las del book de un modelo.

La Dra. Mila Schaparova era de Novosibirsk en Rusia, cuarenta y un años, ingeniera e investigadora de materiales en un famoso instituto de Moscú, impronunciable para James. Soltera, sin hijos, guapa, con el pelo rubio rizado y una cara élfica, ojos almendrados y sonrisa pícara en los labios. Le sorprendió ver la fecha de su divorcio, hacía solo seis semanas.

El Dr. Adrian Smailow era el segundo ruso y último del grupo: un antiguo cosmonauta con dos estancias en la ISS a principios de los 2000 y coronel del ejército de aire ruso. Además de los muchos años como piloto, trabajó tras su carrera de astronauta como asesor de formación en la ciudad de las estrellas cerca de Moscú, además de como ingeniero de superconductores para Gazprom.

Sin duda se las vería con un grupo de ilustres personajes. Que no

siempre coincidieran le parecía bastante de esperar, ya que lo único que compartían era, con una excepción, que todos estaban divorciados y sin vínculos familiares. Lamentablemente, en los expedientes no ponía por qué estaba el equipo peleado. Claro, Norton había mencionado que algunos de ellos querían activar el objeto, o al menos intentarlo, mientras los otros lo consideraban un peligro excesivo. Pero que se pelearan por ello no se lo podía imaginar. Durante la cena tuvo ya una primera impresión de lo que el comandante podría haber querido expresar, cuando llegó expresamente el último a la pequeña cantina subterránea. Los científicos se habían distribuido en un total de cuatro mesas, siendo el equipo directivo el que ocupaba la más grande, directamente junto al punto de entrega de la comida. Excepto la pequeña ventana con las dos vitrinas que mantenían la comida caliente y un soldado de gran tamaño con delantal detrás, las mesas, dos cubos de basura y un armario con ruedas para las bandejas usadas, no había absolutamente nada más que ver excepto el aluminio bajo los traseros de los científicos y bajo sus platos. Ni siquiera fotos o posters de las fuerzas aéreas decoraban las grises paredes de hormigón. No había rastro alguno de Pavar ni de Kowalski. El comandante estaba sentado con un pequeño grupo de científicos en la esquina y le hizo un breve gesto de saludo cuando entró. El resto no pareció darse cuenta de su presencia o tomaba nota con una brevísima mirada.

Tras mirar un momento a su alrededor y descubrir a su grupo de preocupación según los expedientes, se acercó a la ventanilla.

—Buenas, sargento —saludó al grueso soldado de piel color cacao tras la ventana, que le miró con la ceja levantada y luego se tocó el identificativo en su manga.

—Soldado raso.

James levantó las manos, como si se rindiera.

—Pues para mí tiene el aspecto de todo un sargento. ¿No será usted hawaiano, por casualidad? Yo soy James.

—Rubi —respondió el soldado y asintió—. O‘ahu.

—Me encanta Hawái, mi suegra era de Maui. Bueno, casi suegra. Al menos su hija heredó su emocionalidad, de eso no me cabe duda.

La boca de gruesos labios de Ruby se ensanchó en una sonrisa—. Así son nuestras mujeres. Puro fuego.

—Sí. Y me quemé bastantes veces con ella, gracias, pero también fue culpa mía.

—Siempre lo es. —El soldado parecía estar descongelándose un poco—. ¿Qué le apetece? ¿Espagueti a la boloñesa o Ratatouille?

James le guiñó brevemente un ojo y señaló disimuladamente a los espaguetis.

—Los espaguetis, por favor. —Hizo como que le dolían las manos

mientas Ruby le servía—. Siempre fue culpa mía.

—¿El qué?

—Pues todo. ¿Es normal eso con vuestras mujeres?

—Si te cuelga algo entre las piernas, tienes la culpa. Nuestras normas son muy simples.

—Sí, las mujeres son mejores personas —suspiró James. »Ua Mau ke Ea o ka ʻĀina i ka Pono.«

La cara del soldado expresó su reconocimiento.

—La soberanía de la tierra se perpetúa en justicia. ¿Conoce el lema de nuestro estado en hawaiano?

—Oh sí, con él logré alejarme lo que pude del peligro muchas veces. —Se giró hacia los científicos en la mesa grande y suspiró—. Que es a donde voy a tener que dirigirme ahora.

—Usted es el asesor especial, ¿verdad?

—Pues sí. Eso parece.

—Pues que tenga mucha suerte. Esta gente tampoco es mala, solo un poco loca.

—Genial, entonces. —James hizo una mueca y asintió hacia el cocinero por última vez, antes de ponerse en marcha con su bandeja y un juego de cubiertos de plástico.

—Buenas tardes, ¿puedo sentarme con ustedes? —preguntó cuando llegó a la mesa de los científicos jefes, que interrumpieron su conversación y le observaron durante un largo rato con mirada analítica. Kathryn Chazelle solo abrió los ojos como un perrito asustado, mientras los dos rusos le miraron con evidente desagrado; el alemán, Justus Falkenhagen, parecía irritado y Mette Laudrup, la mujer regordeta con nutrida melena lució una amplia sonrisa y le invitó a acercarse.

—Hola. Usted debe ser el asesor especial que nos ha anunciado el comandante Norton, ¿no es así? —preguntó, se levantó, se acercó a la mesa de al lado y, tras pedir permiso, trajo una silla para ponérsela a James entre ella y Vincent Meeks, el físico atómico americano.

—Gracias, muy amable. —James dejó su bandeja y se dio cuenta de que todos habían acabado ya de cenar y le observaban, como si fuera a hacer unos malabarismos que nadie quería perderse. James dirigió su mirada a los ojos de todos los sentados a la mesa y asintió, antes de bajar el tenedor al plato—. Asesor especial, sí. Eso es lo que les han dicho a todos. Supongo que pensarán que me han contratado de *canguro* para hacer que todos actúen en el sentido de la dirección del proyecto.

Nadie contestó, y tampoco tenían que hacerlo para entender lo que sucedía tras los ojos de los presentes. Así que les dio lo que esperaban, pero no como lo esperaban.

—Tienen toda la razón. Vengo a ponerles bajo mi lupa y

encargarme de que activen el objeto.

Ahora ya se disparó la sorpresa. Los doctores Laudrup y Falkenhagen se lanzaron significativas miradas, el Dr. Meeks resopló y el Dr. Smailow chasqueó con la lengua.

—No tengo mucha idea de lo que es el objeto en sí, excepto que me pone los pelos de punta con solo verlo y que seguramente no volveré a dormir tranquilo mientras sepa de su existencia. Ahora, que me he acercado tanto a él, seguramente no vuelva a dormir ni tranquilo ni intranquilo. —James asintió para sí mismo y dejó que fluyera algo de normalidad sobre la tensa situación, girando unos espaguetis con el tenedor para metérselos en la boca. Sin dejar de masticar, continuó: —Tampoco podré acostumbrarme a la cubertería que hay aquí. Una vez se me rompió uno de los dientes del tenedor y se me quedó clavado en el cuello. Debo confesar que no fue mi mejor día.

—¡Eso también me pasó a mí! —dijo la Dra. Laudrup poniendo cara de dolor—. ¡Una sensación terrible! Pero el aluminio no es buena alternativa, si piensa en ello. Es venenoso para el cuerpo si queda algo en la boca.

El Dr. Meeks le lanzó una mirada crítica a Mette, pero esta no pareció darse cuenta.

—Si al menos salieran aliens de ese trasto, tendríamos una línea de defensa. Los dejamos comer con nuestros cubiertos y esperamos a ver si tragan algún diente de tenedor o si se mueren envenenados por algún agente suavizante. Igual son alérgicos a ello.

Laudrup miraba con mejilla enrojecidas que se movían hacia arriba y hacia abajo. Los demás, sin embargo, permanecieron tensos y claramente enervados ante el infantil comportamiento de la mayor de su grupo.

—Pues bien, vamos a intentar simplificar el tema: estoy aquí y no me voy a marchar. No mientras el comandante y la decana quieran que me quede. No he sido nunca militar y desconfío de todo aquél que saque un arma para desperdiciar su vida por un trozo de tela tricolor, porque unos viejos en trajes finos consideren que haya que hacerlo. Entre esta gente está Pavar. Tampoco soy un científico como ustedes, pero sí soy alguien que cree en los hechos y no en palabras o rumores. Así que pueden considerarme un aliado, que igual no entiendo todo lo que me digan, pero que –prometido– los escucharé. Tengo que ocuparme de que todos tiren de la misma cuerda y eso solo funcionará cuando los conozca a *ustedes.* No para manipularles, y confieso que eso sea lo que probablemente se espere de mí, sino para ayudarles a alcanzar un consenso, para lo cual no hace falta tener un doctorado en ciencias sociales, gracias a Dios.

—¿La decana, ha dicho? —preguntó el Dr. Smailow con un

marcado acento ruso—. ¿Pavar?

—Sí. Es una mujer dura, pero muy directa y honesta, tal como lo veo —continuó James, para mostrarles a continuación que estaba hablando con total franqueza y que era su aliado—. Si me preguntan, considero algo bueno que una civil tome las riendas y no nos tengamos que preocupar por un uso militar de este extraordinario hallazgo. Al menos por ahora. Evidentemente es una mujer de carrera, pero también tiene que creer en el proyecto, pues ha dejado un puesto de embajadora de las Naciones Unidas y ha abandonado definitivamente su futura carrera política por este trabajo. Creo que es una buena señal.

El ruso miró a los otros y luego asintió hacia James. Al fin parecían calmarse todos un poco.

Así que él es el cabecilla del rebaño, pensó James y tomó nota mental del descubrimiento. Tenía sentido, ya que era un científico de la cabeza a los pies, mayor que los demás, aparte de la Dra. Laudrup a quien, tal y como suponía, no la tomaban demasiado en serio. Si a ello le sumaba su pasado como cosmonauta, para los científicos se convertía en algo así como un superhéroe. Así que se dirigió más hacia él, apartando un poco su brazo derecho—. Usted ha estado en el espacio. Seguro que sabe apañárselas mejor que nadie de los aquí presentes ante situaciones complicadas. ¿Me permite una pregunta?

Smailow asintió.

—Cuando vio el objeto por primera vez, ¿qué le pasó por la cabeza? Me refiero a su primer impulso.

—Impaciencia.

—¿Impaciencia? ¿Pueden los cosmonautas permitirse la impaciencia?

—Claro, solo que deben procurar que no se les note.

—¿Por qué impaciencia?

—Porque llevamos decenios buscando indicios de vida extraterrestre y al fin la hemos encontrado. Justo aquí, debajo de nosotros, frente a nuestros ojos durante cientos de miles de años.

—¿Alguna duda o preocupación? —insistió James.

—No. Si fuera peligroso ya habríamos notado algo al respecto. Lleva ahí en el fondo del lago Maracaibo más de cuatrocientos mil años y ha sido bombardeado con cantidades ingentes de energía.

—Pero ha destrozado y hundido al *Deep Sea Explorer* —comentó Falkenhagen. El bronceado alemán parecía aún menos científico al natural que en las fotos. Llevaba una camisa común y corriente, que en su cuerpo parecía querer reventar las costuras con cada movimiento, el cabello cortado a cepillo pero bien recortado, como si acabara de salir de una sesión de fotos.

—Eso fue por culpa del campo magnético —dijo Meeks. El

americano medio calvo y de notoria barriga que presionaba contra el sobre de la mesa se reclinó en su silla e hizo un gesto que abarcó toda la sala—. Un accidente. Pero ahora ya sabemos de qué va y deberíamos estar protegidos contra eso.

—A no ser que suceda de nuevo algo que no hubiéramos previsto con antelación, solo para reaccionar después —insistió en astrofísico alemán—. ¿Cuántas cosas pueden pasar sin que estemos preparados y cuántas veces conseguiremos sobrevivir? ¡En el *Deep Sea Explorer* murieron catorce personas!

—Ya sabemos que no es permeable a neutrinos —respondió la Dra. Chazelle. La delgadísima americana hablaba en un tono de voz normal, y aun así su voz le llegó como el ruido de una delicada hojarasca—. Puede que incluso los absorba. Eso debería hacer que fuéramos más precavidos.

—¿Y por qué? Porque no lo entendemos —resopló Smailow—. Cuando no entendemos algo nos apartamos instintivamente, porque nos da miedo. ¿Dónde estaríamos hoy si las grandes personalidades de la historia no hubieran actuado precisamente al revés? ¿Y si Wilhelm Röntgen no hubiera descubierto la radioactividad por miedo a morir de cáncer?

—¿Sin armas atómicas, sin cien mil muertos japoneses? —propuso Falkenhagen.

—Para entender algo hay que investigarlo, Justus. Gracias a la investigación se supo un día los peligros que entrañaba la radioactividad.

—Sí, y antes se utilizaron los primeros aparatos durante años como atracciones de feria para verse los huesos. No quiero ni saber cuánta gente debió morir entonces de cáncer antes de descubrirlo.

—Tengo una pregunta —dijo James, interrumpiendo la discusión con mucho tacto, y sorprendido de que el conflicto ya hubiera entrado en una fase tan caliente, como Norton le indicó. Todas las miradas giraron hacia él—. Por lo que el comandante me ha explicado, no saben ustedes aún nada del objeto, ¿es así?

—¿Cómo que nada? —Meeks parecía como si le hubiera insultado directamente, pero pasó rápido a una sonrisa—. ¡Que no nos hemos pasado las últimas semanas precisamente durmiendo! Está claro que los asientos se hicieron para humanoides, cuyos cuerpos debieron parecerse al cuerpo humano. Sabemos que podemos alimentarlo con cualquier tipo de energía simplemente apoyando extremos de cables sobre el casco exterior, así de simple. Ese cacharro absorbe toda la energía que hay a su alrededor, pero solo a partir de una determinada potencia. No absorbe el calor corporal, por ejemplo, ni la escasa radiación electromagnética de las lámparas.

—¡Pero sí neutrinos! —añadió Chazelle con seguridad y levantó un

dedo como una minúscula rama—. Creo que la absorbe.

—¿Cómo saben todo eso?

—El nivel de energía aumenta, hemos podido medirlo con cámaras de imagen térmica. El calor no es más que átomos en movimiento. Es decir, energía —respondió Meeks—. Este nivel de energía puede leerse también en los asientos.

—¿Tienen alguna teoría sobre lo que pasa si se alcanza un determinado nivel de energía? —insistió James.

—¡Es un medio de transporte!

—¡Una nave espacial!

—¡Imposible, no tiene sistema de propulsión!

—Imposible para *nosotros*. No para aquellos, que ...

—Una especie de biblioteca virtual. ¡Un arca del conocimiento! Si no, ya me dirán por qué ...

—Yo digo que es una cápsula del tiempo procedente del pasado. Solo tenemos que descubrir ...

—¿Y si no es más que una obra de arte? ¿Quién sabe?

—Está bien, está bien —interrumpió de nuevo a los científicos, que habían empezado a discutir todos a la vez—. La cuestión es que no lo sabemos.

—Nopes —resumió la Dra. Laudrup que se pasó una servilleta por el sudor de la frente—. Pero lo descubriremos. Solo necesitamos más tiempo y ese comandante es un hombre muy poco paciente.

Al fin asintieron todos demostrando estar al menos de acuerdo en eso, aunque Smailow pareció dudar un poco.

James se inclinó un poco hacia delante y los demás le imitaron.

—Les voy a confesar un secreto, pero, por favor, guárdenselo para ustedes: El comandante quiere activar el objeto y cuanto antes mejor. Y ejercerá presión para que lo hagan. Y me presionará a mí también —añadió algo más bajito—. Si todos ustedes piensan que necesitamos más tiempo —incluyéndose claramente con ese «necesitamos»—, entonces haré todo lo posible para que dispongan de él.

—Buenas tardes. ¿Señoras? ¿Caballeros? —el comandante Norton se había acercado a su mesa y se dirigía al grupo. Todos se reclinaron hacia atrás y levantaron la mirada hacia el oficial—. Veo que ya se ha presentado a los demás. Traigo buenas noticias. El cable desde Washington estará listo antes de lo previsto.

—¿Antes? —preguntó Falkenhagen sorprendido.

—Sí. Mañana ya estará. Quiero que todo esté listo. Hasta las 1600.

—¡Pero si deberíamos poder contar con al menos una semana más! —protestó Meeks.

—Las cosas marchan mejor de lo esperado. Dra. Chazelle, ¿no dijo que creía que un nivel de energía crítico duplicando el actual haría que se alcanzara un punto crítico?

La americana asintió.

—Pues mañana sabremos qué pasa cuando llegue el momento. Propongo que vayan preparándolo todo.

Cuando Norton se marchó, reinó el silencio en la mesa.

6



—Esto no está bien —protestó Falkenhagen, sacudiendo la cabeza de un lado al otro mientras sujetaba una varilla metálica del tamaño de una aguja de hacer punto contra uno de los asientos en el interior del objeto. La varilla estaba conectada mediante un cable grueso a un aparato pequeño en forma de caja en el que una aguja saltaba de un lado al otro—. ¡Pero que nada bien!

En su blanco traje de protección química tipo 2, el astrofísico alemán parecía un alien que curiosamente dominaba el inglés. Los otros cinco científicos del equipo directivo estaban también presentes en la habitación hexagonal con sus doce asientos confrontados en parejas. Meeks estaba ocupado instalando termómetros industriales de infrarrojos, sujetos por trípodes y cerca de una de las seis paredes. Chazelle hacía lo mismo con los asientos y fijaba construcciones en forma de araña con pequeños sensores que parecían pistolas en lugar de cabeza, con los cañones apuntando hacia dentro. Mette Laudrup, la rellenita danesa estaba de rodillas en la minúscula zona central, donde los respaldos de los asientos casi se tocaban entre sí, y se agachaba sobre un gran maletín en el que había algo montando que James no podía ver desde su posición. Se preguntó cómo lo habrían fijado en el suelo por encima del embudo. Smailow, el ingeniero ruso de superconductores, estaba conectando con cables una batería de seis células de gran tamaño que seguramente se acoplaría durante el próximo cuarto de hora a los diferentes aparatos que montaban ahora sus colegas.

—¿Y bien? ¿Qué aspecto tiene esto para usted? —preguntó Mila Schaparova, que apareció a su lado con las manos cruzadas bajo sus pechos. Ya que era casi una cabeza más baja que él, dentro del traje protector parecía casi más ancha que alta.

—Oh —dijo sorprendido, aunque ya la había visto acercarse por el rabillo del ojo tras haber estado molesto por el hecho de que todos los del equipo parecían estar trabajando menos ella. No importaba que pensara que estaba distraído. Tenía miedo, sí, y la piel de gallina del cuerpo no parecía tener intención alguna de retirarse, pero le ayudaba a hacer su trabajo. Concentrarse en aquello que sabía hacer bien le evitaba salir corriendo, dar goles como loco en el panel de mando del ascensor y escapar lo más lejos posible de allí; algo que su

inconsciente parecía exigirle a gritos todo el tiempo.

—No te asustes. Solo soy yo, la inútil.

—¿Inútil? ¿Es que pretende quitarme el trabajo?

—Mila.

—¿Perdón?

—Me llamo Mila.

—James —contestó con una sonrisa y quería adelantar la mano para estrechársela, cuando al ver su inmenso guante de goma consideró que tal gesto sería más bien ridículo.

—Aquí abajo nos tuteamos todos.

—¿Significa eso que no vais a echarme cuanto antes? —James sonrió y se giró hacia ella para que lo pudiese ver a través de los visores de plástico. Incluso bajo la redecilla para el cabello y la capucha, su cara seguía siendo preciosa, con hermosos rasgos eslavos y ojos avellanados.

—Por ahora no. Tenemos a un enemigo común.

—Norton.

—El tiempo.

—Entiendo. Y ambos trabajan en contra nuestra —asintió James y señaló hacia los demás—. ¿Qué hacen esos exactamente? ¿Y por qué deberías ser tú inútil?

—Porque soy investigadora de materiales y hasta ahora no he podido descubrir prácticamente nada. No he encontrado posibilidad alguna de tomar muestras de material. Ni con un taladro de diamante —protestó la rusa y sacudió la cabeza, algo que su capucha le permitió hacer sin cambiar de sitio—. Al menos en los asientos debería haber podido sacar alguna muestra con un escoplo cilíndrico. Normalmente se utilizan para tomar muestras de material a granel. También intenté extraer minúsculas partículas con un punzón de Nobbe para muestras y ...

—Lo siento —la interrumpió—. Pero no tengo ni la más remota idea de lo que significa eso. Las superficies son demasiado duras para rascarles algo, ¿no es así?

—Más o menos. Son demasiado densas. No tengo ni idea de cómo es posible, pero al parecer debe poder funcionar *de alguna manera*. Desde que estoy aquí tomo notas y hago suposiciones, mientras los demás miden.

—Pero hasta el diamante mismo se puede dañar.

—Sí, pero aquí estamos ante algo distinto. Los átomos normales se mantienen unidos por fuerzas electromagnéticas que pueden ser interrumpidas, por ejemplo, mediante una influencia física fuerte. Mi *teoría* es que los átomos de estas superficies se mantienen unidos por potentes fuerzas nucleares.

—¿No existen estas fuerzas ya en el *interior* de los átomos? —

preguntó James.

—Sí. Las cargas eléctricas iguales se repelen, por lo que parece sorprendente que los núcleos de los átomos sean estables. Allí hay, a fin de cuentas, muchos protones con carga positiva, y todos en un espacio muy reducido. Pero no salen disparados repeliéndose entre sí. Y eso se debe a la *fuerza nuclear fuerte*, que es bastante más potente que la electromagnética. A veces se la llama también interacción nuclear fuerte. Actúa sobre los nucleones, y no sobre los electrones. Normalmente tiene un alcance tan corto que solo se atraen entre sí protones y neutrones, y no los núcleos atómicos de átomos vecinos. —Mila lo miró y levantó las manos—. Demasiada información, lo entiendo. En pocas palabras: por algún efecto desconocido parece que entre los núcleos atómicos de estas superficies actúa la fuerza nuclear fuerte, lo que nos imposibilita poder dañarlas o sacar muestras.

—Pero ¿y eso de la fisión nuclear? —James pensó en ello y sacudió la cabeza—. Una idea estúpida, supongo.

—Sí. Pero al menos explicaría por qué el casco de este objeto no tiene ni el más leve rasguño tras cientos de años dentro de la corteza terrestre y sometido a fuerzas tectónicas. También sería una explicación para la absorción de energía, que parece funcionar sin necesidad de conexiones visibles. Pero de eso ya no estoy tan segura, porque no soy experta en ello. —Mila señaló hacia arriba—. Dentro de un cuarto de hora, las Fuerzas Aéreas pondrán a nuestra disposición la energía producida por una central nuclear entera para poder alimentar la máquina esta con corriente. Corriente bruta, que no ha pasado por ningún transformador, dicho sea de paso.

—¿Como los rayos que cayeron en el lago Maracaibo?

—Algo parecido. Una simulación de ello, aunque supongo que bastante más intensa.

—Y tú te opones a ese ensayo, ¿no es así? —James la miró directamente y esperó a que ella le devolviese la mirada. Para sorpresa suya, sacudió la cabeza.

—Ese objeto está tan por encima de todo lo que conocemos y entendemos, de lo que podemos construir, como lo está una lanzadera espacial ante lo que son capaces de hacer unas abejas. No entendemos casi nada de eso, excepto los asientos. —Señaló hacia las hileras de asientos que parecían casi totalmente normales—. Su función parece ser evidente: sentarse en ellos. Pero por la extrañeza de todo el envoltorio de este hallazgo no tenemos ni la más remota idea de cuál será su función, aparte de la de poner el culo en ellos. Justus ...

—¿El *Sunnyboy* alemán?

—Sí. Cree que no deberíamos intentar activar nada que no entendamos, al menos en principio, y sus argumentos son muy razonables.

—Pero tú no lo ves así.

—Soy rusa —dijo encogiéndose de hombros.

—Es decir, más orientada a la práctica.

—Sí. El pragmatismo nunca ha hecho daño a nadie. Cuando lloraba de pequeña, mi abuela siempre me decía: *Llora todo lo que quieras, mi niña, pues todo lo que llores no hará falta que lo mees luego.*

James soltó una sonora carcajada que le proporcionó miradas irritadas de los demás miembros del equipo, aunque fue solo un momento y se giraron todos para seguir trabajando.

—Perdón —dijo, y puso cara como si le doliera el cuerpo antes de dirigirse de nuevo a Mila—. Eso es ser *muy* pragmático.

—Tal y como lo veo, estamos ante un enigma infinito que no podemos resolver sin hacer algo distinto. Justus y Mette han propuesto mantener el objeto alejado de grandes fuentes de energía y estudiarlo, aunque sea a lo largo de generaciones y siglos. Es decir, hasta que la ciencia y la técnica hayan avanzado lo suficiente como para entender mejor qué es lo que tenemos aquí delante. El argumento es bueno y lo apoyaría, si viviéramos en un mundo científico. Pero no es así. Pensamos siempre con el horizonte de una vida humana, y desde el punto de vista cósmico es muy poco tiempo. Mientras no poseamos un horizonte de observación mayor, y para eso no tenemos ahora ni los medios ni las posibilidades sociales, seguiremos pulsando todos los botones rojos que podamos encontrar. Así que, ¿por qué no hacerlo ya? Como especie siempre hemos sido mejores en recoger cristales rotos y recomponerlos que no en dejar de lado el martillo y *no* romper el cristal.

—Ya entiendo lo que quieres decir. Gracias.

—¿Gracias por qué? —preguntó la científica de materiales sorprendida.

—Tengo claro que no soy la persona más querida de este grupo.

—Vaya, creo que te has pasado un pueblo en tu interpretación de lo dicho. Mis colegas son gente bastante buena y no se fían de ningún político por norma general.

—¡Pero yo no soy un político! —protestó James.

—No eres ningún científico, ¿o no?

—No.

—Entonces eres un político.

—¿Cómo debo entender eso?

—Entre nosotros, los científicos, al menos durante el trabajo, sentimos normalmente un fuerte recelo ante los no científicos que se implican en nuestros proyectos y tienen algo que decir al respecto. En el sector farmacéutico pueden ser, por ejemplo, los economistas en la gestión de proyecto, que plantean preguntas monetarias y ponen la optimización de procesos por delante de la metodología y la obtención

de conocimientos; en construcción de maquinaria los jefazos que recortan las mejores características de calidad de un producto, porque quieren obtener un mayor margen de beneficio, etcétera. —Mila hizo un gesto despectivo con la mano—. Hay más ejemplos que granos de arena en una playa. Toda esa gente que no investiga ni desarrolla tienen motivos políticos. Quieren ser ascendidos, ganar dinero, quedar bien, ... elije lo que más te guste. Políticos, a fin de cuentas. Y los sufrimos desde el inicio de la ciencia, cuando los políticos aún se llamaban *religiosos*. Por ello las reservas. Pero en la cantina te las apañaste muy bien.

—¿Qué hice en la cantina?

Los hermosos labios de Mila trazaron una sonrisa. Parecía querer responder, cuando una voz en el auricular de James preguntó: —¿Cómo va todo?

Era Norton y apenas se le entendía.

—Listo —dijo Meeks. El americano se apartó del último medidor de infrarrojos y los demás también se fueron alejando de sus equipos técnicos.

—Listo —dijo Falkenhagen.

—Preparado —confirmó Smailow.

—Si comenzaran a salir gases de aquí, podremos captarlos —dijo Laudrup y se apartó de la maleta abierta en el centro de la habitación. Su rosada cara brillaba tras el visor, como si todo esto fuera pura diversión.

—Un segundo, por favor —dijo Chazelle, la más pequeña del grupo, que aún hacía no sé qué en uno de los asientos. Parecía estar haciendo algo en una de las tiras metálicas de inducción sobre los apoyabrazos.

—Salgan ahora del objeto —ordenó Norton e hizo falta algo de fantasía para poder entenderle.

—De acuerdo. Ahora salimos —dijo Smailow y levantó una mano antes de empezar a hacer gestos circulares con un dedo hacia arriba—. Salgamos de aquí, gente.

Como cosmonautas rodearon los asientos, pasaron sobre cables y salieron como si estuvieran moviéndose con microgravedad. James se apartó para dejarlos pasar.

—Tenemos un problema —comunicó de nuevo Norton. Esta vez su voz les llegó más fuerte y perentoria.

—¿Un problema? —preguntaron James y algunos otros más al mismo tiempo.

—El nivel de energía está subiendo —dijo Meeks en lugar del comandante. Se había parado frente a uno de los medidores de infrarrojos junto a la puerta y miraba la pequeña pantalla—. Mierda, está subiendo muy rápido. Deberíamos largarnos de inmediato.

—¿Qué está pasando exactamente, Vincent? —Smailow se quedó en la puerta de pura luz blanca que los separaba de la «cueva» y se giró.

—Ni idea, igual está chupando energía con mayor rapidez de la que pensábamos. No lo sé. Pero deberíamos salir de aquí de inmediato —repitió el americano.

—¡FUERA DE AHÍ! —gritó Norton por radio. Ahora se le oyó perfectamente a pesar de los crujidos y las interferencias—. No hemos iniciado aún la alimentación de corriente, pero ...

El resto se perdió en un ruido de estática de fondo.

—¡FUERA, FUERA, FUERA! —gritó Meeks y Smailow dio media vuelta y desapareció por la barrera de luz. Laudrup le siguió y luego le tocó a Falkenhagen.

—¡Kathryn! —gritó Mila nerviosa e hizo gestos a su delicada compañera que seguía toqueteando cables en el apoyabrazos de un asiento y que había pegado con cinta americana.

—Un segundo —respondió la física de partículas, sin girarse y la rusa ya quería saltar hacia ella, pero James la retuvo por el brazo.

—No. Vete,... ya me ocupo yo de sacarla.

—Eso es ...

—Me iría bien colgarme otra medallita, ¿no crees? —James se giró y la empujó con suavidad para que cruzara la barrera de luz como si se la tragara.

—¿Señora? —dijo desde la entrada con la mirada hacia la Dra. Chazelle, a menos de cuatro metros de distancia junto al asiento que señalaba directamente hacia él. Levantó solo un brazo y siguió moviendo los cables.

—¡Dra. Chazelle, los demás parecen más que preocupados, deberíamos salir de aquí ya mismo! —Como vio que no se movía, corrió hacia ella con la suficiente rapidez como para no dejarse llevar por el miedo, pero con la suficiente lentitud como para no pisar ningún mazo de cables tendido por el suelo ni correr el riesgo de rasgarse el traje por un descuido causado por el exceso de adrenalina. Se preguntó por qué lo hizo: quedarse atrás y echar al exterior a la rusa como un típico héroe de pacotilla. No era ningún héroe, sino un estafador magistral, como más de una vez tuvo que confesarse a sí mismo. Podía leer y entender a las personas, porque conocía sus lados negativos por experiencia propia y sabía utilizar esos lados confrontándolos con los positivos y conseguir que hicieran algo determinado. En la práctica, su trabajo le había llevado en los últimos años a tratar solo con gente muy mala. James Hamilton no era nadie que asumiera peligro por otros, ¿por qué estaba entonces aún ahí dentro y no fuera, con un par de metros de hormigón entre él y este extraño artefacto?

Las muchas voces en la radio le despertaron de sus pensamientos antes de perderse en ellos.

—¡Dra. Chazelle!—gritó con fuerza, cuando llegó a su lado y para sorpresa suya, ella se giró y asintió.

—Lista. He acabado. ¡Vayámonos!

—¡Al fin! —suspiró James más tranquilo y la indicó que saliera primero, aunque le habría gustado salir corriendo cuanto antes de allí.

—Espere —dijo la física de partícula y se quedó parada de nuevo para su consternación—. ¿Ve esto?

—¿El qué? —preguntó impaciente, pero cuando ella estiró un dedo para señalar con el guante de goma un minúsculo punto brillante, se quedó de piedra.

—¿Qué es esto?

—Una luz. Antes no estaba.

Parpadeó un par de veces fascinado y medio hipnotizado y se acercó. En efecto: entre las dos piezas del apoyacabeza, o de lo que instintivamente consideraba apoyacabeza, brillaba una luz roja, minúscula, del diámetro de un alfiler, pero en definitiva una luz roja. Su cerebro quiso interpretarlo en un primer momento como un fallo de visión, ya que apenas podía percibirse cuando se miraba directamente. Pero por el rabillo del ojo, donde la capacidad visual es más fuerte, podía percibirse con claridad.

—Esto es nuevo —dijo Chazelle con seguridad y corrió hacia el asiento de al lado ante de que él pudiera pararla.

—Doctora, deberíamos.

—Aquí brilla en verde. —Corrió hacia el siguiente asiento—. Aquí también.

—Doctora ... —James se interrumpió cuando le llamó la atención otra cosa: silencio. Se había hecho un silencio absoluto, aunque hacía unos segundos percibía las voces de los demás por radio, con tanto énfasis que hasta le dolía el oído derecho. Se giró hacia la apertura brillante de la habitación solo para ver que había desaparecido. En lugar de un paso luminoso en forma de puerta ya solo había eso en cada una de las seis paredes: una pared. Paredes. Del mismo patrón de panal hexagonal que antes, solo que sin excepción, sin salida al exterior ni acceso al interior, y sin rastro alguno de que jamás hubiera existido.

—Todos los asientos tienen lucecitas verdes, minúsculas —continuó Chazelle, sin darse, al parecer, cuenta de nada más. Corría entre los asientos como una gacela blanca y volvió al que había preparado con los cables. Ahora se dio cuenta de que se había quitado el guante y que tocaba los aparatos sin protección alguna.

—¡DOCTORA! —gritó y ella finalmente se giró hacia él.

—¿Qué? ¿Es que no ve que ...

—¡La salida! —la interrumpió—. ¡Ha desaparecido!

En lugar de responder, arrugó la frente y se giró dando una vuelta completa sobre su eje.

—¡Oh! —dijo finalmente—. Esto sí que es interesante.

—¿Interesante? —James resoplaba—. ¡Nos hemos quedado encerrados!

Notaba como un sudor frío se le formaba en la frente. Pequeñas gotitas que surgían de la piel y se volvían más pesadas, hasta atravesar las cejas y bajar por su nariz, dejando tras de sí una quemazón como un rastro de fuego.

—Seguramente sea un mecanismo automático que prepara la activación. Una buena señal.

—¿Cómo?

—Que hay una reacción a la alimentación de energía —explicó Chazelle más despacio, como si estuviera hablando con un niño duro de mollera. La lentitud con la que le hablaba le volvió casi loco—. Significa que el objeto ha cambiado. Está iniciando su trabajo, supongo. Funciona.

—¡No podremos salir de aquí! —Se dirigió a la pared en la que suponía que había estado la abertura, pero no estaba ya seguro. Todas las paredes eran idénticas y podría haber sido una más a la izquierda o a la derecha del hexágono. Ni interruptores, ni teclas, ni palancas, ... ni siquiera algo como ranuras podían verse en el material; solo ese curioso patrón de celdillas de panal que se entrelazaban como si se tratara de un efecto óptico—. ¡Ha desaparecido! ¡Simplemente ya no está!

Estiraba las manos, totalmente aturdido, en un desesperado intento de encontrar a tientas alguna salida, sin éxito.

—La energía aumenta. No noto nada, pero seguramente esta habitación está protegida del campo magnético —continuó Chazelle, como si el ataque de pánico de James no fuera con ella—. Pero estoy segura de que se está generando potencial. Una central nuclear genera unos once mil millones de kilovatios hora al año. Por trescientos sesenta y cinco días eso hace treinta millones, ciento treinta y seis mil novecientos ochenta y seis coma tres kilovatios hora por día. Eso son un millón doscientos cincuenta y cinco mil setecientos siete coma siete, seis, kilovatios hora por hora. Un día tiene ochenta y seis mil cuatrocientos segundos. Lo que finalmente nos da catorce coma cinco kilovatios hora por segundo. —Chazelle asentía contenta—. Esa es una cantidad de energía considerable que debe ir a parar a algún sitio. Pero para una máquina como esta seguramente no sea más que una gotita.

—Perdone —dijo James, irritado—. ¿Realmente no se ha dado cuenta de lo que acaba de pasar? ¡Nos hemos quedado aquí dentro

encerrados!

Para su sorpresa, la física de partículas levantó las manos en un gesto interrogativo.

—Sí, claro que lo he entendido, señor Hamilton. ¿Y? ¿Ayuda en algo ponerse así de histérico? Yo creo que no. Estamos dentro y no podemos salir. Al menos ahora mismo no. Eso son los hechos. Hay oxígeno suficiente para media hora o más, por el tamaño de la habitación. No veo ningún peligro grave para nuestras vidas, pero sí un gran misterio científico que podemos observar desde dentro cuando se activa. Así que, si no tiene nada interesante que aportar, le propongo que, al menos, se quede tranquilo. ¿Entendido?

James asintió totalmente anonadado. Por primera vez en su vida no supo qué decir, y no era por el miedo, que le mantenía agarrotado. Se sentía como un animal al que habían encerrado de golpe en una jaula. Pero tenía razón, claro, aunque en un primer momento no quiso ni pudo reconocerlo.

—Genial, entonces. —Chazelle pareció quedarse contenta y se giró de nuevo hacia el asiento. James pensó mientras tanto en Joana y el recuerdo del maletín repleto de dinero en Mombasa, su última mirada llena de decepción, cuando fue escoltado por el soldado hacia el helicóptero, luego imágenes de la fuerte discusión tras la muerte de su padre, que tanto la había afectado. Si moría aquí, no la volvería a ver nunca ni podría contarle jamás todo aquello que *tenía* que decirle como fuese y que le mantenía despierto cada noche durante horas, desde hacía años.

—¡Oiga! ¿Qué está haciendo? —interrumpió sus oscuros pensamientos que tanto dolor le provocaban al ver que Chazelle se sentaba en el asiento cuyo respaldo tenía la lucecita roja.

—Pruebo una hipótesis.

—¿Qué?

En lugar de responder, la científica comenzó a toquetear el cierre de la capucha protectora de su traje. Antes de que pudiera decir algo, se la había quitado y dejado caer a su lado. Quedó libre su cara huesuda y sudada y aspiró profundamente el aire.

—¿Se ha vuelto loca? ¡Eso es muy peligroso! —protestó James y se acercó a ella.

—¿Por qué?

—¡Yo qué sé, toxinas en el aire, entorno alienígena! ¡Por algún motivo nos han hecho ponernos estos trajes, digo yo!

—Sí. Precaución. Ya no la necesitamos y debo comprobar mi hipótesis —repitió Chazelle y sacó los brazos del traje, que emitía crujidos. Cuando James intentó intervenir, ella le lanzó una mirada de advertencia—. ¡Déjelo!

—Está bien, ¿cuál es su hipótesis? —murmuró él mirando a su

alrededor por si hubiera cualquier cambio más que percibir.

—Estos campos de inducción aquí —dijo, colocando los antebrazos sobre las brillantes tiras de la parte superior de los apoyabrazos—, creo que son para generar alguna especie de interacción electromagnética. Que la sala esté magnéticamente apantallada podría significar que hay procesos electromagnéticos que no deben verse interrumpidos, y ya que los humanos tenemos nuestro propio campo electromagnético, un intercambio o equilibrio de estos campos tendría aquí su sentido.

—No entiendo ni una palabra —dijo James señalando hacia el apoyacabeza—. Pero esa luz es roja, por lo que debería haberse sentado en cualquier otro asiento, menos en este.

—¿Y eso por qué?

—¿Rojo? —preguntó, como si fuera tonta—. Rojo siempre es símbolo de *peligro.* ¡Malo, incorrecto, no!

Ese es un punto de vista extremadamente antropomórfico —respondió ella nada impresionada—. La mayoría de los seres vivos en la Tierra no entienden para nada el significado del color rojo, porque es solo nuestro cerebro que lo interpreta así según reflejos y longitudes de onda. Quien haya construido esto, debe tener un sistema de simbolismo totalmente distinto.

—Ya, ¿igual que estos dispositivos que han creado para sentarse, tan diferentes a los nuestros?

—Hay otro indicio más. Podemos partir del hecho de que la energía que alimentamos al objeto es una gota de agua sobre una piedra caliente. Así que funcionará como cualquier otra máquina en modo ahorro, como con un generador eléctrico de emergencia. Tenemos doce asientos aquí, y todos con el mismo color en el LED, menos este único. Así que considero que es más probable que la única luz que es distinta indica funcionalidad. Y si no es así, ¿qué puede pasar? No podemos esperar encontrar repuestas estudiando este trasto durante siglos, sin aprovechar las oportunidades que nos brinda—. Chazelle apoyó la cabeza en el respaldo y colocó los pies en los soportes antes de cerrar los ojos y expeler el aire de los pulmones.

James vio cómo se levantaban los pelillos de sus delgados brazos y dio un paso atrás asustado. Pero la científica parecía muy relajada.

—Sorprendente —dijo, y a continuación su cuerpo quedó repentinamente fláccido. James sintió en ese momento un fuerte dolor de cabeza y se sujetó las sienes gritando. Era una sensación como si le clavaran cientos de agujas al rojo vivo por el cuero cabelludo y todo se volvió negro frente a él. Luego todo pasó, aunque le tronaban los oídos. Chazelle seguía inconsciente en el asiento y no se movió cuando la tocó el brazo y lo sacudió un poco. Sin tensión alguna en el cuerpo, el brazo resbaló y quedó colgando por el lado.

Del susto, James tropezó al dar un paso atrás y chocó contra algo, se dio la vuelta con un grito para ver que solo era el asiento de enfrente, y no un monstruo que le quisiera devorar.

—¡Chazelle! ¿Me oye? ¡Mierda! —Se quitó la capucha de la cabeza y el guante derecho, estiró dos dedos y le buscó el pulso, cuando empezaron a salir voces de los auriculares.

7



El ambiente en la sala de reuniones del equipo directivo era el de un entierro. Cuando James salió tropezando del objeto, apoyado en ambos lados por soldados, como si fuera un viejo decrépito, apenas se dio cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Veía figuras con los mismos trajes de protección blancos como el que llevaba él, aunque los demás tenían las caras tras los visores. había un gran alboroto a su alrededor y alguien le estaba hablando sin que entendiera ni una sola palabra.

Ahora estaba sentado ante una larga mesa llena de dibujos y hojas de cálculo y miraba indignado sus manos que tenía apoyadas sobre las mangas de su traje protector, anudadas a su cintura. Sentados a su alrededor estaban Meeks, Smailow, Falkenhagen y Laudrup en sus propias sillas con miradas sombrías o espantadas mirando al cielo. Seguían iluminados con lámparas de emergencia, sumergiéndoles en un brillo rojizo que aumentaba aún más la sensación de catástrofe.

—¿James? —preguntó alguien, y al levantar la vista vio la cara sudada de Mila Schaparova. No sabía cuánto tiempo llevaba la ingeniera sentada frente a él, al otro lado de la mesa—. Sé que ahora mismo puede resultarte difícil, pero ¿podemos hacerte un par de preguntas?

Sienten curiosidad. Espantados, pero curiosos, pensó y sintió cómo le subía la rabia. Rabia por pretender colmar su curiosidad científica incluso en estos momentos. Al mismo tiempo sabía que esa rabia era irracional y se sorprendió por sentirse tan consternado. ¿De dónde salía ese terror tan profundo que se había extendido por sus tripas como un tumor? La Dra. Kathryn Chazelle llevaba una hora ya en la enfermería de la superficie, en coma. De lo poco que se había enterado desde que estaba aquí sentado en silencio es que tenía muerte cerebral. Pasara lo que pasara, le había vaciado el cerebro, borrado, eliminado. No había sido nada bonito ver cómo la científica moría, pero en los últimos años, debido a su profesión, había visto como un comerciante de un rey de la guerra había amputado una mano a un niño frente a él con un machete, solo para enviarle un mensaje; había visto madres colgando ahorcadas de un árbol en el Chad, donde debía tener lugar una negociación, y muchas otras cosas traumatizantes más. Aunque esos sucesos aún dieran vueltas en su cabeza para despertarle

varias veces al año con tremendas pesadillas, había logrado dominarlo un poco y se había endurecido, hasta cierto punto. ¿Por qué entró tanto en pánico ahí dentro y por qué no podía quitarse de la cabeza las imágenes de Chazelle cayendo muerta en el asiento?

Claro que lo sabía, si fuera honesto consigo mismo.

—No debería haberse sentado en el asiento con luz roja —murmuró y sacudió la cabeza.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Mila.

—Los asientos. En los cabezales aparecieron minúsculas lucecitas. Todas estaban en verde menos una, que estaba en rojo. Quiso descubrir qué función tenía el objeto y creyó que las tiras de inducción en los apoyabrazos sirven para algún equilibrio electromagnético entre el campo del cuerpo y algún otro. No lo entendí—. James hizo una pausa y se frotó las palmas de las manos por la cara para alisarse la expresión. Cuando levantó la mirada, vio que todos tenían los ojos puestos en él. Meeks parecía como si no hubiese dormido en todo un año, Smailow tenía los fuertes brazos cruzados sobre el pecho y no paraba de morderse el labio inferior; Falkenhagen tenía a la danesa Laudrup cogida del brazo, porque estaba llorando.

Mila le hizo un gesto para que continuara.

—Le dije que rojo significa siempre peligro, pero ella pensaba que era un punto de vista demasiado antropomórfico. Estaba convencida de que el objeto consumía cantidades ingentes de energía y que por ello solo podía activar uno de los asientos. —Sacudió de nuevo la cabeza—. Pero el punto de vista antropomórfico es el único lógico hasta ahora en este aparato. Sé que todos ustedes son científicos inteligentes con doctorados y excelentes formaciones, pero a veces puede resultar útil la opinión de alguien simple con sentido común para analizar un problema. Dentro de esa cosa negra hay asientos como los habría en cualquier complejo de oficinas. La entrada se adapta a nuestras dimensiones y hay luces rojas y verdes. En todas las culturas significa el rojo alguna forma de peligro, ¿o no? Muchas plantas y frutos utilizan entre otros el rojo como indicador de veneno, para asustar a sus enemigos. Los semáforos en las calles, las señales de alarma, todo en rojo. Y el verde es el color de la vida. ¿Cómo podemos ver dos indicios antropomórficos frente a nuestras narices e ignorar el tercero porque sí, o darle la vuelta, solo porque esperamos una complejidad extrema o que algo nos resulte especialmente extraño? Incluso en un complejo propulsor de un cohete hay piezas sencillas.

Los demás callaron un rato e intercambiaron miradas.

—¿Dijo algo más? —quiso saber Meeks.

—*Sorprendente*

—¿Perdón?

—Dijo: *Sorprendente.* Y cayó muerta.

—Entonces es que vio algo —dijo el americano, muy seguro de sí mismo—. O sintió algo. Percibió algo.

—No lo sabemos, Vincent —comentó Falkenhagen dudoso—. No sabemos nada más que ahora tiene muerte cerebral.

—¿Te crees que no lo sé? —resopló Meeks de vuelta y el alemán presionó el hombro de Laudrup cuando sollozó con fuerza.

—Cálmate, Mette —dijo Smailow tranquilo, pero con cierto enfado en la mirada—. Eso tampoco nos la va a devolver. Ahora nos toca tranquilizarnos para poder pensar con claridad. El objeto sigue activo.

—¿Qué? —preguntó James, medio preocupado y medio sorprendido.

—No hubo apenas consumo energético y la conexión con la central nuclear se ha cortado, pero el objeto mismo sigue extremadamente caliente y su superficie chisporrotea de energía.

Solo el campo magnético ha bajado de intensidad, por lo que el caudal de corriente ha vuelto a la normalidad. Ahora hay que reparar los conductos dañados. Ni te imaginas lo que pasaba aquí fuera mientras estabais dentro —dijo Mila.

—¿Qué hay de Pavar?

—¿La política? No la hemos vuelto a ver. Pero Norton está en modo crisis. No se le puede reprochar, pues el objeto ha absorbido durante diez minutos la plena potencia de una central nuclear y no parece que haya devuelto nada de ella al exterior—. La rusa se dirigió de nuevo a sus colegas—. ¡Debemos volver a entrar mientras esté activo!

—¿Estás loca? —dijo Falkenhagen y sacudió enérgicamente la cabeza—. ¡Ni siquiera sabemos qué le ha pasado a Chazelle!

—Sí lo sabemos —le contradijo Smailow y todas las miradas se centraron en él—. Sabemos que tiene muerte cerebral porque se sentó en uno de los asientos, ... con luz roja encendida. Según nos cuenta el Sr. Hamilton había estado experimentando con los campos de inducción en los apoyabrazos. A él no le ha pasado nada. *Esos* son los hechos. Todo lo demás es nuestro miedo y angustia.

Mila asentía dándole la razón e incluso Laudrup pareció tranquilizarse un poco, sacó un pañuelo de la mangua y se sonó la nariz con mucho ruido. Solo Meeks seguía con mirada consternada y sombría y se giró mientras Falkenhagen parecía estar librando una batalla interna.

—*Esos* son los hechos —repitió el ex cosmonauta y su acento ruso confirió a su voz un tono más imperativo—. Por eso estamos aquí. Por los hechos.

Por ahora no hay indicios de que regresar al objeto vaya a resultarnos peligroso, y *tenemos* que regresar al objeto. Estamos aquí

para estudiarlo y analizarlo, descubrir su finalidad y su función. Cada uno de nosotros sabíamos que comportaba ciertos riesgos inciertos, pero como científicos es nuestro deber arrojar luz sobre la oscuridad, conocimiento sobre la incertidumbre. Encerrarnos y abandonarnos al miedo no formaba parte del plan. Así que propongo que continuemos.

—¿Ahora? —preguntó Meeks, estupefacto—. Está *muerta*, Adrian. *¡Muerta!* ¿Y tú quieres continuar como si nada?

—Cuando uno se cae del caballo debe volver a subirse de inmediato —insistió el ruso—. Si no, no lo volverá a hacer en su vida.

—Pero esto no tiene nada que ver con un paseo a caballo. ¡Kathryn no se ha caído de un caballo, sino que ha muerto dentro de un artefacto alienígena, porque le frio el cerebro! —gruñó Meeks lleno de rabia.

—Eso era solo un ejemplo, pero aplicable también aquí.

—Tiene razón —dijo Laudrup, tomando la palabra. La danesa se había separado del joven Falkenhagen y se limpiaba las lágrimas de los enrojecidos ojos—. Tengo un miedo tremendo de volver ahí dentro, pero no significa que la solución correcta sea ahora esconder la cabeza en la arena.

—Todo lo contrario —dijo Mila dándole la razón y James se dio cuenta de que aprovechaba con inteligencia la dinámica para reforzarla. Él lo habría hecho igual—. Se lo debemos; si continuamos, será por ella. Kathryn era extremadamente valiente, todos los sabemos, y con su valor nos ha enseñado un camino de cómo entender mejor el objeto. Deberíamos aprovecharlo y no descartarlo porque sí.

Parecía funcionar. El ex ingeniero de Boeing mantenía una evidente lucha interna y se llevaba las manos a la calva, pero no dijo nada más y se levantó para caminar de un lado al otro de la habitación. El estado de ánimo fue cambiando poco a poco.

—¿Y qué hemos descubierto entonces? —quiso saber Falkenhagen.

—La luz roja. Realmente debe ser una advertencia, o indica un mal funcionamiento —respondió Mila.

—Una hipótesis.

—Sí, pero con un indicio.

—¿Un indicio por el que te jugarías la vida? —insistió el alemán.

—En caso de duda deberíamos preguntarnos hasta dónde queremos llegar para desvelar los misterios del objeto —planteó Mila.

—¿Hasta dónde? Lo mejor sería coger a presos y meterlos ahí dentro como conejillos de indias prescindibles, ¿no?

—No hay motivo alguno para que nos insultemos mutuamente —interfirió Smailow—. Todos estamos afectados por Kathryn y está bien, pero no vamos a saltarnos al cuello los unos contra los otros, ¿está claro? Somos mejor que eso. Llevamos seis semanas trabajando en algo por lo que millones de colegas nos envidiarían a muerte. Así

que haced el favor de dominaros un poco.

—Yo voy —dijo James, y se puso en pie. Sus piernas protestaron, se sentía débil, pero se obligó a hacerlo. Sabía que los ánimos estaban oscilando de un lado al otro y Smailow tenía razón con cada palabra que decía. Aparte de eso, ya no aguantaba más tiempo sentado en esta sepultura de cemento rompiéndose la cabeza—. Voy a entrar de nuevo allí.

Todas las miradas giraron hacia él. Smailow asintió reconociéndoselo y la cara de Mila mostraba una mezcla de compasión y enfado, mientras Meeks y Falkenhagen los miraban incrédulos y Laudrup parecía que tenía que compadecerle por sacrificarse.

Resultó que toda la instalación estaba en pleno movimiento, algo que desde la sala de reuniones no se había notado nada. Los técnicos corrían de un lado al otro, abriendo tubos y conductos y realizando reparaciones. En varios puntos brillaban los soldadores y el bullicio era completo. James se preguntó cuánta de esta genta sabía lo que sucedía aquí, o si seguían pensando que trabajaban en un silo de misiles. Mila le explicó en un susurro que los dispositivos electrónicos protegidos contra impulsos electromagnéticos habían sobrevivido el campo magnético fuerte del objeto, pero muchos de los cables se habían quemado por el golpe de corriente inducido magnéticamente. Ya que no había alternativa, se tuvieron que sustituir.

En la esclusa de aire se vistieron en silencio y de forma mecánica. Mila ayudó a James con los cierres y la cinta alrededor de brazos y piernas y él le devolvió el favor encargándose de lo mismo con ella. Los demás también se ayudaron recíprocamente después de que Smailow se acercara a Meeks. Reinaba una atmósfera triste pero decidida y de alguna forma le ayudó a ver la puerta a la «cueva» con algo menos de miedo. Seguía pareciendo amenazante, parecía más oscura de lo que debía ser y se sintió como un condenado a muerte de camino al patíbulo, pero una voz que iba creciendo en su interior le convenció de que esa reacción era irracional.

El comandante Norton estaba también allí, junto a la pared de la izquierda, con dos soldados también embutidos en trajes protectores, sujetando tablillas con notas bajo el brazo, mientras él señalaba sin parar hacia el objeto. Por lo demás, la gigantesca caverna estaba vacía. Habían sacado incluso las mesas rodantes y los contenedores con los equipos de los científicos, por lo que solo quedaba allí la rampa, donde James la había visto la última vez.

El elipsoide en sí seguía encajado entre el techo y el suelo de hormigón, como si no hubiera pasado nada. Su envoltorio negro y sin contornos brillaba en sus bordes y podía *sentir* que el frío que notaba procedía de allí.

—¿Qué pretende hacer? —preguntó el comandante tras dejar atrás

a sus soldados y acercárseles.

—Vamos a continuar el trabajo —dijo Smailow en nombre del grupo.

—No considero que sea una buena idea. Deberíamos esperar a que la decana nos dé luz verde. Estamos en plena fase de reparación y no nos podemos permitir ninguna erupción magnética más.

—Lo entiendo; pero la señora Pavar es la que manda, ¿no?

Norton apretó los labios.

—Pregúnteselo. Mientras tanto, vamos a reemprender nuestra labor. —Smailow, sabedor de que aquí abajo no había conexión telefónica con la superficie, hizo un gesto de saludo hacia el oficial y se marchó. Norton no dijo nada, pero abandonó la cueva y sacó su aparato de radio del cinturón—. Manos a la obra, pues.

Fueron hasta la rampa blanca, que resaltaba ante el trasfondo intensamente negro, como como si fuera de pura luz en proceso de ser absorbida por un agujero negro. James tragó con dificultad, pero solo era el reciente recuerdo de su propio pánico cuando quedaron encerrados y de la muerte de Chazelle. Aunque sonara algo cruel, no la llegó a conocer bien y tampoco le había resultado especialmente simpática. Era más por la forma en que había sucedido. Abrupta, pero a la vez suave, sin golpes ni sangre ni otros efectos. Cerró los ojos y murió. Así de simple.

Smailow no se paró al pie de la rampa, sino que dio con valentía el primer paso, por lo que los demás se le sumaron en fila india. James temía que igual esta vez no se abriría la puerta, pero antes de acabar de pensarlo ya estaba allí de nuevo: un rectángulo vertical de brillante luz. El cosmonauta entró sin dudarlo, seguido de Mila y James.

Todo parecía exactamente igual a como lo habían dejado. Los asientos estaban aún allí, una hilera exterior y otra interior, confrontadas entre sí. La maleta abierta con los detectores de sustancias químicas, los packs de baterías de los que salían pequeños cables hacia los medidores de infrarrojos y gran cantidad de cámaras. Y allí estaba el asiento en el que murió Chazelle. El patrón de panal de las paredes parecía oscurecerse y acercarse, haciendo todo más estrecho y amenazador, pero James recuperó la compostura y respiró bien hondo.

—¿ ... o no?

James sacudió la cabeza al notar que Laudrup le estaba hablando. Esa mujer de mofletes rosados y espesa melena le sonreía con empatía y le cogió los brazos. Sus manos eran blandas y cálidas.

—Perdóneme, doctora —dijo él y parpadeó un par de veces—. ¿Qué me estaba diciendo?

—No pasa nada. Tómese el tiempo que necesite.

—Ya estoy bien.

La química le dio un último apretón en sus muñecas y lo soltó.

—Los cables sueltos que Kathryn ... que conectó a las tiras de inducción, ¿recuerda dónde fue exactamente?

James miró por encima del hombro de la mujer, lo cual no era difícil ya que, a pesar del sobrepeso, también era bajita. Los cables azul y rojo que Chazelle había fijado con cinta americana estaban junto al asiento, a la derecha y a la izquierda, en el suelo. Se lo enseño en la medida en que lo recordaba y Meeks y Falkenhagen, de pie a su lado, miraban con detalle lo que hacía y discutían sobre "tensiones de compensación", "campos de inducción" y "bandas de frecuencia". No entendía ni una palabra y se quedó en silencio mirando como los demás inspeccionaban los instrumentos y estudiaban los distintos asientos, como si hubiera algo nuevo que descubrir, lo cual no era el caso.

Solo es una habitación, se instaba para sí mismo. *Y Joana no está aquí. Tuviste tu oportunidad y la malgastaste. Acéptalo de una vez. Estás aquí abajo y no puedes hablar con ella. Y aunque pudieras, ¿qué le dirías? ¿Qué podrías decir para explicar lo que ha pasado? ¡Ni siquiera puedes confesar por qué se te llevaron los soldados en un helicóptero! ¿Igual un "no fui detenido"? ¿Por qué debería creerte? Ya pasó y se acabó. Lo mejor será que te hagas ya a la idea.*

Solo que *jamás* llegaría a acostumbrarse a ello y lo sabía.

James levantó la mirada cuando Meeks y Smailow comenzaron a discutir a gritos. El americano se había colocado frente al cosmonauta con los brazos cruzados sobre su imponente barriga.

—¿A qué pretendes jugar? ¿A la ruleta rusa?

—No. Simplemente conectamos los cables de Kathryn a uno de los asientos con luz verde y comprobamos la hipótesis de que verde es que *funciona* o que es *seguro* —respondió el ruso intentando no perder los nervios.

—Ajá, solo porque tenemos una suposición. ¿Cómo deberíamos morir entonces? ¿En el sentido horario o contrario a las agujas del reloj?

—Lo mejor sería no morir.

—¡Anda ya! —resopló Meeks—. Te diré una cosa: En Siberia igual golpeáis con el martillo todo lo que no funciona, pero aquí utilizamos más la sesera.

—Ya sé que te ha afectado mucho lo de Karhtyn. —Smailow levantó las manos en un gesto tranquilizador—. Pero no es motivo para perder los nervios. Disponemos de un punto de partida claro y si no te apuntas voluntariamente, lo entiendo.

—¿Un punto de partida en forma de color? ¿En qué serie de tests es eso un indicio?

—Estamos hablando de un ensayo. Sin ensayos no se obtienen

conocimientos.

—Tiene razón —intervino Falkenhagen y señaló hacia Meeks—. Es demasiado peligroso, Adrian. No podemos enviar al siguiente de nosotros a otra muerte cerebral. Piensa un poco en lo que haría eso a nuestro equipo. No queremos precipitar nada.

—Pienso como Adrián —dijo Mila desde el otro lado de la habitación y señaló con la mano enguantada hacia la puerta de luz que llevaba a la rampa—. Pero el objeto no parece estar dispuesto para otro ensayo.

—¿Y si la idea de Kathryn de la tensión de compensación era el impulso correcto? Es innegable que el objeto reacciona de alguna manera inteligente, lo cual puede verse en que la puerta se forma solo cuando alguien se acerca desde fuera. Recordad los primeros ensayos. Con animales no funcionó. Aquí dentro hay una atmósfera respirable y no hemos encontrado ni una sola toxina. Esto —Smailow tocó su traje de plástico—, no es más que una medida de precaución ante lo desconocido. Igual el objeto detectó que uno de los asientos estaba listo.

—¿Listo para qué? —preguntó Meeks y Falkenhagen dirigió una mirada interrogativa al Ruso, que se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¡Pues claro que no! ¡No sabemos absolutamente nada! Somos las hormigas que pueden jugar con fuego y encienden la mecha dentro de su hormiguero.

James vio como Smailow miraba hacia Mila, que asentía de forma apenas perceptible. Otra persona igual no lo hubiera notado, pero a él, especializado en microgestos, tan importantes en su profesión, no se le pasó por alto.

—¿Puedo hablar con vosotros dos? —preguntó el cosmonauta finalmente en dirección a sus dos colegas, y Meeks y Falkenhagen asintieron tras una breve duda—. Salgamos. Creo que necesitamos un poco de tranquilidad y distancia de este lugar.

Los tres salieron del elipsoide por el orificio de luz y James se quedó solo con Mila y Laudrup. La ingeniera rusa se dirigió de inmediato al asiento con la lucecita roja y cogió los primeros dos cables bajo el reposabrazos izquierdo y luego los del derecho, antes de agarrar también la gran batería que había detrás.

—¿Que estás haciendo? —preguntó James irritado.

—Aprovechar el tiempo —respondió escueta y le señaló que se acercara, mientras colocaba la batería junto al asiento contiguo y le entregaba un rollo de cinta americana—. Coge esto y dime exactamente cómo y dónde había fijado ella los extremos de los cables.

James lo hizo y ella siguió sus gestos a conciencia, cortó trozos de

cinta y fue fijando los extremos metálicos de los cables en los extremos de las tiras de inducción, hasta quedar tal y como él recordaba. Por suerte no era nada complicado.

—¿Qué pretendes hacer ahora?

—¿A ti qué te parece? Comprobar tu hipótesis.

—No deberíamos hacerlo —dijo Laudrup—. No es correcto.

—¿Crees que llegarán a un acuerdo antes de que vuelva Norton y eche a todo el asunto un pestillo tan grande que se meterá en nuestros culos para que no nos movamos durante semanas? —replicó Mira de un tirón.

—Creo que el objeto lo ve de forma distinta. —La danesa señaló hacia la puerta de luz—. ¿Igual ya no tiene suficiente energía?

James observó los asientos y las minúsculas lucecitas en ellos.

—¿Para qué necesitaría tantísima energía o en qué la habrá consumido? —preguntó la rusa—. Kathryn ha muerto, pero no ha pasado nada que podamos relacionar con un alto consumo energético.

James volvió a mirar a su alrededor y a la apertura, e intentó recordar cuándo desapareció exactamente.

—Igual el artefacto decide por sí mismo cuando es el momento adecuado.

—Pues no deberíamos fiarnos de él, si consideró el ensayo de Kathryn como momento adecuado —dijo Laudrup.

—Puede que no sea *tan* inteligente. Podría tratarse de sensores inteligentes, no de una IA completa o de varios sistemas de IA que solo siguen un determinado esquema. Si se cumple la condición A, se inicia el estado B —explicó Mila—. ¡Eh, qué estás haciendo!

James lanzó a un lado el guante de su mano derecha y la apoyó sobre el respaldo del asiento que Mila estaba preparando. Miró por encima del hombro y oyó como Laudrup casi se ahoga del susto. Había desaparecido la abertura.

—Acabo de probar algo.

—Tú ...

—Sí, yo.

Mila lo miró a los ojos y apretó los labios.

—No tú.

—Conozco ese tipo de mirada, James. Es la mirada de un hombre roto. No deberías hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque quieres que no funcione.

—Sí, una parte de mí lo desea realmente —confesó libremente y abrazó la melancolía en su corazón que llevaba años reprimiendo por no abandonar jamás la esperanza de poder corregir sus errores del pasado—. Pero no es eso. Cometí una vez un error con una persona y no quiero repetirlo. Este proyecto os necesita más a vosotros que a mí,

créeme. Y, además, es *mi* teoría. Yo debería comprobarla y responsabilizarme en caso necesario.

Mila lo miró largamente a los ojos. Entonces le cogió la mano y la apretó brevemente, antes de asentir y ayudarle a quitarse el otro guante y la capucha con el visor.

Respiró hondo una última vez, se dio la vuelta y se sentó. La piel con la que tocaba el campo de inducción la sintió al principio fría, pero luego comenzó a producir un cosquilleo hasta que el efecto desapareció.

—¿Todo en orden? —preguntó Laudrup preocupada.

James asintió en silencio.

¿Ya te cansaste de vivir? ¿O quieres ganarte el perdón con una hazaña heroica?, pensó en conversación íntima consigo mismo, sin encontrar respuesta. Lo único que sabía con total seguridad era que su decisión de no tener que ver cómo Mila corría ese riesgo por él era la correcta. Sentaba bien no pensar solo en uno mismo o en lo que los demás esperaban de uno, sino solo mantenerse firme en la idea y hacer algo desinteresadamente. ¿Por qué? Porque resultaba muy sencillo. No había nada complicado en esta decisión. Solo tienes que actuar primero para proteger a otros del peligro. ¿Qué podría ser más sencillo que eso?

—Hmm, la batería muestra una tensión moderada. ¿Pasa algo? —preguntó la rusa y miró a James con una mezcla de reproche, empatía y respeto.

—No, no lo sé —respondió con voz ronca. Buscaba indicios de excitación en su interior, un nudo en la garganta, un peso en el estómago o simplemente un nerviosismo vibrante en los huesos. Pero no había nada de eso. En el fondo, estaba solo sentado en una silla y lo demás sucedía en su cabeza: Pensar en extraterrestres que habían construido esta máquina, cuya complejidad hacía que todo lo logrado por el ser humano pareciera una punta de flecha de sílex, y a la vez resultara tan mundano. Esta era su realidad en ese momento y era tan surrealista, que su mente parecía querer retirarse y dejar de ocuparse de todo eso.

—Nunca pensé que fueras tan caballeroso —dijo Mila y le obsequió con una sonrisa, mientras comprobaba las conexiones de los cables a los campos de inducción. Su voz sonaba casual; seguramente había malinterpretado su expresión neutra como miedo o simplemente tensión.

—Tampoco lo soy. Lo fui una vez, creo.

—Pues ahora lo vuelves a ser.

James miró el asiento frente a él, suficientemente cerca para que los apoyapiés, o lo que habían interpretado como tales, casi se tocaran. Entonces cerró un instante los ojos, para relajar el cuerpo y


apoyó la cabeza en el respaldo.

8



James abrió los ojos y sintió de inmediato un intenso frío. Tiritaba cuando la mirada recayó en el asiento frente a él. Pero algo había cambiado. Mila ya no estaba con él, ni tampoco había rastro de Laudrup. Se miró los brazos y arrugó la frente cuando se vio totalmente desnudo. Sin traje protector, ni siquiera ropa interior. Levantó las manos frente a la cara y miró las finas huellas de las palmas, que tan bien conocía; las giró un par de veces y movió los dedos. Entonces miró a través de los dedos hacia el asiento delantero y notó que la perspectiva era diferente.

¡Estaba sentado en el círculo interior!

—¿Qué coño ...? —murmuró y tragó. Se agarró a los apoyabrazos y se levantó. No había cables que llevaran a las tiras de inducción, ni batería detrás del asiento, ni tampoco detrás del delantero, cuyo respaldo se apoyaba en la pared de panel. Miró aterrado a su alrededor y no logró encontrar nada. Ni medidores de infrarrojos, esas pistolitas sobre trípodes, ningún pack de baterías sobre el embudo del centro, donde casi se tocaban los respaldos de los seis asientos interiores, ningún cable, ninguna cámara. La habitación estaba vacía. Vacía excepto por él. No había indicios de que jamás hubiera habido nadie aquí dentro, aunque tampoco de que *no* se tratara del extraño espacio en el que había cerrado los ojos hacía un momento. Todo estaba igual que antes: El patrón de panal en las paredes del hexágono, en cuyo centro se hallaba, los asientos con su impecable tapizado de material desconocido, el suelo, que parecía una mezcla de metal endurecido y plástico, el techo sobre él, que no era un techo por perderse en un negro sin forma alguna, macizo y a la vez oscuridad vacía.

Pero la apertura estaba allí, ese perfecto rectángulo de luz, cuyos fotones parecían lamer los bordes como plasma fluido. Con mucha luz, pero sin llegar a que dolieran los ojos.

—¿Dónde está todo el mundo? —dijo en voz alta, girando un par de veces más en su eje.

Ninguna respuesta.

—¡No tiene ninguna gracia!

¿Qué han hecho? ¿Me han desnudado y cambiado de sitio? ¿Por qué no he notado nada?, pensó y se tocó la piel desnuda de barriga y

caderas. Todo parecía normal. No se sentía agotado; al contrario, se sentía más vital que nunca, como si hubiera pasado una larga noche entera durmiendo. La primera en muchos años. *¿No pretenderán que salga ahora allí fuera en bolas? ¿O es que ha habido un accidente?*

James se quedó de piedra. ¿Y si también se quedó él el coma, igual que Chazelle, y se encontraba ahora en un delirio permanente, un mundo de ensoñación, que no le permitiría volver? Esto significaría que su cerebro intentaba elaborar una y otra vez las últimas experiencias en una especie de bucle. Tenía sentido, ya que se había familiarizado mucho con esa sala, pero sin entender lo más mínimo de los equipos instalados por los científicos. Los cables conducían electricidad, eso lo sabía, pero hasta ahí llegaban sus conocimientos. ¿O es que su mente comatosa eliminaba todo aquello y le daba justo lo que deseaba su inconsciente? ¿La salida? ¿Dónde estaban los demás? Mila le gustaba, y Laudrup, con su aspecto maternal, le caía bien, porque le transmitía mucha calma. Fue ahora, cuando no estaban, que se dio cuenta de ello.

Muerte cerebral, pensó y tragó dificultosamente. *¿Es esto posible? ¿Estoy ahora igual que la Dra. Chazelle, en una camilla de la enfermería de la base aérea mientras los demás hacen caras largas en las profundidades del silo de misiles y se acusan mutuamente para ver quién tiene la culpa de todo?*

La idea le hizo tiritar y le recordó el frío que sentía. ¿Debería un hombre tiritar tanto de frío estando en coma? ¿Y si ahora pasaba por la puerta de luz? ¿Se acabaría el sueño y comenzaría de nuevo con un despertar en el asiento incorrecto? Siguiendo un impulso, se fue al asiento contiguo pero de delante, con el respaldo apoyado en la pared de panal y buscó la lucecita. La encontró y brillaba en verde. Los miró todos y vio que todos tenían la luz en verde.

¡No había luces rojas! James se acercó al centro y se colocó entre los seis cabezales que se unían allí como una crisálida. En efecto: no había ninguna desviación, ninguna luz en rojo ni parpadeando. ¿Y si no estaba en coma, sino que había pasado algo con el objeto? ¿Un impulso magnético más fuerte aún, que hubiera destrozado la instalación? ¿O un escape de radiación que solo hubiera respetado la parte interior?

Pero ¿dónde estaban Mira y Laudrup? En caso de evacuación se lo habrían llevado con ellos, ¿no? Sintió de nuevo el frío y comenzó a tiritar. Tendría que entrar en calor de alguna forma, y aquí dentro no sería posible. Así que se acercó al recuadro de luz que se abría en una de las paredes. Sin los artilugios de los científicos como orientación, le habría sido imposible saber en qué pared se abría la puerta, ya que todo era exactamente igual y simétrico. Pero en la instalación subterránea de la base aérea siempre aparecía en la misma pared. Se

preguntó si habría pasado lo mismo si hubieran montado la rampa en otro lado. A fin de cuentas, la cámara era simétrica, pero el objeto mismo un elipsoide. No fue la primera vez que se preguntó por qué los constructores habían elegido esa forma. ¿Por motivos estéticos? ¿O funcionales? ¿No habría sido más lógico hacerlo en forma cilíndrica?

Se paró frente a la luz y metió una mano para probar, primero solo un dedo, con cuidado, luego algo más hasta que desapareció la muñeca entera. Sentía calor. Mucho calor, incluso.

Tras inspirar con fuerza, atravesó la puerta y pegó un grito al caer al vacío. Aterrizó con un ruido sordo en una masa viscosa y gimió cuando notó un fuerte dolor en el hombro. Se levantó mareado y se encontró en una ciénaga de apestoso lodo formado por tierra y hojarasca podrida. El elipsoide se mantenía erecto en una tundra monótona, color marrón, con su figura negra y sin contornos; un majestuoso monolito en medio de la desolación. De la apertura ya no se veía nada, pero debía haber estado a algunos metros por encima del suelo.

Todo el entorno a su alrededor estaba cubierto por esa oscura ciénaga, interrumpida por pequeñas acumulaciones de arbustos nudosos, de no más de medio metro de altura, que parecían haber sufrido un incendio pocos días o semanas atrás. Los tonos marrón oscuro pasaban a tonos de marrón aún más oscuro y grisáceo, y creaban una imagen depresiva de desolación, como ávidade un sol que no existía. El cielo estaba cubierto por inmensas nubes grises como un sudario manchado, con un pestilente hedor a huevos podridos en el aire.

—¿Dónde demonios he ido a parar? —James se incorporó y se llevó una mano al hombro lesionado, ignoró el apestoso lodo que resbalaba hacia abajo por su cuerpo sin especial prisa por efecto de la gravedad. Al contrario de lo que temía, no le costó mucho regresar al objeto, aunque el lodo parecía tirar de sus pies, cada vez que los sacaba para dar un paso. Sintió de nuevo el frío justo frente al casco negro, cuando casi apoyó la nariz contra él, al no poder saber exactamente dónde empezaba y acababa el objeto. Y allí vio como caían gotas de agua sin parar, como si no encontraran superficie a la que adherirse. Esa cosa negra estaba lisa y seca y necesitó un ojo muy avizor para poder ver siquiera las gotas. Sobresaltado por una repentina sed, abrió la boca y acercó las mejillas todo lo que pudo para absorber todas las gotas posibles y bebió con ansia.

Sabía algo amarga, pero calmó rápidamente su sed. Tan pronto se separó del objeto volvió a sentir el calor y le hizo sudar.

—¿Dónde estoy? —murmuró y se sintió de golpe muy solo. Ese entorno, en el que se encontraba, era tan desolado que parecía absorberle toda la vida de las venas. Su vista no alcanzaba más allá de

unos cien metros, por una neblina que colgaba sobre el paisaje. Pero es que tampoco había mucho que ver, excepto los arbustos incoloros en un mar de lodo.

—¿Hay alguien aquí? —gritó y se sintió bastante ridículo porque era evidente que estaba solo; tan solo como se pudiera jamás estar. Tras unos infinitos minutos comenzó a caminar hacia el sur. No tenía ningún punto de referencia para saber en qué dirección se movía, pero se decidió por definir al elipsoide negro como su propio norte. El objeto destacaba claramente del neblinoso entorno, de esa ciénaga húmeda a su alrededor, formando una silueta recortada frente al horizonte cubierto de nubes, más cercano de lo que le hubiera gustado.

James fue poniendo un pie delante del otro, girándose cada dos pasos para asegurarse de que el objeto seguía allí, a la vista. No había ruido alguno, aparte de un ligero susurro traído por el viento a sus oídos y que procedía seguramente de los arbustos, que se mecían ligeramente al viento.

No hay pájaros, pensó. *Ni insectos. Nada.*

Se acercó a uno de los arbustos y se puso de cuclillas frente a él, se limpió el sudor de la frente con el dorso limpio de la mano y tocó una de las ramas. La frotó un poco con los dedos y levantó las cejas cuando se desprendió ceniza seca de la madera, que por debajo estaba muy seca. Aparecieron minúsculos brotes, de menos de un milímetro de diámetro. Se podía ver un leve rastro de verde, pero ante todo manchas herrumbrosas, que anunciaban enfermedad y descomposición.

Al apretar un poco más para descubrir más brotes, la rama se rompió con un crujido que le resultó tan sonoro en ese silencio, que James se estremeció. Se puse de pie de golpe, como un ciervo asustado que olía a depredadores cercanos. Cada vibración de una rama cada susurro algo más alto de lo normal, le ponía la piel de gallina en su cuerpo sobrecalentado. Buscó el objeto sin encontrarlo al principio, pero al girar del todo exhaló con alivio al ver el elipsoide en el horizonte, negro y eterno. Subrayaba la monotonía de esa naturaleza decrépita a su alrededor, con su forma sencilla y su altura, como si se tratara de una obra de arte minimalista.

James comenzó a caminar en círculos concéntricos apartándose poco a poco del objeto que mantenía como punto central de referencia. Se encontró con pequeños matorrales nudosos y de hojas amarillentas, muchas ramas rotas e incluso piedras grises cubiertas por un musgo oscuro, empapado de humedad. Lo olió, puso cara de asco y lo dejó caer de inmediato. El hedor amenazaba con metérsele a mordiscos en el cerebro y superar con creces el recuerdo infantil del olor a tierra húmeda del moho que crecía bajo la terraza de casa de

sus padres.

Había perdido la noción del tiempo de tanto dar vueltas en el intento de descubrir dónde se hallaba; de descubrir si aquello era real. Al final regresó al objeto para apoyar la espalda contra él, sentarse de cuclillas en esa ciénaga y disfrutar del frío que el objeto le transmitía desde el casco a todo su cuerpo. Le dolía el hombro, pero no encontró ninguna herida, así que se trataría seguramente de una contusión. No le molestaba, aunque sí le daba al menos la sensación de que ese lugar era real y no estaba soñando.

¿Dónde estaba? ¿Por qué parecía estar todo aquí muriéndose? Aparte del objeto, claro.

James se frotó la cara con las manos y la dejó al final allí enterrada, en sus palmas, para no tener que continuar viendo la fealdad de esa naturaleza, las amenazantes nubes y el hedor, en un intento de descubrir lo que había pasado.

—Estaba sentado en uno de los asientos externos, de los que hay uno por pared —comenzó a enumerar los hechos y su voz, dentro de sus manos, formaba un curioso eco—. Entonces cerré los ojos y algo debió pasar. Chazelle murió cuando cerró los ojos. Y dijo *sorprendente* antes de morir. ¿Será eso? ¿Inducirá el cierre de ojos una especie de transición? ¿Por qué estaba entonces sentado en uno de los otros asientos que miran del centro hacia afuera cuando abrí de nuevo los ojos? ¿Era ese el asiento justo delante del de antes? Y aún en ese caso: ¿Cómo llegué a él? ¿Por qué cambié de sitio?

Un crujir de hojas le paralizó. Se diferenciaba claramente del constante susurro del viento. Solo durante unos instantes, luego paró del golpe. El frío en la espalda de James se extendió repentinamente por todo su cuerpo y retiró lentamente las manos de la cara.

Frente a él había alguien.

A unos cinco metros había una persona, algo más pequeña que él, quizás, envuelta en varias capas de oscuros jirones de ropa. Alrededor de la cintura llevaba un grueso cinturón de tela en el que pudo ver un hacha rudimentaria, un cuchillo y una especie de saco de yute. Llevaba la cara cubierta por un turbante, por lo que solo se le veían los ojos y una pequeña parte de la nariz. Se trataba sin duda de un ser humano, por la silueta delgada probablemente una mujer, aunque resultaba imposible decirlo. Ya que no había sacado ninguna de sus armas, se tragó su primer susto y levantó ambas manos con las palmas hacia afuera.

—Ejem, hola —dijo con voz ronca y carraspeó.

La extraña figura se asustó ante su voz y dio un par de pasos atrás.

—¡No, no! —levantó y bajó las manos con aire tranquilizador—. Yo ... necesito un par de respuestas: ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

En lugar de responder, su visitante inclinó la cabeza y le observó

con detenimiento. James se lamió los labios y se puso de pie, lo cual provocó que aumentara aún más la distancia entre ellos.

—No tengo armas y estoy herido —continuó, con una sonrisa exenta de toda alegría—. No represento ningún peligro para ti. Al contrario, más bien soy yo quien tiene miedo de ti.

La figura se acercó un paso, con mucha lentitud, como un gato acechando, los ojos clavados en él y saltando inquieto de un lado al otro.

—En serio que no. —Siguiendo un impulso, se giró dándole la espalda y apoyó las manos en el casco del objeto, como alguien a quien acaban de detener—. Convéncete a ti misma. Soy un hombre desnudo, cubierto de barro, que no sabe dónde está y le duele bastante el hombro.

¿Por qué no habla?

—¿Mahru tek qasadu? —oyó una voz a su espalda. Sonaba suave, aunque con cierta tensión. Y estaba más cerca de lo que había esperado.

—¿Qué? No entiendo. ¿Habla usted inglés? —preguntó James y se avergonzó de sus propias palabras. Giró la cabeza para verla y aún pudo recomponerse a tiempo del susto. Estaba justo detrás de él y dio un paso atrás cuando se giró. Al recordar que estaba desnudo, se tapó los genitales con las manos—. Mmm .. me llamo *James*.

—¿James? —repitió ella su nombre con cierta dificultad. Tenía un acento muy raro, que no le recordaba a nada que pudiera identificar. Aunque seguramente fuera algo imposible, ya que ... ¿no estaba en la Tierra?

—¡Nasaku!

—Nasaku. ¿Es así como te llamas? —James la señaló sin sacar la otra mano de sus genitales—. ¿Nasaku?

Como respuesta, levantó una de las manos embutidas en guantes hacia él y puso la palma hacia arriba.

—¿Qué significa eso? ¿Quieres que te dé algo? No tengo nada para darte. —Antes de acabar de hablar, ella ya había bajado de nuevo la mano y le observó en silencio—. ¡Nasaku, tengo que saber dónde estoy! No parece ser el sueño de un comatoso, de eso estoy seguro, así que ¿dónde estoy? ¿Ha habido un accidente? ¿Se destruyó la instalación?

Nasaku no reaccionaba a sus palabras.

—No me entiendes —murmuró y se giró a medias hacia el objeto, que tocó con una mano—. Conoces esto, ¿verdad?

Nasaku siguió su gesto y volvió a estirar la mano con la palma hacia arriba. Era un movimiento rápido y casual. Debía significar algo. ¿Igual algo así como asentir en su cultura? Había muchos ejemplos en las distintas culturas de gestos que se habían desarrollado de forma

distinta, como por ejemplo mover la cabeza hacia arriba y hacia abajo, un asentimiento o aprobación para un europeo, que para los indios significa rechazo, mientras ellos asienten moviendo la cabeza de un lado al otro. Eso de la mano no lo había visto jamás, pero tampoco era un antropólogo que hubiera estudiado distintas civilizaciones.

—¡ASAR! —dijo la mujer en voz más alta; a esas alturas ya estaba convencido de que era una mujer, ya que la voz, aunque algo distorsionada, sonaba definitivamente femenina.

—¿Asar?

De nuevo levantó sus palmas.

—Asar ... —murmuró él—. ¿Qué significa?

—¡ASAR! —repitió Nasaku y se colocó un dedo sobre su ojo derecho. James creyó ver que tenía el iris verde. Él señaló su propio ojo.

—¿Ojo?

Ella arrugó la frente. Una forma de mímica que sí entendía. Para mayor claridad, parpadeó un par de veces y ella levantó de nuevo las palmas. Él imitó el gesto con una precavida sonrisa. Entonces se dio cuenta de que en las palmas se le habían formado herida abiertas, que ahora que las veía, picaban y quemaban como un demonio. Los bordes eran oscuros, casi negros y se volvían rojo oscuro hacia afuera. En el centro había un líquido viscoso, parecido al pus. Arrugó la frente asustado y giró los dedos mirándoselos. Encontró varios lugares en los que se formaban esos abscesos purulentos.

Nasaku se acercó tan rápido a él que dio un respingo, le agarró por la muñeca derecha y se acercó antes de inspeccionar la herida. Olía a ciénaga y canela y sus prendas estaban más sucias aún de lo que pensaba. La tela de sus guantes rascaba como fieltro de lana basta.

—¡Timbak anu! —dijo, antes de soltar una especie de profundo gruñido, dar un paso atrás e indicarle que la siguiera. Sin asegurarse de que realmente lo hiciera, comenzó a correr emitiendo un ruido asqueroso con cada paso que daba en ese lodazal.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado y comenzó a seguirla—. ¡Espera!

9



Nasaku corría por la ciénaga como si bailara con el barro, mientras él se sentía como un camello. Cada paso que daba producía un horrendo ruido de succión que rayaba el sacrilegio en el silencio de ese lugar. Seguía sin poder quitarse de encima la difusa sensación de estar siendo observado por muchos ojos ocultos en las sombras a su alrededor. La presencia de esa mujer era ya prueba suficiente de que su sensación se confirmaba. ¿Y si hay más gente observándole? ¿Si todo esto resulta que no está tan abandonado como pensaba?

¿Pero cómo puede sobrevivir aquí nadie? No hay nada comestible, solo vegetación medio muerta y podrida y aire pestilente, pensó mientras intentaba mantener el ritmo de Nasaku. Evitaba con destreza los arbustos que, movidos por el viento, parecían querer lanzar sus garras hacia los jirones de su ropa. Lo estaba llevando cada vez más lejos y eso lo ponía nervioso, ya que el elipsoide iba desapareciendo de la vista cuanto más lejos le llevaba esa carrera.

—¡Espera! —tosió él, al temer quedar el objeto ya fuera de su vista. Cuando ella no reaccionó a sus palabras, se quedó parado y alternó la mirada entre la espalda de ella y la sombra que se elevaba muy a la distancia. Luchaba entre dos decisiones: agarrarse a la única persona que había encontrado aquí o a la única cosa que conocía y que daba cierto sentido a ese horrendo lugar. Debería haber tenido miedo de los extraños, sus armas, sus motivos, pero en su lugar prevaleció solo el deseo de aferrarse a la compañía para no seguir solo en ese desolado cenagal. El objeto también debería haberle producido cierta intranquilidad, como lo había hecho hasta ahora; pero era una mano que, a pesar de haberle pegado, aún podía agarrarse a ella.

—¿Manatu?

James levantó la mirada y vio que Nasaku se había parado y miraba en su dirección. Estaba demasiado lejos para poder verle los ojos, pero se imaginaba una mirada interrogativa.

—Yo ... —suspiró y soltó todo lo que le corría por la cabeza, como si se tuviera que liberar de ello—. No te conozco, no conozco nada de lo que hay aquí. —Giró los brazos de un lado al otro, para incluir todo lo que había a su alrededor y se sentó en el lodo caliente a sus pies—. Estoy aquí sentado, *desnudo*, a saber dónde, y ni siquiera entiendo lo que ha pasado. Han desaparecido todos mis colegas. Hablas una

lengua que desconozco y tengo miedo. Sí, yo. —Un resoplido se le escapó por la nariz. Sonaba deprimente—. Un negociador de rescates excepcional. Los informes sobre mí me calificaban *con nervios de acero*. He negociado con señores de la guerra, dirigentes de milicias formadas por niños armados, que habían masacrado brutalmente en su vida a más gente de la que cabía en una película de *Rambo*. Lo sentía como un estímulo, un cambio de mis pensamientos en una época y en cosas que no podía cambiar. Pero todo esto ..., esto me da un miedo atroz que me bloquea la garganta.

Nasaku inclino la cabeza y se acercó.

—Tú tampoco me entiendes, lo sé. Pero ¿sabes qué? Igual hasta es mejor así. Al menos puedo decir lo que realmente pienso por primera vez desde hace mucho, mucho tiempo. Ese objeto de ahí atrás ... ha hecho algo conmigo. No sé qué, pero parezco estar dentro de una especie de sueño. ¿En qué te convierte eso? ¿En una peregrina de sueños? ¿En un invento de mi subconsciente?

Sacudió la cabeza y se miró las manos totalmente cubiertas de lodo.

—James.

Levantó sobresaltado la cabeza al oír su nombre; con un acento bastante curioso, pero claramente inteligible. Nasaku se acuclilló frente a él, se quitó las telas cosidas al turbante marrón que le cubrían la cara. Apareció ante él una faz ovalada con nariz aguileña, ojos verdes algo inclinados y una boca pequeña con arrugas en las comisuras. Su aspecto no era tan dulce como su voz dejaba suponer, pero sí amable.

—Iwok Dab —dijo en tono perentorio.

—No ... no te entiendo. ¿Iwok dap? ¿Qué significa?

Nasaku frunció frustrada los labios y cogió su mano derecha con tanta rapidez que no tuvo tiempo ni de asustarse. Se la acercó y la giró para poder ver la herida, que se había hecho ya tremendamente grande. Lo que antes era un absceso feo, ahora supuraba y mostraba una corona de color rojo fuego alrededor de una inmensa ampolla de pus.

—Iwok Dab —repitió ella y señaló hacia arriba y luego hacia los matorrales a su alrededor—. Noctum Dab.

—No sé lo que es eso. Pero no tiene buena pinta.

Movió inquieta la cabeza hacia arriba y hacia abajo, lo que parecía un asentimiento curioso, pero que seguramente significaría algo muy distinto. Tras un silbido de frustración cruzó las manos sobre la cabeza e hizo movimientos con dos dedos como si estuvieran corriendo.

—¿Debemos irnos? —preguntó.

—Irnos —repitió ella, paladeando las palabras en su lengua, y luego giró las palmas hacia arriba. Antes de poder decir nada más, un

aterrador grito resonó en el incipiente anochecer. Le recordó el bramido de un alce, pero más grave y siniestro.

—¿Qué ha sido eso?

—Irnos. —Nasaku estaba bastante más tensa que antes; miraba a su alrededor apretando las mandíbulas y arrancó a correr sin mirar hacia atrás.

James parpadeó consternado cuando el bramido se repitió, solo que esta vez claramente más fuerte.

—¡Espera! —Se puso en pie y la siguió, con el corazón a mil por hora, todo lo rápido que era capaz.

Pues tampoco estamos tan solos, pensó presa del pánico.

Nasaku corría tan deprisa que tuvo que ignorar la quemazón en sus piernas para no quedarse atrás. Sus fuerzas se le agotaban con rapidez por la resistencia que causaba cada paso en el pegajoso lodazal. Pero el terrorífico aullido que les perseguía no le dejó parar ni para coger aire. En su mente se dibujaron las más terribles imágenes de horror, de monstruos de varias cabezas y gigantescas garras a punto de alcanzarlos para comérselos vivos. Al poco tiempo, el entorno cambió, se volvió más pedregoso y el omnipresente lodazal fue paulatinamente sustituido por un suelo más firme, cubierto de musgo negro. Parecía más una especie de moho que se extendía como un césped denso y suave. Y a juzgar por el olor, era incluso probable. El suelo lucía grandes rocas monolíticas, todas ellas torcidas como dientes y pulidas por un viento que soplaba incesante desde un mismo lado hasta inclinarlas. Su aspecto era muy curioso y a cada minuto que pasaba eran más numerosas.

Los gritos del monstruo también aumentaron en frecuencia, o igual eran ecos que llegaban de esos monolitos de hasta diez metros de altura. Nasaku se paraba de vez en cuando y cambiaba de dirección, parecía orientarse en objetos que James no podía reconocer. Miraba hacia atrás cada dos por tres, solo un instante, por miedo a perder la conexión, y miraba en la neblina del ocaso en busca del objeto, que hacía tiempo ya que estaba fuera de su vista.

Oscurecía cuando Nasaku al fin se paró y James casi tropieza con ella porque había oído de nuevo el bramido y mirado hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó sin aliento.

—Dak.

—¿Dak?

—Dak. —Entrecerró los ojos y pareció escuchar el viento, antes de decirle que la siguiera.

Se movieron lentamente alrededor de un poderoso monolito de áspera punta y llegaron al final a una gran estructura de material brillante. Era alargada, de unos veinte o treinta metros de largo con un saliente triangular que asomaba como un techo en su dirección. El

lado frontal era pequeño y enrevesado, con pálidas ventanas y la parte posterior constaba de unos embudos rotos.

—¿Es esto ... —murmuró incrédulo— una *nave espacial*?

—ASARU —respondió Nasaku y se dirigió a una zona oscura bajo el ala recubierta de moho. James la siguió y observó el metal macizo con el que se había construido ese vehículo volador. Se veía extraño y a la vez familiar, como una mezcla entre lanzadera espacial y avión de combate, aunque algo más grande y grueso. Era evidente que había caído, con gruesas cicatrices en los flancos, donde faltaban grandes trozos, como si un puma gigantesco hubiera clavado allí sus garras.

Resultó que esa zona oscura era una abertura, un gran agujero por el que podían entrar agachados. Había una cortina, que Nasaku apartó a un lado, antes de meter la cabeza y olisquear el interior. Entonces esperó y entró finalmente, sujetando la tela a un lado para que James pudiera entrar también.

En el interior reinaba el caos más absoluto. No había paredes, sino planchas de metal dobladas y amontonadas, de las que colgaban cables y pequeñas enredaderas, cantidades de trapos y telas y tantos objetos, desde latas de conserva, pasando por cristales rotos, hasta rudimentarias hachas y cuchillos, cuerdas mal anudadas entre sí, y varias cajas rotas con esquinas redondeadas. Había mucho espacio, más menos la mitad de una cancha de bádminton, pero daba la sensación de estrechez por la gran cantidad de basura –no podía llamarlo de otro modo– que veía ante sí. A ello se añadía una gran zona de arena, extendida en semicírculo frente a la entrada que Nasaku estaba ahora cerrando, enganchando lazos de tela de la cortina a ganchos doblados colocados alrededor del agujero en el casco. El techo, si es que alguna vez había sido un techo, vibraba por los bordes movidos por el viento que se estaba levantando, aunque parecía suficientemente robusto para resistirlo y confería una cierta sensación de protección y seguridad.

—¿Es esta tu ... casa? —preguntó, mientras daba unas vueltas para mirarlo todo con más detalle. Cuando su mirada recayó en un dibujo con carbón sobre un trozo de chapa, Nasaku saltó de inmediato hacia allí y le dio la vuelta con tanta vehemencia que se asustó. Había visto un niño pequeño, o una niña.

—¿Qué era eso? ¿Tu hijo? ¿Un hermano, o hermana?

—¡MOKADAB! —siseó y le lanzó una mirada muy seria.

James levantó las manos a la defensiva.

—No es algo que me importe, lo entiendo.

Nasaku se tranquilizó un poco y se acercó a una de las cajas antes de indicarle que se acercara también. Fue obediente y se sentó sobre una gruesa piedra, alisada por arriba. Cuando abrió la caja, James se sorprendió. Estaba llena de objetos raros. Pequeños cofrecillos con

botones encima que brillaban de dentro hacia afuera, cánulas improvisadas de mangueras de goma, una bolsa de plástico apenas afectada por una inevitable descomposición, y gran cantidad de blísteres con comprimidos.

Nasaku cogió una especie de cono del grosor de un dedo y que parecía de plástico, con una superficie plana en un extremo, con minúsculos orificios, y un botón rojo en el otro, y que en conjunto parecía un dedal. Le apretó el extremo plano contra el cuello y él se apartó.

—¡Ep! —protestó—. ¿Qué estás haciendo?

Crispada, puso los ojos en blanco, se lo puso ella misma bajo la oreja e hizo como si apretara el botón.

—¿No pretenderás inyectarme eso? ¿Qué es? ¿Medicina? ¿Droga? —preguntó James, tragando ruidosamente. De un momento al otro se sintió amenazado; recordó que no tenía ni idea de cómo podría regresar al objeto ni, evidentemente, con quién había huido de él. Estaba encerrado en el pecio de una máquina que debía llevar decenios o siglos expuesta a viento y lluvia ¿y ahora quería esa mujer inyectarle algo en el cuello?

—¡No!

—¡TIIT! —resopló ella mirándole enfurecida. No paraba de señalar el pequeño objeto en sus manos—. ¡TIIT!

—¡No - sé - qué - coño - es - eso! —gruñó a su vez, contagiado de su rabia, frustrado por no poder entenderse.

Menuda mierda de negociador de rescates estoy hecho, pensó.

—No puedo entenderte, pero esa cosa ... *¡Espera!* —James se incorporó tan de golpe que Nasaku se asustó, retrocedió un poco arrastrándose y se llevó una mano al hacha que llevaba al cinto. James ni se dio cuenta, ni recordaba que estaba en pelota picada y cubierto solo por una capa de barro.

—¿Qué acabas de decir? —La miró concentrado, como un águila al ratón. El miedo y las dudas cayeron de él como hojas de un árbol—. ¡Esa palabra!

La mujer le miraba como si hubiera perdido la cabeza.

—¿TIIT? ¿TI IT?

—¿TIIT? —repitió ella y parpadeó irritada.

—¡TIIT, sí! ¡Ya lo había oído antes! —entrechocó las palmas y ella dio un respingo como si la hubiera pegado—. Mi antigua prometida me dijo una vez una frase, en sumerio o algo así, cuando nos vimos por última vez. ¿Cómo lo dijo?

Caminó inquieto entre la caja y la arena frente a la puerta, de un lado al otro pensando, se golpeó el dedo gordo del pie conta la piedra en la que había estado sentado, pero ignoró el dolor al intentar concentrarse.

—Alguna especie de frase sabia que encontraron en un yacimiento arqueológico —murmuró sin dejar de darse golpecitos con el índice en la barbilla. *¡Debería haberme interesado más por esas antiguallas!*—. La vida tiene lugar antes del futuro, o algo así como primero la vida, luego el futuro. *TIIT* era la primera palabra, creo. Me quedé con ella porque, como idiota que soy, pensé que sonaba curiosa. Eso significa que *TIIT* bien podría significar *vida*.

—TIIT. —Nasaku giraba las palmas hacia arriba.

—Vida —dijo James, señalándose y repitiendo—: TIIT. —Entonces señaló hacia ella—. TIIT. —A continuación, señaló la piedra y movía el índice como diciendo que no—. No TIIT.

La mujer inclinó la cabeza.

—Ul Tiit.

—Ul es no.

—No —dijo Nasaku y abrió las palmas y asintió con vehemencia antes de que él imitara el gesto.

Ella se tranquilizó de nuevo y dejo de asir el hacha. Entonces levantó lo que él pensaba que era un inyector, de aspecto moderno y que no acababa de ir a juego con el entorno postapocalíptico del lugar. No lo pensó mucho.

—Hablas *sumerio*. ¿Cómo es eso posible? ¿He viajado al pasado? —La idea le produjo un escalofrío que le hizo temblar—. Es una máquina del tiempo, ¡Es una máquina del tiempo!

Cuando ella le presionó el inyector en el cuello, la zona se calentó un poco. No se asustó ni protestó. Cayó sin fuerzas sobre la piedra tras él, solo para darse cuenta de que no era la piedra lo que tenía detrás, sino que caía sobre algo distinto. Tampoco le interesó mucho.

—Hablas una lengua muerta, antiquísima. La hablaban los sumerios. Los primeros hombres que dejaron su lengua escrita. ¿Sabes lo que eso significa? —Levantó la mirada, vio su cara confusa y suspiró—. No, seguramente no lo sepas.

—TIIT —respondió ella, moviendo el inyector frente a su cara y tirándolo luego al suelo. Afuera, el viento soplaba con tanta fuerza que silbaba sobre ellos a través de los múltiples orificios y grietas, produciendo un concierto de siniestras melodías.

—Sí, *Tiit.* Pero ¿cuándo? Esa es la cuestión. ¿Era así el mundo hace diez mil años? ¿Vivien los sumerios en esa época? Debería haber mostrado más interés por el trabajo de Joana. —James calló y arrugó la frente—. Pero no puede ser. Los sumerios vivieron en Mesopotamia y el nombre que se daban a sí mismos era algo como *saggigo* o *saggiga*, que significa *cabezas negras*. De eso sí me acuerdo. Pero no tienes la piel oscura.

Miró al inyector vacío ante sus pies.

—Y desde luego no disponían de aparatos médicos, por no hablar

ya de aviones.

Nasaku esperó a que acabara sus monólogos y se arrodilló junto a la gran zona con arena frente a la tela que vibraba por el viento y que tapaba la entrada. Le hizo gestos de que se acercara a él. James se acercó y se arrodilló junto a ella para ver cómo comenzaba a dibujar en la arena. La primera forma era evidente: un elipsoide.

—El objeto —dijo él y asintió. Le lanzó una larga mirada de lado e imitó su gesto de asentimiento.

—Ob-objeto. —Nasaku dibujó otros cinco más en la arena y los unió con líneas directas entre sí, hasta que todos estuvieron conectados directamente entre sí.

—Están conectados. ¿Hay un total de seis? ¿Es eso lo que me quieres decir? —Se frotó pensativo la barbilla—. Pero hay doce asientos.

Cuando ella le miró sin entenderle, dibujó más mal que bien los círculos de asientos en el objeto. Una hilera exterior, más espaciados entre sí, y una hilera interior con los apoyacabezas hacia afuera, contrapuestos. Debajo escribió el número doce.

—Ah —dijo ella, apartó su mano y dibujó una raya tras el número y luego un seis.

—Bueno, compartimos las mismas matemáticas. Solo son seis. ¿Por qué? —Se puso de nuevo a pensar y vio el elipsoide que había dibujado primero. Señaló primero al objeto y luego a sí mismo. Ella asintió, como si tuviera que acostumbrarse al gesto.

Nasaku dibujó una flecha desde el objeto inferior en el círculo hacia aquél otro en el que ella le había encontrado y otra flecha de regreso en dirección contraria, pero que tachó, antes de coger una pequeña ramita junto al agujero y partirla en dos.

—Dañado. ¿La conexión funciona solo en un sentido porque la otra está estropeada? —pensó en voz alta—. Lo que dibujas allí es como si se tratara de una conexión por la que he llegado.

Se golpeó nervioso el pecho y señaló el objeto inferior, a continuación dijo —TIIT.—Luego señaló el superior—. TIIT.

Ella levantó las palmas.

—Sí. Crees que he llegado así. He viajado de un objeto al otro. ¿Como en un teletransportador?

Parecía que le entendía; señaló hacia su objeto de origen y dijo: —James TIIT. —Entonces a la flecha—. Ul.

—Espera, *Ul* significa no.

—James TIIT. James Ul. —Un toque en el objeto de aquí—. James TIIT.

—¿Quieres decir que decir que vivo en ambos lados, pero no en el camino? Si es lo que dices, estoy en ambos lados. Por eso me desperté en el asiento de enfrente... Pero ¿cómo es posible que mi cuerpo exista

dos veces?

Miró a Nasaku a los ojos.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad? Aquí no hay nada. —James señaló al objeto local y movió el dedo de un lado al otro. Al principio ella no supo lo que quería decirle, pero al final abrió la boca y levantó las palmas. Con un trocito de la rama rota tocó el elipsoide de la derecha y puso cara triste cuando borró las líneas que llevaban desde o hacia él.

—¿Ya no funciona? ¿Kaputt?

—Kaputt. —Pareció paladear esa palabra extraña en la punta de su lengua y bajó triste la mirada—. Anak Tab. Ina Pani Aksu.

—No puedes volver a tu hogar. Lo … lo siento. —Un fuerte trueno retumbó en el exterior, como si quisiera subrayar la deprimente constatación de esa frase—. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Nasaku lo miró durante un rato y dibujó a una mujer a dos personas más pequeñas, ¿hijos?, en la arena, antes de señalar hacia el teletransportador que no funcionaba. La mujer dibujó un uno debajo de la mujer, luego un dos bajo un niño y un tres bajo el otro. Se llevó las manos al pecho.

—Situ Bas. —Ahora señaló de nuevo al elipsoide de aquí, se dibujó con los niños debajo y señaló hacia la conexión destruida antes de tachar a los dos pequeños y que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Quedasteis aquí naufragados y los niños murieron. Maldita sea. ¿Por qué vinisteis aquí? Este lugar, este … *¿mundo?* … es horroroso. —James cayó hacia atrás para quedar sentado y se frotó las sienes—. A no ser que lo que haya pasado aquí haya sucedido después de vuestra llegada. ¿Qué podría haber sido? ¿Sabes qué es lo que ha destruido este mundo? ¿Una catástrofe natural? —Observó la chatarra de nave a su alrededor y tragó—. ¿O algo distinto?

—Aksu —respondió ella y parecía estar muy tensa—. Rabum Aksu.

—¿Rabum Aksu?

Nasaku dibujó una esfera con puntas en la arena.

—¿Qué es eso? ¿Una explosión? ¿Peligro? —en un esfuerzo de pantomima se envolvió con los brazos e imitó a un animal asustado.

—¡Rabum Aksu! —Y levantó las palmas.

—Peligro. Un gran peligro. Esto dura demasiado. Tu sabrás mucho sobre estas máquinas, pero no hablo tu idioma. En mi hogar —y señaló sobre el objeto local—, hay gente que habla tu idioma. Puedo llevarte conmigo. Pero tienes que explicarme cómo se hace, ¿okey?

Nasaku frunció en entrecejo, señaló hacia él y hacia ella y luego al objeto.

—Sí. Tenemos medicinas, comida, agua, … —Asintió con ahínco—. Sabes utilizarlos. Puedes ayudarnos a comprenderlos y luego, quizás, podamos ayudarte *a ti*.

La mirada de James recayó casualmente sobre su mano y notó que el absceso purulento había retrocedido mucho ya.

—Esta medicina, ¿es tuya? ¿O la has encontrado aquí?

Nasaku le miraba sin entender y el asintió frustrado.

—Sí, lo sé. No nos entendemos y los dibujitos tienen un límite. —De nuevo resonó un trueno, tan fuerte que le temblaron los huesos. Y cayó la lluvia, de un momento al otro y con tanta fuerza sobre el pecio de nave que el ruido era ensordecedor.

—Damiq —dijo ella e hizo un gesto tranquilizador.

—¿Tormenta?

Nasaku dibujó un signo de *más* en la arena.

—Damiq.

—¿Más? ¿Positivo? Podría significar también *bueno*. Vaya, que no me preocupe, ¿a que sí?

En lugar de hablar, dibujó unos rayos sobre su objeto, que recaían sobre su punta superior.

—Damiq.

—Los rayos lo recargan de energía —James asintió al entenderla—. Como en el lago Maracaibo.

—Sittu —dijo ella—. ASAR damiq.

—ASAR es el objeto teletransportador, ya lo dijiste antes. Se carga, eso es bueno. Entiendo. *Sittu*.

Nasaku puso las manos juntas bajo la cabeza.

—Dormir, descansar. —Estaba realmente agotado, pero no cansado. Seguramente no podría cerrar un ojo, y menos con todos los pensamientos que daban vueltas en su cabeza e intentaba racionalizar todo lo que había visto y oído. La miró cómo se tumbaba en una esquina de la nave donde había dispuesto varias mantas una encima de la otra, se tapaba y cerraba los ojos. Sin embargo, vio varias veces cómo algo brillaba en el interior, seguramente reflejos de los hongos brillantes que cubrían el techo como una capa esponjosa. No le habían llamado antes la atención, a pesar de ser la única fuente de luz.

—Plantas luminiscentes —murmuró fascinado.

Seguro que Nasaku lo vigilaba, pero no se lo podía reprochar. ya era sorprendente que se hubiera mostrado tan confiada y dispuesta a ayudar. A fin de cuentas, no era más que un hombre sucio y desnudo en un planeta extraño, una idea que aún no era capaz de digerir. Seis teletransportadores en seis planetas distintos, todos ellos comunicados entre sí. Si era verdad, las consecuencias y posibilidades serían tan grandes que se mareaba ya con solo intentar imaginárselas.

Así que se quedó sentado sobre un trozo de tela y escuchó la fuerte tormenta cayendo por momentos en una especie de microsueño, cuando al final el agotamiento en sus brazos y piernas se extendió como una pesada manta sobre él.

Notó que se había quedado dormido cuando alguien le sacudió y vio delante de sí la cara de Nasaku, a través de ojos llenos de legañas. A su alrededor reinaba el silencio y el aire era más fresco que antes.

—SITU —dijo en voz baja.

—¿Vamos? ¿Al teletransportador? Emm … ¿*ASAR*?

Ella giró las palmas hacia arriba.

—De acuerdo. —Se levantó dolorido e intentó ahuyentar el cansancio de sus huesos. Señaló hacia la manta sobre la que se había tumbado, y cuando ella asintió, se la envolvió alrededor del cuerpo.

—¡Arhis! ¡Arhis! —le instó para que se diera prisa y la siguió trastabillando un poco a través del agujero que ya tenía la cortina apartada. Para su sorpresa no la volvió a colocar y salió corriendo.

Seguía siendo de noche, pero no había tanta oscuridad como para no verse la mano frente a la cara. No había viento, ni siquiera una brisa tenue. El silencio era tan impresionante que James se frotó el resto del sueño de los ojos y miró a su alrededor para saber por qué. Sobre ellos, el cielo estaba despejado en una gigantesca área circular. El negro firmamento parecía constar de docenas de lámparas, pero no eran lámparas sino gigantescos cascotes. La luna local estaba partida en dos y los cascotes la seguían como una cadena de perlas irregulares.

—¡AKSU! —gritó Nasaku más adelante, haciéndole gestos para que se diera prisa. James apartó la vista de estos trozos brillantes y miró hacia las negras nubes alejadas varios kilómetros en todas las direcciones. Ascendían miles de metros y parecían como si alguien las hubiera abierto con un bisturí. Dentro brillaban rayos en silencio, creando fractales de brillo blanco. Se encontraban en el ojo de un huracán tan impresionante como jamás había visto, ni siquiera en una película con efectos especiales creados por ordenador. Mejor no pensar en el aspecto que pudiera llegar a tener eso cuando el ojo cambie de lugar.

—¡AKSU! —repitió la extraña mujer con insistencia y él sacudió la cabeza, se apartó del marcial espectáculo de la naturaleza y la siguió. Al cabo de pocos metros ya le dolían las plantas de los pies sobre el suelo pedregoso, pero lo ignoró y corrió entre las grandes rocas en forma de dientes y que formaban un extraño campo de pétreas formaciones grises a su alrededor. Bajo el opresor silencio podía oír cada paso que daba, cada crujir de gravilla y cada respiración, con tanta fuerza que resultaba hasta molesto.

Cuando alcanzaron el borde de la zona pedregosa, algo más alta que la ciénaga que se extendía frente a sus ojos, volvió a resonar en el aire el tremebundo bramido de la tarde anterior, seguido de un grito que ponía los pelos de punta.

—¡Nasaku! —gritó, mirando por encima del hombro en busca del

monstruo en las sombras. Pero había tantas sombras y eran tan alargadas, que cualquiera de ellas podía ser un monstruo. La adrenalina inundaba sus venas y le instó a correr con mayor rapidez.

A diferencia del día anterior, el camino de regreso parecía recorrerlo con bastante más rapidez y respiró aliviado cuando pudo distinguir a lo lejos la silueta del teletransportador, que se recortaba de la penumbra que formaba la luna en esa noche. Los gritos y bramidos tras ellos crecieron; eran tan fuertes que contaba en cualquier momento con que algo saltara sobre él, pero ya no miraba atrás. Corría por su vida y rezaba en silencio que pudieran conseguirlo a tiempo. El lodazal que envolvía sus pies, y que multiplicaba el esfuerzo de cada paso, empeoraba la sensación de ser una presa sin salvación alguna.

Cuando al final llegaron frente al elipsoide con los pies hundidos en el fango y su entorno se notaba ya más frío, Nasaku comenzó a escarbar el suelo a la izquierda del lado estrecho.

—¡Qué haces? —preguntó febrilmente y dio varias vueltas para mirar a su alrededor, con los ojos entrecerrados y las rodillas algo flexionadas. Vio los muchos arbustos, nudosos y espinosos agarrados al suelo, totalmente inertes en esa calma chicha, mientras la gigantesca tormenta giraba a velocidad vertiginosa alrededor de su centro. La pared tormentosa se acercaba y llegaría allí en pocos minutos; de eso lo le cabía duda alguna. La cuestión era si el monstruo que bramaba en ese momento los alcanzaría antes o no.

—¡Nasaku!

—¡DAMIQ! —la oyó gritar y se dio la vuelta. Sacó del barro una escalerilla basta, hecha con ramas atadas entre sí, y la sujetó triunfante como un trofeo antes de acercársele corriendo y apoyarla en la parte frontal del teletransportador. Ella quería dejarle que fuera el primero, pero sacudió la cabeza y la empujó hacia arriba. Sujetó mientras tanto la escalerilla por los primeros escalones para que no cayera y miró por encima del hombro.

¡Una sombra se estaba moviendo! Grande como un minibús y con la espalda adornada de largos pinchos.

—Nasaku —murmuró y tragó. Entonces dijo con más fuerza—: ¡NASAKU!

La mujer no se giró, ya casi había llegado al último escalón cuando la entrada se abrió con su luz blanca y desapareció dentro. James trepó a toda velocidad, se sintió sacudido cuando resonó un potente bramido tan cercano, que se puso a temblar. Incitado por el pánico y la adrenalina, se acercó a la luz, se introdujo dentro y dio una patada a la escalerilla para que nada pudiera seguirles.

Rodó aliviado sobre su espalda y respiró con fuerza varias veces cuando la puerta de luz se convirtió en la habitual pared de pequeñas

celdillas de panal. El mundo entero pareció quedarse fuera y James notó una sensación de seguridad, a pesar de que ese teletransportador seguía poniéndole los pelos de la nuca de punta.

Se recompuso y aceptó agradecido la mano que Nasaku le ofrecía para ponerse en pie. Entonces fue a los asientos y miró alrededor y señaló entonces uno al lado derecho, recostado contra la pared y orientado al que ocupaba al despertarse.

—¿Esta es la conexión con la Tierra? —preguntó y se acercó.

Aunque no podía entenderle, levantó las palmas.

—Vendrás después de mí, ¿de acuerdo? —james se señaló, luego hacia el asiento y luego hacia ella.

De nuevo levantó las palmas y le hizo señal de que se dieran prisa.

—Está bien. Espero que funcione. —pensó en cómo su cuerpo igual seguiría al otro lado, comatoso. ¿Y si lo consideraban muerto, igual que a Chazelle? ¿Qué pasaría si ella resulta que ha viajado a alguno de los otros planetas? O se había sentado en el que llevaba al hogar de Nasaku, inalcanzable ya. ¿Sería por eso por lo que tenía un punto rojo?

Sus antebrazos se apoyaron sobre las tiras de inducción, apoyó la cabeza hacia atrás y miró una última vez a Nasaku.

—Te ayudaremos, Nasaku.

—Damiq. —Asintió y por primera vez pareció que formaba algo parecido a una sonrisa alrededor de su boca, aunque sus ojos seguían inmersos en dolor y melancolía. Pensó en los dos hijos que había dejado atrás y luego tachado y cerró los ojos.

10



James abrió los ojos y respiró como si se estuviera ahogando, como su hubiera alcanzado la superficie del agua con el último soplo de oxígeno. Su corazón latía a toda velocidad cuando miró intranquilo a derecha e izquierda. A su alrededor había luces, muchas luces y colores que se mezclaban entre sí, pero permanecían desenfocadas. Sus pupilas protestaban contra el alud de fotones en su retina y comenzaron a dolerle tanto que los sintió hasta el último rincón de su cráneo. También había mucho ruido, muy molesto y tan alto que resultaba ensordecedor. Poco a poco fue apercibiéndose de que eran voces, y entre ellas una conocida.

—¿James? ¡James!

Una superficie clara apareció por encima de él. ¿Una cara?

—James, ¿me oyes?

—¡Ay! —dijo, cuando algo le pinchó en la parte interna de su codo izquierdo.

—¡James, soy yo!

—¿Qué? —murmuró y reconoció, tras muchos parpadeos, la cara de Mila Schaparova, los hermosos ojos, el cabello rubio que rodeaba su ovalada cara como oro líquido y su atractiva boca. Que en su mirada se reflejara preocupación y duda le pareció un insulto a tan bella imagen.

—Qué hermosa ...

—¿Qué? James, ¿qué ha pasado?

Su confusión se fue alejando lentamente, como en un paciente que se despierta de la anestesia. Junto a Mila estaba también Laudrup, al lado del asiento en el que se había sentado hacía un momento, solo que en otro teletransportador y con Nasaku a su lado.

¿Y si viene ahora y el asiento está ocupado?, pensó y notó cómo le entraba otro ataque de pánico, antes de mirar al asiento de enfrente, detrás de Mila y tranquilizarse un poco. *Los asientos exteriores son para el viaje de ida, los internos para el de vuelta. Así debe ser.*

—¿Qué ha pasado? —preguntó, e intentó quitarse con la lengua el sabor metálico que sentía en los sientes.

—Eso es lo que acabo de preguntarte yo a ti —dijo la rusa—. Has estado varias horas en coma.

—¿Varias horas?

—Sí.

—¿Pero todavía estoy aquí? —Miró a su alrededor, el patrón de celdillas de la pared, la infinita oscuridad sobre él y los otros asientos. Allí estaban las cámaras y los sensores infrarrojos, los muchos cables y los packs de baterías. Dos mujeres en bata blanca se ocupaban de gestionar las muchas agujas en su codo y a colgarle un gotero de un soporte de plástico a su lado.

—Sí. Pude convencer a la Sra. Pavar de que te dejara aquí para tratarte e investigarte, ya que el médico dijo que no tenías muerte cerebral, como ... —Mila carraspeó—, como Kathryn. Solo caíste en coma con funciones vitales normales. Al menos, las de una persona dormida.

—Entonces ¿me habéis dejado aquí dentro?

—Sí. No ha sido nada fácil convencer a Norton, pero Pavar se mostró algo más abierta a correr ese riesgo. —La expresión de Mila aún era de preocupación y James no encontraba manera de tranquilizarse.

—¿Qué hay? ¿Algo va mal? —Probó a mover los dedos de las manos y los pies y respiró aliviado cuando vio que los notaba y que los podía mover.

—Lo decidí yo —dijo la rusa—. Me preocupé mucho, pero estaba convencida de que había una diferencia y que debíamos esperar.

—¿Tienes mala conciencia porque convenciste al comandante de que no me llevara a la enfermería?

—Sí.

James resopló.

—Seguramente me has salvado la vida con ello.

—Me habría gustado tener éxito con nuestra acción —dijo Laudrup y sonó triste. Cuando la vio, tenía la rosada cara relajada y le apretaba suavemente el hombro.

—Sí, yo también —dijo Mila—. Pero al menos lo he intentado.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? ¡Ha funcionado! —protestó—. He estado ... al otro lado.

Mila y Laudrup se miraron y arrugaron las frentes.

—Creedme, y ahora vendrá otra persona de allí. ¡Se llama Nasaku y habla sumerio!

Las arrugas de sus frentes se hicieron más profundas.

—No me creéis —dijo espantado y quiso levantarse de golpe, pero las dos enfermeras y las científicas le mantuvieron con suavidad en el asiento.

—Cálmate. Debes permanecer un rato más sentado, hasta que las dos señoras den luz verde y haya pasado el médico a verte. Estoy seguro de que los demás están también de camino.

James miró a la rusa directamente a los ojos.

—Lo digo en serio. Me desperté en otro teletransportador ...

—¿Teletransportador? —preguntó.

—Sí. Esta máquina es un teletransportador, o al menos esa es su función. Me desperté en otro idéntico a este. La única diferencia es que me desperté en el asiento de enfrente. Desnudo, eso sí, pero era mi cuerpo en la medida en que puedo decirlo.

De nuevo intercambiaron miradas, lo que hizo que James se pusiera furioso.

—¡Ep, miradme! No estoy diciendo tonterías ni estuve en coma.

—Está bien —dijo Mila, con voz neutral—. ¿Qué paso en concreto?

—Sali por la puerta de luz y caí, porque allí no había rampa. El teletransportador estaba en medio de una ciénaga, un apestoso lodazal. Había arbustos, secos y cubiertos de ceniza y gruesas montañas de nubes. El aire olía a azufre y ozono. Entonces me encontré con una persona, mejor dicho, *ella* me encontró a *mí.* Se llama Nasaku y procede de otro mundo, al que también se accede por teletransportador, pero no puede volver. Sus dos hijos viajaron con ella, pero murieron ...

—A ver, un momento —le interrumpió Laudrup con suavidad—. ¿Otro mundo? ¿Quiere decir un tercer mundo?

—Sí, en total hay seis teletransportadores en seis mundos distintos. Todos forman una red entre sí, con lo que con cada uno puede alcanzarse cualquiera de los otros. Excepto ese que ya no funciona. Ya no tiene forma de ir o venir.

—¿Se lo ha dicho esa *Nasuku*?

—Nasaku —la corrigió—. Esa ciénaga era un lugar terrible, no hay vida excepto cuatro plantas, moho, y todo parece estar descomponiéndose. Me puse enfermo, pero Nasaku me dio algo de un inyector que eliminó los abscesos que me salieron. También había monstruos, al menos uno, solo llegué a ver su sombra, creo.

James calló, cuando se dio cuenta de lo loco que sonada todo eso.

—Vaya, el paciente se ha despertado —dijo una nueva voz y un hombre delgado con bata blanca entró con una tablilla de plástico bajo el brazo—. Soy el capitán Miller. Me alegra que haya regresado con nosotros, señor Hamilton.

—¿Es usted médico?

—Sí. —El doctor se le acercó, sacó una linternita con la que le iluminó los ojos antes de dar un par de instrucciones a las enfermeras y de las que James no entendió ni un diez por ciento.

—Dice que ha viajado a otro teletransportador —dijo Mila y James quiso enfadarse con ella, por hablar con el capitán y no con él. ¿Cómo podría un médico entender algo así?

—Bueno, es normal. Hay muchos estudios con pacientes que se despiertan de un coma. Algunos al cabo de pocas horas, como el señor

Hamilton, otras tras días, semanas o incluso años, y otros nunca. Ya que no sabemos nada sobre la inducción del coma, tampoco conocemos el motivo. Pero soñar durante un coma es de lo más normal y usual, yo no me preocuparía por eso. —El capitán Miller le sonrió para animarle y tomó algunas notas en su tablilla.

—Un momento, ¡no me lo he inventado! —protestó—. Realmente estuve al otro lado. Me hice heridas y sufrí daños. Tuve miedo y no sabía dónde estaba. ¡Pero todo fue real!

—El cerebro procesa en los sueños lo que se vive estando despierto. Podríamos decir que pone en cierta manera las neuronas en orden —explicó Miles sin levantar la mirada. El hecho de que no fuera siquiera a pensar en la posibilidad de que James dijera la verdad resultaba descorazonador. Se lo tomó tranquilamente como divagaciones de un paciente de coma.

—¡No fue ningún sueño!

—¿No? Tenía miedo de esta máquina extraña, acababa de lamentar la pérdida de una colega e igual se recrimina haber estado aquí con ella en ese momento. Entonces cae en coma y se despierta en otro asiento distinto al que tanto temía y que tan nervioso le ponía. Dice que iba desnudo, lo que en el inconsciente significa que se siente desprotegido, desamparado. La vegetación que describe es desoladora como un espejo de muerte y devastación, lo que hacía bien poco había sufrido. Entonces encuentra una figura salvadora: una mujer, precisamente, que habla sumerio. Su antigua novia hablaba sumerio, ¿no es así?

Mila y Laudrup le miraban ahora con una mezcla de irritación y comprensión. Lo último era lo más difícil de soportar.

—Sí, así es, pero ... —James tragó. ¿Podría decir algo que las convenciera de que no era un sueño? ¿Cómo podría incluso él mismo estar ya seguro? —No fue un sueño, no lo creo. Era demasiado real. No he volado ni nada parecido, el tiempo era lineal, todas las sensaciones eran directas, nada abstracto. ¡Sé cómo se sienten los sueños!

—¿Ha estado alguna vez en coma, señor Hamilton? —preguntó el médico, hizo una última anotación y entregó la tablilla a una de sus enfermeras.

—No —reconoció.

—Pues tampoco sabrá lo que es tener un sueño comatoso. —Miller le apretó el brazo y le guiñó un ojo sonriendo para animarlo—. Me alegra mucho que haya regresado con nosotros. Ahora tómeselo con calma y permita recuperarse un poco. ¡Pronto estará como nuevo! Cuando esté listo, me gustaría hacerle un escáner MRT, pero eso lo haríamos arriba, en la clínica. ¿Señoras?

El capitán los saludó a todos y se marchó por la puerta de luz.

Poco después aparecieron Meeks, Falkenhagen y Smailow. Mientras el último se mantuvo algo reservado, el americano y el alemán parecieron aliviados al verle despierto y sonrieron.

—¡Ha vuelto! —se alegró Meeks, y le dio un golpecito en el hombro, como si fueran amigotes de toda la vida—. ¡Nos tenía muy preocupados!

—Me alegro de que esté bien de nuevo —dijo también Falkenhagen con un gesto de asentimiento. Ahora, rodeado de un puñado de gente, siendo el centro de atención, James se sintió aún peor que antes. Todos le miraban con simpatía, pero no podía desprenderse de la sensación de que le compadecían y consideran incapaz de controlarse.

—Gracias —dijo y señaló hacia las cámaras—. Sé que habréis estado escuchando y sé que no me creéis ni una palabra.

—James, no es eso, es solo que —iba Mila a protestar, pero la hizo callar levantando una mano.

—No, está bien. Lo entiendo. Seguramente yo tampoco me creería porque suena realmente increíble. Solo os quiero pedir una cosa, que penséis solo una vez fuera de lo convencional. Este artefacto, el teletransportador, es un milagro. Un milagro de la técnica de extraterrestres que nos superan en mucho, o nos superaban. Vosotros mismos lo habéis dicho. ¿Por qué no es posible que lo que cuento sea la verdad?

—Porque ha estado todo el tiempo aquí —respondió Meeks con suavidad—. Ha caído en coma. La teoría de las lucecitas verdes sí parece haber resultado ser una trampa antropomórfica, por mucho que lo lamente.

—Necesitan pruebas —dijo James asintiendo—. Las tendrán, cuando en el asiento delante de mí aparezca Nasaku.

Todas las miradas se dirigieron al asiento vacío frente a él y se hizo el silencio, cuando todos quedaron a la expectativa observando el oscuro tapizado de material desconocido. No pasó nada.

¡Vamos, Nasaku, ven ya!, pensó y se mordía el labio inferior. *¿Dónde estás? ¡Si ibas justo detrás de mí!*

Pensó en el bramido del monstruo y tembló. ¿La habría pillado? Pero era imposible. Nunca habría cabido por la puerta y estaba suficientemente alto como para que nadie pudiera entrar sin escalera.

¿O no?

Todos los ojos volvieron hacia él y la compasión le afectó como una bofetada.

—No me creéis —se lamentó y suspiró decepcionado. Una chispita apareció en su mente, una chispa de duda. ¿Podría ser que tuvieran razón? Eran gente bastante inteligente.

¡No! Sé lo que he visto y no puedo haberme imaginado todo eso. ¡Las

palabras sumerias no las había oído jamás antes!

—No importa que le creamos o no —dijo Falkenhagen con aspecto de haber mordido una cebolla cruda. La Sra. Pavar está muy enfadada por ese acto en solitario.

—Y usted también lo está.

El alemán frunció los labios. Fue Meeks el que respondió y pareció sentirse muy mal con ello.

—Ha estado en coma y no quiero pelearme con usted.

—Está bien. —James agitó la mano para acallarlos.

—¡Smailow nos distrajo a todos, eso ya lo habíamos entendido! —se quejó el americano, como si se rompiera una presa que llevaba aguantando mucha agua durante mucho tiempo—. ¡Ese acto por su cuenta —miró hacia Mila por el rabillo del ojo, que levantó enfadada la barbilla—, no ha sido ni inteligente ni solidario! Somo aquí el *equipo* directivo, ¿lo entiende? No podemos resolver nuestras disputas haciendo cada uno lo que nos plazca o lo que usted considere como correcto.

—Sí, esto es *peligroso* —convino también Falkenhagen—. No nos podemos permitir el lujo de lanzarnos a ciegas. Necesitamos consenso y decisiones inteligentes, que todos apoyemos. ¿Cómo vamos si no a confiar los unos en los otros? Procedemos de tres culturas distintas y de grupos con convencimientos diferentes y debemos colaborar, por el bien de todos y de la ciencia. Y usted ha socavado esa confianza.

Mila parecía querer protestar, pero James se le adelantó en seguida. Ya se habían roto suficientes platos como para caer ahora sobre las esquirlas.

—Lo entiendo y lo siento mucho —dijo—. *Yo* asumo la responsabilidad. No pertenezco a su equipo. Pero les digo una cosa: al menos, escúchenme. Permítanme explicarles la historia completa de principio a fin y documéntenla. Si luego cambian de opinión, al menos dispondrán de los conocimientos que solo yo puedo darles.

Meeks y Smailow intercambiaron una rápida mirada y luego el americano asintió.

—Por nuestra parte seguro que lo haremos —dijo.

—Pero no será solo por su parte, supongo. —James se preguntaba dónde estaría Norton.

—No, Pavar estaba fuera de sí de tanta rabia y seguramente siga así. Seguramente esté ya a punto de llegar.

—Lo está —dijo una voz profunda que se añadió a la conversación. Era el comandante Norton, que entraba por la puerta, con el uniforme recién planchado y la mirada dura como el granito—. Me alegra ver que ha salido del coma, señor Hamilton, pero para usted ha sido esta la última parada.

—¿Qué? —preguntó espantado.

—Que se queda fuera. Esta escapada por su cuenta ha sido la primera y la última. Queda fuera del proyecto. Pero no se preocupe, recibirá su primer mes de sueldo.

—Pero comandante, yo he ...

—Ahórreselo. La Sra. Pavar ya ha preparado el papeleo correspondiente. Tenía que tomar una decisión y puedo entenderla muy bien.

—¡Pero no la comparte! —dijo James con esperanza.

—Eso es irrelevante. Ya no se fía de usted y usted parece que no entiende lo difícil que resulta ya este proyecto con todos sus participantes. No ha sido fácil juntar a la Unión Europea y a Rusia en una misma mesa con nosotros y realizar el proyecto en suelo americano. Si luego llega alguien como usted que pone todo en peligro porque no conviene con nosotros lo que quiere hacer y hace lo que le sale de las reales narices, no puede haber genio en este mundo que lleve el proyecto al éxito.

—Comandante, hemos ... —comenzó Mila, pero el oficial la cortó de inmediato.

—No, usted se calla, ¿entendido? Evite decir cualquier tontería ahora. Este equipo directivo debe continuar, ¿lo entiende mejor así? ¿O quiere explicar al Kremlin que el proyecto ha fracasado?

Mila calló y James le lanzó una mirada angustiada.

—¿No deberíamos escucharlo, al menos? —preguntó, a pesar de la reprimenda.

—Pavar lo quiere fuera porque no se puede confiar en él.

—Pero ¿y si fuera verdad? —intervino precisamente Falkenhagen. El modelo de póster alemán se encogió de hombros cuando Norton fijó su mirada en él—. Puede que parezca poco probable, pero ¿podemos permitirnos el lujo en un proyecto como este, no considerar absolutamente todas las posibilidades? Esto de aquí sigue siendo un artefacto alienígena increíble, ¿qué esperábamos? ¿Entenderlo a la primera?

—No, y por eso tampoco podemos partir del hecho de que sabemos estimar si los efectos que vemos son reales o no. Debemos aceptar la posibilidad de pautas totalmente distintas —convino Laudrup y presionó el hombro de James. Ahora se dio cuenta que su mano llevaba todo el tiempo sobre su hombro y ese contacto le hacía bien.

Los otros también asintieron, excepto Smailow, que se mantuvo estoico con los brazos cruzados y parecía inmerso en sus pensamientos. James no podía creer que ahora comenzaran realmente a creerle, pero sí que se ponían a su lado a pesar de que Falkenhagen y Meeks tuvieran motivos suficientes para estar enfadados con él, cosa que, de hecho, lo estaban.

Le conmovió su apoyo.

—Ya, entonces ¿quieren dar crédito a su historia y ponerse a malas con Pavar? —preguntó el comandante levantando una ceja—. Yo, de ustedes, me lo pensaría.

—No hay nada que pensar —dijo Mila con convencimiento—. No se trata de *ponerse a malas con nadie*, sino de no desacreditar a nadie porque su historia parezca increíble. Al menos deberíamos escucharle atentamente; ¡sólo lleva diez minutos despierto!

—Yo les ahorraré ese tiempo, porque no saben nada del señor Hamilton. Yo sí.

James lanzó al oficial una mirada siniestra.

¡No!

—El señor Hamilton consiguió hace algunos años una fusión entre empresas, la agencia de relaciones públicas donde trabajaba como asesor senior y la del padre de su prometida por aquél entonces. El premio fue un asiento en la mesa como socio. Ganó muchísimo dinero con eso. Al cabo de un tiempo logró que el padre de su prometida y a su vez su mecenas, fuera echado del consejo directivo. Al poco tiempo se quitó la vida en un accidente de coche, lanzándose contra un árbol.

—¡No fue ningún suicidio! ¡Aquella noche el asfalto resbalaba mucho! —gruñó James.

—¿No cree entonces que su actuación le causó una depresión?

Como James no respondía Norton asintió.

—Y eso no es todo. Los últimos cuatro años ha trabajado como negociador de rescates para el Ministerio de Asuntos Exteriores. Le enviaron siempre allí donde había que liberar a americanos de manos de bárbaros contra el pago de dinero. Y con un éxito sorprendente —continuó el comandante.

—¡Eso es confidencial!

—¡Todo aquí abajo es confidencial y todos han firmado un Contrato de Confidencialidad que nos les permite ni mear detrás de un arbusto y contárselo a sí mismos! —todos los ojos se clavaron en la boca de Norton—. Su cuota de éxito fue impresionante, solo que con los secuestradores solía hacer casi siempre negocios que le llenaban los bolsillos.

James se quedó de piedra. En sus venas parecía fluir fuego líquido.

—Pues sí, señor Hamilton. Sus negocios y arreglillos eran conocidos. Solo que los ignoraban, porque los resultados eran buenos y nunca se volvió *demasiado* ávaro. No es tonto. —Ahora se dirigieron todas las miradas hacia él, horrorizadas —. Nuestro amigo es un auténtico estafador que ha hecho turbios negocios con los bárbaros más criminales de este planeta para enriquecerse. Toda su vida es un constructo de mentiras que lo ha convertido en un perfecto manipulador. Pero no en una persona a la que se le pueda creer una historia que le saque del problemón en el que se ha metido.

—¿Qué? —le cortó James consternado, aunque ya notaba las miradas de los demás, como si fueran láseres cociéndole vivo—. Yo no he contado ninguna historia para salvar el cuello. He ...

—¿Ah no? —resopló Norton—. ¡No me venga con historias, hombre! Se despierta y cuenta una historia fantástica de una mujer que le salva en otro planeta y dice disponer de información importante sobre una red de teletransporte, sabiendo que se le haría responsable de sus actos. ¿Qué le parece eso a usted? Solo quiere ser insustituible, pero no puede venderle a esta gente toda esa mierda, a mí al menos no. Y a Pavar, evidentemente tampoco.

—No es así —dijo James y tragó con dificultad, cuando vio las miradas consternadas del equipo directivo de científicos a su alrededor. Laudrup parecía triste, Mila confusa, Meeks y Smailow enfadados, y Falkenhagen, como si intentara montar un puzle complicado en su cabeza.

—¿Y qué ha sido esto entonces? —Norton sacó su tableta, escribió algo en ella y la giró para que todo el mundo pudiera ver la foto. Mostró a James en un remolino de billetes de banco mientras era arrastrado por dos soldados hacia el helicóptero y al fonde se veía aún a Joana, de mirada decepcionada, aunque poco clara, como si en la foto fuera una aparición fantasmagórica.

James sabía que había perdido. Lo veía en las miradas, que pesaron sobre él como el peso de mundos enteros. Abrió la boca, pero la cerró de nuevo, incapaz de decir nada. En su lugar miró hacia el asiento vacío frente a él.

¿Dónde estás, Nasaku?, pensó desesperado. *¿Has existido realmente alguna vez?*

11



James se marchó a su habitación donde caminaba de un lado al otro pasándose la mano sin parar por el corto cabello. El cuarto era estrecho y caluroso; tenía la sensación de que se le acababa el aire. Puso varias veces la mano frente a la rejilla de ventilación solo para asegurarse de que aún soplaba algo de aire y que no se iba a asfixiar.

Norton había hecho que dos de sus hombres lo escoltaran a su cuarto y a James le pareció como si estuviera soñando bajo los efectos de alguna droga. Las miradas en parte horrorizadas y en parte decepcionadas del equipo le perseguían como flechas que se le clavaban en la espalda y le dificultaban la respiración. Le recordaban la última mirada de Joana y eso dolía. Pero ¿qué podría haber dicho? ¿Negarlo todo y desvalorizar los últimos años de su vida, así como una de sus principales decisiones? No, no podía ni debía hacerlo. Pavar quería desembarazarse de él, y desde su punto de vista incluso la entendía, si dejaba de lado su propia frustración. Pero ¿qué significaba eso para él? Nada. No significaba nada porque no cambiaría nada.

Cuando el comandante lo puso ante el paredón frente a los demás y relató su historia, estuvo a punto de reaccionar de una forma que jamás antes habría hecho. Y era por Nasaku. No podía, o no quería, creer que se lo había imaginado todo. Había sido real, porque *debía* ser real. Ya se sabe cómo es un sueño, cómo se siente cuando uno se despierta de él, e incluso durante el sueño mismo. Pero si ha sido real, ¿dónde se quedó Nasaku? ¿Por qué no vino?

Cuando alguien llamó a su puerta, se asustó. El comandante le había dado dos horas para que recogiera sus cosas; mucho más de lo necesario para una pequeña mochila. ¿Habían pasado ya?

—Adelante —dijo con voz ronca y tragó, preparándose para enfrentarse a Pavar o a dos soldados que le llevarían al ascensor y se encargarían de que no los molestara más.

Pero era Mila, que pasó primero la cabeza por la rendija de la puerta y luego se coló dentro. James la miró sorprendido, pero la invitó a entrar con un gesto.

—Eh … hola —saludó a la rusa y sintió cómo se avergonzaba.

—Sé que no tenemos mucho tiempo, pero tengo que hablar contigo una vez más.

James tragó y asintió. Señaló la cama donde se sentaron a cierta

distancia uno de la otra.

—Lo que contó antes el comandante, ¿es cierto? —preguntó sin darle más vueltas.

—Sí —respondió tras una breve duda y se obligó a sostener su mirada. La autocompasión no había servido jamás de ayuda a nadie, y corría el peligro de ahogarse en ella. Se había acabado y al menos podía intentar marcharse con la cabeza alta antes de hundirse del todo. El ser humano puede aguantar ciertas cosas hasta cierto punto, y su límite lo había alcanzado había ya ocho años. Solo que había logrado continuar como un robot, a pesar de que por dentro se estaba carcomiendo.

La mirada de Mila se endureció, pero no se levantó, entrelazó las manos sobre las piernas cruzadas y lo miró.

—Igual no quieres hacerlo, pero antes de irte quiero escuchar la historia completa. Eres un estafador, lo entiendo. No deberíamos creerte ni media palabra, eso también lo pillo —dijo, y cada palabra de sus labios le alcanzaban como un latigazo—. Aun así, en una cosa tienes razón: No nos podemos permitir el lujo de ignorar tu historia. Aunque la tengamos solo como transcripción, podríamos sacar algún provecho de ella, aunque solo sea inspiración.

—Mila —dijo él acercándose un poco más. Pero ella se apartó de inmediato y James se paró en cuanto se dio cuenta. Continuó con voz triste: —Te juro que no me lo he inventado ni soñado. ¿Que soy un mentiroso? Sí Y a los mentirosos no le cree nadie, lo sé. Pero viajé a otro teletransportador, de eso estoy seguro. O eso o es que me he vuelto loco.

—Cuéntamelo —dijo impasible.

James asintió y comenzó a contárselo todo, desde que cerró los ojos y despertase en el asiento de enfrente, el encuentro con Nasaku, su miedo y su escondrijo, el bramido del monstruo, la tormenta, la luna hecha pedazos, su absceso en las manos, el inyector y su huida en el ojo de la supertormenta. Le contó sobre las rocas monolíticas que parecían dientes, de la avanzada tecnología dentro del resto de esa nave y de la escalerilla que tiró de una patada tras subirse con Nasaku al teletransportador. Cuando se dio cuenta de que no lo contaba todo en la secuencia correcta e iba dando saltos, Mila le conminó a que se tranquilizara. Lo hizo y lo intentó de nuevo cronológicamente, dejando sentimientos y pensamientos de lado y concentrándose en los hechos. La investigadora de materiales asentía de vez en cuando y preguntaba cuando algo no le parecía lo suficientemente preciso, pero por lo general le dejó hablar, sin criticar ni poner nada en duda y tomaba notas en un pequeño bloc que sacó del bolsillo.

Cuando acabó se sintió agotado, tanto espiritual como físicamente, como si con sus recuerdos hubiera también derramado todas sus

fuerzas. O quizás solo la preocupación de que sus vivencias no pudieran servir de nada. A fin de cuentas, Nasaku seguía presa en ese mundo.

—Supongamos que todo eso es verdad, y así lo haremos mientras hablemos del tema, porque si no, no tiene sentido —dijo Mila y se dio unos golpecitos con el bolígrafo en la barbilla—. Te despertaste en el asiento de enfrente y estabas desnudo. En nuestro lado no desapareciste, sino que seguiste sentado en el mismo asiento en el que cerraste los ojos. Con tu ropa puesta.

James sonrió por la broma, pero la borró en seguida cuando vio que en la cara de Mia no había rastro de que le tomara el pelo.

—*Si* se trata realmente de un teletransportador, no teletransporta el cuerpo.

—Sólo la conciencia —asintió James y se levantó para dar unos pasos por la habitación, como le gustaba hacer siempre que pensaba —. ¿Pero de dónde sale el otro cuerpo?

—Un clon.

—¿Un clon? —Sorprendido por su inmediata respuesta se quedó mirándola con el ceño fruncido.

—Sí. Es lo más lógico. Si el *Teletransportador* no teletransporta cuerpos –lo cual sería físicamente casi imposible–, entonces lo hace solo con información. Una secuencia de ADN sería suficiente. —Mila asintió inmersa en pensamientos—. El consumo de energía sería considerablemente menor y podría tener lugar a través de los campos de inducción u otra forma, igual incluso a través del aire respirado. En el otro lado tu cuerpo es construido en forma de clon y tu conciencia, que no parece estar formada por materia, es cargada o introducida en él. Una copia perfecta.

—Entonces, ¿no era yo?

—Esa es una cuestión de definición —contrapuso—. La pregunta correcta es: ¿De dónde sale el material para el clon? Era biológico, dijiste, no una máquina. No habrías sufrido abscesos en la piel.

—Un cuerpo humano no es más que un saco de carne y sangre, que se mantiene derecho gracias a los huesos, ¿no es así?

—Sí. En su estructura básica es sencillo. Lo que lo convierte en algo complejo es la emergencia, la combinación de muchos elementos individuales *tontos*, que sumados crean un ser complejo e inteligente —explicó Mila—. El sesenta por ciento es agua, el dieciséis más o menos proteínas, diez por ciento lípidos, uno coma dos por ciento hidratos de carbono y cinco por ciento de minerales, con un uno por ciento de ácidos nucleicos, entre ellos el ADN. Respecto a los elementos, cincuenta y seis por ciento de oxígeno, veintiocho de carbono, nueve de hidrógeno, dos de nitrógeno, uno coma cinco de calcio, uno de cloro, uno de fósforo, algo de magnesio y azufre y un

par de electrolitos como potasio y sodio. Ya está. Todo ser vivo complejo muestra estos componentes en porcentajes más o menos similares.

—¿Y de dónde saca el teletransportador todo eso?

—Debe disponer de una fuente de biomasa que la obtiene a saber cómo.

—O que hay que dársela —añadió el y ella asintió.

—O eso, sí. tengo que pensar en todo esto —dijo y se levantó.

—¡Espera! —dijo él y tragó. No quería que se fuera. Le gustaba Mila y le dolía ver ese frío en su mirada.

—¿A qué?

—Yo ... —James se mordió la lengua y puso cara amargada.

—¿Quieres decirme algo?

Pensó en el instante en el teletransportador, cuando Norton le confrontó y desveló todos sus secretos, ese momento en el que casi dice algo, casi dice *todo*. Pero no debía hacerlo.

—Conozco esa expresión en la mirada de un hombre —dijo Mila—. Como la de mi padre. Luchó en la guerra de Afganistán y vivió cosas que nadie quiere experimentar. Nunca hablo de ello, seguramente porque no quería cargarnos con eso. Luego murió un día de cáncer y estoy segura de que fue el muro en su interior que había levantado entre él y los demás a los que quería, para protegerlos. Al menos creyó que tenía que hacerlo. Protegernos. Hubiera preferido tener a mi padre que no su decisión, que tomó por mí y por toda la familia sin consultarnos para nada.

James tragó, pero no dijo nada. Mila asintió.

—Dicen que eres un mentiroso y un estafador. Y lo eres, lo veo en tus ojos. Pero veo lo mismo que en los de mi padre. Mentir se te ha convertido en un hábito, ese muro interno que no derribas. Un día te matará. Lo hace con todos los hombres buenos.

—¿Hombres buenos?

—Sí. Podrías haberme echado la culpa en el teletransportador. *Yo* tuve el plan de probar otro asiento sin preguntar a los demás. Era *mi* responsabilidad y te antepusiste para protegerme. ¿Qué delincuente hace eso?

James calló y Mila suspiró, se giró y se acercó a la puerta, donde se giró de nuevo.

—No sé si algún día te suicidarás o si pasarás el resto de tu vida en esa prisión de propia creación. Pero una cosa sí sé: Antes de morir te pasará como a mi padre y lamentarás haber tomado todas las decisiones por los demás y no haber dicho nunca la verdad. La verdad es capaz de ocuparse ella solita de sí misma y no necesita tu soberbia, que cree saber lo que es bueno para los demás. Pregúntate si tu

comportamiento hasta ahora ha hecho la vida mejor o peor para las personas cercanas a ti. —Y con ello se giró y abrió la puerta.

—¡Espera! —la frenó en el último segundo y ella dio un paso atrás sin darse la vuelta—. Por favor, cierra la puerta.

Mia lo hizo y James inspiró con fuerza antes de dejarse caer en la cama y hundir la cara en las manos.

—Todo empezó con la fusión de las agencias. Es verdad, era asesor senior en Benson&Schuster cuando conocí a Joana. Su padre era algo así como la estrella del escenario de relaciones públicas neoyorquinas. Todo el que se consideraba alguien quería estrechar su mano alguna vez. Un auténtico gurú del sector. Muchos me echaron en cara haber conquistado a su hija para llegar a él, porque en aquella época estaba demasiado obsesionado con la carrera. No tenía nada más en mi vida que me diera importancia y empuje. Quería dinero y éxito y moverme por las más altas esferas. Igual al principio fue así, que tuve ciertas ideas cuando me dirigí a ella en una recepción de la agencia de su padre *Bretoni&Partners*. Pero si al principio era así, pronto cambió todo. Ella era fantástica. Inteligente, divertida y sobre todo con tantísima *alegría de vivir*. No quería tener nada que ver con el ansia de dinero de las capas altas de Nueva York, la cháchara interminable y las miradas escrutadoras de si lleva o no el último modelito o si ya vamos de capa caída. Quería cambiar el mundo, verlo, sentirlo, mejorarlo. Y su padre Augustus la ayudó en todo. Nunca la empujó en alguna dirección distinta y ella lo quiso por eso. Lo quiso tanto que no hablaba de otra cosa que de su querido *papi*. Creo que también tenía que ver con que su madre había muerto de cáncer cuando tenía doce años. Le dejó profundas cicatrices y la llevó al final a dedicar su vida a ayudar a los niños más desfavorecidos. —James soltó un largo suspiro. Se sentía raro hablando de su pasado, ya que hasta ahora lo había guardado celosamente en secreto. Cada palabra que salía de su boca tenía el efecto de un calmante, como si fuera descascarillándose poco a poco una capa de hormigón—. Era un buen hombre, ¿sabes? Era enérgico al abordar problemas, y suave en los detalles. Siempre supo qué quería, pero no estaba dispuesto a conseguirlo haciendo daño a nadie. Sus empleados lo adoraban, y los clientes ya ni te digo. Pero también tenía sus sombras. Y entre ellas estaba ...

—Nunca has hablado antes de eso, ¿verdad? —preguntó Mila.

—No. Pero está bien. Si no es en un búnquer subterráneo, ¿dónde si no? —Sonrió con tristeza y se tragó el nudo que se le hizo en la garganta—. Entre ellas, como decía, estaba un lío con la antigua niñera de Joana, *Dorina*, mientas su mujer aún estaba con vida. Durante la enfermedad de cáncer se vio totalmente superado y huyó a los brazos de otra mujer. A Joana la hubiera destrozado enterarse de eso y lo sabía. Quiso repararlo como pudo y solo vio una solución,

siguiendo su propio consejo que tantas veces había dado a otros: *Si a alguien le robas dos caramelos, tienes que devolverle tres.* Así que estaba ante un dilema: Había sido injusto con su esposa y con su hija, al ocultarle la verdad. Al mismo tiempo no se veía capaz de perderla en nombre de la verdad o de destruir su vida, así que hizo un sacrificio con su agencia. Me hizo socio y me traspasó gran parte de sus acciones. Joana no le habría creído jamás que fuera a ceder la gran obra de su vida, así que me dio un par de documentos que demostraban ciertas irregularidades en la contabilidad. Debía hacerlos llegar a los otros socios de forma anónima. Su idea era poder pasar más tiempo con Joana alejado de la agencia, pero el asunto salió a la luz y se supo que fui yo quien sacó a relucir los documentos. Joana no me lo perdonó nunca y no podía decirle la verdad. Se lo había prometido a Augustus y vi lo mucho que disfrutaba ella el tiempo con él. Iban juntos de vacaciones, a esquiar, se mudaron a casas casi contiguas. Ella se separó de mí y llegué al punto emocional de pensar en decirle toda la verdad para recuperarla, pero aquello habría sido extremadamente egoísta. ¿Quién era yo, que había llegado mucho más tarde que su padre a su vida, para decidir que ella tenía que odiarle para poder amarme a mí?

Mia se sentó a su lado, tranquila, pero había empatía en sus ojos.

—Al principio les fue bien a los dos, pero Joana fundó una ONG y decidió mudarse a África. Su padre quiso ir con ella, pero cada vez quedaba más claro que echaba de menos su trabajo. Se había pasado la vida en el centro del mundo, pertenecía a la Alta Sociedad neoyorquina y era amigo incluso senadores y gobernadores, con quienes se tuteaba. Eso no se puede tirar a la basura de un día para el otro sin dejar huella. Un día me visitó en la agencia y me sugirió hacer un par de actividades de asesoría gratuita para nosotros y yo acepté, naturalmente. Así quiso también limpiar mi nombre, lo que no consiguió jamás, aunque a Joana le prometía siempre que no estaba enfadado conmigo. De regreso a casa pasó por una zona cubierta de hielo y su coche se estampó contra un árbol, en la Sexta Avenida. Murió en la ambulancia. Después de eso, Joana no quiso nunca volver a hablar conmigo. Creyó que se había suicidado, aunque el informe policial no lo confirmaba. Pero tampoco lo desmentía y su idea se vio reforzada.

—Te hizo responsable —dijo Mila—. Ostras.

—Sí. Dijo que no me acercara jamás en la vida a ella de nuevo.

—¿Por eso comenzaste ese nuevo trabajo? ¿Como negociador de rescates?

—Creo que sí. Vendí mis acciones en la agencia, ya no quería tener nada que ver con ellos y doné todo lo que me dieron de forma anónima a su nueva ONG de ayuda infantil, dieciséis millones. Suena

a que quería limpiar mi conciencia, pero no era eso. A pesar de la tristeza por la pérdida de la mujer que amaba, me di también mucha pena. Solo quise hacer todo lo posible para reducir su dolor y que comenzara una nueva vida con su propia organización benéfica que tanto quería; me pareció la mejor manera. En mi trabajo disfruté tanto de la adrenalina, del miedo a la muerte, a mi extinción, que me parecía una promesa de redención. Sé que esto suena algo endeble, pero no tenía el suficiente valor como para tirarme de un puente. En muchas ocasiones lo habría hecho de mil amores, con tal de escapar de mi autocompasión. Pero encontré otra razón para permanecer con vida: vi una posibilidad e hice negocios sucios con los secuestradores. Me aseguraba una parte dándoles información útil sobre cómo continuar haciendo más negocios en el futuro. Eso me aseguraba buenos resultados con cantidades de rescate más bajas; con frecuencia me sacaba hasta medio millón de comisión y lograba buenos contactos.

—¿Y supongo que esos ingresos los donabas también a la ONG de Joana?

—Sí. Tenía la romántica sensación de estar robando dinero a los malos para invertirlo en algo bueno. Así podía, al menos, reparar algo, aunque ella nunca lo fuera a saber. Y durante un tiempo sí que me sentí mejor.

—¿Sabes cuál fue tu mayor error? ¿La mayor herida que has llegado a infligirle? —le preguntó Mila. James no respondió, pero levantó la mirada con ojos acuosos—. Que no la consideraste lo suficientemente fuerte como para soportar la verdad. Fíjate en todo lo que has aguantado hasta ahora. Debes tomarla muy poco en serio si no confías en que ella pueda tener ni de cerca la misma fuerza. No tienes derecho a manipularla y a dosificarle la verdad. Todo el mundo tiene el derecho y el deber de recorrer su propio camino para encontrar su destino, e incluso si tuvieras que romper una promesa, deberías haberlo hecho tras la muerte de su padre. Eso se llama el mal menor.

—Ya no me hubiera creído —dijo James convencido—. Ahora ya no.

—¡Ya vuelves a pensar por ella! —le recriminó Mila y le dio un puñetazo tan fuerte en el hombro izquierdo que por un momento creyó que había vuelto la lesión de su caída del teletransportador.

—¡Ay! —Se frotó el hombro dolorido y miró a Mila con sorpresa—. Supongo que me lo merecía.

—Sí. —Mila se levantó—. Debes contar la verdad.

—¿Qué? ¿A Norton y Pavar? Si ...

—¡Nooo, *slaboumnyy*! —Mira puso los ojos en blanco—. A esos les importa una puta mierda, además te quieren fuera de aquí porque

mentiste a una antigua prometida o le sacaste dinero al Estado; y parece que lo sabían antes de contratarte para este trabajo. Se equivocaron contigo y creen que no eres nada de fiar. Creo que pensaron que eras un miedica egoísta y creyeron que te podían calar y controlar. Ya ves lo bueno que has sido al mantener la promesa que hiciste a tu casi suegro.

—Sí...

—Cuando salgas de aquí, coges un avión, vas a verla y le cuentas la verdad ¿entendido?

—A sus órdenes, señora —prometió él con una triste sonrisa. Solo pensar en hacerlo le hizo tiritar.

Alguien llamó a la puerta. Breve y con fuerza.

—Un último consejo —dijo Mila—. Habla con Pavar. No te marches sin luchar e intenta convencerla de que tu historia es cierta. Igual ya no sirve de nada, pero sí a nosotros. Tómate tu tiempo para contarle todo lo que me has contado a mí. Entonces podrás marcharte con la cabeza alta.

Se acercó a él y lo abrazó con fuerza.

—Gracias.

Antes de poder reaccionar, sorprendido por el repentino abrazo, Mila dio media vuelta y se fue a abrir la puerta. Al otro lado esperaba el comandante Norton y dos soldados de mirada furibunda.

12



James tuvo una doble sorpresa. Una fue que realmente pidió a Norton poder hablar una última vez con Pavar para darle *información importante*, y que la directora de la instalación realmente no pudiera resistir la curiosidad y se lo permitiera. La otra sorpresa fue notar que no tenía miedo alguno de esa conversación, ya que se sentía prácticamente liberado. Su participación en el proyecto había acabado, de eso no cabía duda, pero haberle contado a Mila la verdad que tanto tiempo había arrastrado consigo como una bola de plomo que iba creciendo con el tiempo, le resultó liberador. Igual podría conseguir contarle a Pavar toda la verdad sin hundirse con la mera idea de hacerlo. Al principio, Norton no quiso siquiera preguntar a Pavar, pero James pudo convencerle de que así tendría menos problemas con él y que de todas formas estaba de acuerdo en marcharse. Cuando la decana dijo, además, que sí, era fácil ver que el comandante ni había contado con ello ni estaba especialmente contento con el resultado.

Para su sorpresa, la oficina de Pavar estaba en la planta baja del edificio exterior, muy por encima de la cueva con su misterioso teletransportador. Habían vaciado un viejo almacén y equipado con dos escritorios para ella y para Kowalski, y con armarios archivadores y televisor. Al parecer, necesitaba sus portátiles y ordenadores para trabajar y, por cómo su asistente maltrataba como loco el teclado, aún los necesitaba más.

—Señor Hamilton ... —Pavar no se puso de pie cuando entró, pero sí echó afuera a los dos soldados que lo acompañaban. El comandante Norton cerró entonces la puerta por dentro. La decana estaba firmando varios documentos y no levantó la mirada. James se sintió como un alumno citado ante la directora, pero no sintió ninguna rabia en su interior, ya que aún estaba ocupado imaginándose cómo sería llamar a Joana. ¿Le cogería el teléfono? ¿O habría bloqueado ya su número? Igual debería llegar a ella a través de su ONG.

—Ya me imaginaba que no se limitaría a coger sus cosas y a largarse —dijo Pavar en algún momento y señaló, al fin, la única silla frente a la mesa para que se sentara. Era de aluminio, con asiento y respaldo sin tapizar, y fría. Exactamente como ella quería que fuera, estimó—. Según la legislación vigente, tiene usted derecho a una

conversación en privado, y a diferencia de ciertas personas, me ciño a la normativa.

—Gracias —respondió, sin entrar en su recriminación—. Entiendo su decisión y no estoy aquí para soltarle un largo discurso para intentar que la cambie.

—Bien. —Parecía sorprendida, aunque era una mujer que sabía ocultar esas cosas, incluso a alguien como él—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Estoy seguro de que creerá que me volví loco, o que me inventé algo para que me echaran. No es así, aunque tengo claro que no me va a creer por las buenas.

Pavar soltó las manos que mantenía fuertemente entrelazadas frente a ella con un gesto que parecía expresar que la había pillado.

—Pero creo que usted es una mujer que piensa de forma racional y toma las decisiones según sus consecuencias lógicas. Si me echa ahora sin disponer de mi información, perderá quizás una pieza del puzle y en el futuro podría lamentarlo —continuó.

—Esa posibilidad la considero ínfima.

—*Ínfima* no significa inexistente.

—Está bien, señor Hamilton. —Pavar apartó demostrativamente a un lado la montaña de papeles que tenía delante y se reclinó en la silla —. ¿Kowalski? Levante acta, por favor.

—¡Naturalmente, señora!

James carraspeó y comenzó a contar con todo detalle su experiencia en el planeta extraño, de forma cronológica y con tranquilidad, tal y como lo consiguió con Mila al segundo intento. Ahora, esa tercera vez, le resultó mucho más fácil poner orden en el caos. Ser muy detallado también le ayudó a tomar más conciencia de todo y la decana no le interrumpió ni una sola vez. El constante tecleo de Kowalski ante el ordenador era el único acompañamiento que tuvo.

Cuando acabó, Pavar asintió.

—Gracias por su informe. Mi asistente le pedirá que lo firme y luego podrá marcharse.

James parpadeó sorprendido. Había contado con todo: protesta, risa, incluso que lo echaran a patadas. Pero se había equivocado del todo. La decana se mantuvo fría como un viento de otoño y se limitó a volver a ponerse derecha y a cruzar los dedos sobre la mesa.

—Eso ha sido todo, señor Hamilton.

—Una última pregunta —dijo.

Pavar levantó una ceja recriminatoria, pero hizo un gesto seguramente dirigido al comandante Norton detrás de él.

—¿Cómo cree que podrá alcanzar el éxito en este proyecto, si no acepta correr ningún riesgo? Puedo imaginarme que las implicaciones políticas por la participación de europeos y rusos suponga una lucha

diaria que le preocupe especialmente. Este proyecto debe tener éxito antes de que surjan diferencias entre las distintas partes del acuerdo. Con un compendio muy estrecho de normas no alcanzará resultado alguno —James se inclinó hacia delante—. El teletransportador puede que sea la mayor posibilidad de la humanidad: un portal a otros mundos. Lo que consigue echándome es amedrentar al equipo directivo y advertir del peligro de cualquier mínima osadía.

Su pétrea expresión confirmaba de sobras su suposición.

—Piénselo bien, si es realmente el camino correcto. Mantenga a los científicos bien atados a su correa y no descubrirá nada. Para saber lo que hacía la pólvora, los chinos tuvieron que prenderle fuego y hubo muchos accidentes, hasta que al fin se pudo utilizar. Fíjese cuánto hemos logrado avanzar, a pesar de los efectos negativos.

—Gracias por sus comentarios —dijo Pavar, y le echó de su despacho con un gesto de la mano—. Ya puede marcharse. Recuerde el contrato de confidencialidad que ha firmado.

—No se preocupe. Supongo que la NSA me mantendrá bien vigilado para asegurarse de que las palabras *objeto* y *Wisconsin* no aparezcan jamás en mi vocabulario.

—Hasta nunca, señor Hamilton. —Pavar colocó sus expedientes de nuevo en el centro de la mesa y abrió el de más arriba.

—Venga —le conminó Norton y lo agarró por el codo. James no opuso resistencia alguna, se levantó y se dejó llevar por el comandante al exterior. Al otro lado de la falsa recepción estaban los dos soldados junto al ascensor y querían acercarse cuando el oficial les hizo quedarse donde estaban levantando la mano y se colocó frente a James.

—No sé si le servirá de algo: creo que tiene usted toda la razón. Debemos atrevernos, a entrar con valentía en la oscuridad, porque solo así iluminaremos el interior —dijo Norton muy serio—. Así que me alegra mucho, por mi futura estancia en el proyecto, que haya dicho esas palabras a la decana.

—¿Me ... está dando la razón? —preguntó James confuso.

—Sí. Le he hundido allí abajo ante los demás y no estoy orgulloso de ello, pero era necesario.

—Para mantener al equipo unido y no enfrentado.

—Correcto. Este proyecto es más importante que yo y más importante que *usted*. E insisto: No debería haber hecho eso por su cuenta. ¡Estas cosas suponen un riesgo excesivo! Lo que acaba de hacer ahora lo debería haber hecho antes. Pavar es fría como el acero, pero es inteligente, tiene sentido común y está abierta a buenos argumentos. Pasarla por alto y lograr hechos sin haberla incluido fue un error que ahora le ha costado su participación. Igual le iría bien pensar en ello cuando en el futuro le den otra oportunidad.

—No creo que haya otra oportunidad en mi trabajo en el futuro, ¿no es así? —dijo James y Norton negó con la cabeza, tal como se imaginaba.

—No. En Washington y Filadelfia mantuvieron un ojo cerrado porque sus resultados eran buenos, pero con su conocimiento sobre un proyecto que ni siquiera conocen sus superiores en los Ministerios, no le dejarán que se acerque a ningún delincuente. Al menos parto de eso.

—Entiendo. Seguramente sea lo mejor.

—Gracias a sus turbios negocios seguramente cuente con fondos suficientes para sobrevivir —opinó el comandante y la crítica ácida en sus palabras era fácil de percibir. James tuvo la impresión de que ese viejo soldado luchaba entre una curiosa simpatía y, a la vez, un rechazo moral ante él. Podía entenderlo, a él le pasaba lo mismo.

—No.

—¿No?

—No lo entendería. Pero igualmente, gracias por preocuparse. Ya me las apañaré. —James lanzó una última mirada a los ascensores y suspiró por dentro. Esperaba que Nasaku estuviera bien y que no le hubiera pasado nada. Aunque había tenido un miedo atroz, habría vuelto a ese planeta solo para asegurarse de que existía. Durante su involuntaria estancia allí no quería otra cosa que volver a casa, lejos de ese extraño lugar con su hedor, su deprimente desolación y sus horrendos monstruos. Ahora quería regresar. Estaba loco. Pero darse cuenta de que nunca volvería a bajar ahí y que las próximas semanas o meses, igual incluso años, se rompería los sesos pensando en lo que estaría sucediendo aquí, si encontrarían los demás teletransportadores y lo que el equipo llegara a descubrir, le ponía muy triste.

—Los dos soldados le acompañarán al aeropuerto de Cheyenne —interrumpió Norton sus pensamientos, cuando los soldados se acercaron y señalaron hacia la puerta.

Y esto ha sido todo, se confesó a sí mismo y asintió levemente, incapaz de decir nada más. Se sentía extraño en su propio cuerpo al salir lentamente arrastrando los pies y flanqueado por los soldados. Sentía sus piernas pesadas como el plomo y la cabeza extrañamente vacía. Hasta ahora había estado bajo los efectos de la adrenalina, o al menos bajo la excitación de lo que había sucedido: su regreso, el alivio, seguido del golpe por las acusaciones de Norton y por las miradas de decepción del equipo. Luego la conversación con Mila, que le confundió in extremis. Ahora era como un pasajero en su cabeza, observaba como ponía un pie frente al otro y se daba cuenta por primera vez que se había acabado todo. ¿Qué haría ahora? ¿A dónde iría? ¿A su casa de Nueva York? En paro con un buen cheque en su cuenta, ¿pero sin nada que hacer? No había tenido muchos amigos los

últimos años, ya que sus compañeros de escuela se habían dispersado por el país y los había dejado atrás tras conocer a Joana. Su trabajo como negociador de rescates fue entonces como el último clavo del ataúd de su vida social. Nunca podía saber cuándo iba a salir ni por cuanto tiempo. A veces una semana, otras dos, siempre de forma espontánea. Pero ahora no tenía una Joana, ni un trabajo ni amigo alguno; y la perspectiva de sentarse en su apartamento de Manhattan, en el que nunca llegó a sentirse como en casa, le daba mucho miedo. Tendría tiempo de sobra para pensar en todo lo que había pasado aquí. Había sido parte de algo muy grande, un giro del destino que le sacaba de la miseria de su autocompasión para llevarlo a la mayor aventura en la historia de la humanidad. Había sido un regalo increíble, a pesar de las circunstancias de su extracción de Mombasa.

¿Cómo es que no lo vi venir?, pensó y se paró, mirando hacia los ascensores, y la idea le golpeó con fuerza. Quiso salir corriendo, saltar sobre los soldados y golpear la botonera, solo para poder regresar abajo. No podía haberse acabado todo.

—¡Continúe! —le ordenó el militar de la derecha, un musculoso soldado raso de fría mirada.

James tragó y cumplió alicaído la orden. La luz que llegaba por el cristal lechoso de la puerta de entrada era tan intensa que le dolieron los ojos. Era como una esclusa de aire hacia otra vida, la prueba final de que todo esto no había sido más que un sueño una vez cruzada.

Entonces saltó una alarma. Un ulular que llegaba hasta la médula y que hizo vibrar los cristales de la puerta. Se sobresaltó y dio media vuelta. Los dos soldados quedaron momentáneamente sorprendidos y se dieron también la vuelta.

James aprovechó ese momento en que sus vigilantes no prestaban atención y salió corriendo hacia el despacho de Pavar.

—¡Oiga! —gritó uno de ellos, pero ya tenía un par de pasos de ventaja.

Las sirenas aullaban con tanta fuerza en sus oídos, que le habría gustado tapárselos con las manos, pero no tenía tiempo para ello cuando alcanzó la puerta. La adrenalina hizo que la piel le chispeara y la sensación de ser perseguido y que le podían agarrar de golpe por detrás le electrizó de forma muy desagradable. Así que se calmó cuando bajo la manilla y tras la puerta oyó maldiciones apenas inteligibles.

Antes de evitarlo se giró y vio a los soldados con sus manos en las pistolas, aún en sus fundas. Sintió una comezón en el paladar.

—¡El campo magnético! —gritó a nadie en particular y entró en el despacho de la decana, cuando sus acompañantes se recuperaron y saltaron hacia él. Uno casi le habría pillado, pero James se apartó de la mano que pretendía asirle y se introdujo por la puerta semiabierta

contra la que uno de los soldados chocó con tanta fuerza que soltó un grito que se oyó incluso por encima de la alarma. Por suerte, la puerta, que se abría hacia afuera, quedó bien cerrada por el mismo empuje del soldado.

Pavar y Norton estaban frente a una gran ventana y se giraron hacia él, con miradas llenas tanto de sorpresa como de enfado.

—¿Se ha activado? —gritó James sin aliento—. ¿El teletransportador?

—Probablemente. Ha vuelto a haber un aumento del campo magnético, pero no sé qué puede interesarle eso a usted. Ya debería ...

—¡Lo sentimos, señora! —La voz era de uno de los soldados y James fue perdiendo el valor. Cuando fue agarrado con fuerza de los brazos, el cosquilleo del paladar había desaparecido. También parecían notarlo la decana y el comandante y ella hizo una señal impaciente a Kowalski, frente al televisor, para que lo encendiera, cosa que hizo para apartarse luego un par de pasos. En la imagen se veía el interior del teletransportador muy por abajo de ellos. Dos figuras en trajes protectores blancos estaban de espaldas a una de las paredes de celdillas, entre dos cámaras de infrarrojos y observaban uno de los asientos centrales en el que algo estaba pasando.

—¡Virgen santa! —logró pronunciar Pavar.

James notó que el agarre de sus brazos cedía algo y se liberó para acercarse a ella y al comandante. Se colocó junto a ellos, que no parecieron darse ni cuenta, con las miradas clavadas en la pantalla y en lo que estaba sucediendo.

El asiento, y creyó que era el de enfrente del suyo, donde despertó, parecía moverse, aunque era más bien un efecto óptico, pues lo que pasaba era que algo se movía *en* el asiento. Como saliendo minúsculas gotas de sudor de poros invisibles, se iba formando una capa lechosa sobre el asiento que fluía como el mercurio formando enlaces que formaban, a su vez, burbujas con gran tensión superficial. El líquido fue creciendo poco a poco como si alguien lo estuviera hinchando de aire. Se formaron dos ramificaciones alargadas hacia abajo.

—¿Qué es eso, comandante? —preguntó Pavar con voz débil y sin dejar de mirar lo que sucedía dentro del teletransportador.

Norton no respondió, incapaz de concentrarse en nada más que en lo que estaba viendo.

—Un clon —murmuró James

—¿Qué?

—¡Un clon! —repitió ronco, tras haber carraspeado para aclararse la voz. La forma de un cuerpo humanoide era ya reconocible, de un blanco lechoso y viscoso, pero los colores iban cambiando, se volvían más rojos y amarillos en algunos sitios, antes de colocarse encima una especie de brillo color crema—. El teletransportador genera clones en

los que carga la conciencia del viajero. ¡Mila tenía razón!

—¿La doctora Shaparov? —Pavar le agarró por la muñeca—. ¿Qué sabe usted de eso, Hamilton?

—Si los viajeros no abandonan el teletransportador local, es que es una máquina que solo transporta la conciencia. Pero para utilizar la conciencia, se necesita un cuerpo. Necesita *el mismo* cuerpo, ya que es improbable que funcionara en otro. Al menos habría que contar con consecuencias psíquicas negativas. Pero ¿cómo ha solucionado el tema de la biomasa?

Ahora ya se podía reconocer que, en el asiento en el centro de la imagen, que de vez en cuando se paralizaba mostrando solo ruido blanco, se estaba formando un cuerpo humano. Aparecieron pelos sobre la piel fresca, surgiendo por encima de la frente sobre el cráneo. De la masa blanca surgieron uñas en dedos de manos y pies, los ojos adoptaron un color y se ocultaron bajo párpados con largas pestañas que surgieron de golpe.

—¡Nasaku! —gritó triunfante, cuando comenzó a reconocer su huesuda cara con los ojos avellanados y la boca rodeada de arruguitas y la nariz aguileña, inconfundible. Llegó naturalmente desnuda y le sorprendió la delicadeza de su construcción física. Nervuda, con músculos tersos, pero más delicada que aquella artista de la supervivencia que conoció, envuelta en apestosos jirones de tela.

—¿Es la mujer que vio allí? —preguntó Pavar incrédula.

—¡Sí! ¡Es ella! ¡Está viva! Y ha conseguido llegar hasta aquí. Mila, ¡eres un genio!

Pavar y Norton intercambiaron una mirada. Por la ventana podían ver que Nasaku parpadeaba por primera vez y se miraba las manos con la frente arrugada. Las dos figuras en trajes de protección blancos seguían paralizadas contra la pared, con las manos a la espalda, e intentaban escapar caminando hacia atrás.

—Tendrá miedo —dijo, y alargó una mano hacia la pantalla.

—Comandante, lleve al señor Hamilton abajo. De inmediato.

—¿Está segura?

—Sí. ¡Ahora! Es un escenario de primer contacto hasta que sepamos a qué nos estamos enfrentando. Así que sigamos el protocolo.

—¿Quiere decir, que yo ...? —comenzó James, pero Pavar le hizo un gesto para que callara.

—Igual tenía razón —reconoció la decana—. Mientras partamos de esa idea, no le dejaré irse.

—No me iría por nada del mundo. Tengo que hablar con ella. Cuando vea mi cara se tranquilizará, estoy seguro.

—Pues no pierda más tiempo.

—¡Gracias, señora!

Pavar había vuelto ya al televisor y miraba como Nasaku se ponía



despacio de pie y miraba hacia los científicos.

13



James estaba en la esclusa de aire y daba golpecitos con los pies andando de un lado al otro. El suelo de plástico bajo sus botas de goma emitía los típicos ruidos plásticos. Cuando al final paró de salir el gas séptico y la puerta de protección a la cueva se desbloqueó, avanzó rápido para abrirla hacia afuera.

En la caverna revestida de hormigón había más gente de lo habitual.

Diez personas en trajes blancos de protección formaban un semicírculo alrededor del teletransportador con fusiles de asalto dirigidos a la puerta, que lucía brillante al final de la rampa. Tres personas desarmadas se mantenían detrás muy juntas y parecían inmersas en una fuerte discusión.

—¡Eh, Bajad las armas! ¡No representa ningún peligro! —gritó James, pero ninguno de los soldados giró la cabeza hacia él. No le miraron, como si no estuviera allí. Así que se acercó a los científicos. Eran Meeks, Falkenhagen y Smailow, que se separaron cuando llegó corriendo hasta ellos.

—¡Señor Hamilton! —dijo el ex cosmonauta y lo miró sorprendido.

—Pavar ha cambiado de opinión.

—Parece que tenía razón —dijo Falkenhagen y el alemán asintió en reconocimiento. Aun así, en su mirada quedaba una cierta reserva, al igual que en la de los otros dos. Seguramente intentaban aún digerir las declaraciones de Norton sobre él. Pero eso ahora no le importaba.

—¿Qué coño hacen con las armas? —preguntó, señalando hacia los soldados—. ¿Se han vuelto locos?

—¿Por qué? Ahí dentro se ha formado una especie de monstruo. ¿Qué otra cosa espera que hagan? ¿Extender la alfombra roja? —quiso saber Smailow resoplando—. No solo es una sensación, sino un potencial peligro.

—¡Y una mierda! Conozco a Nasaku. —James quiso desprenderse de ellos y correr hacia la rampa, pero una fuerte mano le retuvo por el hombro. Cuando se giró vio a Meeks. El antiguo ingeniero de Boeing tenía gotas de sudor en la cara, visibles a través del visor, y parecía como si acabara de finalizar un turno de obra dura.

—Joven, incluso aunque tenga razón: No conoce a esa mujer. ¿*Cuánto tiempo* dice que pasó con ella? ¿Algunas horas? ¿Medio día?

Aunque fuera verdad, puede ser cualquier otra persona. No sabemos nada de ella ni de su especie.

—Es humana.

—Eso debería hacernos aún más precavidos. Que sepamos, solo hay humanos en la Tierra y ...

—*Que sepamos* —coincidió James—. Exacto. Igual gracias a ella aprendemos que hay más cosas aparte de las que ya sabemos. Otras respuestas. Y esta mujer las tiene. Aparte del hecho de que se comportó como una *buena* persona cuando llegué a su mundo, aterrado y solo. Lo mínimo es que nos mostremos también desde nuestro lado bueno y amable.

Así que se apartó y los guantes de goma de Meeks resbalaron del plástico de su traje como jabón en un lavadero. Pasó entre dos de los soldados de anchos hombros hacia el campo de tiro superpuesto, pero ni pensó en lo que pasaría ahora si Nasaku asomara por la entrada al teletransportador y alguno de ellos presionara el gatillo con nerviosismo en exceso.

No ha sido un sueño, se repetía alegre por dentro y dejó rienda suelta a su entusiasmo y gran alivio. *¡No era imaginación! Está aquí y los teletransportadores son exactamente eso: ¡Teletransportadores!*

Subió con pasos largos la rampa, que osciló un poco a su paso, pero no miraba ni a derecha ni a izquierda, sino a la luz blanca que le atraída como por arte de magia. Entró y fue como siempre, como cruzar un portal mágico entre dos mundos distintos. El de detrás era amenazador, con tuberías ruidosas y refrigeradoras, con el ruido del roce de trajes de plástico, techos altos y poderosas columnas. El otro, donde estaba ahora, extraño pero familiar, con una sensación de seguridad por la construcción compacta y el silencio reinante.

Nasaku estaba frente a su asiento y, delante de ella, a decir por los contornos tan diferentes, estaban Laudrup y Mila. Las dos científicas gesticulaban con cuidado hacia la extraña, que les decía cosas en sumerio con pausas para mirar los muchos artilugios e instrumentos que había montados allí.

—Nasaku —dijo, y el corazón le dio un vuelco cuando ella se giró hacia él. Era una sensación extraña, como si se reencontrara con una amiga perdida hacía años, aunque apenas la conocía. ¿Era el miedo y las extrañas circunstancias de su experiencia en el otro planeta lo que hizo que se sintiera muy cercano a ella para no perder la razón, o el alivio por no estar de camino a Nueva York, excluido del proyecto? No lo sabía ni le importaba. Aquí y ahora podía aportar al fin algo. Para ella y para el proyecto. Y para él mismo.

Cuando le devolvió irritada la mirada, se arrancó el casco de la cabeza. ¿Por qué no lo había hecho antes, en lugar de asustarla así?

—Soy yo, James. Siento esta extraña apariencia, no quiero que te

sientas rata de laboratorio.

—Los rasgos de Nasaku se calmaron cuando vio su cara sin protección ni visor.

—James —dijo, e inclinó la cabeza un poco hacia un lado.

—ASAR —dijo él de vuelta y señaló a su alrededor, antes de ponerse la mano en el pecho—. Nuestro ASAR. Nuestro teletransportador.

—Damiq. —Nasaku se puso pensativa y se cubrió los genitales.

—¡Oh, perdona! —Se quitó el traje protector hasta quedarse con las prendas funcionales y se lo entregó a ella—. No es un Armani, pero debería bastar por ahora.

Nasaku lo cogió y empezó a ponérselo. Le quedaba muy grande y parecía un niño disfrazado con la ropa de sus padres, solo que *esta* ropa parecía un envoltorio.

—¿Mila, doctora Laudrup? —preguntó a las científicas—. ¿Todo bien?

—Puedes llamarme Mette —susurró la danesa sin quitarle los ojos de encima a Nasaku. Había enterrado sus pequeños dedos en el respaldo de uno de los asientos del interior como si se quisiera esconder detrás. Su traje blanco estaba rociado con pintura roja por todos los lados.

—Todo en orden —dijo Mila y se quitó también el casco, que dejó sobre uno de los asientos.

—Esta es Mila —dijo en dirección a Nasaku y señaló a la rusa, que sonrió amablemente. Su visitante respondió levantando las palmas hacia arriba—. Eso equivale a un asentimiento.

—Ah. Encantada.

—¿Cómo ... lo has conseguido? —quiso saber él de Mila.

—Con los animales de ensayo muertos —respondió—. Estuve pensando en nuestra teoría de los clones y la biomasa y luego en el embudo que hay en el centro del objeto.

James miró allí donde la última vez estaba el maletín abierto de Mette con las baterías. Ahora ya no estaba allí y solo se podía ver el embudo negro con el pequeño agujero en el fondo.

—Si la teoría era buena, debía existir algún método de alimentación de biomasa para que el teletransportador disponga de materia prima para el proceso de clonación —continuó Mira—. Y creo que lo encontré.

James miró de nuevo a Mette y a las múltiples manchas rojas que cubrían la parte anterior de su bata, y sintió un mareo.

—Por eso quisiste que fuera a hablar con Pavar —dijo—. Intentabas ganar tiempo para demostrar que yo tenía razón.

—Un último ensayo, por así decirlo, aunque debo confesar que yo misma tampoco me lo creía del todo. Pero debía intentarlo y nadie se

opuso a que Mette descuartizara el cadáver del animal y yo lanzara los trozos en el embudo.

—Aunque aquí tenemos un problema de comunicación —dijo la danesa, lanzando una temerosa mirada hacia Nasaku, como si fuera un animal de presa—. Necesitamos a alguien que hable sumerio.

—Creo que allí arriba ya están trabajando en una solución para esto —dijo Mila.

—Eso espero. —James se dirigió a su visitante, que miraba en dirección a la abertura de luz—. Deberíamos esperar un poco más.

—¿Por qué? —preguntó la rusa—. Deberíamos sacarla de aquí, darle algo de comer y beber y meterla en ropa algo más adecuada.

—Sí, pero allí afuera hay una docena de soldados apuntando con sus rifles hacia la puerta. Deberían marcharse primero. No hay segundas oportunidades para la primera impresión, como suele decirse. —Miró hacia una de las cámaras e hizo un gesto con la mano derecha como si alguien estuviera hablando—. Esperad aquí —dijo y, mirando a Nasaku, levantó las manos indicándola que no le siguiera cuando vio que estaba a punto de hacerlo. Entonces cruzó el recuadro de luz y se quedó en la parte superior de la rampa. Si quisiera salir ella también, chocaría primero con su espalda y no vería los cañones de diez armas.

—¡Bajad las armas, chicos! —dijo a los soldados, cuyas caras apenas eran perceptibles tras los visores de plástico de sus cascos. Evidentemente no se movieron hasta que se abrió la esclusa de aire y otra persona entró en la cueva. Por la forma de andar reconoció al comandante Norton.

—¡Haced lo que dice! —bramó el oficial. Los hombres bajaron las armas de inmediato, las aseguraron y sujetaron hacia abajo frente al cuerpo, como en una coreografía bien ensayada. Norton se acercó a ellos y dio instrucciones que James no pudo entender desde donde estaba, pero sus hombres formaron en tres grupos y se distribuyeron por la zona. Parecía casi como si estuvieran la mar de tranquilos y por casualidad en esta sala, solo de paso. Pero estaba seguro de que tenían instrucciones de no quitarle la vista de encima a esa visitante de otro planeta.

—Gracias —dijo entonces al comandante, cuando este se acercó a la rampa.

—Se ha quitado el casco.

—Sí. Ya llegué sin uno en el teletransportador.

—¿Y si trae consigo una enfermedad desconocida para nuestro sistema inmunológico?

—Eso lo considero improbable, ya que no viene de otro planeta, sino que ha sido *recompuesta* por el teletransportador —respondió.

—En efecto, no esperamos que pueda haber un bioma externo —

intervino una tercera voz. Era Falkenhagen. El alemán pasaba junto a uno de los pilares de hormigón junto a Meeks y Smailow y señaló hacia James—. Pero no sabemos qué aspecto tiene el clon, si por la extremada antigüedad de esta máquina está adaptado a las condiciones microbiológicas actuales aquí.

—Yo creo que una civilización capaz de crear algo *así* —dijo Smailow, alargando la mano hacia el elipsoide—, habrá pensado en detalles como ese.

—¡Ni siquiera sabemos *cómo* pensaban!

—Sí, sabemos que ... —comenzó a protestar Meeks, el tercero en discordia, cuando Norton puso fin a la cháchara.

—No hay tiempo para eso ahora. Hamilton, tráiganos a nuestra *visitante*. Es una orden.

—¿A dónde la llevo?

—A la esclusa de aire, allí será analizada y alojada en una de las habitaciones libres, si todo parece ir bien. Debemos comprobar que no padezca enfermedades o gérmenes peligrosos y esas cosas. Quiero que el capitán Miller me diga que no hay peligro directo para la instalación ni las personas que hay en ella. Quedará bajo vigilancia, pero será bien tratada hasta que llegue nuestro intérprete. —Norton pareció ver la preocupación en la mirada de James y, aunque su mirada parecía empezar a impacientarse, continuó con tranquilidad: —Le enseñaremos vídeos de lo que hacemos y por qué y espero que lo vaya entendiendo.

James asintió y se giró. Dentro del teletransportador, Mila y Nasaku estaban intentando intercambiar un par de palabras, señalando hacia las cámaras, los asientos, el suelo y las paredes, y luego repetían las palabras que intercambiaban. Mette y Mila se habían quitado ya sus cascos y con sus gorros blancos parecían figuras de un cómic.

—Nasaku —dijo, y cuando ella le vio no hizo pantomima alguna, señaló hacia ella, hizo como si se sujetara un inyector imaginario en el cuello, como había hecho ella y luego presionó dos puños juntos con la esperanza de que el gesto fuera reconocido como seguridad. Al final, ella abrió al menos ambas palmas.

Cuando salieron juntos del teletransportador, James temió que Nasaku se asustara, pero pareció más bien sorprendida e interesada, mirando hacia arriba con los ojos muy abiertos y casi se cayó por la rampa, si James no llega a sujetarla.

—Buenos días, soy el comandante Norton, Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Bienvenida ... bienvenida a la Tierra —saludó Norton a su invitada extraterrestre y extendió una mano. Nasaku no pareció entender el gesto y observó los dedos embutidos en guantes, como si Norton pretendiera enseñarle algo que ahora buscaba. James le dio un

toquecito en el hombro, señaló su propia mano y luego la de Norton. Entendió y le estrechó la mano con absoluta falta de práctica.

—Ubla Nasaku.

—Sígame, por favor. —El oficial señaló hacia la esclusa de aire a la derecha, abierta y donde se podía ver a dos personas empaquetadas de blanco, seguramente el capitán Miller y una enfermera, junto a una camilla. Nasaku dudó al principio y miró hacia James, que hizo un gesto de asentimiento hacia ella tras un instante. Meeks, Falkenhagen y Smailow observaban todo desde un lateral, con las bocas abiertas y los ojos de par en par.

Un cuarto de hora más tarde estaba sentado a la mesa redonda con los jefes del equipo científico en su sala de reuniones. Estaba repleta de documentos desordenados y otros más estaban tirados por el suelo. Todos estaban sudados y olía como la jaula de leones de un zoo, aunque nadie parecía preocuparse por ello.

—Realmente no sabemos nada —reconoció Falkenhagen. A diferencia de los demás, el guaperas no parecía una gallina desplumada, sino un adonis brillante, untado de aceite—. Así que vayamos con cuidado.

—¿De qué no sabemos nada? ¿De Nasaku? —preguntó Mila.

—Exacto, así que deberíamos proceder no solo con cuidado, sino sobre todo con amabilidad y disposición a ayudar.

—Bueno, partiendo del hecho de que el teletransportador ha construido un clon de ella a partir de los restos de algunos animales de ensayo de gran tamaño, todavía existe el peligro de que la máquina responsable de ello haya cometido algún fallo.

—¿Un fallo? —preguntó Mila levantando una ceja.

—Enfermedades, agentes patógenos, que han estado esperando con ella cientos de miles de años bajo la tierra poder volver a salir a la luz. Pensad solo en las muchas cosas que se conservan en permafrost en Siberia.

—Yo estoy segura de que una civilización capaz de construir un maldito teletransportador también habrá pensado en que los clones deben llegar limpios al mundo —adujo Meeks.

—Pero allí hay un error de pensamiento —criticó Falkenhagen y la mirada del americano se ensombreció ante esa reprimenda no intencionada—. Un clon no puede llegar al mundo *limpio*. Si es creado en tan poco tiempo, debe disponer de un sistema inmunológico, por lo tanto, también de un microbioma intacto. Así que *limpio* no puede estar; su sistema inmunológico no estaría entrenado. Así que es muy posible que determinados patógenos …

—Ni de lejos —dijo Mila negando con un dedo—. Debemos partir del hecho de que el clon se ha creado con el material que hemos introducido. Es decir, una cabra y una vaca. Todo lo que había en esos

animales debería haber sido utilizado de alguna manera para la recreación de Nasaku. Así que sabemos con bastante precisión de qué está hecha y con qué agentes patógenos y microbios va equipada. No podría ser que desconociera nuestro sistema inmunológico.

—Eso tiene sentido para mí —reconoció Smailow, que era el único que permanecía de pie con los brazos cruzados y apoyado contra una pared de hormigón tras la mesa.

—Ni siquiera sabemos lo más mínimo sobre los constructores de estos teletransportadores, si es que son teletransportadores —insistió Falkenhagen—. Podría ser que la máquina generara sueños o visiones y luego materializara parte de ellos.

—¿Crees que el viaje de James se desarrolló en una especie de realidad virtual dentro del objeto? —preguntó Mette y se frotó las mejillas rosadas y sudorosas—. ¿Para qué?

—¿Para qué, qué?

—Cada máquina tiene una finalidad. Una función que cumple, por definición clásica, para hacernos la vida más fácil a los humanos. ¿Cómo puede alguien construir algo tan avanzado solo para generar un mundo en realidad virtual? Debería poder hacerse con algo más sencillo que esto.

—Hay máquinas de sobras destinadas solo al entretenimiento. Por ejemplo, las consolas.

—¿No creerás en serio que eso es una consola? —protestó Mila—. Solo hemos encontrado una única reliquia de estos seres. Una sola cosa que ha perdurado todo este tiempo. Estoy seguro de que no son consolas de juegos lo que construyeron para que durara toda la eternidad.

Se escucharon algunas risillas de aprobación. Aun así, el alemán no parecía convencido del todo.

—Lo que quiero decir es que miramos todo desde un punto de vista antropomórfico. Cómo lo haríamos *nosotros*. Lo que tiene y no tiene sentido para *nosotros*. Una cultura extraterrestre seguramente podría pensar, y probablemente pensaría y actuaría, de forma totalmente distinta a nosotros.

—¿Y en qué basamos nuestras suposiciones? —preguntó Meeks pensativa—. Quiero decir, que en la máquina hay asientos, muy desarrollados y de un material desconocido para nosotros pero a fin de cuentas asientos banales, para sentarse, igual que los que tenemos nosotros. La puerta del teletransportador se corresponde con la altura de un ser humano, o al menos de humanoides de dimensiones muy similares. Incluso los hexágonos tienen un lugar fijo en nuestra historia cultural. Es un polígono euclidiano. Con todos sus lados totalmente simétricos; si unimos los vértices opuestos obtenemos seis triángulos equiláteros, si unimos los puntos que no son opuestos

tenemos un hexagrama compuesto por dos triángulos equiláteros contrapuestos que forman otros seis más pequeños con un hexágono menor en el centro. Las abejas forman sus colmenas con hexágonos, pero también aparece en el basalto que se enfría lentamente en la fase magmática. Incluso el polo norte de Saturno es un hexágono.

—¿Qué puñetas tiene que ver esta máquina con el polo norte de Saturno? —gruñó Falkenhagen.

—Solo estoy diciendo que hay muchos indicios que señalan a la posibilidad de que los constructores de esto hayan sido muy parecidos a nosotros …

—… o que lo sigan siendo —añadió James.

—Sí, o que *siguen siendo todavía* más parecidos de lo que creemos. Usted ha viajado al otro lado, si es que hay un otro lado, y ¿con qué se ha encontrado? ¡Con otro ser humano! No puede ser casualidad. Quizás debamos considerar en adelante el elipsoide *solo* desde la perspectiva humana y de forma totalmente consciente.

—Aquí se nos plantean, al menos, dos cuestiones: ¿Por qué no hemos encontrado nada de esos constructores excepto este teletransportador? No tenemos ni un solo tornillo más. Y ¿por qué no hay un manual de instrucciones?

Cuando todas las miradas se giraron hacia James, este levantó las manos en gesto de rechazo.

—Con ello solo pretendo decir que no creo que el teletransportador sea una reliquia, enterrada expresamente para civilizaciones futuras como la nuestra. Porque en ese caso se habrían preocupado de que recibiéramos también información sobre su uso y sus peligros. Pero no hemos encontrado nada de eso. Así que creo que ya no podremos encontrarnos con los constructores. O no tuvieron tiempo de dejarnos una notita, o construyeron los teletransportadores antes de extinguirse.

—¿Los construyeron para qué? ¿Por qué construirlos justo antes de su extinción? —quiso saber Smailow.

—No lo sé, pero deberíamos pensar en ello.

—Deberíamos hablar ante todo sobre esa mujer … —opinó Meeks.

—Nasaku —la corrigió James.

—Está bien, Nasaku. Hablemos sobre ella.

—¿Sobre qué, en particular? —La voz de Mila no dejaba lugar a duda de que la preocupaba lo que pudiera estar pensando su colega.

—Aquí hay un elefante en la habitación que nadie quiere ver. O es extraterrestre o es un clon endemoniado. Y no sé qué me desagrada más. Lo que seguro que no me gusta absolutamente nada es no saber absolutamente nada de ella.

14



—¡Se ha negado a que la metamos en el MRT! —protestaba Pavar. La política se alisaba el traje de chaqueta y pantalón y el tono canela de su piel pareció oscurecerse algo más.

—¡No es motivo para encerrarla! —protestó Mila con enfado. La luz sobre la mesa redonda del equipo científico parpadeó y todas las miradas se dirigieron brevemente hacia arriba antes de bajar de nuevo al ambiente más que deprimido que reinaba allí.

—¿Ah, no? —Pavar lanzó una mirada con ganas de pelea hacia la rusa—. ¿Por qué cree usted que se niega?

—Conozco incluso a gente que tiene pánico de meterse en ese tubo tan estrecho. ¡Hay más gente que sufre claustrofobia de lo que cree!

—Y no deberíamos ignorar que viene de un planeta arcaico —añadió Mette. La danesa estaba devorando poco a poco una tableta de chocolate y parecía calmarse algo con cada mordisco—. Seguramente no sea más que miedo ante un aparato extraño y que emite, además, unos ruidos muy inusuales.

—Pero el Sr. Hamilton dijo que procedía de otro planeta y que se había estrellado allí —dijo el comandante Norton—. Así que podemos partir del hecho de que no procede de un mundo primitivo, sino de uno en el que ha conseguido utilizar el teletransportador para viajar a otro lugar. De un mundo que ha descubierto que hay seis de esas máquinas.

—Eso podría haberlo descubierto por otras vías —le contradijo Mila.

—¿Cómo? ¿Por pinturas rupestres? ¡Por favor!

—Su planeta natal no necesita ser muy adelantado. El teletransportador en el que aparecí estaba en medio de la nada. Igual que aquí, en Venezuela, se cargaba evidentemente de la energía atmosférica. Con rayos. ¿Por qué no podría funcionar en cualquier otro sitio?

—Según su informe, ella sabía exactamente qué inyección darle. Entendía el principio de funcionamiento del teletransportador, cuáles funcionan y cuáles no. También nos dijo que en ese resto de nave espacial había más tecnología. Esas fueron *sus palabras*. —Pavar hizo una breve pausa para asegurarse la atención de los demás—. Todo eso me hace dudar de que se trate de una mera salvaje graciosilla, una

Alicia en el País de las Maravillas, a quien debamos proteger de nosotros.

—Esas son las típicas palabras de desconfianza que temía escuchar —replicó James—. Todo lo que diga o haga será visto e interpretado bajo la luz de la desconfianza. Ni siquiera tiene la posibilidad de dar buena impresión y de colaborar con nosotros sobre una base amistosa.

—Tiene razón —le apoyó Mila—. Solo puede haber una primera impresión.

—Miren —dijo James mirando hacia Pavar e incluyendo también a Norton—, corremos el peligro de fastidiarlo todo a base de malentendidos. En la antigüedad, las palabras *herramienta* y *arma* fueron durante mucho tiempo la misma. Un hacha era herramienta y arma, al igual que un cuchillo, un machete o un martillo. Si Nasaku dice herramienta, igual oímos arma, por mencionar solo un ejemplo. Minúsculos detalles pueden desembocar en una reacción totalmente incorrecta.

—Pero si dice arma y entendemos, o queremos entender, herramienta, es un error con consecuencias potencialmente mayores. Como directora del proyecto debo ...

—Directora de *esta instalación* —la corrigió Smailow y sostuvo la mirada de enfado de Pavar.

—Debo plantearme la pregunta de qué riesgos puedo correr. Estamos hablando de potenciales consecuencias para el planeta entero.

—Repite la palabra *potencial* con demasiada frecuencia —consideró James y continuó hablando en seguida antes de que Pavar explotara—. Claro que reconozco que nos enfrentamos aquí a una cadena de dudas nada fáciles de solventar. No sabemos si podemos fiarnos de ella y ella no sabe si fiarse de nosotros. Tampoco hay forma directa de cambiar eso. Así que tenemos la posibilidad de demostrarle a ella confianza o desconfianza.

—Supongo que usted aboga por confianza, ¿no es así?

James se sorprendió ante esa pregunta tan calmada. La política le miraba con ojos llenos de curiosidad.

—Sí —dijo con cuidado y Mila y Mette asintieron también.

—¿Es esa la opinión de todo el equipo directivo científico?

Meeks y Falkenhagen intercambiaron rápidas miradas, Smailow mantenía los brazos cruzados frente al pecho y parecía estar inmerso en sus pensamientos.

Necesitamos unanimidad, pensó James, lanzando una mirada suplicatoria a cada uno de los tres colegas restantes. Si no se enfrentaban ahora a Pavar y mostraban desavenencia, ella lo añadiría como prueba de que estaban ante una situación incierta y que su valoración debería continuar siendo también incierta. Una equis más

en su lista de éxitos argumentativos. Pavar lo necesitaba, ya que sus decisiones recaían bajo la mirada de tres grandes bloques de poder y James se imaginaba que no habría sido nada fácil convencer a la UE y sobre todo a los rusos de poner a una americana como decana para el proyecto. Sin duda prefería no estar en su piel.

Cuando Smailow se movió el primero y James pudo ver en su mirada que se pondría de su lado, aunque solo fuera porque el astronauta siempre valoraba mucho la unión, Pavar se le adelantó como una serpiente acechando solo el momento adecuado para saltar y morder.

—Antes de que digan nada más, tengo algo para ustedes. —La decana hizo un gesto a Kowalski, permanentemente detrás de ella como un pingüino domesticado, que sacó un papel del bolsillo y se lo entregó por encima del hombro. Lo cogió sin girarse y lo dejó sobre la mesa. Todas las cabezas, la de James incluida, se inclinaron como atraídas por un imán sobre la imagen que podía verse en esa página DIN A4.

—¿Es eso una radiografía? —preguntó Falkenhagen y torció la cabeza de tal manera que James, de solo verlo, le dolieron las vértebras. Observó el contorno surrealista de un cuerpo, formado solo por sombras y estrías blancas y fantasmagóricas, como conocía ya de radiografías propias. De niño se rompió la mano y todos los huesos de los dedos practicando hockey sobre patines, y a la vuelta del hospital preguntó traumatizado a su madre si ahora era un espíritu, porque no se podía creer que aquello que se veía en ese plástico azulado fuera su mano.

—Sí. —Pavar asintió—. Fíjense bien, por favor.

Las cabezas de los científicos chocaron entre sí y James pudo oler la mezcla de mal aliento y cabellos sucios y sudorosos que los rodeaba y a la que él mismo también debía estar colaborando. Demasiado tiempo sin comer ni beber, o sin ducharse, metidos en trajes protectores totalmente estancos, no era precisamente balsámico para el cuerpo humano. Ignoró sus murmullos para no confundirse a sí mismo. No era difícil, ya que descubrió los contornos claros y blancos en cuello y nuca, que descendían a lo largo de la columna vertebral. Los elementos claros significan que algo refleja los rayos X, o que no es transparente a ellos, si no recordaba mal.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras los científicos seguían discutiendo en murmullos.

—No estamos seguros —respondió Pavar—. Pero el capitán Miller piensa que se trata de implantes. Ha enviado las imágenes a un radiólogo para que las analice en detalle. Al parecer, los marcapasos y los implantes de cóclea en radiografías se parecen mucho a eso.

—¿Cómo la ha podido hacer?

—Este cuartel dispone de su propio hospital en el que se trata a soldados de todo Wyoming. Además, está a solo un kilómetro de distancia, en el otro extremo de la pista de despegue —respondió Norton en su lugar. Allí está no solo el MRT a distancia suficiente para que no le afecte el campo magnético del teletransportador, sino también varios equipos de los años sesenta y setenta. Entre ellos una pared de rayos X con la que se podía radiografiar entonces a cinco soldados a la vez.

—Cuando aún se pensaba que la radiación era divertida —intervino Meeks sacudiendo la cabeza.

—Lo sobrevivirá —dijo Pavar—. Creo que podemos archivar definitivamente su hermosa historia de la amable Pocahontas —concluyó, lanzando a James una intensa mirada que devolvió con expresión ácida—. Esta mujer posee implantes, lo cual plantea varias incógnitas a la vez: ¿Están activos? ¿Para qué sirven?

—Y, sobre todo, ¿cómo puede ser que el teletransportador los haya replicado? La teoría de que crea clones con biomasa parece que solo es cierta en parte —dijo Falkenhagen—. Es un descubrimiento peligroso.

—Para ti todo es peligroso —opinó Mila con los ojos en blanco.

—¡Debo recordar a todos que estamos ante un clon extraterrestre de otro planeta!

—Ha dicho que Nasaku ha sido examinada en el hospital, pero que ahora está encerrada. ¿Dónde? —preguntó James para intentar aplacar la siguiente discusión que, en su opinión era actualmente irrelevante.

—Aquí abajo, en una habitación. Tiene suficiente comida y bebida, antes de que me lo pregunte —respondió el comandante Norton.

—Supongo que le hicieron las radiografías con esa *pared* sin obtener antes su autorización. Probablemente sin que siquiera se diera cuenta, ¿fue así?

—Sí. No es que para este examen existan o haya habido jamás reglas determinadas.

James quiso protestar de nuevo, pero le bastó una mirada a las caras de los científicos para saber que había perdido. Los argumentos de Pavar eran difíciles de rechazar; y desde luego no con insulsas frases como que *tenemos que dar un primer paso de confianza* o que *Nasaku no me parece peligrosa.* La decana no estaba abierta a cosas así, algo que percibió en ella desde el primer minuto en que la conoció. A lo mejor la eligieron precisamente para eso, para tener aquí siempre la última palabra.

—Así que su cuerpo podría disponer de implantes cuya función desconocemos —resumió James y asintió—. Entiendo que eso podría ser preocupante, pero no sabemos siquiera si son suyos o si el teletransportador los *instala* de serie como estándar, por decirlo de

alguna forma. No disponemos de datos, ya que ...

—Exacto, no disponemos de datos —coincidió Pavar haciéndole callar para disgusto suyo—. Así que procederemos con pies de plomo y no sacaremos conclusiones precipitadas que nos lleven a mirar a nuestra invitada a través de lentes color de rosa.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó Meeks, retorciéndose los dedos tanto que se le ponían los nudillos blancos.

—Hay una traductora en camino para podernos comunicar con ella.

Cuando James oyó la palabra *traductora* le cruzó por la mente una imagen de Joana y sintió un escalofrío. Solo imaginarse que igual la habían llamado precisamente a ella, para que utilizara su dominio del sumerio, le provocó un pinchazo en el corazón. Pero, aunque hubiera muy poca gente experta en sumerio, la posibilidad de que se refirieran precisamente a su ex novia era extremadamente baja.

—Pero eso tampoco la hará cambiar de parecer —dijo Mette en un tono inusualmente duro. La sorpresa entre sus colegas fue tan grande que todas las miradas se clavaron en ella y nadie dijo nada. Ni siquiera Pavar. Así que la danesa continuó con las mejillas sonrojadas —. Su función es tomar decisiones ponderadas a su mejor saber y entender. Pero veo que esta conversación, con esa radiografía escondida, ha sido estratégicamente preparada para seguir su propia agenda, con su propia narrativa sobre la situación, en la que quiere meternos sí o sí. Todo ello me demuestra que ya tiene su opinión formada y solo se concentra en imponerla como sea, sin buscar más hechos reales.

Pavar parpadeó un par de veces como si no se creyera que estaba hablando de ella. La corpulenta química danesa, de tan afable mirada, no pareció perder los estribos en ningún momento y depositó el resto de su tableta de chocolate sobre la mesa.

—Lo que se necesita es una cabeza fría, *neutral*. Sin agenda, sin tendencias ni prejuicios, nada que ponga los actos y las palabras de Nasaku bajo una determinada luz. Precisamente con una extraña, probablemente extraterrestre, cualquier interpretación incorrecta puede ser fatal. El peligro es demasiado grande de que nuestro patrón interpretativo la cubra entera como un sudario.

Mila fue la primera en asentir para dar su aprobación, Meeks y Smailow se sumaron poco después con miradas de sorpresa para su colega danesa antes de que Falkenhagen señalizara su propio apoyo y todos giraran la cabeza hacia Pavar.

—Entiendo sus argumentos —les aseguró—. El interrogatorio tendrá lugar dentro de media hora en la sala 04. En aras de la solicitada transparencia propongo que uno o una de ustedes esté presente, para convencerse de que no caemos en la trampa de ninguna

tendencia. Pero sí insistiría en que fuera una única persona, para que nuestra *invitada* no se sienta como rata de laboratorio frente a un elenco completo de científicos.

Vaya, ¿ahora se preocupa de repente del bienestar de Nasaku?, pensó la parte más cínica de él, pero James asintió en su lugar, aprobando la propuesta. Los demás tampoco parecieron tener nada en contra.

—Propongo que de entre ustedes sea el señor Hamilton quien participe en la conversación —añadió Pavar para sorpresa de todos, y generó dentro del grupo una nerviosa mezcla de protestas, incredulidad y aprobación. Smailow sacudía la cabeza de un lado al otro resoplando, Falkenhagen decía algo de que *no es científico* y Meeks solo parpadeaba como si se le hubiera metido algo en el ojo. Mila fue la única que parecía aprobar la sugerencia, mientras Mette no mostraba reacción alguna, como si fuera la protagonista de una película que había quedado en pausa.

—Sé que el señor Hamilton no es del grupo de científicos, pero sus acciones hasta ahora me han demostrado que esa mujer confía en él —explicó Pavar y James no se hizo ilusiones de que nadie de ellos fuera a malinterpretar la velada crítica disfrazada de nobles palabras —. Además, retransmitiremos todo a esta sala, para que puedan verlo a distancia; naturalmente también lo grabaremos. Así que, si el teletransportador no decide activarse de nuevo por su cuenta e intensifique su campo magnético, debería ser como si estuvieran presentes.

Nadie respondió a ello, pero sus palabras tuvieron el efecto deseado. Con todo el arte de una política experimentada, Pavar había logrado lo que pretendía conseguir aquí abajo. Había insertado una cuña entre un equipo de científicos, repleto de innumerables defectos y puntos de ruptura ya solo por el trasfondo de las grandes diferencias culturales, y la persona que en el fondo debía ocuparse de mantenerlos unidos, aunque tuviera cada vez más dudas de poder lograrlo jamás. El resultado que esperaba obtener era poder controlar mejor a aquellos que, tras todo lo sucedido, parecían resultar menos controlables. Y si había algo que los políticos odiaran, era la percepción, tanto real como imaginaria, de haber perdido el control.

James se sentía rabioso por estar de nuevo allí, como el rarito de turno, el que interfería en el grupo, ya solo por su mera presencia y el trato especial que recibía. No cabía duda de que cualquiera de los científicos alrededor de esa mesa querría estar presente en el interrogatorio de la primera extraterrestre que jamás pusiera un pie en la Tierra. No podía reprochárselo, aunque, evidentemente, se moría de ganas de estar presente y sentía un secreto alivio por no tener que luchar por ello. Y a la vez entendía a Pavar, pues por muy fría y taimada que resultara, también estaba bajo una extrema presión. No

quería estar en su piel al frente de la dirección de un proyecto secreto y peligroso, quizás el más importante en la historia de la humanidad, que fuera a la vez tan pequeño y a tanta profundidad bajo tierra, con tan poca gente implicada y una cantidad inimaginable de riesgos y peligros que nadie podría evaluar, ya que nadie tenía experiencia con un teletransportador alienígena. Debía sentirse como montar un toro bravo sin riendas, ni sillín, ni estribos, que no para de dar brincos de forma siempre inesperada. Lo que estaba haciendo Pavar aquí era control de daños y el intento de construirse sus propias riendas y sillín antes de caer finalmente en el barro y sucumbir a las coces del animal.

Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo, se confesó a sí mismo.

—Si no estáis de acuerdo no iré y cederé mi puesto a uno de vosotros —dijo a los científicos, a sabiendas de que con ello no conseguiría nada, ya que no querían oponerse a Pavar y parecer egoístas ante los demás. Pero no vio otra manera de subsanar la situación.

—No, está bien que vayas tú —dijo sorprendentemente Mette, regalándole una cálida sonrisa que no parecía resultarle fácil, pero que para él significó mucho—. Ella te conoce y tenéis un pasado juntos, por breve que este fuera. Estará bien que pueda ver una cara conocida y en la que confiar.

Mira asintió también ahora.

—Tiene razón. La situación será seguramente muy desagradable para nuestra invitada. Además, hace falta cierta habilidad para el trato con personas, y de eso eres tú quien más tiene —concluyó la rusa mirando a Pavar que hacía como que no se percataba de ello—. Somos científicos, no negociadores y creo que ahora es precisamente eso lo que nos hace falta.

—Gracias —murmuró James y respiró profundamente.

—Bien, vayamos pues a la sala que están preparando ahora mismo. —Pavar hizo un gesto a Kowalski, que recogió sus cosas y corrió hacia la puerta para sujetársela abierta, como el perrito faldero y relamido que era.

La *entrevista*, que era como la política calificó varias veces al interrogatorio, tenía lugar en la sala adjunta a la celda de Nasaku y que Norton mencionaba con mucho eufemismo *habitación.* Cuatro soldados con traje de batalla y armados hasta las orejas se pusieron firmes y saludaron al acercárseles. James se sentía como el testigo en un sueño; la idea de que Nasaku estaba aquí con él, *a este* lado, y no en algún lugar en un planeta moribundo y apestoso, le resultaba surrealista. Era como si un personaje de una serie que había visto en televisión se hubiera vuelto real y surgiera de una máquina milagrosa. No paraba de mirar la pared derecha de la habitación, idéntica a la de su propio alojamiento, cuatro puertas más allá en el pasillo, y se

imaginaba poder ver a través de ella cómo Nasaku caminaba nerviosa de un lado al otro del cuarto vecino.

Prepararon una mesa y dos sillas, una a cada lado. Detrás de una de ellas colocaron dos más algo atrasadas y apartadas. Otros soldados estaban ocupados en instalar cámaras sobre trípodes y orientarlas hacia el lado en el que se sentaría Nasaku, con la desnuda y fría pared de hormigón de fondo, con los objetivos apuntando a ella, como si fueran rifles. Jame no podía apenas suponer cómo se sentiría cuando viera las caras extrañas, escuchara el incomprensible idioma y notara todos los aparatos orientados hacia ella. Solo tenía que imaginar que cambiaban los papeles para ponérsele la piel de gallina.

Cuando estuvo todo preparado, Pavar se sentó en la silla delantera y Norton en una de las de atrás. Dos soldados quedaron dentro, de pie con los brazos cruzados, en las esquinas de la habitación más cercanas a la silla vacía.

—¿Puede hacerla entrar, por favor? —ordenó la política, disfrazándolo con una pregunta.

—Sí, claro —dijo James y se acercó a la puerta.

Nasaku estaba ya al otro lado, flanqueada por dos marines fortachones. Seguía siendo una cabeza más baja que él, con un cuerpo esbelto y fuerte, reconocible incluso tras la ropa de ocio de las fuerzas aéreas, de color gris y que le quedaba grande. Su cara aguileña estaba tensa, pero se iluminó un poco al verle.

—James —dijo con algo de dificultad, como si intentara hablar con la boca llena.

—Hola Nasaku —le respondió con una sonrisa e invitándola a entrar con un gesto—. La decana quiere hacerte unas preguntas.

Aunque sabía que no le entendía, le pareció adecuado sugerir cierta normalidad con un todo de voz tranquilo y que no pareciera nada extraordinario, aunque eso era precisamente lo que iba a ser.

Pavar y Norton se pusieron de pie cuando entró y se quedó tímida junto a James. Esa timidez no acababa de coincidir con la persona que había conocido en el otro planeta: decidida, pragmática, directa al grano. Pero ¿cómo podía reprochárselo, si debía sentirse como un animal acorralado y enjaulado? Está sola entre extraños, humanos como ella, sí, pero extraños de otro planeta, algo distintos a ella y que hablaban una lengua diferente. Así se debieron sentir los primeros conquistadores europeos cuando se encontraron por primera vez con los indios de América Central. Un mundo distinto, pero, aun así, con suficiente similitud como para no volverse loco. Él lo tuvo, sin duda, mucho más fácil que ella, cuando iba tropezando desnudo y sucio por su planeta moribundo. Esa soledad en una naturaleza amenazante era cien veces mejor que el escenario presente.

—Bienvenida —dijo Pavar y señaló la silla vacía al otro lado de la

mesa con la pared detrás. Nasaku miró a James y este asintió. Entonces ella se dirigió al lugar indicado. Cuando estuvo a punto de cerrar la puerta notó cierta resistencia y miró hacia arriba. Una mujer de cabello oscuro y piel morena apareció en el resquicio. Con las manos hacía malabares con una imponente montaña de papeles, expedientes y una taza de café. Durante un instante, suficiente para notar un pinchazo, creyó ver a Joana.

—Ehh, hola.

—¡Hola! Soy Anosha Eikes, —Como james no parecía reaccionar según lo esperado, añadió—: Investigadora lingüística.

—¡Ah, la traductora! —James la invitó a que entrara de inmediato —. Encantado de conocerla.

—Gracias, lo mismo digo, señor ...

—Estos son la señora Pavar y el comandante Norton.

—Ya nos conocemos de una videollamada.

—Siéntese señorita Eikes. —Pavar señaló a una silla que un soldado estaba colocando en ese momento en el lado izquierdo de la mesa vacía que la separaba de Nasaku, que en ese momento tomaba asiento.

—Gracias, señora. —La traductora parecía como fuera de lugar, con su ropa civil a la moda y el café, como si acaba de llegar de una reunión y tuviera solo que poner un par de puntos sobre las íes de algún tema a medias. ¿Tenía alguna idea de lo que estaba pasando aquí?

—Kowalski ya me ha dicho que ha firmado el paquete entero de acuerdos de confidencialidad. Todo lo que vea y oiga aquí no debe salir de la instalación —dejó claro Pavar.

—Claro. —La sonrisa de Eikes desvelaba que no tenía ni idea del alcance de lo que acababa de firmar. Seguramente consideraba esto como una espadita a un organismo gubernamental del que no sabía a qué se dedicaba—. Solo una pregunta.

La decana levantó una ceja cuando la traductora movió en el aire una tarjeta codificada.

—La tarjeta no ha funcionado. Tendré que salir por el mismo ascensor, ¿no?

—Limítese a marcar el código 1604 en el teclado. Está reservado a usted y vale hasta mañana por la noche. Si necesitáramos sus servicios durante más tiempo, le daríamos una tarjeta nueva. No perdamos más el tiempo con esto.

Norton carraspeó y Pavar le miró interrogativamente. Cuando vio la mirada en dirección a Nasaku se encogió de hombros.

—Si no nos entiende ni jota. Bien, señorita Eikes, me gustaría pasar de inmediato al asunto que la trae aquí, si le parece bien.

—¡Naturalmente! —Anosha Eikes parecía seguir divirtiéndose con

el tono serio de la política, un indicio más de que no sabía qué estaba pasando aquí. Se sentó, dejó el montón de papeles y libros frente a ella y asintió hacia Nasaku—. ¿Es verdad que esta mujer solo habla sumerio?

—Sí.

—Entiendo. ¿Está ...? —Eikes parpadeó, como si compartieran un secreto.

—No, no está loca, ¿por qué?

—Bueno, es que el sumerio es una lengua muerta. Nadie *habla* sumerio. Se puede estudiar, buscar en tablillas antiguas de barro o piedra para descifrar mejor la escritura cuneiforme. Algunos de mi ámbito, que han estudiado tanto arqueología como lingüística antigua, intercambian a veces una frase, pero no pasa de ahí.

—Nasaku, así es como se llama, habla sumerio. Al menos es lo que parece —insistió Pavar con semblante muy serio, y cuando continuó con esa expresión impávida cuando la traductora tragó, se puso algo más seria y afirmó con celeridad.

—Está bien. Empecemos entonces. ¿Cómo quieren hacerlo? ¿Ustedes hacen las preguntas? ¿Es una especie de entrevista?

—Algo por el estilo, sí —refunfuñó Norton impaciente.

—Pregúntele por su nombre completo, su edad y su profesión. Tendremos que calentar un poco los motores —dijo la decana en tono perentorio.

—Debo advertirles que no va a ser muy preciso. Los sumerios tenían un vocabulario muy limitado, sobre todo en torno a la burocracia y la mística. No se olviden de que la cultura en Mesopotamia estuvo muy desarrollada, pero seguía siendo una sociedad agraria con un clero muy fuerte, sin tecnología ni formas modernas de sociedad.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Su vocabulario, al menos el que conocemos, era bastante más reducido que el nuestro.

—Entiendo.

—Bien, vamos allá. —Eikes se aclaró la garganta y miró a Nasaku. De su boca salió una serie de palabras ininteligibles. Iba haciendo pausas cortas y continuó hasta que quedó finalmente callada. Nasaku miró a la traductora con una mezcla de sorpresa y admiración, y respondió en el mismo idioma extraño que James había identificado como sumerio, o al menos parecido al sumerio, cuando estuvo en el otro planeta—. Dice que su nombre completo es Nasaku, que tiene setenta y ocho años y que su profesión es Mammi.

—¿Mammi? —preguntaron Norton y James a la vez.

—Sí, bueno, es complicado. La palabra sumeria *Mammi* significa algo así como *Madre de Dioses*. Como dije, el sumerio es difícil de

traducir en nuestro uso actual de la lengua. Podría ser *sacerdotisa*, o igual algo totalmente distinto.

Nasaku comenzó a hablar antes de que Pavar planteara su pregunta siguiente. Esta vez duró casi un minuto y Eikes tuvo que levantar la mano varias veces para frenarla.

—¿Qué dice? —quiso saber Norton.

—Que procede de la humanidad y quiso llevar la luz a otro lugar, pero ese lugar era peligroso y no era bienvenida. El muro la encerró antes de poder finalizar la unión —tradujo Eikes.

—¿Que, qué? —Pavar miraba por encima de sus gafas de lectura, que había dejado que resbalaran hasta la punta de su nariz.

—Como ya dije, es un vocabulario con más de cinco mil años de antigüedad ...

—¡Sí, sí, eso ya lo entendí! —la decana sacudía una mano con impaciencia—. ¿Pero qué significa todo eso? ¿De qué luz habla? ¿A qué humanidad se refiere?

—El término de ser humano es complicado. Al igual que para nosotros, el término *homo* significa igual, del griego antiguo *como yo*, es decir *igual*, para los sumerios es equivalente. Pero ellos diferenciaban entre hombres cuyas tierras habían conquistado *NISE MATATI KISITTI QATIYA*, la humanidad, es decir todos aquellos que se conocían – *SALMAT QAQQADI*, y los sumerios, la humanidad *civilizada: NAMLUGALLU.*

—¿Y cuán de ellos ha utilizado?

—El último. *Aquellos que son como yo* parece una forma algo curiosa de llamar a aquellos de los que ella es descendiente, pero es lo mismo que significa *humanidad* para nosotros, al menos desde una perspectiva lingüística.

James se recostó en su silla y se pasó las manos por el cabello. No sabía que había esperado: ¿que mantuvieran una agradable charla y que tras una hora tuvieran claro quién era Nasaku, de dónde venía y cuáles eran los secretos de su cultura? ¿Qué planeta era aquél en el que había aparecido? Lo que ocurrió en las cuatro horas siguientes fue totalmente distinto y agotador. Solo las idas y venidas con la traducción en un sentido, las múltiples anotaciones de Anosha Eikes y la traducción en dirección contraria iba poniendo los nervios paulatinamente de punta. La traductora se esforzaba al máximo, pero cada vez quedaba más claro que tenía razón con todas sus advertencias respecto a las limitaciones. Muchas cosas quedaron poco claras o vagas, abiertas a distintas interpretaciones y significados, y quedó claro que una comunicación directa era pura utopía. Al final concluyeron que procedía de otro planeta, lo cual a Eikes le resultó muy divertido, que sus hijos habían muerto en un planeta extraño, seguramente el planeta moribundo donde estuvo James, y que allí hay

un muro que impide que ella pueda volver a su hogar. Tenía setenta y ocho años y ostentaba un alto cargo en su sociedad. Había otros como ella, pero la daban por muerta. Y eso fue todo lo que, tras todo ese rato, pudieron descubrir con relativa claridad. A ello se añadía una larga lista de cosas poco claras y abiertas a interpretación, a falta de una buena traducción: Era, al parecer, una investigadora, o *mujer de herramientas*, que podría equivaler a una artesana o técnica. Los de su hogar volaban hacia las estrellas, o hacia los peces en el mar, que había habido una guerra, o quizás fuera una gran reunión. Que de los teletransportadores había seis o doce ejemplares, todos ellos conectados entre sí o solo la mitad. Nasaku quería contactar como fuera con los suyos, o quizás quería simplemente irse al más allá. James estimó que seguramente sería esto último. Al final de ese largo y frustrante proceso, Pavar estaba agotada y Norton también mostraba una mezcla de cansancio y decepción, como la que él mismo sentía. Había esperado con tanta ansia poder obtener respuestas de Nasaku que ahora sentía haber llegado casi a un callejón sin salida que le corroía toda la esperanza acumulada.

—Lo repetiremos mañana y prepararemos una serie de preguntas más sencillas —decidió la decana cuando se llevaron a Nasaku—. Comandante, necesito que me proporcione un detector de mentiras.

—¿Qué? Pero si ... —inició James su protesta.

—Ahórreselo. Un detector de mentiras es una intervención invasiva que no atenta siquiera con nuestros derechos civiles.

—Pero contra ...

—¿Los derechos del ciudadano?

Cuando se dio cuenta de que sus argumentos no tenían fundamento alguno, suspiró profundamente.

—Continuemos. Un detector de mentiras y preguntas breves, claras y fáciles de plantear. Hoy ha dado la cosa poco de sí, pero al menos sabemos con qué nos enfrentamos y con qué tendremos que trabajar.

—Solo quiere contactar con su mundo. Bien podríamos ayudarla en eso, ¿o no?

—¿Cómo? ¿Cómo quiere hacerlo? Incluso si pudiera, no sería precisamente inteligente —le recriminó Pavar.

—Ella es buena persona, ¿sabe?

—No, no lo sé. Y *usted* tampoco lo sabe.

James estaba a punto de soltar una diatriba plagada de justificaciones, pero ante la fría mirada de la decana renunció a quitarle todo el valor y a sabiendas de que no le aportaría absolutamente nada. Y es que tenía razón. De hecho, no habían logrado mucho y solo se dejaba llevar por la sensación; cosa que jamás le habría aconsejado hacer a nadie.

—Intentemos al menos completar este procedimiento con

investigación.

—¿Investigación?

—Déjeme regresar al planeta. Ahora sabemos cómo funciona el embudo de biomasa en el centro del teletransportador. Puedo regresar y aportar más información sobre ella y el planeta, para hacernos una idea más completa de todo esto —propuso James, a la vez que veía como la protesta se abría paso en su cara, por lo que añadió con rapidez—: Puede enviar a alguien conmigo, para comprobarlo todo. Un testigo. Igual un soldado, o Kowalski, o a quien le dé la gana y en quien confíe.

James se habría abofeteado a gusto por no habérsele ocurrido eso antes. Desde que Nasaku estaba aquí, solo había pensado en saber más de ella, pero mientras ella era una prueba de que el teletransportador funcionaba en ambos sentidos, hasta ahora seguía estando su palabra en contra de la fantasía de todos los demás. Era necesario demostrar que lo que contó era todo verdad.

Aunque ni yo mismo estoy seguro de ello, porque todo me parece cada vez más un sueño.

—No creo que eso sea ...

—Puedo ir con él —dijo Norton para gran sorpresa de James. El comandante clavó los ojos en Pavar—. ¿Confía en mí, o no?

15



—No se preocupe por la falta de ropa —dijo James al ocupar el mismo asiento en el teletransportador que la vez anterior. Norton estaba frente a él y su cara parecía una estatua de granito. Estaban solos con las múltiples cámaras y sensores de infrarrojos, rodeados de una maraña de cables que hasta le parecían ya una especie de ancla a la realidad, que le aseguraba que estaba en casa y no en algún rincón entre las estrellas.

¿O en un sueño? añadió en sus pensamientos. *Pronto lo sabré.*

—No, no es eso. Solo pensaba que igual debería ir primero —respondió el uniformado comandante, con sus sienes ya grises y su formido cuerpo.

—Créame: cuando llegue al otro lado, se alegrará de encontrarse con una cara amiga.

—Pero si ni siquiera sabemos si se puede enviar a dos personas.

—No lo hemos probado aún, pero no hay nada que parezca impedirlo, siempre y cuando en el otro lado haya suficiente biomasa con la que podamos alimentar el embudo —dijo James.

—Si no la hay supongo que te quedas en algo así como el portapapeles de Windows.

—¿Sigue queriendo ser el primero?

Norton resopló y le hizo un gesto a James, tras el cual este se arremangó para dejar libres sus antebrazos y poder apoyarlos en los campos de inducción a derecha e izquierda del asiento. Tras la sorprendente aprobación de Pavar y una breve reunión en la que convinieron cómo afrontar el destino de su pequeña expedición –la historia de Nasaku, investigar la nave espacial destrozada en busca de información útil o tecnología y no correr ningún peligro innecesario– Pavar instruyó al equipo científico a que se preparara para una documentación completa. Ya que había previsto no más de doce horas para hacerlo todo, lo cual equivalía a esperar al siguiente amanecer, James y Norton apenas pudieron hablar con Mia, Mette o los demás científicos y se metieron de inmediato en el teletransportador sin trajes protectores. Al comandante se lo notaba bastante tenso, aunque no tanto como a James en su primer viaje. Seguramente debido a que esta vez contaban con la aquiescencia de la decana y la perspectiva de tener compañía al otro lado.

Cuando el oficial no parecía tener nada más que decir, respiró hondo y apoyó la cabeza en el respaldo antes de cerrar los ojos.

La transferencia fue igual que la vez anterior: irreal, como si no hubiera pasado nada. Se limitó a abrir los ojos y se encontró al otro lado, pero en el asiento opuesto al que había ocupado al cerrarlos. Miró el asiento vacío y luego su cuerpo desnudo. Lo primero que hizo fue comprobar su hombro izquierdo y suspiró aliviado al notar que no tenía lesión alguna. Entonces se levantó e inspeccionó la sala del teletransportador. Estaba solo, rodeado por esa luz fría que no parecía surgir de ningún sitio, con todos los asientos vacíos y la puerta de salida de un blanco brillante como siempre. Al oír un leve susurro se giró y miró hacia el asiento en el que acababa de despertar. El líquido blanquecino, similar al mercurio fluía de diminutos orificios que sólo podían verse poniéndole mucha imaginación. Surgía material como el sudor de los poros de la piel y se unía en una masa viscosa que iba creciendo, como si estuviera succionándose a sí misma con ansia. El color fue cambiando hacia un gris anodino y poco a poco se fueron formando bultos que mutaron paulatinamente en brazos y piernas. Se iba formando la carne en tiras alargadas, como si se fueran uniendo según un plan frío, pero bien calculado, de una máquina invisible. Luego siguió la cabeza, un huevo informe de masa ondulante que fue adquiriendo poco a poco formas más detalladas hasta que, al final, reconoció la cara de Norton. Cuando la piel exterior cambió a un tono más rosado y amarronado, James se aclaró la garganta y apartó la mirada.

El comandante abrió los ojos a cámara lenta, parpadeó un par de veces y levantó ante su cara las manos recién creadas para inspeccionarlas. Entonces vio a James y asintió casi de forma imperceptible antes de mirar a su alrededor.

—Me cago en la puta leche —susurró el soldado, ya entrado en años—. ¡La madre que lo parió! Tenía usted razón.

—Sí, a veces pasa.

—Aquí huele distinto.

—Y con un mayor nivel de ozono, creo. Seguramente sea toda la maquinaria que metimos en nuestro teletransportador la que generaba allí un cierto olor distinto. —James se encogió de hombros y alargó la mano hacia Norton quien la aceptó con un leve gesto y le permitió ayudarle a levantarse.

—Creo que no había pensado nunca en eso, por llevar siempre esos trajes protectores y solo olíamos el plástico.

—Ahora ya sabe que es un filete.

—¿Perdón?

—En nuestro teletransportador huele un poco como a bistec, ¿no cree?

Norton resopló.

—A bistec quemado, igual.

James señaló hacia la puerta de luz.

—Debemos tener cuidado al salir. Hay unos dos metros de caída hasta el suelo. La última vez caí y tuve que aguantar una lesión muy jodida.

—¿Hay algo para ponerse? —preguntó Norton, procurando *no* mirar hacia el blanquecino cuerpo de James.

—En el refugio que se montó Nasaku hay mantas. Ya no me acordaba de lo vergonzosos que somos los americanos.

El comandante levantó una ceja.

—He vivido dos años en Europa —explicó—. Ahí, lo de ir en bolas se lo toman de forma distinta, sí. Pero no hemos venido aquí para eso. Tenemos que aprovechar al máximo el poco tiempo que tenemos.

—Sí. Aunque no tengamos forma de calcularlo.

—A mí ya me gustaría que pudiéramos traer relojes. O al menos *algo* —se quejó James—. El que haya sido capaz de construir esto podría haber encontrado también la forma de sintetizar objetos.

—Es difícil saber qué necesitarían para ello, ya que no tenemos siquiera la menor idea del principio en el que se basa esta tecnología —comentó Norton, y en su cara podía leerse que, con tanta palabrería, inusual en él, solo pretendía distraerse de algo que le molestaba. A saber si era por el fastidio que suponía que James hubiera tenido razón o por el hecho de estar en un planeta extraño que aún no podía ver. De lo que no cabía duda era que el oficial se encontraba totalmente fuera de su zona de confort y que su serenidad se astillaba de forma visible, al menos para James.

—Hmm —murmuró y se dirigió a la puerta de luz. Norton le siguió tras un segundo de vacilación.

—Igual existe alguna función para teletransportar objetos. De hecho, Mila descubrió la función del embudo solo ayer por la mañana —comentó Norton.

—Es posible, pero de eso ya nos encargaremos cuando hayamos entregado a Pavar algo que la tranquilice en lo referente a Nasaku.

—No hemos venido aquí a tranquilizar a nadie, sino para descubrir más sobre nuestra invitada *y* sobre este lugar. Eso solo funcionará cuando observemos sin prejuicios y no sigamos agenda alguna que nos haga percibir las cosas bajo un prisma preestablecido. Si busca indicios de que es una refugiada sin malas intenciones, que naufragó en un planeta horroroso, interpretará todo solo frente a ese trasfondo subjetivo.

—Usted no la cree, ¿no es así? —preguntó James y se giró. La puerta estaba ahora justo detrás de él y tenía la sensación de que le calentaba la espalda, aunque era más imaginación que sensación—.

¿Por resulta tan difícil?

—Nuestro teletransportador se pasa cientos de miles de años enterrado bajo la corteza terrestre, y cuando lo desenterramos y utilizamos, nos espera tras el primer uso un ser humano al otro lado que justo estaba esperando ese rescate. ¿Cómo de probable le suena eso? —Norton señaló algunos de los asientos en los que podían verses lucecitas rojas—. Nasaku no tiene más de cuarenta años. O hemos calculado el momento con asombrosa precisión o lo ha hecho ella.

—Dudo mucho de que se trate de un alien vestido de humano que solo esperaba a que la casualidad le permitiera convertirse en caballo de Troya.

—No, pero es curiosamente una mujer, dispuesta a ayudar y potente, aunque no tanto como para no despertar cierto instinto protector. Habla una lengua que se hablaba en la Tierra hace miles de años y nos ha dado suficiente información útil para despertar nuestro interés, pero nada lo suficientemente sustancial como para aportarnos algo nuevo o que podamos sacar algo más de ella.

—¿Siempre es tan desconfiado?

—No es tanto desconfianza como precaución.

—Propongo que vayamos a los restos de la nave espacial y que vea cómo vivía y sobrevivía. Igual entonces siente un poco más de empatía —dijo James y se sentó en la puerta, de manera que sus piernas colgaran por fuera del objeto. Le pasó por la cabeza la imagen del monstruo de la última vez, esperándole fuera y arrancándole las piernas de un mordisco, y tragó con dificultad. Finalmente se inclinó hacia delante y resbaló al exterior, frenó el empuje quedando colgado de las manos y luego se soltó.

Cayó en la lodosa ciénaga con un chapoteo repulsivo y fue recibido de inmediato por el hedor a podredumbre que tan bien recordaba, para su pesar. Se levantó y se apartó un poco para mirar por encima de los matorrales que susurraban al viento, con sus ramas cubiertas de ceniza y que crecían como asquerosas pústulas de color gris amarronado en ese monótono paisaje.

Cuando oyó un *¡splash!* tras él se llevó un gran susto y se giró con el corazón a mil por hora. Pero era el comandante, que había aterrizado con sorprendente elegancia y se quitaba el lodo de las manos antes de mirar a su alrededor con los ojos de par en par. El cielo era de un gris sucio, con unas nubes tan bajas que James tuvo la sensación de que casi podría tocarlas estirando las manos hacia arriba. Olía a descomposición, putrefacción y huevos podridos, indicio inequívoco de un alto nivel de azufre en la atmósfera. James intentó reconocer en qué dirección se movían las nubes, pero no parecían moverse del sitio, aunque aquí abajo soplaba algo de viento. En algún punto del horizonte cayó un rayo, reconocible por el momentáneo

brillo en la lejanía y que dejó durante un instante algo parecido a una estructura en ese algodón manchado que bloqueaba la vista al cielo.

—Espero que se acuerde del camino —dijo Norton con voz tensa —. Me gustaría poder ponerme algo de ropa.

Que precisamente ahora sea capaz de pensar en ropa, pensó James. Él mismo casi se había olvidado hasta de respirar cuando se tiró por la abertura para reencontrarse en este lugar, exponente ejemplo de la más pura desolación. Pero no era lo mismo saber con qué te vas a enfrentar a caer en una situación jamás vista antes y sin la más remota idea de dónde estás.

—Creo que sí —respondió finalmente y se esforzó en resultar lo más convincente posible. Se acordaba de haber caminado en línea recta desde la puerta en dirección sur, si ahora definía el teletransportador como su norte. Aunque ya había desaparecido la luz y el majestuoso elipsoide se erguía totalmente negro y sin irregularidades en la penumbra, podía verse su parte frontal algo más plana; y cuando alcanzaran los dientes de piedra también encontraría la nave, estaba seguro de ello. Así que se puso en marcha, vadeando por el lodazal, ahorrando fuerzas para permitir a Norton que se acostumbrara al entorno y se calmara. Aunque el oficial no lo expresaba, James estaba seguro de que no ignoraba el significado de todo esto, sino que estaría inmerso en una maraña de pensamientos pidiéndole su atención todos a la vez.

La marcha por el lodo era tan agotadora como recordaba. No paraba de hacerse pequeñas rascadas al acercarse sin darse cuenta demasiado a alguno de los matorrales. El viento incrementó su fuerza cuanto más se alejaban del teletransportador, que parecía estar en una hondonada natural, algo que no había notado la vez anterior. Eso explicaba por qué ahora costaba más esfuerzo caminar en esa dirección que a la inversa. En la monotonía de ese entorno era fácil perder la noción del tiempo, ya que no había nada que ofreciera variedad a los ojos y cada minuto se estiraba como una hora larga. Miraba con frecuencia hacia atrás a Norton, que le seguía siempre dos pasos por detrás con ojos entrecerrados, como un paranoico. Cuando James se giraba para mirarlo, hacía como que no se daba cuenta de que lo observaba. No sabía si lo había por vergüenza de ir desnudo o por otra cosa.

Cuando alcanzaron las formaciones de rocas monolíticas, que parecían dientes torcidos que surgían del suelo pedregoso y se inclinaban hacia el norte, no le habría sorprendido que hubiera transcurrido ya más de una o dos horas.

Vio la nave destrozada casi por casualidad, al hacer una pequeña pausa y observar uno de esos colmillos de piedra especialmente grande, de al menos unos treinta metros de altura y tres de diámetro

en la base y que parecía ser de granito o algo similar. Al principio no era más que una gran sombra al oeste que le asustó, así que se refugió rápido tras la pared que formaba esa roca junto a él. Pero tras mirar con cuidado una segunda vez, pudo ver que la sombra no se movía, así que no podía ser el monstruo que ya había oído la vez anterior.

—¿Todo bien? —preguntó Norton susurrando y escaneando el entorno como un halcón.

—Sí, creo que ya encontré la nave —dijo James y siguió caminando hacia el oeste. Aún faltaba medio kilómetro, pero fueron muy lentos atravesando ese bosque de extraños monolitos y evitando las piedras más afiladas, que ya le habían causado más de un arañazo sangrante bajo los pies.

La nave parecía un avión de turbohélice de las Fuerzas Aéreas derribado, con una gran panza y grandes alas rotas, que antes debieron tener la forma de triángulos desde el centro del fuselaje hasta la parte trasera. La cabina, o lo que desde el punto de vista de James debió ser un día la cabina de mando, estaba profundamente hundida en una montaña de escombros, creada seguramente durante el aterrizaje forzoso. El casco estaba repleto de grandes heridas y cubierto de moho, aunque aún se distinguía su forma.

—La entrada está ahí delante —James quiso continuar, pero notó que el comandante no le seguía. Se giró y lo vio parado junto a uno de los monolitos, mirando consternado el extraño objeto volador, que parecía familiar y a la vez suficientemente misterioso como para haber salido de una película de ciencia ficción. Si a ello se añadían los cráteres y agujeros oscuros, incluso de una película de terror—. ¿Está bien?

—Sí —dijo Norton tras aclararse la garganta y liberarse en apariencia de esa visión hipnótica—. Definitivamente un objeto volador, igual una lanzadera orbital.

—¿O un avión?

—No. Las alas en forma de delta solo se utilizan bajo determinadas circunstancias y velocidades. Además, no hay motores en las alas. Si el motor estaba dentro del fuselaje, sería difícil de controlar en vuelos atmosféricos normales, a no ser que sea un propulsor de cohete.

James supuso que Norton estaba liberando parte de la ansiedad que sentía mediante explicaciones con términos especializados y se tragó su impaciencia.

—Entiendo —dijo con un gesto de asentimiento—. ¿Podría saber qué pasó a partir de los daños que ha sufrido?

—Eso es fácil —dijo el comandante para su sorpresa y estiró una mano para señalar uno de los agujeros frontales, que parecían como si alguien hubiera lanzado desde fuera una bomba de agua con liquido negro contra el casco—. ¿Ve cómo la parte delantera es más o menos

del tamaño de una pelota de baloncesto y el daño se ha abierto detrás en forma de cono y de líneas a través del casco? Es el típico daño creado por un disparo masivo, probablemente cinético, que ha impactado a alta velocidad contra la nave. El proyectil impacta, aunque el daño parece mínimo si observamos la superficie del casco entero. Pero la debilitación estructural se encarga de que la presión y el viento relativo entren en juego y se abran camino hacia dentro. Eso es lo que se ve aquí. Otra forma de derribar aviones es disparando con proyectiles de cabeza de racimo, que no impactan, sino que explotan frente o debajo del objetivo. La metralla que lanza entonces destroza el casco y provoca su derribo.

—Entonces, esta nave espacial o avión, sea lo que sea, ¿fue derribado a tiros? —preguntó James espantado.

—No puedo asegurarlo al cien por cien, pero si fuera un experto presente en un accidente aeronáutico pondría de inmediato la mano en el fuego de que el aparato ha sido expresamente derribado.

James aguantó la respiración y miró a su alrededor; notó el sudor frío en sus manos, los monolitos del entorno eran amenazadores y los pocos arbustos aquí presentes parecían misteriosos observadores.

—Deberíamos entrar —propuso y se dirigió a la entrada sin esperar respuesta. Parecía que cuando salió con Nasaku para regresar al teletransportador no había cerrado la cortina, o la tempestad la había arrancado de sus ganchos, pues el oscuro lugar bajo el ala ligeramente inclinada era solo de sombra y no de tela. Metió con cuidado la cabeza dentro y parpadeó hasta que los ojos se acostumbraron a la penumbra, bastante más oscura que en el exterior. Todo tenía el mismo aspecto caótico que recordaba de la vez anterior, con mantas y trozos de tela por todas partes, cajas grandes y pequeñas con esquinas redondeadas y envoltorios vacíos entre ellas. El sucio suelo estaba formado por piedras y arena arremolinada en pequeños montoncillos.

—¿Era esta su guarida? —preguntó Norton, que ya había entrado y se situó junto a él. Al parecer había olvidado durante un rato que seguían ambos totalmente desnudos. Con el calor allí reinante que cubría su piel con una constante película de sudor, era fácil acostumbrarse a ello.

—En efecto, es aquí —James asintió y miró también a su alrededor. Recordaba el interior de la nave –o al menos de esa parte de la nave que, sin duda, no era la totalidad de todo el interior– mucho más pequeño y estrecho. Debió ser por el miedo y la confusión de la vez anterior, ya que entonces también intentó fijarse en todo lo que allí había, aunque solo descubrió una fracción de lo que ahora era capaz de ver. Había dibujos en los pocos trozos de pared que no estaban destrozados o cubiertos de moho y enredaderas. Mostraban a una mujer y tres hijos y un grupo de otros hombrecillos en forma de

monigote. Otros estaban llenos de símbolos o letras, que podían llegar a verse por estar grabados superficialmente en el material metálico.

Norton se acercó a un grupo de tres cajas apiladas, cogió el resto de una manta y se envolvió la cadera con él antes de abrir la primera caja. James se puso a su lado y miró una colección de inyectores, de los que Nasaku le dio uno cuando se formaron abscesos en sus manos.

—¿Es esto ...?

—Sí. Dentro hay el medicamento que ella me inyectó —James señaló al antebrazo de Norton, donde se extendía una horrenda mancha roja bajo el sudor.

—Quiere decir, que el inyector tenía el mismo aspecto.

—Sí. —El comandante tenía naturalmente razón. Podría tratarse de un tipo de ampollas pequeñas con campo de inyección, pero con distintos contenidos de sustancias químicas—. Me temo que necesitará pronto una de esas.

—Bah — Norton hizo un gesto de rechazo con la mano—. No es más que una irritación cutánea, no pienso jugar a la ruleta rusa con medicinas alienígenas.

—Pero tampoco llevamos tanto tiempo aquí. Las reacciones parecen ser muy rápidas.

—Deberíamos mirar también en las otras cajas, empiece por aquellas de ahí —ordenó Norton y James asintió. Le habría gustado tener la claridad de mente y determinación del oficial. Se acercó a una de las montañas de tela y rebuscó hasta encontrar algo que pudiera atarse a la cintura como una falda improvisada. Rompió un trozo de color azul con símbolos apenas visibles en él, que recordaban vagamente a estrellas, en una docena de tiras y se envolvió con dos de ellas los pies para proteger sus ya destrozadas plantas de las piedras. El resto lo metió en una pequeña bolsa que parecía haber sido improvisada por Nasaku. Encontró también una chaqueta que apestaba a moho y tenía manchas color burdeos que se parecían demasiado a sangre, pero se la puso y se esforzó en ignorar el fuerte olor que desprendía. Entonces se puso a abrir una de las cajas más pequeñas, lo cual no resultó ser labor fácil, ya que no parecía tener cierre alguno. Cuando quiso comentárselo a Norton, que estaba mirándose el contenido de las cajas más grandes a su espalda, se dio cuenta de algo curioso en la pared posterior, en la que había un agujero tan grande como una cabeza.

James se acercó a ella fascinado, como una polilla incapaz de resistir la atracción de volar hacia la luz. Limpió impaciente con las manos la pátina pegajosa del metal, agradablemente frío, y fue destapando poco a poco una escritura, en parte borrada, pero que aún se distinguía como tal. Había letras que parecían una mezcla de símbolos orientales y árabes, unidos entre sí por guiones y signos

diacríticos. No tenía sentido, pero solo en la medida en que estaba mirando un idioma desconocido, como le pasaría en Asia central o en África. Habría dado cualquier cosa por tener un smartphone o una cámara de fotos para documentarlo y presentarlo a lingüistas en casa, para que lo descifraran.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Norton por encima del ruido que causaba al revolver dentro de las cajas.

—Sí, hay algo escrito aquí en la pared —respondió James y añadió innecesariamente—, pero no puedo leerlo.

—¿Qué hay en esas cajas?

—Están cerradas —James se puso de puntillas para mirar a través de ese agujero y esperó, con los gemelos temblando, a que sus pupilas se abrieran al máximo. Apenas se veía nada en la oscuridad de ese nuevo espacio, ya que no había agujeros en el casco que dejaran pasar la poca luz del exterior, pero con la poca luz que se colaba junto a su cabeza pudo llegar a distinguir algunos reflejos. James vio objetos metálicos alargados cuidadosamente alineados, aunque estaba seguro de que las luces y sombras engañaban y su fantasía se imponía con claridad bajo esas circunstancias. Si tuviera que adivinar, diría que lo que acababa de ver eran armas.

Dio un paso atrás y miró el agujero a más distancia. No era del todo redondo, sino algo romboide, de cantos vivos y con los bordes torcidos hacia dentro. A derecha e izquierda había profundas mellas, bastas e irregulares. James recordó el hacha improvisada de Nasaku y lanzó la mano derecha, como si la llevara en la mano y la quisiera clavar en la pared.

—¿Qué está haciendo? —le distrajo la voz de Norton de sus pensamientos pantomímicos y bajó la mano. Se giró y sacudió la cabeza.

—Nada, nada en particular.

—¿Ha descubierto algo?

—No —mintió James. Lo último que necesitaba ahora era un soldado que oyera la palabra *arma* y ya solo sintiera el cosquilleo del dedo en el gatillo. No habían venido aquí para eso y no quería ni imaginarse lo que pasaría si el comandante hablaba a su vuelta de armas almacenadas en una nave espacial derribada. Además, aún existía la posibilidad de haber malinterpretado los contornos y reflejos que había visto. Podrían ser mil cosas y eso no era suficiente para espantar a un profesional de la guerra—. ¿Ha encontrado usted algo?

Se giró y se acercó a Norton para quitarle cualquier reflejo de intentar mirar él mismo por el agujero de la pared.

La mayoría son inyectores como los que describió —explicó el soldado y señaló hacia un par de docenas de ampollas de plástico alineadas con precisión. En la caja a su lado había un montón de ellas

amontonadas, algo más pálidas—. Aquellas son las llenas, esas otras las vacías.

Norton fue a la otra caja, abierta al lado, y que estaba llena de aparatos que, para James, parecían salidos de la mente de un fantasioso.

—Y respecto a eso otro, ni idea. —Se quedaron mirando juntos lo que tenían delante: curiosos cubos de algo que podría ser plástico, o algo muy distinto, con conectores redondos y rectangulares y en parte con cables arrancados. Otros parecían pequeños discos con un lado mate y largos émbolos con cierre cónicos, pero que no podían abrirse.

—Ningún botón, palanca o algo que sirva para interactuar con ello.

—Los que construyeron esto seguramente utilicen sus máquinas y aparatos de forma distinta a nosotros —propuso James—. Pero no se me ocurre finalidad alguna para estos trastos.

—Sería ideal para que nuestros científicos trabajaran y descubrieran algo —comentó Norton.

—¿Está pensando entonces en traerlos aquí?

—Claro. Todo esto es sorprendente. Pero deberíamos ir con cuidado y procurar que la llegada funcione lo mejor posible.

16



James y Norton improvisaron grandes sacos con dos mantas sucias, en los que introdujeron algunos de los inyectores vacíos y llenos, junto con tanta tela como pudieron encontrar. Hicieron más tiras de tela con el material más fino que encontraron y las enrollaron antes de meterlas en los sacos. Dentro de la antigua guarida de Nasaku encontraron un hacha hecha con una rama dura y una esquirla triangular de metal afilado, insertado en una ranura de la rama y fijado con un trozo de cable, así como un cuchillo, también con un trozo de metal afilado. James entregó el hacha a Norton y se quedó con el cuchillo. Se sentía con todo ello como un ladrón que había allanado el espacio privado de Nasaku y se preguntó más de una vez si no estaría cometiendo un error, al menos un error moral. Esa mujer había perdido aquí a sus hijos, totalmente sola en este horrendo lugar, seguramente a años luz de su hogar y sin saber si jamás vendría alguien a salvarla. Los restos de la nave la habían mantenido protegida, se habían convertido en su hogar y ahora llegaban ellos y lo removían todo para facilitar la llegada de los colegas en un futuro próximo.

Se había hecho de noche y las nubes parecían haberse retirado un poco cuando al fin se pusieron en marcha hacia el teletransportador. La masa gris oscuro que formaban sobre ellos parecía querer aplastarlos. Los monolitos puntiagudos e inclinados parecían señalarles el camino, como indicando con sus dedos congelados hacia el norte.

Como Norton estaba muy callado mientras caminaban con los sacos al hombro por el pedregoso suelo, que ya no eran un martirio gracias a las telas atadas a los pies, intentó iniciar una conversación.

—¿En qué está pensando?

—En la historia de Nasaku.

—¿Y?

—No tiene sentido alguno para mí —explicó el comandante.

—¿Por qué no?

—Repasémosla de nuevo: Llega aquí sin saber, al parecer, con qué se va a encontrar a este lado. Si no, seguro que hubiera preferido quedarse en casita. ¡Pero, hasta se trae directamente a sus hijos consigo!

—Quizás había muchos como ella —dijo James.

—¿Y dónde están? ¿Por qué solo sobrevivió ella? ¿Una única mujer que se esconde en los restos de una nave? Y lo de los niños sigo sin entenderlo. ¿Quién se trae a niños a un mundo así?

—Hm. No sabemos cuánto es capaz de vivir. Igual su civilización está tan desarrollada que tardan siglos en envejecer. Incluso en nuestra época eso ya ha dejado de ser utopía fantástica y es algo en lo que los científicos van avanzando. Podrían pensar en período de tiempo más largos. —James rodeó uno de los matorrales espinosos que parecía querer arañarle las piernas movido por el viento—. Podría ser que aquí sucediera una catástrofe *después* de que viniera aquí con sus hijos, como colonos o algo parecido.

—Eso es posible, sí —reconoció Norton, aunque no sonaba particularmente convencido—. ¿Dónde están los demás, entonces? Debería haber restos de viviendas o tumbas. Incluso máquinas ...

—¿Como, por ejemplo, una nave voladora? —James hizo un gesto tranquilizador con el cuchillo en la mano, lo cual le pareció después algo paradójico—. Solo quiero decir que deben haber estado aquí bastante más tiempo. Nasaku y su gente, quiero decir. Que sepamos, el teletransportador no transporta objetos; y aunque lo hiciera, no del tamaño de una nave espacial. Así que deberían llevar suficiente tiempo aquí como para construirlo, y eso sin haber podido traer herramientas. Deben haber pasado siglos. Se llega desnudo sin nada de nada. Solo extraer los metales y refinarlos, sin herramientas, … es como iniciar una civilización a partir de cero, lo que en la Tierra tomó milenios.

—Con los conocimientos actuales habría ido bastante más rápido. Además, sí que se pueden teletransportar objetos, como hemos visto en los implantes del cuerpo de Nasaku. Igual están unidos a su cerebro y contienen instrucciones detalladas. Pero bueno, incluso en ese caso sigue sin tener sentido para mí —insistió el comandante—. ¿Por qué está ella sola todavía aquí? ¿Por qué no hay aquí nada excepto plantas horrendas, víctimas de una eterna muerte en un paisaje de terror?

—¿Una catástrofe natural? Esta cosa gris del suelo y en los matorrales parece ceniza y huele mucho a azufre. ¿Podría ser el efecto de la erupción de un supervolcán?

—Podría ser, pero entonces ¿por qué no regresaron? Si hubo una expedición hasta aquí, bien podrían haber vuelto. ¿Por qué no lo hicieron?

—Evacuaron hasta que en este lado pasó algo y tuvieron que volver, y eso toma mucho tiempo cuando solo se puede viajar de uno en uno. Nasaku y sus hijos podrían haber sido los últimos y luego pasó algo que provocó la pérdida de la conexión.

—¿Dos catástrofes al mismo tiempo en dos planetas? —Norton

resopló incrédulo.

—Improbable, pero ¿cuántas cosas improbables han sucedido ya?

—¿Por qué murieron sus hijos aquí? A los niños se los evacua primero.

—*Nosotros* evacuaríamos primero a niños —le corrigió James—. Su cultura podría haber establecido prioridades muy distintas. Igual viven en un sistema de castas que da preferencia a determinados grupos de personas, independientemente de la edad.

—Una sociedad así me daría miedo.

—Eso no me suena a argumento lógico.

—Tengo más bien la impresión de que se empeña mucho en justificar la historia de esa Nasaku, a pesar de tener más agujeros que un queso suizo —se opuso Norton—. No pretendo ponerle en la picota; solo digo que necesitamos más información y que debemos proceder con mucha cautela. Este primer contacto es muy distinto al que cualquiera de nosotros hubiera imaginado, pero no debe hacernos actuar de forma descuidada y olvidarnos de nuestro sano sentido común.

—En eso tiene razón —reconoció James a regañadientes, tragándose el fastidio que le daba no poder negarlo. *Quería* creer a Nasaku, sentía que no tenía malas intenciones y quería ayudarla, pero la lógica del comandante era irrefutable y un *a mí me cae bien, parece que es maja* no es precisamente un argumento de peso. Para evitar entrar en una discusión, decidió cambiar de tema—. Yo también me imaginaba un primer contacto distinto. Francamente, lo primero que pensé fue en extraterrestres cuando vi el teletransportador por primera vez, pero me imaginé seres delgados y bajitos con grandes cabezas.

—Todos llevamos dentro las imágenes creadas por la fantasía de los cineastas. Seres con tentáculos, cucarachas, arañas gigantescas o pequeños hombrecillos verdes ..., estoy seguro de que estas y muchas otras imágenes han pasado por las cabezas de nuestro grupo de científicos.

—Y seguro que nadie pensó en seres como nosotros —añadió James—. Tal y como es, Nasaku podría vivir en la Tierra y nadie se daría cuenta.

Pensó en sus propias palabras y la mera idea le dio un repelús. ¿Y si hace mucho ya que hay alienígenas entre ellos, que no llaman la atención por ser idénticos a los seres humanos, o a como eran los seres humanos?

—También he pensado en eso. La cuestión es si ambos lados tienen razón.

—¿Ambos lados?

—Aquellos que se imaginan seres extraños y aquellos que ven a Nasaku como ser humano de otro planeta —dijo Norton y cambió el

saco de un hombro al otro—. Ambos podrían tener tazón.

—¿Quiere decir que Nasaku y su gente tienen el mismo aspecto que seres humanos, pero no son humanos?

—Permítame que le conteste con una pregunta: ¿Hasta qué punto cree probable que en varios lugares de nuestra galaxia hayas surgido seres iguales a usted y a mí?

—Dicho así: no muy probable. La evolución nos ha hecho como somos, lo que somos hoy, y ha necesitado millones de años, y estamos especializados para vivir exactamente en la Tierra. Solo con que la gravedad fuera algo distinta, o la composición atmosférica, la intensidad de la radiación solar o la fauna. Ya hay diferencias visibles entre la gente de Asia, África o Europa, porque se adecuaron al clima de distintos continentes —pensó James en voz alta—. Pero tampoco es imposible que haya varias Tierras, ¿no? Tierras que sean lo suficientemente parecidas.

—¿Y en ellas casualmente han surgido seres humanos como usted y como yo? —Cuando James lanzó al comandante una mirada lateral, pudo leer en su expresión lo que pensaba de esa idea. No podía reprochárselo, sonaba realmente absurdo.

—Pero podría haber una explicación —añadió— que no hemos descubierto aún. Siempre fue su argumento respecto a todo lo que atañe al teletransportador.

—Sí, y por eso quise venir aquí con usted. Seguramente ni lo que piense yo ni lo que piense usted será la verdad, por lo que hay que empezar poco a poco a buscar respuestas y no a esperar a que nos las den otros.

—Será mejor que se calle, que, si no, al final igual hasta compartimos la misma opinión.

Tras un rato en silencio alcanzaron el borde del bosque de piedras, donde los dientes de roca se volvían más pequeños y no se elevaban como rascacielos del suelo. El viento se intensificó y se hizo aún más oscuro. Entonces sucedió aquello que James temía en secreto desde que abandonó este desolado lugar la vez anterior: lo oyó de nuevo. El aterrador bramido que parecía surgir de la nada. Un grito afónico que le hacía pensar en un morro plagado de dientes, un grito animal ancestral, profundo y a la vez desgarrador.

—¿Qué es eso? —preguntó Norton alarmado y se quedó parado. Apoyaron por reflejo espalda contra espalda y trastabillaron un poco al chocar sus sacos. Miraron a su alrededor en silencio, entrecerrando los ojos e intentando vislumbrar cualquier movimiento diferente al oscilar de los matorrales por el viento reinante.

—El monstruo —susurró James.

—¿Qué?

—No lo sé, pero también estaba allí la otra vez, aunque más cerca.

—No deberíamos quedarnos aquí para descubrirlo —decidió el oficial y comenzó a caminar, solo que ahora más rápido. El viento y el murmullo que generaba en los matorrales espinosos, que se adherían como gatos al acecho en un suelo que era cada vez más húmedo, les empujaban a caminar con prisa. La médula de las glándulas suprarrenales de James envió tal chorro de adrenalina a sus vasos sanguíneos, que se le pusieron todos los pelos de punta y la piel de gallina.

Volvía a suceder. El monstruo los perseguía con su estremecedor rugido y debían correr por sus vidas, huyendo de un peligro invisible que seguramente les estaba dando caza, pues se volvía cada vez más cercano y amenazador. Cuando abandonaron el bosque de piedras supo que esta vez no lo conseguirían. El rugido se había convertido en un bramido que hacía temblar los huesos.

—¡No lo conseguiremos! —gritó por encima del estruendo y miró por acto reflejo por encima del hombro. Una inmensa sombra venía del este hacia ellos, corría en diagonal a su dirección, por lo que pronto se les interpondría en el camino—. ¡Hacia la izquierda, hacia la izquierda!

Norton asintió sin aliento y giraron hacia el oeste, en dirección a uno de esos primeros dientes que estaban especialmente inclinados. Justo antes de llegar sonó el siguiente bramido ensordecedor, tan cerca que James ya ni se atrevió a mirar por encima del hombro. Al alcanzar la base del monolito dejaron caer sus sacos al unísono y el comandante entrelazó las manos para ayudarle a subir.

James no protestó, apoyó su pie derecho lleno de barro en las palmas del oficial y trepó por la roca hasta donde la superficie erosionada era lo suficientemente inclinada como para sujetarse bien. En ello se rompió el dedo meñique de la mano derecha, porque se le enganchó en una grieta y no quiso soltar el cuchillo. Gritó de dolor, pero lo reprimió y se giró para ayudar a Norton a que lograra subirse a la roca. Norton se había colgado el hacha del cinturón y se subió a la piedra con sorprendente habilidad, dejó que James lo agarrara por las axilas y le ayudara a subir más.

Entonces llegó el monstruo. Lo que hasta ahora solo había sido una sombra lanzó una garra al aire que destrozó la falda improvisada de Norton. Por un momento pensó que había rajado también al soldado, pero al parecer había tenido suerte y solo se había destrozado la tela. El monstruo tenía cuatro patas y dos brazos, un tronco corto y fuerte de piel marrón y llena de cicatrices, de la que ascendía un ligero vapor. Entre los musculosos hombros surgía una cabeza en forma de flecha con un cuello largo y un morro con varias hileras de dientes como cuchillas, que brillaban como si fueran de metal. Pero lo más estremecedor de ese ser de pesadilla era que, junto a los brazos casi

humanos con codos y manos con seis dedos-garras, no tenía ni ojos ni orejas.

—Mierda, por muy poco —dijo James en voz baja cuando llegaron trepando a la parte más alta de ese monolito, tan torcida que el poco sitio que tenían para sentarse estaba prácticamente horizontal—. ¿Qué ... demonios ... es eso?

—Ni idea, pero casi nos pilla —respondió Norton, respirando con dificultad.

El monstruo se puso a gruñir y a dar vueltas con la cabeza gacha alrededor de la roca. Se paraba una y otra vez a olisquear el entorno. James tragó y observó las muchas cicatrices en la espalda de ese ser y que sobresalían por la fuerte musculatura que se veía bajo la piel. Eran tan numerosas que no podía saberse dónde acababa una y empezaba otra. Algunas protuberantes, otras hundidas, algunas circulares con bordes deshilachados y otras alargadas como por cortes profundos. Los dientes de metal emitían un ruido extraño, como si estuviera afilando cuchillas de afeitar. Le sobrevino un miedo indefinible a caerse del monolito y ser destrozado y devorado en segundos por ese ser infernal y le entraron ganas de vomitar.

—Pues parece que no todo aquí está muerto —gruño Norton apretando frustrado los dientes cuando miró hacia el hacha, que había caído al fangoso suelo junto al monolito y reflejaba la poca luz reinante, como restregándole por la cara que estaba fuera de su alcance.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó James y su voz le salió en un tono muy agudo. Le resultaba muy difícil hacer pasar una frase entera a través del nudo que se le había formado en la garganta—. Eso no sabrá trepar, ¿verdad?

—Si pudimos nosotros, sin duda podrá también él.

James observó las tres largas garras en las que acababan las cuatro potentes piernas de la criatura. Eran torcidas, de forma similar a la roca a la que se habían subido, y brillaban tan metálicas como sus afilados dientes. Quería rogarle al comandante que le asegurara que aquí arriba estaban seguros, pero sabía lo ridícula que sería esa petición.

—Escúcheme atentamente, James —dijo Norton con la mirada clavada en sus ojos. Todos los músculos del enjuto y fuerte hombre parecían tensos y se movían como anguilas bajo la piel sucia y brillante de sudor.

¿Por qué me ha llamado James?, pensó aterrado. *¡No lo había hecho nunca!*

—Esa cosa subirá aquí pronto a por nosotros, ¿lo entiende? —continuó el comandante. ¿Cómo podía sonar tan tranquilo y centrado? — Cuando eso pase, y le aseguro que *pasará*, quiero que actúe rápido

y concentrado y haga exactamente lo que le diga ahora, ¿está claro?

James asintió más por reflejo que por comprensión de lo que Norton pretendía decirle mientras se mantenían a duras penas sobre un trozo de cálida roca, en permanente peligro de caer seis o más metros a derecha o izquierda y ser devorados por esa criatura alienígena.

Norton le hablaba con tanta serenidad que a James incluso se le intensificó el pánico, ya que veía la situación aún más desesperada que antes y sin salida alguna. Apartó la mirada y notó que las nubes habían desaparecido, al menos en gran parte sobre ellos, pero no en forma circular, como cuando escapó con Nasaku, sino como si las masas grises hubieran sido deshilachadas como algodón. Brillaban estrellas en el firmamento y en su centro estaba la luna quebrada con sus múltiples cascotes y fragmentos, cada vez más pequeños cuanto mayor era la distancia hasta el semicírculo abierto del trozo mayor, como un collar de perlas. La luz que reflejaba bastaba para poder ver mejor que antes y pudo ver el bosque de monolitos hasta donde alcanzaba la vista. No, hasta donde alcanzaba no, hasta que su mirada se topaba con un muro negro, más alto que los dientes y creado de pura oscuridad materializada. El muro estaba muy lejos, seguro que a varios kilómetros de distancia, pero ocupaba todo el horizonte con una ligera forma arqueada.

—¿Una muralla? —susurró incrédulo.

—¿ ... lo ha entendido? —gritó Norton y James asintió medio anonadado. La voz del soldado había cambiado y se dio él también la vuelta. James constató horrorizado que el monstruo había comenzado a trepar hacia ellos. Su dentadura seca y rabiosa se acercaba poco a poco a ellos y desprendía un curioso olor a ozono.

El comandante se acuclilló y saltó. Como un espectador mudo en una obra de teatro, James vio como saltaba por encima de la cabeza de la criatura que reaccionó de inmediato para intentar pillarlo. Y lo logró, por la salpicadura de sangre que se formó ante sus ojos. Norton perdió su trayectoria, cayó sobre las cicatrices de la espalda del monstruo, rebotó con un grito sordo y cayó al fango que había a varios metros debajo.

James intentó recordar febrilmente lo que el oficial le había encargado hacer. Todo había ido tan rápido y en su cabeza giraban tantas cosas que no sabía qué hacer. ¿Cómo volvería jamás a utilizar sus brazos y piernas si ahora los sentía como rellenos de plomo? Solo podía clavar los ojos en esos afiladísimos dientes que ahora se giraban. El cuello de la criatura se giró de forma antinatural hacia Norton, algunos metros por debajo de ellos sobre la espalda y mirando hacia arriba con respiración entrecortada. Ya no se movía.

En ese momento, James recuperó la cordura durante un segundo,

notó cómo los nudillos de la mano derecha, que sujetaba el cuchillo, se ponían blancos de la tensión.

Se lo quiere comer, pensó y siguió su primer instinto. Dio un salto con los pies por delante y resbaló por la espalda del monolito como un tobogán. La gravedad se ocupó del resto y lo aceleró. La criatura giró la cabeza hacia él, pero James, accionado por la adrenalina, levantó con un grito el cuchillo y se lo clavó en algún lugar de su carne. No podía ver nada, pero un líquido blanco lo roció a medida que resbalaba bajo el lomo del bicho y entre las patas traseras clavadas en la roca hacia abajo. No soltó el cuchillo, mantuvo la mano hacia arriba y tensó todos y cada uno de los músculos del brazo para contrarrestar la resistencia. Aterrizó con los pies por delante justo al lado de Norton, perdió el arma de las manos cuando la criatura se giró a la velocidad del rayo y lanzó un alargado grito en la noche.

James cayó de espaldas en el barro directamente junto a Norton. Entre ellos brillaba inútil el hacha en el barro, como si se burlara de él. Cuando volvió la mirada hacia arriba, el monstruo saltaba sobre él dando ligeros tumbos y perdiendo a chorros ese líquido blanco que manaba de su pecho. Giró hacia atrás esa cabeza sin ojos como una cobra antes de morder y abrió las mandíbulas con las muchas hileras de dientes que se movían independientemente provocando horrorosos ruidos rechinantes. La garganta que pudo ver James era absolutamente negra; era como echar un vistazo a un desalmado infinito junto ante de morir.

Cuando los dientes descendieron, esperó que sus piernas le obedecieran para poder obedecer a su pánico y salir corriendo, pero le resultaba imposible apartar la mirada de esa brillante muerte. No pasaron imágenes ante su ojo interior, solo estaban él y esa dentadura.

Con un grito inarticulado lanzó la mano derecha hacia el hacha, la asió y la levantó a toda velocidad para destrozarle la cabeza al monstruo, pero su gesto fue lento y sin fuerzas. No consiguió estirar el brazo del todo y el hacha quedó entre él y esa boca.

Seguramente le salvara eso la vida. El monstruo se la tragó entera, junto con todo su brazo hasta el hombro. La criatura gorgoteó y la cabeza en forma de cuña se retiró hacia atrás. Se oyó un horroroso crujido y el hombro de James explotó de dolor. Vio cómo el muñón de su brazo, con la dentadura cerrada que se alejaba, desaparecía en una nube de sangre.

Miró horrorizado el fango lleno de sangre que hasta ahora era su hombro y del cual salían cantidades de sangre a chorro. El dolor desapareció de golpe y se convirtió en un recuerdo a los segundos anteriores; en su lugar sintió frío y desde la herida se extendió una sensación sorda, amortiguada por la inercia de su espíritu, como si se apartara lentamente de él. El lugar al que se dirigía ahora era mucho

más tranquilo, lejano, como si nada de esto ya fuera con él. Pero sabía lo que había que hacer. Con precisión mecánica se acercó a los dos sacos que habían dejado caer. Abrió uno y sacó dos tiras de tela, hizo una especie de cojín con una de ellas y se la presionó sobre el hombro, sobre el muñón donde antes había tenido un brazo. La otra tira la ató alrededor de su pecho y cuello para ejercer presión sobre la herida.

Entonces se giró hacia Norton, que seguía inerte en el suelo, pero le seguía con la mirada.

—Debe irse —susurró Norton con un hilo de voz. Sonaba como hojarasca seca movida por el viento.

—*Debemos* irnos —le corrigió James y se acercó al soldado. Tal y como estaba tumbado, hundido unos centímetros en el fango al borde del bosque de monolitos, debía tener la columna vertebral destrozada —. Creo que se ha quedado paralizado.

—¡Márchese, rápido! La criatura se ha ido, pero no creo que tarde mucho en volver.

—¿Que criatura? —preguntó James con lentitud. Su mente apenas reaccionaba con nada. Percibía su entorno borroso, sabía que el que estaba en el suelo delante de él era Norton, que había perdido su brazo derecho a saber cómo y que notaba todo el costado derecho medio dormido, como si alguien lo hubiera tratado con un mazo para ablandar la carne. Al vacío en su mente se añadía una barrera entre su casi anulado raciocinio y su cuerpo.

—Escúcheme —tosió el comandante con visible esfuerzo—. Esta en shock, pero dentro de media hora o antes se habrá desangrado, incluso con su vendaje improvisado. No noto ni manos ni pies y no me puedo mover. Si se marcha ahora al teletransportador, igual aún puede conseguir regresar ante de perder el conocimiento. Regrese al elipsoide negro. ¿Entiende lo que le digo?

James se paró a pensar. Le resultaba un esfuerzo descomunal. Al final asintió y se arrodilló junto a Norton.

—¿Qué está haciendo?

Sacó del fango uno de los brazos inútiles de su parapléjico amigo y se lo pasó sobre el hombro para luego sujetarlo por la muñeca con la mano que le quedaba, Entonces levantó al soldado sobre su espalda.

—¿E.. está usted loco? —preguntó débil junto a su oído—. Moriremos ... los dos.

—Quizás —dijo James y comenzó a poner un pie delante del otro. Gracias al cielo despejado podía ver mejor el teletransportador: una aguja oscura en el horizonte, así que se dirigió hacia él. Cada paso quemaba en las piernas, que protestaban, pero él sabía lo que tenía que hacer. Debía llevarlos a ambos al teletransportador para poder salir de aquí. Porque este lugar era malo.

—Suélteme —rogaba Norton—. Debe pre ... sentar informe.

James le ignoró y siguió caminando. En ese momento le pareció muy adecuado que su cuerpo se negara a enviarle señales más allá de la quemazón en las piernas y que sintiera todo como si fuera un mero espectador que observaba todo a gran distancia. Sabía lo que ahora era correcto y sabía que tenía que llegar a esa raya negra y que debía soportar ese peso en el hombro. El mundo se había vuelto de repente tan simple que hasta le pareció encantador.

Y así siguió caminando sin que las débiles protestas y advertencias de Norton sobre a saber qué criatura llegaran a importunarle. Visto de lejos, podrían haberle tomado por un excursionista que había descubierto la lentitud y la había convertido en filosofía de vida.

El entumecimiento aguantó una eternidad, en la que James se observaba a sí mismo como una cáscara vacía caminando a través de una apestosa ciénaga.

Algo cambió de repente. El teletransportador se había convertido en un gran elipsoide que surgía del plano paisaje como el cuerpo extraño que en el fondo era. Su superficie mate parecía absorber cada fotón del entorno sin devolver ninguno, por lo que incluso en plena oscuridad seguía destacando en el paisaje. En el hombro de James explotó el dolor y se extendió en olas hirviendo por el cuerpo, casi robándole la conciencia. Sentía frío y calor a la vez. Y grandes cantidades de sudor surgieron de todos sus poros. Vio ese horrendo morro repleto de cuchillas de afeitar caer sobre él, los músculos de la criatura, que se tensaban para comérselo y luego su brazo, hundiéndose en la garganta y siendo arrancado sin esfuerzo alguno, como si fuera papel de periódico viejo. Sangre por todas partes, una nube de sangre, dolores convulsivos que le inundaban y Norton, desprotegido a su lado, inmóvil a pesar de parecer ileso.

James cayó de rodillas y tosió. Los dolores, acompañados de miedo y pánico, casi le anulan la conciencia. Nada los superaba, nada desaparecía ante su inmensa luz y todo su mundo quedó formado exclusivamente de dolor.

—Respire —dijo alguien en algún lugar. Igual era Norton—. Respire. Tome aire, … suéltelo.

James se aferró a esa voz, intentó no mirar el muñón mal vendado de su hombro y se concentró en inhalar y soltar el aire. De forma lenta y controlada. No ahuyentó el caos en el que se encontraba, pero sí halló un sendero minúsculo, una barra de equilibrio, sobre la que moverse en una dirección y que le separaba de la locura existente a derecha e izquierda. Gran parte de su ser solo quería rendirse y dejarse caer, sin aportar la concentración necesaria. Esa parte quería abandonarlo todo y no plantar cara a esa montaña de dolor y miedo, cuyas laderas le rodeaban por todas partes y querían bloquearle la visión de una posible salida.

—Concéntrese solo en mi voz y en la respiración —le conminó Norton, logrando de alguna forma que su débil voz transmitiera hasta cierto punto la intensidad de órdenes militares—. Ahora me soltará e irá al teletransportador. Se sentará en el asiento y cerrará los ojos. Cuando haya llegado al otro lado, todo volverá a estar bien. Vaya a ver a Pavar y cuénteselo todo.

James se permitió tres respiraciones profundas más, entonces gritó contra todo el dolor que sentía, flexionó las rodillas, empujó el peso del oficial hacia arriba y trastabilló brevemente, momento en que casi perdió la conciencia, cuando una ola de sufrimiento recorrió de nuevo su cuerpo. El comandante comenzó de nuevo a hablar, pero James sólo gritaba y continuó caminando, centrado en la sensación de tensión en sus ya débiles piernas y miró hacia el teletransportador que crecía en tamaño frente a él. Muy a lo lejos se podía oír un estremecedor aullido, pero incluso eso fue capaz de anular junto con el resto de este mundo muerto, sin dejar distraerle de lo que tenía que hacer.

Cuando al final llegó a una pared negra, soltó a Norton y lo apoyó contra la fría pared delantera del teletransportador, antes de comenzar a rebuscar en el lodo con la única mano que le quedaba. A dos metros de altura por encima de ellos apareció la puerta: un rectángulo de pura luz, tan perfecta y pura que no podía representar mayor contaste con el apestoso y sucio entorno que cubría el paisaje a su alrededor. James se sintió como un hombre en la edad de piedra, un salvaje cavernícola que intentaba escalar un complicado cohete.

Tardó lo que sintió como una eternidad en encontrar con los dedos finalmente lo que buscaba. Su mano agarró un trozo de madera y tiró con fuerza de ella hasta que la burda escalerilla enterrada en el lodo se desprendió con un asqueroso ruido. De sus irregulares largueros y travesaños caían gruesos goterones de espeso barro mientras intentaba colocarla de forma que la parte superior llegara más o menos a la apertura de luz y quedara estable.

Entonces intentó levantar de nuevo a Norton sobre su hombro. El oficial hacía gestos de que le dejara en paz, con los ojos medio cerrados e incapaz de hablar. De la comisura de sus labios colgaba un filo hilo de baba sobre su pecho desnudo, plagado de rascadas y suciedad seca. Parecía que ya no podía respirar bien, aunque seguía teniendo pulso. James intentó con gran dificultad volver a colgarse a su amigo del hombro, pero por mucho que lo intentara no podía. Le resultaba imposible subirlo por la escalerilla y el aullido de la criatura se acercaba. Incluso sin el peso adicional ya le resultaba difícil mantenerse estable y seguro para trepar con una sola mano.

Así que no le quedó otra elección: Volvió a sentar a Norton con la espalda contra el casco del teletransportador y murmuró una excusa

antes de dislocarle a patadas los hombros, probablemente causando fracturas, para luego desenrollar las tiras de tela de sus pies y atarse los brazos del comandante frente al pecho. Los brazos quedaron en un ángulo muy poco saludable, pero así logró fijarlos de forma que ya no le cortaban la respiración al levantarlo.

Norton murmuró algo incomprensible cuando fueron ascendiendo peldaño a peldaño. Tardó varias eternidades hasta alcanzar el borde de la abertura, en las que el dolor y el peso adicional del oficial fueron empeorando. Pero lo consiguió. Ahora estaba allí, las rodillas le temblaban y la escalerilla también se movía peligrosamente. Debería soltar el último peldaño para meterse en el interior del teletransportador, pero la mano con la que se agarraba era también la única que le quedaba y que impedía que cayera hacia atrás. Su campo de visión estaba ya muy limitado por el esfuerzo y el dolor que sufría, y ya notaba sus bordes muy negros.

Tras un par de respiraciones profundas, hizo de tripas corazón y cruzó con la mano que le quedaba la puerta de luz, buscó con los dedos algo a lo que agarrarse cuando empezaba a resbalar hacia atrás y tosió contento cuando consiguió agarrarse al borde de la entrada. Lento como una tortuga se introdujo junto con Norton a través de la puerta de luz al interior, presionando con sus pies escalón tras escalón.

El interior estaba frío y comenzó a tiritar cuando levantó los brazos inútiles pero pesados de Norton por encima de su cabeza para verlos caer juntos por la espalda y observar ese cielo infinitamente negro que tenía sobre sus cabezas.

—Lo conseguiremos, comandante —gruñó a duras penas y se incorporó con gran esfuerzo. Buscó con cierta confusión el asiento correcto, lo cual debería haber sido fácil porque era el único con una luz verde, pero en su estado actual en que todo lo percibía distorsionado y borroso, le costó un gran esfuerzo. Se acercó a los asientos como un borracho, entrecerró los ojos y respiró aliviado cuando creyó ver la lucecita verde. Se quitó la ropa que llevaba y la colgó del apoyabrazos antes de regresar a por Norton y levantarlo tirando de su brazo por la axila y arrastrarlo hasta el asiento.

Se le estaban acabando las fuerzas y podía sentir la inconsciencia que le rondaba como un lobo que fuera a morderle en cualquier momento. Pero no era solo la inconsciencia; en toda la sangre adherida a su lado derecho y que seguía fluyendo fresca veía cómo se le escapada la poca vida que le quedaba, y que la muerte era esa cosa negra que iba creciendo en los bordes de su visión. Pero procedió de forma mecánica, presionó los antebrazos de Norton sobre las tiras de inducción y hasta consiguió formar una sonrisa, lo cual podía parecer de lo más raro.

—Ni siquiera sé cómo funciona esta exactamente —dijo apenas sin voz—. Si al otro lado sigue su cuerpo y regresará a él, como yo la otra vez. Pero yo estaré sentado en otra silla, porque solo puede ir uno en cada asiento de viaje de ida, ¿no? Entonces seré seguramente un clon. Y ¿qué pasará con mi cuerpo real?

Norton pareció querer decir algo, pero solo puso parpadear y sus labios temblaban sin producir sonido alguno.

—Nos vemos al otro lado. —James estiró la mano y cerró los ojos del oficial con los dedos estirados. No pasó nada, y solo cuando abofeteó ligeramente al hombre y su cabeza cayó inerte a lado contrario supo que o estaba muerto y ya estaba en casa. Pero el cuerpo estaba allí, igual que el suyo en su último viaje. ¿Por qué no estaba el cuerpo de Nasaku aquí cuando llegó con Norton hacía unas horas? ¿A dónde había ido a parar?

La sorda sensación en su cabeza, como si sufriera una gran presión, le impedía seguir pensando en eso ni llegar siquiera a una posible solución lógica, así que sacó el cadáver del asiento y lo arrastró entre los asientos interiores hacia el embudo, que formaba el centro de la sala del teletransportador antes de regresar. A medio camino cayó y se lesionó la rodilla. Lo veía todo negro y en sus oídos todo eran pitidos.

Se levantó gimiendo, sin apenas poder distinguir entre colores claros y oscuros. Se acercó al asiento marcado con el trozo de tela que colocó antes y se subió con un último esfuerzo agarrándose al reposabrazos. Cada respiración le suponía ya un calvario y no había nada más que pudiera superarlo.

Cerró los ojos por última vez cuando se dejó caer en el asiento con el último chorro de sangre que aún mantuvo su cuerpo en marcha.

17



James abrió los ojos y percibió un inquieto zumbido. Aumentaba y bajaba en intensidad y se correspondía con sus sensaciones. Le creó una indeterminada urgencia manifestada en su piel en forma de picor y en un ronroneo de su estómago. Quiso levantarse, gritar, correr y eliminar toda esa energía que no procedía de un exceso de vitalidad, sino de algo distinto que no podía expresar en palabras.

Frente a él estaba el comandante Norton, rodeado de hombres y mujeres en trajes protectores blancos. James se asustó al verlos porque le parecieron a primera vista como astronautas extraterrestres. Solo dio un respingo y comprendió poco a poco que no había muerto ni había aterrizado en un mundo distinto cuando vio una cara frente a él, tras un visor curvado: estaba en casa, en la Tierra, a gran profundidad en Wyoming.

—¡James! ¡James! —La cara era la de Mila, tan hermosa y perfecta. Sin embargo, la apartó a un lado y se levantó de forma tan abrupta que dos personas, a izquierda y derecha de él y que no había visto, dieron un salto a un lado.

—¡James, no! —le rogó Mila insistente, pero no le hizo caso y miró a Norton, sentado a solo medio metro de distancia en su asiento. Parecía exhausto y, a diferencia de él, no estaba desnudo, sino ya con ropa funcional como la que llevaban al prepararse para el teletransportador. El oficial tenía los ojos abiertos. Estaban húmedos. Cuando vio a James tragó y asintió compungido. Levantó una mano y movió los dedos como si quisiera imitar una ola.

James suspiró aliviado y se tocó su propio cuerpo desnudo, sus dos brazos ilesos y cayó de nuevo en el asiento en el que se había despertado. Todas sus fuerzas le abandonaron de golpe como una sustancia volátil.

—¡Tranquilo! —Era Mette la que estaba al otro lado y que se quitaba la capucha blanca y el casco de la cabeza, regalándole una tierna sonrisa, aunque seguía pareciendo estar en un funeral—. No te muevas, ya estás seguro, eso es lo único que cuenta.

—¿Qué pasa? —preguntó confuso y notó una presión cada vez más fuerte tras sus ojos y que se extendía por su pecho.

Mila se acercó también y se quitó el casco. A su alrededor corrían al menos una docena de personas en trajes protectores, la mitad de

ellos alrededor de una camilla que se llevaban con ciertas prisas hacia la salida.

—¿Y a esos qué les pasa? —James comenzó a llorar cuando la presión se abrió camino. La pesadilla de la que logró escapar en el último segundo había acabado, pero las imágenes del cuerpo roto de Norton, del horrendo monstruo que casi los mata, de su amputación y de cómo metió el cuerpo desnudo del comandante en el embudo como un trozo de carne cualquiera seguían grabadas en su mente. Verle vivo y notar simplemente que podía respirar era lo más bonito y lo más horroroso a la vez, pues le demostraba que había sido real, auténtico e irremediable, y que existía el riesgo de que la vida le volviera a jugar malas pasadas como esta. Una parte de él había deseado en secreto no despertarse jamás de nuevo.

Pero sentaba bien ver caras conocidas, llorar y sollozar. No le resultaba vergonzoso ni desagradable. Era uno de los momentos de mayor vulnerabilidad de su vida y su cuerpo asumió simplemente el control sin dejarle opción alguna, con suavidad y firmeza a la vez.

Mila sostenía su mano derecha y le miraba con empatía, al igual que Mette, aunque esta parecía estar más asustada.

—Lo lamentamos mucho. No puedo ni imaginarme lo que habrá sido —murmuró la rusa y le apretó con suavidad el hombro. Un hombro que, hacía pocos segundos, no era más que un muñón de carne arrancada y sanguinolenta.

Alzó la vista y la miró directamente a los ojos. Aunque la veía algo borrosa, no parpadeó para apartar las lágrimas.

—Pero si ni siquiera sabes lo que ha pasado —dijo confuso y se sorbió los mocos. Mila intercambió una mirada atormentada con Mette.

Entonces empezó a darse cuenta de algo. Se había despertado en el otro asiento. En el de los clones. Estaba desnudo, sin la ropa funcional que llevaba cuando entró en el teletransportador. ¿Dónde estaba su cuerpo? ¿Su auténtico cuerpo?

Giró la cabeza para mirar la camilla que estaban sacando por la abertura de luz con dos personas de blanco que le obstaculizaban expresamente la visión. Si aquél era su cuerpo y ahora era un clon, ¿qué era en realidad? ¿Seguía siendo el mismo, o no? ¿James Hamilton? Sentía su *yo* como siempre, incluso la sensación de sus dedos que se frotaban nerviosos como hacía siempre.

—Yo ... —balbuceó y tragó—. ¿Qué ... que le ha pasado? ¿Qué *me* ha pasado?

Mila y Mette intercambiaron una mirada.

—¡Ey, hablad conmigo!

—Tu ... cuerpo cayó en un coma tras tu ... *traspaso*. El mayor te cambió de sitio y te siguió. El capitán Miller entró siguiendo las

órdenes de Pavar cuando el campo magnético se calmó y puso tu cuerpo aquí mismo en un coma inducido, ya que no sabíamos cómo sería la vuelta con dos personas. Ni siquiera sabíamos en qué orden regresaríais. Creo que todo fue una acción precipitada y mal pensada. Lo que ...

—¡Mila! —la interrumpió con más enfado del que sentía. Oía su propia voz temblorosa—. Entonces estoy ... mi cuerpo está ... ¿muerto?

—No lo sé. Vuestro regreso se anunció al aumentar de golpe el campo magnético y los instrumentos se desactivaron todos, como era de esperar. Por eso hay que ir ahora muy rápido y llevarte arriba a la clínica. Harán todo lo que puedan, estoy seguro. ¡Lo siento mucho, James!

—Está bien—respondió por acto reflejo. Nada estaba bien. ¿Qué significaba ahora esto? Si su cuerpo moría, ¿estaba muerto y vivo a la vez? ¿Debería llevar luto ahora por sí mismo, o no hacía falta porque seguía vivo, aunque dentro de otro cuerpo?

Un cuerpo creado de forma artificial por un artefacto alienígena, se corrigió a sí mismo. Mette y Mila siguieron intercambiando miradas llenas de preocupación y a pesar de su nerviosismo interno entendía muy bien lo que estaban pensando.

—Lo sigo en serio —dijo, y se quitó las lágrimas de las mejillas—. ¿Qué puedo decir o hacer ahora? Esto es un experimento, una investigación de campo y aprendemos de nuestros errores.

—Pero no deberíamos haber actuado de forma tan chapucera —dijo Mette sacudiendo la cabeza—. Fuimos escogidos por nuestra especial experiencia y ni siquiera pensamos en cosas tan evidentes como esta.

—Ante el trasfondo de esta cosa —miró brevemente a su alrededor, en el teletransportador atestado de gente— es imposible actuar igual que los haríamos en casa o en la universidad o a saber dónde. Lleváis semanas sin apenas dormir y siempre bajo una enorme presión.

—Pero aun así deberíamos ser más precavidos —insistió la rusa mirándole a los ojos—. Si los médicos pueden mantener tu cuerpo, es decir tu original, con vida, podrías volver, cambiamos el clon por tu cuerpo original, y regresas de inmediato. Todo debería ser como antes entonces.

—¡No! —dijo en voz tan alta que todas las miradas de los presentes en el teletransportador giraron hacia él. Carraspeó un poco y bajó la voz—. Lo siento, pero ... no puedo volver.

—¿Qué ha pasado allí? —preguntó Mette compungida.

—Eso también le gustaría saber a la decana. —Era el capitán Miller que se puso frente a Norton y giró su brazo para sacarle sangre—. La

tengo precisamente ahora en el oído y no deberíamos perder más tiempo.

—¿Es que no se da cuenta de que no está precisamente recuperado? —La mirada de Mila se ensombreció cuando la fijó en el médico.

—Eso lo sabré dentro de un par de horas. —El oficial señaló hacia el tubito en su mano derecha que se llenaba rápido de sangre oscura.

—¿No se le ocurre la posibilidad de que haya cosas que no se puedan ver en un tubito de sangre?

—Mire: si necesita asistencia psicológica la tendrá. Pero mientras esté mínimamente en situación de participar en una reunión informativa, participará; veo indicios de cierta reacción emocional, pero no está en estado de shock ni nada parecido.

—James —se dirigió Mila a él y pareció ignorar al médico del ejército—. No tienes por qué hacerlo.

—Sí que tengo. —Cuando ella sacudió la cabeza desesperada de tanta incomprensión, James le cogió la mano y la apretó—. Hemos visto un par de cosas al otro lado que podrían ser importantes.

Mila y Mette se miraron y James notó que se guardaban con muchísimo esfuerzo toda una cascada de preguntas. Quería explicarles lo que quería decir, pero el capitán Miller se interpuso antes.

—¡Bien! —dijo, sacó la cánula de la parte interior del codo de James y entregó dos tubos llenos a una enfermera, que se llevó todo en una bandeja de quirófano. Norton se incorporó y probó sus pies descalzos. En su mirada había todo un mundo de alivio e incredulidad, seguramente porque podía mover los dedos de los pies. ¿Quién podría decir que había quedado parapléjico para regresar entonces en un cuerpo sano? Sin embargo, no creía que fuera una sensación muy buena, aparte del gran alivio, claro.

Una mujer se acercó a James y le entregó un conjunto de ropa doblada. Ahora empezó a sentir vergüenza porque había estado todo el rato sentado desnudo entre toda esa gente, y sobre todo delante de Mila. Aunque la investigadora de materiales no parecía estar muy molesta por ello, le resultó de golpe muy desagradable y se vistió con celeridad, rechazando las ofertas de ayuda, para quedar luego ya de pie.

Sentía su cuerpo de clon muy flexible y vital, igual que en el otro planeta, solo que esta vez sin el horrendo clima ni el hedor, que juntos generaban un constante malestar. Nada era diferente a antes: sus dedos obedecían como era normal, sus pies, ahora en botas militares, le cosquilleaban un poco y ese ligero dolor en la columna lumbar, que sentía desde que le operaron de una hernia discal hacía cinco años, también estaba presente.

—Venga —dijo Norton y pareció a punto de darle una palmadita

en el hombro, pero se lo debió pensar mejor. Se produjo así un momento desagradable, al que el oficial puso fin carraspeando un poco y señalando hacia la puerta—. No deberíamos hacer esperar a Pavar.

—Yo ...

—Lo mejor que podemos hacer ahora es concentrarnos y seguir adelante. Lo que ha pasado ha pasado y lo hemos sobrevivido —explicó el comandante con la barbilla adelantada—. He servido en dos batallas y he vivido muchas cosas, señor Hamilton. Lo que ha sufrido usted no debería pasarle a nadie, pero no es ni el primero ni el único, ¿lo entiende? Siga adelante, haga vida normal y permita que eso le devuelva al aquí y ahora y tome contacto. Supongo que no tiene muchas ganas ahora mismo de nada, pero haga un esfuerzo, actúe hasta que todo vuelva a ser normal.

James quedó tan anonadado por la tan inusual verborrea de ese hombre mayor, que no supo qué responder y se limitó a seguirle, olvidando, inmerso en sus pensamientos, de despedirse de Mila y Mette. Cruzó la rampa como en sueños hasta llegar al suelo de esa cueva, en la que reinaba más ajetreo que la última vez. Figuras de blanco rodeaban el teletransportador con sensores en manos estiradas, otros anotaban datos en sus blocs o rebuscaban en las cajas verde oliva de material militar alineadas contra la pared.

En la esclusa de aire fueron desinfectados y tuvieron que esperar cinco minutos a que se abriera la puerta que daba al complejo subterráneo y pudieran dirigirse hacia los ascensores. Al llegar allí, un soldado se acercó corriendo con un uniforme y botas para el oficial, que se puso con rapidez antes de entrar en el ascensor y subir al despacho de Pavar.

—Por fin han llegado —les saludó la decana y señaló las dos sillas frente a su escritorio, que, a pesar de su gran tamaño y los muchos expedientes apilados encima, parecía ridículo en ese despacho tan enorme. Kowalski estaba sentado a su propio escritorio contra la pared, rodeado de media docena de pantallas y constató su entrada con solo una breve mirada lateral.

—Nos ha dado un susto de muerte —dijo Pavar tras estampar una última firma en algún escrito y dejar el papel a un lado para levantar la mirada hacia ellos—. Por el campo magnético, quiero decir. No les esperábamos tras solo tres horas. ¿Qué les ha pasado?

—Puedo confirmar lo que el señor Hamilton nos informó de su primer viaje —tomó Norton la palabra y James tuvo la sensación de que con ello quería hacerle un favor. Igual pensaba que James necesitaba aún algo más de tiempo para recuperarse—. He visto la aeronave caída, el bosque de piedras, el paisaje moribundo y el campamento de Nasaku ...

James ya no prestaba atención cuando Pavar hizo que el oficial parara de relatar cronológicamente lo sucedido. Por un lado, no sabía cómo reaccionaría si lo volvía a escuchar, y por el otro pensó que su auténtico cuerpo estaba en uno de los edificios adyacentes e intentaban mantenerlo con vida. No podía dejar de pensar que ahora había dos ejemplares de él, o solo uno y el original estaba muriéndose. ¿No debería haber alguien allí con él, acompañándolo en esos momentos? Sería absurdo. ¿O no?

—¿Señor Hamilton? —Por el tono de voz de Pavar, no debía ser la primera vez que llamaba su atención.

—¿Sí, señora?

—¿Está usted bien? —Cuando levantó la mirada hacia ella vio un semblante preocupado. No sabía que la política fuera capaz de tener un tal semblante—. Lo que le ha pasado suena horroroso. Y la forma en que ha salvado al comandante, ha sido … *heroica.*

Pavar asintió en reconocimiento y durante unos instantes solo se escuchaba el teclear de Kowalski, que seguramente estaba levantando acta de esa reunión con sus ágiles dedos.

—No suelo decirlo mucho, pero igual me equivoqué con usted.

—Ehh, gracias —dijo.

—¿Quiere añadir algo más a lo que ha expuesto el comandante?

—No —dijo con extremada rapidez, sin haber escuchado lo que Norton había explicado en concreto—. Aunque …

—¿Sí? —Pavar se inclinó hacia delante, con los codos sobre la mesa y la babilla apoyada sobre sus manos entrelazadas.

—Cuando estuvimos encima de ese diente de piedra, el cielo se despejó un poco y pude ver algo en el horizonte. Era como una pared oscura.

—¿Una *pared oscura*? —La decana miró a Norton que sacudía la cabeza.

—Sí, era como una pared oscura que se extendía por el horizonte, en todas las direcciones.

—¿Está usted seguro? En ese momento debía estar espantado, con mucha adrenalina por la presencia de esa criatura a punto de trepar para hincarles los dientes.

—¡No me lo he imaginado! —insistió James.

—Pero ¿es verdad o no que ante esas circunstancias se iniciara una situación de auténtico pánico?

—Sí, claro que es posible —afirmó Norton—. En esos momentos puede suceder fácilmente que se vea algo que …

—Que no me lo he imaginado —repitió James cabreado, pero se encogió de hombros cuando ambos le miraron.

—Lo … comprobaremos cuando tengamos oportunidad. —Pavar no parecía creerle, pero aceptó con gusto la oferta de no seguir hablando

del tema. Otra expedición plantearía también muchas otras preguntas.

Sin mí, pensó.

—Bien. Lo que haremos ahora es volver a hablar con Nasaku. Ya nos ha llegado el detector de mentiras y con la nueva información que ha traído, como la escritura en la pared, seguro que podremos sacar más información interesante. Quiero que dibujen o escriban los símbolos vistos lo mejor que puedan, ¿entendido? —La decana esperó que ambos asintieran—. Bien. Norton, ¿se ve capaz de asistir a la conversación?

—Sí, señora —dijo el oficial tras un instante de duda.

—Yo también … —comenzó James, pero no pudo seguir.

—Usted descansará. Ya ha hecho suficiente, señor Hamilton. Tengo el máximo respeto por lo que ha hecho por el comandante y por su intervención en este proyecto, y se ha ganado un poco de descanso.

Quiso replicar, pero lo hizo callar de inmediato levantando el índice.

—Bien, está decidido. He solicitado la asistencia de un especialista que debería llegar dentro de una hora a su habitación. Se trata del doctor Cunningham.

—¿Un psiquiatra?

—Sí —confesó Pavar con gran tranquilidad.

—No necesito ningún …

—¿No necesita ningún médico? —La decana resopló—. Está usted ante mí en un cuerpo clonado mientras están allí luchando por mantener su cuerpo original con vida. No puedo ni imaginarme lo que se debe sentir con eso. Y todo ello tras la historia de terror que Norton me acaba de contar sobre su intervención en *Prime*.

—¿Prime? —preguntó James.

—Es el actual nombre en código del planeta que ha descubierto —respondió en tono seco—. Usted igual cree que todo está bien, pero no lo está. Hable con el Dr. Cunningham. Si certifica que está usted listo para trabajar, me fiaré del diagnóstico. Pero hasta entonces estoy obligada a proteger a mi personal y le ordeno que se retire y descanse.

El teléfono sobre su escritorio comenzó a sonar con un timbre electrónico estridente. Pavar levantó un dedo para pedir silencio y descolgó el auricular.

—¿Sí? —Escuchó sin decir nada y luego abrió los ojos de par en par—. *¿Qué?*

James intercambió una mirada alarmante con Norton y dio un respingo cuando la decana saltó y pulsó un botón rojo junto al borde derecho de su escritorio.

Comenzó a sonar una alarma muy fuerte.

—¿Qué pasa? —gritó Norton totalmente tenso por encima del sonido de la alarma.

—Es Nasaku —respondió Pavar y chasqueó los dedos hacia Kowalski—. Se ha ido.

—¿No está?

—No, ¡ha *desaparecido*! ¡Y ahora movilice a su gente! ¡Quiero que se selle la base entera! ¡Ponga helicópteros en el aire, me es igual! ¡Pero no puede abandonar la instalación, ¿queda claro?

—Clarísimo, señora. —Norton corrió hacia la puerta que en ese momento se abría. Entraron cuatro soldados, dos de los cuales se apostaron contra la pared. Los otros dos siguieron al comandante hacia afuera.

—¿Cómo puede ser eso posible? —despotricaba Pavar enfadada, corriendo de un lado al otro en su despacho como un tigre en una jaula—. ¡Estaba vigilada!

Cuando nadie contestó, miró a Kowalski como un halcón a un ratón.

¿Estaba vigilada o no?

—Emm, sí, señora. Dos guardias y la puerta cerrada con llave —Kowalski tenía un teléfono en cada oreja.

—¿Y cómo demonios ha podido pasar junto a ellos sin que la vieran? —siguió Pavar, sin tener la más mínima consideración por su asistente, totalmente superado por la situación. Además, con el sonido de la alarma que convertía en todo un desafío entender cualquier palabra que pronunciara.

—No lo sé —reconoció Kowalski en voz baja. Entonces gritó en sus teléfonos: —No. No me refiero a usted. Envíennos las imágenes de la cámara aquí arriba.

De nuevo sonó el teléfono en el escritorio de Pavar y ella agarró de inmediato el auricular como si quisiera arrancar una mala hierba.

—¡Sí! ¿Qué? ¡Eso es imposible! ¡Pues procure descubrir cómo ha podido pasar algo así! ¡Estamos en una jodida instalación de máxima seguridad de las Fuerzas Aéreas; no puede ser que una salvaje cualquiera les tome el pelo a todos! —Estampó con fuerza el auricular sobre el teléfono y resopló como un toro. Cuando su mirada recayó en James, gruñó: —Se ha escapado por el ascensor, justo cuando hubo cambio de guardia. Los tipos incluso la vieron, pero llevaba el uniforme de uno de los soldados que vigilaban su habitación.

—¿El ascensor? Solo puede usarse con tarjeta y código desde que Nasaku está aquí —pensó en voz alta.

—Pues sí, parece que ha dominado ese arte. Pero ¿cómo?

—Debe haber conocido el código.

—No me diga. Eso también lo puedo deducir yo, pero ¿cómo es posible? Ni siquiera habla nuestro idioma, por no decir nuestros números.

James pensó febrilmente y se tensó.

—¿Qué? —quiso saber Pavar y entrecerró los ojos hasta mirar solo por un resquicio.

—La traductora, la señorita Eikes. No tenía aún tarjeta y le mencionó el código. Cuando entró aquí, ¿se acuerda? —preguntó James—. 1605, creo.

—1604 —le corrigió Pavar y se quedó un momento mirando a la nada—. Pero no lo pudo utilizar porque no podía entendernos. Por eso hable tranquilamente con la señorita Eikes.

—Pues solo hay una explicación.

Pavar no reaccionó en seguida, pero James podía ver cómo pensaba a marchas forzadas. La política repasaba los distintos escenarios posibles con la mente a toda velocidad, y era evidente que no le gustaban las conclusiones a las que llegaba.

—Nos entendía. Todo el tiempo.

James tragó.

—Si conoce nuestra lengua, tenemos ahora problemas y preguntas totalmente nuevas. —La cara de la decana se fue oscureciendo cada vez más. Levantó de nuevo el auricular y pulsó una tecla de acceso rápido—. Soy Pavar. Si el objetivo de resiste, autorizo el uso de fuerza; mátenla si es necesario antes de que pueda salir de la base.

—¿Qué? —gritó James horrorizado antes de que llegara a colgar el teléfono—. ¡No puede hacer eso!

—¡No solo puedo hacerlo, señor Hamilton, sino que *debo* hacerlo! Nos ha mentido y ha considerado necesario huir. Son indicios bastante preocupantes. Ahora incluso sabemos menos que antes sobre quién o qué es ese ser. ¡Mi responsabilidad es la seguridad de esta instalación, del país, y en todo caso del mundo entero!

18



—¿Desaparecida, así como así? —preguntó Meeks perplejo y se pasó las dos grandes manos por la calva. El ambiente en la sala de reuniones del equipo directivo era, en el mejor de los casos, algo apático. James no veía más que caras consternadas o frustradas alrededor de la mesa.

—Sí. Me he enterado de que hay grabaciones de cámaras en las que se la ve brevemente como anula a un vigilante distraído —aclaró y sacudió la cabeza—. Entonces, Pavar me echó y me envió aquí abajo.

—Por ahora no puede salir nadie de aquí —dijo Mila, confirmando la amarga realidad que sentían todos desde que se reunieron hacía dos horas en la sala. Los pasillos estaban repletos de soldados y se habían cerrado todas las entradas y salidas, tanto al antiguo silo como de toda la base de las Fuerzas Aéreas arriba, en la superficie. Allí abajo, en medio de ese tenso silencio, rodeados de docenas de metros de tierra, roca y cemento, resultaba difícil imaginarse que tras un corto viaje en ascensor podrían llegar a la superficie donde circulaban a toda velocidad vehículos del ejército repletos de soldados, helicópteros con fuertes focos encendidos y órdenes berreadas por mástiles con altavoces en plena noche.

—Le pegarán un tiro si hace falta. —Todas las miradas recayeron sobre James y asintió con un amargo gesto en los labios—. Yo mismo oí como daba la orden.

—¿Está autorizada para eso? —quiso saber Falkenhagen. El alemán parecía inusualmente pensativo—. Estoy de acuerdo con la decana de que Nasaku representa un peligro, pues es evidente que nos ha mentido. Pero no podemos matar a tiros a la primera extraterrestre con la que entramos en contacto, ¿no?

—A mí me parece muy humana —opinó Smailow.

—Puede ser, pero no es de aquí, y eso creo que es evidente. Hemos visto cómo se ha formado su cuerpo en el teletransportador. Nadie podría convencerme de que nos la ha jugado un habitante de Frisia oriental o a saber quién.

—¿de Frisia oriental?

—Bah, da lo mismo. —Falkenhagen sacudió una mano y su cara extraordinariamente atractiva se arrugó como si hubiera mordido un

limón—. De todas formas, sería un desastre para el futuro del proyecto. Tendríamos las manos manchadas de sangre y pasara lo que pasara a partir de ese momento se basaría en algo incorrecto.

—Tiene razón —dijo Mila, y Mette también asintió, mientras Meeks y Smailow seguía inmersos en sus pensamientos—. ¡Deberíamos poder hacer algo!

—Para eso deberíamos primero saber cómo piensa y qué pretende hacer —expuso Falkenhagen—. Pero, para ser francos, no sabemos *nada* de ella. Pensábamos que no comprendía nuestra lengua, pero o la ha aprendido con gran rapidez o nos está tomando el pelo desde hace tiempo.

—Ha venido sola aquí. Eso es correr un riesgo enorme. No creo que haya asumido todo eso ella sola solo para … hacer *¿qué?* —preguntó Mila.

—Pongámonos un momento en su piel —propuso Meeks e inclinó su grueso cuerpo por encima de la mesa antes de mirarlos uno a uno para que le prestaran atención—. Estaba totalmente sola en *Prime*, ¿no es así?

—Y lejos de su propio hogar. No tenía forma de regresar —añadió Mila.

—Pues si nos ponemos en su piel, naufragada en el lugar más horroroso que os podáis imaginar; el lugar donde murieron sus hijos y a saber cuánto tiempo ha pasado sola allí, y de repente se abre la puerta a un tercer mundo en el que viven humanos como vosotros y, además, en un mundo altamente desarrollado. ¿Qué haríais?

—Depende.

James miró a Falkenhagen, que se encogió de hombros.

—Depende de cuál es mi trasfondo, mi historia. Si mi propio mundo tiene un nivel tecnológico similar o incluso mayor. Si no, aquí nos bastan con diez años de diferencia, y alguien que sale de la jungla de Sumatra se siente totalmente perdido en una ciudad tan desarrollada como Singapur. Si su hogar está tan subdesarrollado como creíamos, aquí no entendería nada.

—Pues podemos excluir eso si sabe cómo se utilizan teclados, tarjetas codificadas y ascensores, cómo evitar cámaras y tras … —Meeks miró su reloj de pulsera—, casi dos horas, aún seguir en paradero desconocido.

—Bien, supongamos, solo para nuestra hipótesis, que está familiarizada con tecnología a nuestro nivel. ¿Qué haríamos entonces en su lugar?

—E.T. —dijo Mila y todos los ojos se dirigieron hacia ella, incluyendo miradas confusas.

—¿E.T.? —preguntó Smailow, como si Mila hubiera perdido la cabeza—. ¿Ese feo alien de Steven Spielberg?

—No era feo, sino *distinto* —le corrigió su compatriota—. Pero quedó náufrago aquí y quiso ...

—... ¡llamar a casa! —James junto las manos con tal estruendo que todos los científicos sentados a la mesa saltaron del susto—. ¡Claro!

Se hizo el silencio hasta que Meeks lo rompió el primero—. Podría pretender enviar una señal, pero para ello debe primero descubrir cuál es la posición relativa de la Tierra en la Vía Láctea y luego enviar una señal lo suficientemente potente para alcanzar a saber qué. Pero si no se trata de una estrella vecina, lo cual queda prácticamente excluido porque todas han estado muy calladitas hasta ahora, necesitaría decenios o siglos hasta que la señal llegara a su hogar.

—Tiene razón —le apoyó Smailow—. No sería precisamente práctico.

—Igual no. Pero ¿sería eso lo primero que pensarías, solo y naufragado, rodeado de gente extraña que tampoco te trata con amabilidad? —quiso saber James sacudiendo la cabeza en respuesta a su propia pregunta—. No. Romperíamos nuestras cadenas y querríamos llamar a casa, cueste lo que cueste.

—Creo que tiene razón —asintió Mila—. Yo lo haría, sin duda.

—Debemos comentárselo a Pavar. Debe alarmar a todos los observatorios que pueda haber en los alrededores y que la policía los vigile. Entonces puede ponerse el FBI o quien sea a buscarla con indicios concretos. —Meeks miró hacia Smailow, que asentía muy serio—. Si es que ha conseguido escapar de la base.

—La matarán antes de que llegue a ningún lado. Estoy seguro de que en *Prime* lo pasó fatal. —James se sentía raro al llamar *Prime* a ese planeta muerto. Pero paradójicamente sentaba bien confrontarse al problema con Nasaku, porque no le dejaba tiempo para pensar en lo que había pasado allí con Norton y que seguramente le costaría varios meses más de insomnio—. Pero no se dejará encerrar bajo tierra y que la conecten a máquinas extrañas como una rata de laboratorio.

—¿Crees que preferirá dejarse matar? —preguntó Mette con grandes ojos.

—Eso me temo.

—Aunque quisiéramos hacer algo, no podemos. ¡Toda la instalación está cerrada a cal y canto! Solo nos queda una cosa: Avisar a Pavar y esperar que tome las decisiones correctas —insistió Meeks.

—¡No, no podemos hacer eso!

—Es una política. Hará lo que menos la perjudique y eso es eliminar a Nasaku —interpuso precisamente Falkenhagen en apoyo de James—. Sin ella volvemos a la casilla de salida.

—¡No! Aún no hemos probado las demás conexiones. Igual a través de ellas descubrimos más cosas.

—¡Sería una soberana estupidez viajar así como así a otro sitio, en

lugar de preguntar primero a la persona que sabe mucho más del teletransportador que nosotros! No podemos perder esa ventaja. No es ningún peligro solo por querer contactar con su hogar. Incluso al contrario, ¡este intento de contacto podría resultarnos muy útil! Hace decenios que esperamos poder contactar con otras civilizaciones inteligentes y ahora hemos encontrado una. ¡Una que incluso se nos parece extremadamente mucho!

—Tiene razón —dijo una voz nueva. Era el comandante Norton que acababa de entrar por la puerta, miró por encima del hombro y la cerró hasta que se oyó chasquear la cerradura. Los científicos intercambiaron miradas inseguras y observaron al recién llegado con seriedad y neutralidad.

—¡Comandante! —James carraspeó—. Acabamos de discutir sobre los desarrollos actuales.

—Entiendo. —El oficial hizo un gesto de desinterés y se acercó a la mesa, donde se apoyó entre Mila y Mette con los puños sobre el escritorio antes de mirarlos uno tras otro—. Creo que todos ustedes son demasiado confiados. Para haber sido elegidos por su alto cociente intelectual y su valía científica, parecen estimar los riesgos bastante mal.

El silencio en la sala se hizo opresivo con las palabras del soldado de férrea expresión, como la regañina de un padre severo a sus hijos.

—Solo queríamos ... —inició Meeks, pero Norton le hizo callar con un gesto perentorio.

—...ser *ingenuos*. No parecen darse cuenta del peligro que supone esa mujer, ¡si es que siquiera es realmente una mujer!

—¿Nos ha estado escuchando? —preguntó James.

—¿Escucharlos? —Norton resopló—. No me hace ninguna falta. Me he dado cuenta de que se han encerrado juntos y bastaba como sumar uno más uno. Lo que ha hecho usted por mí, señor Hamilton, es algo que no olvidaré jamás, que lo sepa. Pero en este asunto no creo que usted esté en sus plenas facultades mentales. Usted *quiere* que Nasaku sea una extraterrestre amable y necesitada de protección, y que a la vez es una como nosotros. Usted *quiere* que este primer contacto salga bien. Pero para ello está dejando a un lado, de forma consciente o inconsciente, todos los riesgos y las grandes lagunas que tiene la historia de Nasaku.

—¡Pero si ni siquiera conocemos bien su historia!

—Precisamente. Tenemos solo un puñado de información y esa poca información está plagada de agujeros.

—¡Es un típico asunto de vaso medio lleno o medio vacío! —protestó James—. Podríamos partir del hecho de que nos falta información para decir que esos *agujeros* de los que habla nos deberían preocupar. Igual es al revés e interpretamos cosas incorrectas en esos

agujeros.

—El hecho es —contrapuso Norton— que tenemos una entidad extraterrestre que ha logrado escapar de una de las bases militares más seguras y protegidas del mundo.

—¿Ha escapado? —preguntó Mila, sorprendida y alegre a la vez, lo que le supuso una mirada de reproche del oficial.

—Sí, y ya que no se trata de *ningún* hombrecillo verde, será difícil pillarla. Pero estoy seguro de que *ustedes* tienen una idea que el FBI no tendrá.

—¿El FBI? —Meeks parecía haber visto un fantasma—. Pero ...

—Las Fuerzas Aéreas no están ni preparadas ni autorizadas para realizar una búsqueda y captura fuera de la base militar, y ya que existe el peligro de una huida más allá de los límites de Wyoming, Pavar ha tenido que contactar con el FBI.

—¡Pero si no saben siquiera con quién estarán tratando! —dijo Falkenhagen.

—No, y es por eso por lo que he bajado a verlos. Nasaku ha sido puesta en busca y captura como terrorista de máximo nivel y el FBI ha prometido no quedarse a medias. —Norton hizo una breve pausa para asegurarse la atención de todos y dar más énfasis a sus siguientes palabras—. Así que tenemos la desagradable situación de que hay una alienígena libre por ahí, capaz de mucho más de lo que pensábamos, y que será abatida a tiros a la primera oportunidad. No podemos permitirlo.

—Uff, al fin parece que coincidimos en algo —gruñó Mila.

El comandante ignoró el comentario y dio golpecitos con el índice sobre la mesa de aluminio como si quisiera perforarla.

—¿Han estado hablando sobre cómo podríamos encontrarla y traerla de vuelta?

Silencio sepulcral.

—No saldrá de esta habitación —les aseguró Norton.

—Lo hemos hecho —dijo James, haciendo de tripas corazón, y se encogió de hombros al cosechar miradas de enfado.

—Háganlo.

—¿El qué?

—He dicho: háganlo. Yo retrasaré el cambio de guardia en el montacargas del sur, por el que dentro de un cuarto de hora llegarán provisiones. La base ya no está cerrada ya que Nasaku ha logrado evadirse. Y ya que Pavar piensa que están aquí abajo encerrados, no dará orden de impedirles abandonar la base.

—¿Por qué hace esto? —quiso saber James, expresando la pregunta que flotaba en el aire sin ser pronunciada.

—Debemos interrogar a esa Nasaku y de forma intensiva, para minimizar el potencial de riesgo de futuras misiones. —Norton frunció

los labios—. Además, me temo que este asunto podría significar un problema para continuar con el proyecto si sale mal. El Presidente no está nada contento con lo que está pasando aquí. No ha sido nada fácil convencerle de poner en marcha la máquina extraterrestre.

—Su país no puede bajarse del carro sin entregarnos el teletransportador a nosotros —interpuso Smailow.

—Puede estar bien seguro de que no vamos a entregarlo jamás ni al Kremlin ni a Bruselas.

—Entonces tendremos todos un problema.

—Y precisamente por eso —dijo Norton—, deben encontrar a Nasaku y traerla de vuelta. ¿Lo han entendido?

El comandante no había prometido demasiado. Con el montacargas, cuya cámara había sufrido un *fallo imprevisto*, llegaron a un pequeño almacén, normalmente vigilado por cuatro soldados que en ese momento estaban fuera fumando cuando el pequeño grupo de científicos pasó a su lado. Tal y como prometió Norton, les esperaba un SUV oscuro en un aparcamiento cercano. La base era muy grande, con prados y dos pistas de aterrizaje norte-sur, rodeadas de barracas planas y hangares que brillaban modestamente en la oscuridad de la noche. No paraban de despegar y aterrizar helicópteros que se desplazaban con su traqueteo y luces rojas parpadeantes por el cielo estrellado. Luces nocturnas, una salida secreta, un estado de ánimo opresivo y la búsqueda de un extraterrestre perdido en el paisaje americano. Para James, todo eso le daba la impresión de ser el protagonista de una película de Steven Spielberg.

Meeks se sentó al volante tras encontrar las llaves detrás del parasol, tal y como les dijeron. James ocupó el asiento de al lado y Mila, Mette, Falkenhagen y Smailow ocuparon las dos filas traseras de asientos.

Salir de la base fue también mucho más fácil de lo pensado, pues solo tuvieron que mostrar sus documentos expedidos por las Fuerzas Aéreas, que les identificaban como asesores civiles, y pudieron cruzar la valla. Las luces de Cheyenne iluminaban el horizonte cercano como una hoguera, pero Meeks giró por una carretera hacia el oeste.

—Parece que tienes un plan —observó James.

—Solo hay un observatorio de verdad en Wyoming y es el *WIRO* —explicó el gigantesco ingeniero—. Un viejo telescopio de infrarrojos en la cumbre de Mount Jelm, a ochenta millas al oeste y al sur de Albany.

—Parece que contamos con un entendido en la materia.

—Soy de Fort Collins, Colorado, y una vez fuimos de excursión escolar cuando era adolescente.

—Entiendo. —James miraba una y otra vez a los retrovisores

interior y exteriores, pues no se quitaba de encima el temor de que les estuvieran siguiendo. Para distraerse un poco comentó: —Aunque mi pregunta pueda resultar bastante banal: ¿Estamos realmente seguros de que Nasaku necesita un telescopio?

—Naturalmente —asintió Meeks.

—Y … ejem, ¿por qué? Entiendo la parte de echar un vistazo a las estrellas para poder determinar su posición, pero no le sirve de nada para enviar un mensaje, ¿o sí? Un telescopio está para mirar, no es una emisora.

—En principio eso es correcto, pero con los telescopios se puede también enviar mensajes —le corrigió Meeks y giró en un cruce abandonado hacia la interestatal 80 dirección oeste, en la que había algo de tráfico. Las luces rojas traseras que les rodearon ahora fueron un recuerdo melancólico de que aún existía un mundo *normal* aquí fuera, mientras ellos investigaban las estrellas desde un lugar subterráneo; una idea que le pareció de nuevo surrealista y exagerada —. Los espejos parabólicos son perfectamente adecuados para centrar una señal de radio hacia un punto determinado, es decir con gran intensidad y exactamente en una dirección. De esta manera se mantiene el contacto, por ejemplo, con sondas espaciales muy alejadas, como Cassini y compañía.

—No sabía eso —reconoció James, quedando patente su ignorancia y la gran diferencia entre él y los demás ocupantes de ese vehículo.

—Tengo una pregunta —cambió Smailow de tema. El cosmonauta se había mantenido hasta ahora en un sorprendente silencio y en segundo plano, a diferencia de lo que era usual—. Si llegamos a ese observatorio y tenemos suerte: Nasaku está allí. ¿Qué hacemos entonces?

—Hablamos con ella y … —Mila se interrumpió a sí misma y gruñó frustrada

—Exacto. Que yo sepa, nadie ha aprendido sumerio en las última dos horas. Así que no podremos hablar con ella, aunque quisiéramos.

—Sabe inglés —dijo James con seguridad—. Debe haberlo aprendido muy rápido; si no, no podría haber descubierto el código de Anosha Eikes.

—¿Aprende nuestra lengua en un solo día? —preguntó Falkenhagen incrédulo—. Nadie logra algo así.

—Pues ella debe haberlo conseguido, pues no solo se sacó del sombrero el truco del ascensor, sino el de escaparse de una base militar tan estrechamente vigilada y cerrada. Si la encontramos en Mount Jelm, será casi la garantía de que domina nuestro idioma. ¿Cómo, si no, descubriría dónde se encuentra el observatorio?

—Y eso precisamente es lo que me preocupa —dijo Smailow—. Deberíamos tener mucho cuidado. Si la confrontamos con eso, podría

convertirse en un problema. Pero, desde luego, que *tendremos* que hablar con ella. Ya mintió una vez y podría volver a hacerlo. Creo que el comandante tiene toda la razón cuando dice que somos muy ingenuos.

—Sé que a muchos de vosotros no os gusta oír esto, pero Adrian tiene razón —dijo Meeks—. Debemos ser muy precavidos y no mirar a través de un cristal de color de rosa, dando por sentado que va de buena fe y que es una pobre mujer sola y perdida con un destino muy triste y duro. Quiero decir que todo eso suena a la historia más triste imaginable y que más compasión genera. Una mujer, naufragada sola en el infierno, los hijos muertos, sin posibilidad de retorno a casa.

—He mantenido la misma conversación con Norton —masculló James—. Cuando estábamos en el escondrijo de Nasaku.

—Y tiene razón. Sé que somos un equipo y que tiramos todos de la misma cuerda, lo cual es lo más importante —dijo Smailow—. Por eso no me puse en vuestra contra. Pero os lo ruego: tenedlo en cuenta cuando llegue el momento.

—Así lo haremos —prometió Mila.

—Así *debemos* hacerlo —la corrigió Meeks.

19



El viaje hasta el WIRO (Wyoming Infrared Observatory), gestionado por la Universidad de Wyoming y que observa el cielo desde finales de los años setenta con un espejo de 2,3 metros de diámetro, duró dos horas a pesar de estar a solo ochenta millas. Tras abandonar la interestatal para ir hacia el sur, donde se elevaban las estribaciones del imponente Mount Jelm de tres mil metros de altura, condujeron por carreteras pequeñas y con muchas curvas, rodeados de bosques de pinos que incrementaban aún más la oscuridad. Pronto quedaron ya solo los conos de luz de los faros de su propio coche, por cuyos bordes pasaban los apiñados troncos del bosque. James se acordó con malestar de un capítulo de Expediente X, en el que Mulder y Scully perseguían fenómenos extraños en las regiones más apartadas de los EE. UU., siempre de noche y en un bosque de pinos.

Ya no había casas o fincas, a medida que ascendían por una infinita y serpenteante carretera hacia la cumbre, por un paisaje cada vez más pelado. Aún quedaba algún que otro árbol, pero ya con muchos más espacios despejados, laderas cubiertas de matorrales iluminados por la luna. A partir de los dos mil quinientos metros de altitud, James pudo distinguir manchas blancas en los bordes de la sucia carretera, que resultaron ser de nieve.

En cuanto rodearon la ladera sur de la montaña y la carretera transcurría casi sin curvas por la cresta, pudieron ver al este las luces de Laramy y, detrás, las mucho más intensas de Cheyenne. James incluso creyó distinguir la base del Francis E. Warren Air Force. El contraste entre las superficies iluminadas a lo lejos y la total oscuridad aquí arriba y alrededor de la montaña le proporcionó un pequeño pinchazo de soledad en el pecho, que no supo explicarse del todo.

—¡Allí está! —dijo Mila, que se inclinó entre conductor y acompañante con el índice señalando hacia el frente.

James también lo vio: una cúpula mate, clara, que destacaba con una ancha base de la también blanca nieva del entorno y se recortaba en la noche oscura como un grano. El observatorio estaba a la izquierda de la carretera, accesible solo por un camino de gravilla que llevaba hasta la cumbre de la montaña trazando curvas para superar los últimos veinte o treinta metros de altura. Había varios vehículos en un aparcamiento.

—Está abierto —dijo Meeks, y realmente una parte de la cúpula estaba abierta como la boca de un pez hambriento—. Ya debe haber empezado.

—Ahora lo sabremos. —Mila señaló hacia la puerta de entrada abierta cuando llegaron al aparcamiento.

—A ninguno de vosotros le parece extraño que Norton nos haya dejado ir totalmente solitos en busca de Nasaku? —preguntó Falkenhagen y Mette resopló nerviosa.

—Ya volvemos a empezar. ¿Te ha entrado el miedo?

—Sí, tengo miedo y no me avergüenzo de ello. Me parece algo muy inusual en el comandante que, por lo demás, suele ser siempre tan sensato y precavido.

—Sabe que puede fiarse de mí —respondió James y se acordó de cómo llevó al parapléjico Norton sobre un hombro mientras el otro era un muñón sanguinolento.

—¿Fiarse de usted?

—Sí. —Como no dijo nada más, el alemán no tuvo oportunidad de seguir insistiendo porque Mette y Mila abrían ya las puertas y salían del coche. Él y Meeks hicieron lo mismo y, cuando estuvieron todos en el helado aire y se cerraban las chaquetas, James se puso al frente y se dirigió hacia la puerta por la que entresalía una luz cálida. Había otros tres coches en ese pequeño aparcamiento asfaltado al que habían llegado. Dos de ellos era típicos utilitarios asiáticos, aparcados juntos. El tercero era un inmenso GMC de cristales tintados, que más bien parecía ser del FBI, mal aparcado en medio de la placita con intermitentes encendidos y la puerta medio abierta.

—Parece que alguien tiene prisa —murmuró y continuó con cuidado hasta meter la cabeza por la puerta abierta. El interior del observatorio era tan abarcable con la vista como se imaginaba desde fuera. Ninguna instalación gigantesca, sino un espacio redondo, pequeño, en el que no hubieran cabido los cuatro coches apartados fuera uno junto al otro. El telescopio en sí estaba en el centro de una construcción de acero gris con una máquina amarilla en el centro, sobre la que se encontraba el espejo parabólico. Una pequeña plataforma bajo el espejo contenía la cureña giratoria y la base de toda una serie de instrumentos de control, pero que no parecían estar en uso. A lo largo de la pared circular bajo el techo gris de la cúpula, abierto por arriba un par de metros, había varios armarios, un servidor y dos escritorios. En uno de ellos estaba Nasaku tecleando a una velocidad impresionante. Ante el segundo había tres personas maniatadas y amordazadas, enfundadas en anoraks de plumón que miraban aterrorizados a la mujer que, al parecer, les había asaltado. Seguía llevando el chándal de entrenamiento de las fuerzas aéreas, pero no parecía tener frío; James, sin embargo, estaba tiritando a

pesar de llevar prendas gruesas.

—¡Nasaku! —dijo y cruzó la puerta para apartarse del viento que soplaba por la cima de la montaña. La situación era rara, cuando ella giró la cabeza hacia él y los demás científicos se apiñaban para cruzar a su vez la puerta. Se había imaginado algo distinto, aunque no sabía qué. Pero conducir hasta la cumbre de una montaña donde hay un observatorio, como si fuera una simple excursión, y verla aquí sentada, en postura tan mundana, no era lo que se imaginaba.

Sus ojos se estrecharon y le miraron a través de dos pequeñas ranuras, como un animal salvaje avistando su presa, por lo que levantó las manos en gesto tranquilizador.

—No vamos armados y no queremos hacerte nada. —Miró a derecha e izquierda y los demás del equipo hicieron lo mismo, aunque Smailow lo hizo con cierta renuencia.

—Debemos apostar ahora todo a una carta —susurró Mila a su lado y expresó lo que ya pensaban todos.

—Entiendo que se sientas sola y que no hay nada que desees más que contactar con tu hogar. Yo también querría lo mismo, tras todo lo que has tenido que vivir —dijo en dirección a la alienígena.

—Creí que dispondría de más tiempo —respondió en perfecto inglés, tan libre de acento que lo sintió como una bofetada, y volvió la mirada hacia la pantalla. Sus dedos volaban ahora incluso a más velocidad que antes sobre el teclado.

—¿Qué quieres decir con eso? —insistió con precaución y se acercó un poco a ella, dudoso al principio, pero luego con más confianza al no mostrar ella indicios de tensión. Desde fuera llegaban ruidos de motor y el traqueteo de lejanos rotores.

—Están a punto de llegar —dijo Smailow desde la puerta. No parecía sorprendido y James tampoco lo estaba.

—Nasaku, por favor. Sé que no has sido honesta con nosotros, pero me niego a pensar que solo nos has utilizado y que tienes en mente hacernos daño. He construido mi carrera basada en el conocimiento de las personas y espero que mi instinto no me abandone ahora, en el momento más importante de mi vida.

—Tu conocimiento de las personas no funcionará conmigo, James Hamilton.

James tragó, antes de pronunciar las siguientes palabras que le bailaban en la punta de la lengua.

—Porque no eres humana, ¿verdad?

—Correcto. Pero no es lo que piensas.

—¿Qué es entonces? Quiero entender.

—Soy sintética. La última de mi especie, construida por los atlantes —respondió Nasaku. Los ruidos de motores estaban ya tan cerca que se le pusieron los pelos de punta en un asalto de urgencia.

—¿Atlantes? ¿Eres un robot?

—Sí y no. Soy sintética. —Pulsó la tecla *Enter* y pareció aliviada cuando extrajo una memoria USB del ordenador bajo la mesa y se acercó a él. Su instinto le decía que debía apartarse, pero no lo hizo. Los demás también se quedaron donde estaban.

—¡Venid aquí, tenemos que conseguirles algo más de tiempo! —gritó precisamente Smailow desde la puerta, haciendo gestos a los demás para ir con él. Afuera se veían ya los primeros conos de luz de focos de vehículos acercándose.

—Esperad —dijo Nasaku, y le lanzó al ruso la memoria USB—. Esto os ayudará.

Smailow lo pilló al vuelo y asintió antes de salir corriendo. Solo se quedó Mila un segundo más.

—¡Daos prisa!

Nasaku había regresado al ordenador e introdujo unas últimas órdenes, con lo que el espejo del telescopio y el recorte abierto en la cúpula se desplazaron hacia el oeste.

—¡Ven conmigo! —dijo James impaciente, cuando entendió y se subió rápido a la plataforma bajo el espejo. Afuera ya se oían las primeras voces cuando la extraterrestre le siguió con un impresionante salto y aterrizó con estruendo a su lado, haciendo vibrar la plancha metálica bajo sus pies. Antes de recuperarse del susto, ya trepaba como una lagartija por el varillaje de acero de la suspensión y le alargó una mano. James la cogió sin dudarlo y se sorprendió cuando lo levantó sin aparente esfuerzo.

Juntos llegaron al borde del techo abierto. Tras ellos se incrementaron las voces mezcladas con gritos y órdenes que solo podían ser dadas por policías o soldados.

—No tenemos mucho tiempo —dijo, pero ella no respondió y saltó al exterior, cayó sobre el acero de la cúpula y resbaló desapareciendo de su vista. Tras murmurar un *¡mierda!* hizo lo mismo que ella y saltó. El golpe fue fuerte y casi le deja sin aliento, pero empezó a resbalar por la curvada cúpula para caer luego, con los brazos dando aspavientos, en una montaña de nieve, tan fría y húmeda que acabó de cortarle la respiración que tanto esfuerzo le constaba mantener. Pero no era solo el aire en sus pulmones lo único que desapareció, sino también todos los ruidos y la luz crepuscular de esa estrellada noche. Cuando empezó a darse cuenta de que estaba completamente hundido en esa montaña de gotas de agua helada, dos fuertes manos lo agarraron por los hombros y lo sacaron al exterior. Nasaku no malgastó más tiempo y salió corriendo. Una mirada por encima del hombro le mostró una línea artificial de terminador sobre la cúpula del observatorio, sobre la cual se reflejaban, como por arte de magia, luces azules intermitentes.

James sabía que todo esto no serviría de nada y que estaba en los últimos metros de un propósito inalcanzable. Pero Nasaku también debía ser consciente de ello, por lo que decidió recorrer el camino que habían iniciado consecuentemente hasta el final. Así fue como descendieron por la ladera, rodearon algunos árboles con la música que provocaba el caudal de adrenalina arremolinado en sus oídos y observaron las nubes de vapor que exhalaban sus bocas. Cuando alcanzaron una pequeña cuesta, la rodearon y Nasaku se ocultó bajo un pequeño saliente que ofrecía algo de protección y que resultaba seguramente invisible desde arriba.

—Mi tiempo ya casi se ha agotado —dijo, respirando dificultosamente, mientras James también luchaba por inspirar suficiente aire—. Los policías están a punto de llegar y no serviría de nada seguir alargando el momento.

—¿Momento de qué?

—Escúchame bien. Te confundí para lograr acceso a tu planeta. No tenía ni idea de que erais los más jóvenes, pero ahora estoy segura.

—¿Los más jóvenes? —preguntó confuso—. ¡No sé de qué estás hablando!

—Ahora no importa. Para mí no hay vuelta atrás para poder hacerlo personalmente, así que tendrás que ser tú —dijo con insistencia y lo agarró por los hombros con una fuerza que casi le dolió. Sus pequeños ojos se clavaron en los suyos como imanes y le resultaba imposible apartar la vista—. Confías en mí, y eso es bueno, pero debo pedirte algo más. Para tu mundo y para el mío.

—¿Cuál es tu mundo? ¿Ese horrible planeta en que naufragaste?

—No naufragué allí. La zona muerta es mi área de intervención.

—¿Zona muerta? ¿Área de intervención? —A James le iba a explotar la cabeza. Tenía la sensación de estar en medio de una carrera de caballos subido a un burro cojo y perezoso.

—La zona muerta fue la última muralla protectora de los atlantes que me crearon, pero no pudo parar a los Primeros Hijos de los ancestros. Está rodeada por una muralla supuestamente insuperable —explicó Nasaku sin levantar la mirada cuando comenzaron a oírse los ladridos de perros entre los gritos de los hombres. Sonaban duros en ese aire tan frío.

—¡La muralla! —dijo James—. La he visto.

—Bien. Se levantó contra los Primeros Hijos, seres enemistosos empujados por el miedo y que pretenden destruir todo lo que les da miedo. Debes superar la muralla y depositar allí los datos que he extraído, ¡pero solo podrás hacerlo si convences al Portero de que no eres uno de los Primeros Hijos!

—Nasaku, no entiendo nada —rogó James y comenzó casi a tartamudear. Los agentes del FBI estaban ya muy cerca. Con cada

segundo que pasaba contaba con que darían la vuelta a la roca y los apresarían con perros policía bien entrenados y babeando de nerviosismo entre los colmillos.

—Lo entenderás. Escucha. —Se acercó más aun, hasta que sus narices casi se tocaron. James se dio cuenta de que su aliento no olía a absolutamente nada y que sus ojos eran de un verde profundo—. En la oscuridad entre las estrellas hay un peligro antiquísimo.

—Los Primeros Hijos de los Ancestros.

—Sí. Os encontrarán, solo es cuestión de tiempo. Hay una forma de restablecer las demás conexiones del teletransportador, pero los atlantes necesitan ayuda para ello, que solo les podréis dar vosotros. Regresa a Al'Antis y encuentra el Templo del Cielo. Allí debes dejar lo que voy a darte ahora. Todo lo demás lo descubriréis cuando llegue el momento.

—¡Allí delante hay una roca caída! —gritó alguien muy cerca.

—¿Qué me ...?

—¡Pssst! —Nasaku sacó una pistola de su cinturón y se la puso en las manos. James jadeó asustado, pero ella no le dio tiempo y sacó un cuchillo en el que se veía el emblema de las Fuerzas Aéreas, que de inmediato se clavó en el esternón y cortó hacia arriba sin parecer sufrir ningún dolor. Entonces metió la mano libre en la herida y sacó un trozo de metal ensangrentado que parecía una canica color de ónix.

—¡Jooodeeeer! —maldijo al ver toda esa sangre que le salía a ella del pecho y corría por su mano, sin que pareciera dolerle lo más mínimo, mientras que a él le sobrevenía una ola de mareo. Espantado y desconcertado miró la pistola en su mano que ahora agarró ella y se sujetó con el cañón contra su herida.

—Y ahora me vas a matar, James Hamilton.

—¿Qué? ¡NO!

—Sí.

—¡He oído algo! —gritó alguien y un perro ladró tan fuerte que podría haber estado junto a su oreja. Solo les quedaban unos segundos.

—Necesitas que confíen en ti y yo ya he cumplido mi función. —Le metió la canica en el bolsillo—. Ve y ayuda a mis creadores, entonces habré cumplido mi cometido. He confiado en ti, ahora debes confiar tú en mí una última vez. Es la única forma.

Tengo tantas preguntas, pensó e intentó clasificar los pensamientos que se agolpaban en su cabeza, sin éxito alguno. Pasaban a toda velocidad, empujados por la adrenalina, a través de las circunvoluciones de su cerebro como un huracán, lanzando pregunta tras pregunta sin poder asir ninguna y llevándose solo vagas impresiones. Vio la muralla ante sí: una forma negra, muy lejana en el recuerdo, sustituida por un muro alto de hormigón creado por su

fantasía. Nasaku como robot, como clon, como holograma, como espíritu. Sus palabras se repetían en un bucle sin fin, hacia delante y hacia atrás, todo a la vez y también tan troceado que tenían menos sentido del poco que ya tenían.

—¡Allí están! —gritó alguien con voz de triunfo y sonó un silbato y luego otro y otro más.

—¡Ahora, o todo estará perdido! —siseó Nasaku y le pasó el filo de su cuchillo sobre el brazo derecho.

James apretó el gatillo. No sabía si era la contracción de sus músculos por el corte algo por encima del codo, por el susto ante su insistencia o por las figuras que aparecieron corriendo en chaquetas azules con las letras «FBI», pero vio como el pecho de Nasaku explotaba y vertía un chorro de sangre caliente sobre su cara.

Quedó mirando el cuerpo destrozado de la muerta frente a él y luego la pistola en su temblorosa mano y de cuyo cañón salía algo de humo.

—¡FBI! ¡SUELTE EL ARMA INMEDIATAMENTE! —gritó alguien. Miró parpadeando la luz cegadora de docenas de linternas dirigidas hacia él.

¡Céntrate ahora!, se dijo, aunque el corazón amenazaba con salírsele por la garganta y un inmenso nudo en el cuello le impedía respirar. *¡Has estado en situaciones peores!*

—¡La pillé! —gritó, dejó caer el arma y levantó las manos para entrelazar los dedos sobre la cabeza.

—¡NO SE MUEVA! —Dos personas, no más que sombras en movimiento a contraluz, se arrodillaron junto al cuerpo de Nasaku, otros mantenían a los perros alejados, que se empeñaban en morder a James.

—¡Apártense! —gruño una voz conocida y una persona más se añadió al grupo de agentes federales. Era el comandante Norton, como James pudo discernir con los ojos entrecerrados—. ¿Está herido, señor Hamilton?

Le sorprendió percibir auténtica preocupación en la voz del oficial.

—Creo que me ha hecho un corte en el brazo —murmuró.

—¡Que venga un médico, joder! —bramó Norton hacia uno de los agentes del FBI—. ¿Qué ha pasado?

—Ha intentado tomarme como rehén, pero pude quitarle el arma —mintió James y observó sus temblorosas manos de las que goteaba sangre muy roja—. Yo ... lo siento, no sabía qué hacer.

Seguramente fuera ventajoso para su credibilidad que esta última parte la confesara con pleno convencimiento y seriedad, y que incluso el tembleque de su voz no fuera fingido.

—Señor Hamilton, ¿es ese su nombre? —preguntó uno de los oficiales tras él. Entonces se dio cuenta de la cantidad de pistolas que

había apuntándole.

—Sí —respondió sin fuerzas—. James Hamilton.

Alrededor de su muñeca izquierda notó el frío metal seguido de un clic y luego le giraron el brazo hacia atrás para hacer lo mismo con la muñeca derecha.

—James Hamilton, queda detenido por el asesinato de una persona de identidad por ahora desconocida. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra ante un tribunal. Tiene el derecho a ser asistido por un abogado; si no tiene ...

—No diga ni una sola palabra hasta que llegue el abogado, ¿entendido? —dijo Norton por encima de la letanía jurídica del agente del FBI que levantó entonces a James sin delicadeza alguna. Sus compañeros enguantados guardaron el arma del crimen en una bolsa de plástico. Cada vez había más gente a su alrededor y un helicóptero, que hasta ahora no había notado, daba vueltas sobre ellos. Con un potentísimo foco iluminó el voladizo de roca como si fuera luz diurna y el cuerpo de Nasaku le saltó literalmente a los ojos. Tuvo que tragar.

—¡Señor Hamilton! ¿Ha entendido lo que le he dicho?

—Sí —asintió mareado.

—Nosotros pondremos al abogado, usted no llame a nadie. No tardará mucho.

20



James estaba sentado ante una mesa metálica sin adorno alguno; sus manos y pies en grilletes se unían con una cadena que pasaba por un aro macizo que sobresalía de la mesa. Excepto por las dos cámaras bajo el techo y las dos sillas, no había ni ventanas ni objeto alguno más.

El viaje desde Mount Jelm hasta la comisaría de policía de Cheyenne, donde lo encerraron en prisión preventiva mientras el FBI y la policía estatal se peleaban por quién tenía la competencia en ese caso y quién tendría el placer de interrogarle a fondo, había transcurrido de forma sorprendentemente poco espectacular. Un hombre y una mujer lo llevaron a uno de los tres vehículos parados de cualquier forma en el estrecho aparcamiento del observatorio. Mila, Mette, Smailow, Falkenhagen y Meeks estaban junto a su vehículo, mantenidos a raya por agentes que parecían interrogarles y que le lanzaron miradas asustadas y llenas de compasión. No se lo podía reprochar, a fin de cuentas, debía parecerles un auténtico carnicero. Durante el viaje no le dirigió nadie la palabra; seguramente les habían puesto un bozal virtual a los agentes, ya que tenían que vérselas con un asesino en el que estaban interesadas las Fuerzas Aéreas, lo cual ya resultaba suficientemente extraño, aunque lo más raro de todo para ellos debió ser la persona asesinada. Si no se podía determinar la identidad de la víctima, pronto sonarían las campanas de alarma del Ministerio de Seguridad Nacional y los servicios secretos entrarían en acción para analizar trasfondos terroristas.

Así transcurrieron las dos aburridas y larguísimas horas de viaje, durante las que no paró de dar vueltas a lo que había hecho. Repasaba una y otra vez todo lo vivido con Nasaku en los últimos minutos, sus palabras, y sintió miedo de haber malentendido algo o de que sus recuerdos le traicionaran. Revivió febrilmente algunos momentos repetidas veces solo para sufrir la impresión de que todo estaba mal y que nada se correspondía con la realidad. ¿Cuánto podría suponer una sola palabra incorrecta en este caso? Pero, sobre todo, ¿Tuvo alternativa? ¿Por qué estaba Nasaku convencida de que no tenía otra escapatoria y que no podía regresar? Y ¿por qué no había mostrado ni el más ligero indicio de miedo o tristeza antes de morir?

—Señor Hamilton —dijo alguien y levantó la mirada. Un hombre

de mediana edad con traje azul y corbata marrón había entrado en la sala, lanzó un expediente sobre la mesa y se sentó al otro lado de la mesa. Llevaba el cabello relamidamente peinado y la barba perfectamente recortada, sus ojos eran tan azules como el mar y tan repelentes como los de algunos profesores del instituto que prefería no recordar—. Soy el agente especial Dougherty. Buenos días.

—Buenos días.

—No parece tener muchas ganas de hablar, ¿verdad?

James no dijo nada. No solo resonaban aún las palabras de Norton en su cabeza, sino que sabía de sobras lo que iba a pasar a continuación, algo que le recomendaba encarecidamente que mantuviera la boca bien cerrada. Su última profesión le familiarizó bastante con este tipo de procedimientos. Incluso estuvo presente dos veces en interrogatorios en salas secretas de la CIA.

—Está bien. Tiene derecho a un abogado, pero seguramente tarde mucho en llegar, así que he venido a distraerle un rato para que no se me aburra. Ya le han dado ropa limpia y se ha podido lavar, como veo. Toda esa sangre de la víctima sobre su americana y su cara no debió ser agradable —continuó el agente impasible.

—Querría un vaso de agua.

—Anda, si sabe hablar. ¿Sabe qué?

—Sí: que me traerá uno si le cuento algo —se atrevió a decir James—. Tampoco estoy tan sediento.

—Ni yo soy tan anticuado —Dougherty le guiñó un ojo como si fueran compañeros compartiendo cháchara. Parecía haber estudiado este juego a fondo y disponer de mucha experiencia. Hizo un gesto hacia la puerta y esta se abrió. Un policía le trajo una botellita de agua con cañita. James se inclinó y sorbió el contenido de media botella antes de reclinarse hacia atrás.

—Gracias.

—Un placer. No estoy aquí para forzarle una confesión ni nada parecido. Podría estropear todo el proceso solo por estar hablando con usted sin la presencia de su abogado y no quiero eso. Pero hay una cosa que sí me interesaría mucho saber: ¿Cómo se las apaña alguien que está en nómina del Ministerio de Exteriores, bajo la críptica denominación de *Asesor de intervenciones críticas para la seguridad en el extranjero,* para disparar en Wyoming contra una mujer desconocida? —Dougherty levantó una ceja y suspiró—. No me cuadra por ningún lado. Y luego están las Fuerzas Aéreas que pretenden quedarse con el tema y el Ministerio de Exteriores remite todas las preguntas directamente a la Casa Blanca.

La cara de James permaneció fría, con una máscara de total dominio y control. Lo que pasó en *Al'Antis,* como llamó Nasaku a su planeta natal, había sido traumático, y sin toda esa excitación y el

drama a continuación le habrían internado en un hospital psiquiátrico para poder procesarlo todo y no perder la razón. Los sucesos de las últimas horas se encargaron de mantener un puño en el estómago que no se relajaba ni un ápice. Pero una situación como ésta era algo que le resultaba muy familiar y paradójicamente le ayudó a no volverse loco, sino a permanecer tranquilo y sereno.

—Un hombre con dominio de sí mismo, muy respetable. Incluso envidiable. Cuando alguien mata a una mujer me pongo especialmente rabioso —le aseguró Dougherty, y en verdad podía ver el ardor en los azules ojos del agente especial. ¿Podía reprochárselo?

—Me llamo James Hamilton. No he accedido a esta conversación y ruego conste en acta que espero la asistencia de mi abogado —dijo y miró demostrativamente hacia una de las cámaras en la esquina, a la derecha tras el agente del FBI.

Dougherty sonrió sin alegría alguna y se recostó en el respaldo de su silla atornillada al suelo.

—Eso puede tardar, señor Hamilton, y como ya le dije: No quiero interrogarle, aunque forma parte de mis atribuciones hacerle preguntas.

—Con el derecho a no hacer declaración alguna por mi parte, ya que no hay peligro grave para otras personas —añadió James.

—Exactamente.

—¿Sabe qué pienso?

—No, pero me encantaría saberlo.

—Pues escúcheme bien: Pienso que mi abogado está ya de camino y sea quien sea le está haciendo sudar la gota gorda y teme que no volverá a verme en su vida cuando llegue el momento. —James sacudió la cabeza—. Lo que está haciendo no es más que un acto de pura desesperación y no un paso tácticamente bien pensado.

Dougherty calló lo suficiente como para confirmárselo; algo que no habría hecho falta alguna. Pero a punto estaba de intervenir cuando se abrió la puerta y aparecieron dos hombres con uniformes de las Fuerzas Aéreas. Eran altos, con el cabello cortado a cepillo y alrededor de los bíceps llevaban el banderín de «MP», policía militar.

—A partir de ahora nos hacemos cargo nosotros —dijo uno de ellos en dirección al agente especial, que frunció los labios con un asentimiento y chasqueó la lengua.

—¿Puedo ver sus credenciales, por favor?

—No, ya han sido comprobadas en la entrada. Es nuestro sospechoso —dijo el otro soldado—. Sus atribuciones acaban aquí.

Alargó una mano llevando la otra, como por casualidad, a la funda de su arma—. Las llaves, por favor.

El agente del FBI resopló y se llevó lentamente la mano al bolsillo pasa sacar un aro con tres llaves que uno de los policías militares le

quitó de las manos de inmediato.

—¿Se lo llevan consigo? ¿Así como así?

—Así como así —confirmó el soldado, mientras liberaba a James de las esposas, que habían dejado marcas rojas en sus muñecas. Se las frotó lentamente, como si ayudara a calmar el dolor. El otro policía miliar sacó un papel del bolsillo del pecho de su uniforme y se lo entregó al agente especial que lo abrió y leyó con rapidez.

—Lleva el sello de la oficina del Ministro de Exteriores. ¿Es que pretenden reírse de mí?

—En absoluto, señor. Por favor, salga ahora de esta habitación.

Los músculos de la mandíbula de Dougherty comenzaron a triturar visiblemente, pero al final se enderezó la corbata, lanzó una mirada asesina a los dos militares y pasó a su lado sin decir ni mu.

—Venga con nosotros, señor Hamilton, por favor —le pidieron a James, cuando sus esposas en los pies cayeron también al suelo y quedó finalmente libre. Entre los dos uniformados se sentía como un adolescente flacucho al que recogen sus dos hermanos mayores tras haber tenido que hablar con el director de la escuela. En los pasillos de la comisaría le lanzaron miradas sorprendidas; los agentes se asomaban por las puertas de sus despachos y reinaba un silencio roto solo por el timbre de muchos teléfonos sonando. Se pararon ante una ventanilla entre dos bancos de aspecto la mar de incómodo. Un corpulento oficial en uniforme azul oscuro le preguntó el nombre y le entregó una bandejita de plástico con sus pertenencias cuando fue arrestado, pasándola por una abertura bajo la rejilla metálica que partía la mesa en dos.

—Un paquete de pañuelos marca *Dixie*, un pantalón, tejanos Levi's, un par de calcetines de algodón, un anorak de plumón de las Fuerzas Aéreas —enumeraba el policía aburrido a medida que colocaba los artículos mencionados junto a la bandeja, hasta extraer el último objeto. La canica oscura que Nasaku le había entregado—. Y una canica.

—Un recuerdo personal de mi ex novia —dijo James y se encogió de hombros. El oficial levantó una ceja, metió todo de nuevo en la bandeja de plástico antes de hacerle firmar conforme se le habían entregado todas sus cosas. En el exterior, frente a la rotonda de columnas, esperaba un GMC-SUV negro con cristales tintados entre dos Humvees de la policía militar con el águila de las Fuerzas Aéreas en las puertas.

Lo llevaron al SUV y se sentó en la parte trasera donde le esperaba Jeena Pavar. La decana de piel de canela, que restaba seriedad a su cara aguileña, vestía un traje pantalón azul estrecho y sobre su regazo descansaba un abultado conjunto de expedientes que parecía robarle estudiadamente toda la atención mientras James se sentaba a su lado.

El cuero del asiento crujió levemente; un ruidito desagradable. Delante, junto al chófer, vio al comandante que le hizo un leve gesto de asentimiento, pero que le miraba con mucha seriedad. En un segundo vistazo, James vio que Norton hacía un pequeño gesto, casi imperceptible: cerró momentáneamente la mano izquierda en un puño y le lanzó una mirada por el rabillo del ojo.

¿Y eso qué significará? ¿Que Pavar está cabreada? ¿Que él está cabreado? ¿O que aguante como pueda la inmensa bronca que le espera?

El convoy se puso en movimiento.

—Está usted libre —dijo Pavar al cabo de unos minutos en los que James disfrutó del silencio previo a la tormenta. Dejó el último expediente a un lado, por lo que entre ambos se había formado una pequeña pila de documentos, y le clavó su mirada de ave de presa.

—Sí. Gracias.

—Ahora dispone del tiempo que tardemos en llegar a la base para convencerme de no hacerle desaparecer en un agujero de la CIA del cual no volverá a salir en su vida. —Su voz era extremadamente tranquila y calmada, lo cual era una señal de alarma que comprendió a la perfección—. Es un viaje muy corto.

—Hágalo. Lo entiendo —respondió, aunque habría preferido empezar a contarlo todo como una catarata. Nasaku depositó en él su confianza y la urgencia de sus palabras solo fue superada por su último y definitivo sacrificio. Debía honrar eso también para no perder la cabeza consciente de que había asesinado a la primera extraterrestre con la que habían entrado en contacto—. Pero tuve que tomar una decisión entre mi bienestar y el de todos los demás.

Pavar arrugó la frente. Bien. Al parecer, había reaccionado de forma distinta a la que ella esperaba y los breves instantes en los que la descolocaba ya resultaban de ayuda. Era como una espina que había logrado perforar su gruesa piel. Ahora bastaba con inyectar el veneno antes de que se la extrajera.

—Explíquese —le exigió.

—Nasaku quería huir y ...

—... Lo cogió como rehén, eso ya lo contó a los agentes in situ. —Pavar hizo un gesto de rechazo con la mano—. No me lo trago. Esa mujer era lo suficientemente hábil como para escapar Dios sabe cómo de una instalación de máxima seguridad. No me lo tome a mal, pero estoy segura de que no se quiso colgar una cruz al cuello con usted.

—Correcto, es que no me ha dejado continuar. Quiso que la disparara y lo hiciera parecer una lucha entre nosotros. Por eso me hirió en el brazo. —Levantó demostrativamente su brazo derecho, fijado en cabestrillo y cosido y vendado por encima del codo.

Ahora ya la descolocó del todo. Parpadeaba sorprendida, de forma tan breve que se mereció su respeto, pero que no se le escapó.

—Creo que quería que la lleváramos de vuelta a la base. Sin duda contaba con que no la entregaríamos así como así a las autoridades, sino que la encerraríamos bajo tierra o, en el mejor de los casos, la devolviéramos con el teletransportador —continuó y sacudió la cabeza con un resoplido—. Pero eso solo podría significar que, hiciera lo que hiciera, ya había acabado y que quería volver. Habría sido una desventaja, estaba totalmente seguro de ello. Estuvo en peligro y no quise verlo.

—Un descubrimiento tardío.

Llegó la hora de echar toda la carne en el asador, pensó.

—Cuando el comandante Norton bajó a vernos a la sala de trabajo del equipo científico, supe que tendría –tendríamos– una posibilidad de salvar este proyecto. Si Nasaku hubiera desaparecido ... habría sido una catástrofe. Una alienígena con capacidades desconocidas que nos estuvo tomando el pelo. Pensé que *usted* nos había enviado a Norton. Él no actuaría a sus espaldas y sin duda jamás contra su juramento como oficial. Pero entendí el gesto y supe que estábamos en la situación excepcional de no asustar a Nasaku, de parecer débiles a sus ojos y de no forzar a que saliera huyendo nada más vernos. Nos utilizaría o mataría sin esfuerzo alguno, no me cabía duda alguna de eso.

La expresión de Pavar no varió ni un ápice, así que había dado de lleno en el blanco.

—Al final me pareció lógico aprovechar la ventaja de ser infravalorado y de abatirla en el momento que se me ofrecía.

—Ha matado a una prisionera muy valiosa.

—He neutralizado un peligro para proteger el proyecto. Sin duda no es la única de su especie —mintió James—. A mis ojos, lo más importante era salvar la integridad de nuestro proyecto y nuestra estructura.

Que usted conserve su cargo, a fin de cuentas, se tradujo para sí mismo, sabiendo que Pavar pillaría al vuelo la insinuación—. ¿Quién sabe qué más habría sido capaz de hacer?

—Ahora hemos perdido la única fuente que sabe más que nosotros sobre el teletransportador y esa posible red de teletransportadores —contrapuso Pavar con tez sombría—. Una fuente que, al parecer, dominaba nuestro idioma y era mucho más valiosa de lo que pensábamos. Ahora no tenemos nada.

—Puedo imaginarme que la Casa Blanca ya se le habrá subido al cuello por un posible peligro para la opinión pública. Que mi liberación haya sido forzada por el Ministerio de Exteriores y no por el despacho del Presidente me dice que no he subestimado su inteligencia.

—No soporto los halagos.

—Una mera constatación. —James se encogió de hombros—. No pasó la información hasta lo más arriba posible, sino que esperó a ver si el problema se solucionaba antes de que el presidente pulsara el botón de paro de emergencia.

La decana se mantuvo callada y le observaba con los ojos entrecerrados.

—Y, además, tampoco nos hemos quedado con las manos vacías. Pudimos convencerla de que la ayudaríamos y nos dio una memoria USB con datos seguramente robados en el observatorio. Smailow se quedó con el USB y se lo entregará cuando lo vea.

Pavar pareció ahora realmente sorprendida y desapareció un poco la seriedad de su mirada; un cambio apenas perceptible, pero suficiente para que James viera crecer un poco sus esperanzas.

—Ocúpese de ello —ordenó a Norton, que asintió en silencio. Dirigiéndose a James, dijo: —Veremos qué encontramos en esa memoria USB.

Si es útil y confirma tu historia, podría ser que al final te perdonara, se tradujo a sí mismo.

—Lo más importante es continuar con el proyecto, que no haya peleas entre las naciones participantes y que no cambie constantemente nuestra dirección. No siempre he estado de acuerdo con sus decisiones, pero ningún director de proyecto hará siempre felices a todos ni tampoco es esa su función. Debe mantener todo unido y ocuparse de que se pueda continuar; eso es lo más importante. Ese teletransportador es una posibilidad única para nosotros que no podemos abandonar a la ligera —dijo en una especie de corolario de cierre que incluso a él mismo le pareció exagerado y rimbombante; pero ante el hecho de que acababa de ser liberado de la cárcel y que había cometido un asesinato, era como una confesión a sí mismo, conforme no había tenido elección y había hecho lo correcto—. Nasaku era un riesgo excesivo para todo eso.

Pavar asentía sumida en sus pensamientos cuando llegaron a la puerta principal de la base de las Fuerzas Aéreas Francis E. Warren, mostraron sus credenciales y los dejaron pasar. El viaje hasta el edificio principal, la antigua fachada de pega que servía ahora de entrada al silo de cohetes y a la oficina de la decana, lo realizaron ya sin la escolta de la policía militar.

—¿Y ahora qué va a pasar? —quiso saber.

—Usted y el equipo directivo permanecerán en su zona de trabajo y reunirán toda la información en la base de datos central. Quiero crear un compendio completo sobre el teletransportador que incluya absolutamente todo lo que hemos podido descubrir hasta ahora.

Así que el ministro de Exteriores la está presionando. Está al tanto del proyecto y quiere recibir una compensación por sus servicios, pensó

James. *En Washington, la información es poder, y el poder, en Washington, lo es todo.*

—Mientras tanto, comprobaré lo que hay en el USB del que me ha hablado.

Quiere esperar a ver si mi historia se sostiene.

—Entiendo —dijo.

—Comandante, quiero que esté presente —dijo Pavar a Norton cuando se bajaban del coche en el fresco amanecer y se acercaban a la entrada custodiada ahora por media docena de soldados con uniforme de batalla.

—¿No debería mejor ...?

—No. Usted estuvo al otro lado y cualquier mínimo detalle podría ser de importancia. Además, quiero que conste su firma al final de los informes, ¿me entiende?

—Sí, claro, naturalmente. —El oficial hizo un gesto a los soldados que saludaron poniéndose firmes y les sujetaron las puertas abiertas.

21



Cuando James llegó al despacho de reuniones del equipo científico, frente al que había apostados cuatro soldados como signo inequívoco de que a partir de ahora soplarían otros aires por los pasillos de hormigón del silo y de que Pavar estaba francamente asustada, se enfrentó a una ola de rechazo. Smailow le dedicó una mirada que, bajo otras circunstancias, lo habría hecho salir corriendo; Meeks y Falkenhagen también lucían miradas de lo más sombrías. Incluso Mila parecía preocupada.

—¿La ha *asesinado*? —preguntó el cosmonauta con voz tremulosa —. Cuando dije que deberíamos ir con cautela no me refería a que había que *¡matarla*!

—¿Qué coño le pasa a usted, joder? —añadió Meeks en tono rabioso—. ¿Y luego le cuenta a Pavar que la memoria USB que tiene Adrian es de Nasaku? ¿Es usted realmente tan egoísta e incapaz de mostrar la más mínima decencia?

—Y que se atreva incluso a presentarse aquí tan pancho —se sumó Falkenhagen y su acento alemán sonó aún más fuerte que otros días—. Nos unimos a usted, a pesar de ciertas reservas, y dimos un paso de confianza para Nasaku. A iniciativa *suya*. ¿Y así es cómo nos lo agradece? ¿Dándonos la espalda y traicionándonos para mantener su cuello lejos de la soga?

—¿Han acabado ya? —James miró a los presentes y soportó la mezcla de rechazo y frustración que se había levantado como un muro entre el equipo y él—. Esta sala no está vigilada por vídeo, ¿verdad?

—¿Qué? —Meeks arrugó la frente.

—Tras cada suceso del teletransportador se sustituyen las cámaras al ser destruidas por el campo magnético. En las últimas ocasiones, los despachos de reunión fueron los últimos en equiparse, tras la caverna y los pasillos. ¿Han estado los técnicos ya aquí?

—No —respondió Mila en tono neutral—. ¿Por qué?

—He mentido a Pavar.

Ahora ya había captado la atención de todos. Mette, que parecía haber perdido algunos kilos, le miraba con un tic en las comisuras de los labios, pero el resto solo parecía confuso.

—Nasaku me pidió que la matara.

—¿Se lo *pidió*? —preguntó Smailow incrédulo.

—Sí. Y os voy a contar exactamente lo que me dijo: Dijo haber sido creada por los *Atlantes* y que era la última de su especie. La muralla, que ya dije haberla visto en mi segundo viaje, existe de verdad. Llamó al espacio donde estábamos la *zona muerta* y dijo que era su *área de intervención*. Creo que vivió allí para proteger a su pueblo, es decir a sus creadores.

—Los *Atlantes* —dijo Falkenhagen levantando una ceja.

—Sí. Habló de una especie de Portero y que solo pueden superar la muralla aquellos que pueden convencerle de que no pertenecen a los Primeros Hijos. Con ello se refería, al parecer, a los enemigos de los Atlantes.

—¿Los enemigos? Entonces ¿alguien le hizo eso al planeta? —preguntó Mila.

—¡No le estarán creyendo lo que nos cuenta! —criticó Smailow de golpe.

—Le estoy escuchando —le replicó con frialdad—. Algo que deberíamos hacer todos.

—Ya lo hicimos una vez, y ...

—¿Y qué inconveniente hay en mantener un rato la boca cerrada?

Su colega ruso la miró con rabia, pero calló y cruzó los fuertes brazos sobre el pecho.

—Creo que sí. Habló también de los *Ancestros* y de que nosotros somos los más jóvenes. ¿O los últimos? —James se frotó las sienes al sentir cierto dolor—. Todo .... sucedió muy rápido. Quería que volviéramos porque ella no puede. Debemos cruzar la muralla y depositar algo que me entregó en un lugar llamado *Templo del Cielo*. —Sacó la canica del bolsillo y la sostuvo entre pulgar e índice para que todos pudieran verla. Luego la dejó en el centro de la mesa. Todas las miradas se centraron en ella—. Dijo que podíamos restablecer las conexiones del teletransportador, que encontraríamos una forma. Ya sé que todo esto resulta muy confuso, porque también lo es para mí. Pero es lo que me dijo.

—Si no la hubiera matado, podríamos habérselo preguntado a *ella misma*. —gruñó Smailow.

—¡Ep! —gritó James furioso y lanzó una dura mirada hacia el ruso —. ¡No fue *usted* quien se quedó atrás y tuvo que pasar por toda esa mierda! Todos saben que yo estaba de su parte. Fue idea *mía* confiar en ella y les agradezco a todos y en particular a usted y a Meeks que se sumaran al plan, a pesar de sus dudas. Pero ¿por qué querría entonces que pasara eso? No soy un asesino y desde luego no quise hacer lo que al final hice. Pero *ella* lo quiso así. Pude ver que no tenía otra escapatoria y lo entiendo. ¿Qué habría pasado con ella? ¡No habría salido jamás de los diez metros cuadrados de su celda aquí abajo, habría sido interrogada a diario y sometida a saber a qué

horribles experimentos! Así que nos sirvió en bandeja de plata una historia con la que pudimos aprovechar el truco de Norton de permitirnos buscarla y seguirla en secreto para poder conservar la confianza de Pavar y la de Norton. Con su muerte ha sacado la cabeza de Pavar de la soga y seguramente ha salvado el proyecto entero. ¡No deberíamos cargarnos su sacrificio a base de frustración exagerada!

La mandíbula de Smailow vibraba y los músculos se le tensaron. James pudo ver cómo luchaba por controlarse y recuperar el control, y al final pareció ganar el cosmonauta, porque respiró hondo hasta hacer un leve gesto de asentimiento.

—Atlantes —dijo Mette, como si quisiera romper la tensión que flotaba en el aire—. Muy interesante. ¿Realmente llamó Atlantes a sus *creadores*?

—Sí. Extraño, ¿verdad? No puede haberse referido a la *Atlántida*, ¿verdad?

—Ella lo llamó *Al'Antis*. —Mette se frotaba la redonda barbilla y miraba a sus compañeros. James se dirigió a la única silla libre y sintió alivio al ver que nadie le lanzaba una mirada de protesta. Se sentó y logró tranquilizarse un poco.

—No soy experta en historia y mucho menos en mitología, pero Al'Antis suena más árabe que griego antiguo —continuó la danesa.

—Atlas fue un titán griego —dijo Falkenhagen—. Una figura trágica condenada a llevar el cielo sobre sus hombros el resto de la eternidad. Estudié griego antiguo en la escuela.

—Igual se llaman más bien Al'antes y no Atlantes y Nasaku pronunció Atlantes para que estableciéramos esa relación —propuso Mila—. La Atlántida fue una supuesta civilización altamente desarrollada que luchó contra la antigua Atenas mucho antes del nacimiento de Jesucristo, y que luego desapareció. Un símbolo que hoy se considera más un invento de Platón para resaltar la Atenas ideal que le habría gustado ver. Si los mitos siempre han albergado algo de verdad, bien podría ser que el teletransportador estuviera activo una vez hace tres mil años o más y hubiera contacto entre Al'Antis y la Tierra. La Atlántida, según el mito, fue destruida y está hundida en el fondo del mar. El teletransportador estaba bajo el fondo marino en Venezuela.

—Posiblemente una relación incorrecta —adujo Meeks—. Además, el teletransportador debió necesitar cientos de miles de años para hundirse tanto en la tierra. Los movimientos tectónicos necesarios para ello actúan a lo largo de períodos extremadamente largos.

—Lo sé, pero igual haya también un paralelismo. *Prime* también fue destruido y que Nasaku hablara sumerio es también indicio de que ella o su civilización estuvo hace mucho tiempo en la Tierra.

—O hace poco, ya que también dominaba el inglés.

—Creo que lo aprendió aquí —dijo James.

—¿En tan poco tiempo? —Meeks sacudió la cabeza.

—Bueno, también sabía conducir un coche, utilizar un ordenador y tomarnos a todos el pelo. Pero ya que el teletransportador ha estado demostradamente mucho tiempo hundido en el fondo del mar para impedir el contacto con nosotros, debe haber una explicación mucho más sencilla: Es extremadamente inteligente. Seguramente un robot. Dijo que era *sintética*.

—Hmm —masculló el ingeniero y se rascó la nuca.

—Volvamos a la Atlántida —dijo Falkenhagen—. Igual sí que hubo un contacto, aunque no me lo pueda explicar por el lugar de hallazgo del teletransportador. Se nos plantea entonces la cuestión de por qué una Grecia antigua, antes incluso de descubrir su propia escritura –a fin de cuentas, la Atlántida ya era leyenda en la época de Platón– hace de Al'Antis la Atlántida. Claro que suena similar, pero podría ser simplemente la pérdida de fidelidad por la transmisión oral. O que se convirtió en algo que encajaba en la visión del mundo de aquella época.

—Igual vieron a los Al'antes de *Prime* como seres trágicos que debían llevar un gran peso encima, como Atlas, y así fue cómo adaptaron el nombre —propuso Mila—. Todo lo que James y Norton nos han contado señala hacia un destino trágico, al igual que nos consta el final de la Atlántida. ¿Podría ser que se destruyera hace tanto tiempo y que nuestros antepasados lo supieran?

—Eso solo lo sabremos si vamos a Al'Antis nosotros mismos y hacemos lo que Nasaku nos ha pedido. —James adoptó una expresión con el máximo convencimiento que fue capaz de encontrar en su interior mientras los demás le miraban.

—¿Deberíamos ir todos? —preguntó Falkenhagen, aunque no sonó como si a idea le resultara atractiva.

—Sí. Al menos, deberíamos proponérselo a Pavar.

—Y yo que pensaba que no querrías volver jamás en la vida a ese lugar —le comentó Mila con una mirada analítica.

—Es verdad. Esta vez deberían venir soldados con nosotros, el máximo número posible de ellos. Creo que los necesitaremos si queremos llegar a ese Templo del Cielo.

—Incluso aunque nos dejara ir, tendríamos que superar esa muralla de la que informaste, ¿y entonces qué? —quiso saber Falkenhagen.

—Entonces, esto nos ayudará —dijo señalando hacia la canica en el centro de la mesa—. Dr. Smailow, usted mismo lo dijo de camino al observatorio: Hemos acordado recorrer un camino determinado. Descubrir si es el correcto o no solo es posible cuando lo hayamos recorrido hasta el final y no empecemos a darle vueltas. ¿Ha cambiado

algo al respecto?

El cosmonauta calló primero, pero luego sacudió la cabeza negándolo.

—No.

—Pues atengámonos a ello. Con una expedición bien planificada podríamos conseguirlo, estoy seguro.

La conversación continuó muchas horas más. Los argumentos a favor y en contra de un grupo grande a través del teletransportador iban y venían a través del grupo. Por un lado, estaba el peligro de que no hubiera suficiente biomasa acumulada al otro lado y que los primeros deberían procurar, algo que no parecía nada fácil. A fin de cuentas, solo había material orgánico en cantidad en forma del monstruo, y James se puso malo ya con solo recordarlo. Por otro lado, estaba la preocupación de que los militares asumieran el control y pudieran tomar muchas decisiones estúpidas y cortas de miras. Falkenhagen se preocupaba por el entorno tóxico que les esperaría, recordando los abscesos en James y que luego aparecieron en Norton la segunda vez, debido a influencias del medio ambiente y no a casos genéticos individuales. Al final quedó al menos claro que era necesario actuar para seguir al menos los consejos de Nasaku, aunque a muchos de los presentes aún les resultaba difícil creer en todo lo que James había contado. No podía reprochárselo, pues él mismo lo consideraba bastante absurdo, aunque sucedió lo mismo con el teletransportador. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos y utilizado, se habría tomado las explicaciones de Norton durante el vuelo de Kenia a los EE. UU. como las fantasías de alguien muy mal de la cabeza.

La conversación acabó cuando se desbloqueó la puerta y entró Norton. James se guardó de inmediato la canica en el bolsillo del pantalón y se giró luego hacia el comandante, que pidió a los guardias que le dejaran entrar solo. Una vez bien cerrada la puerta, se acercó a la mesa. Su expresión era dura como la roca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó James, a quien se contagió de inmediato la tensión del soldado. Había pasado algo y el oficial no daba la impresión de que se tratara de una nimiedad.

—Tenemos un problema.

—¿Otro más? —preguntó Meeks lacónicamente.

—Un problema definitivo. La NASA ha analizado los datos que Nasaku extrajo del WIRO —dijo Norton—. Ha tomado una imagen de quince minutos de un sistema estelar a treinta y cuatro años luz de aquí que nos era desconocido. Antes de que pregunten: Sí, parece que no sabemos tanto del cielo nocturno como pensábamos. El problema es que se trata de un sistema con una estrella central similar al Sol y con siete planetas, de los que uno tiene la misma masa que la Tierra y se encuentra en la zona habitable. Alrededor de este planeta y de otros

dos más orbitan estructuras gigantescas que están deparando fuertes quebraderos de cabeza a todos los sabihondos de Houston. Pero esta es la noticia menos mala.

—¿Y eso ha de ser un problema? —quiso saber Mila.

—Como mínimo sería una sensación, el problema más bien es que Nasaku ha enviado una señal, pocos segundos antes de que llegarais allí arriba en Mount Jelm y ahora intentamos descifrarla. Se ocupan de ello los mejores criptógrafos de la NASA, pero podrían tardar meses, años o décadas.

—¿Ha enviado un mensaje a un sistema posiblemente habitado? Eso es … —James tragó, inseguro de si el latido de su corazón se debía a miedo o a sorpresa.

—Es un riesgo. En el mejor de los casos sería un simple *hola, estamos aquí*, lo cual ya es un pensamiento peligroso de por sí. No sabemos nada del destinatario de ese mensaje y, por lo tanto, del peligro que corremos por su descubrimiento.

—¿Y si se trata de Al' … —Falkenhagen puso los ojos como platos y se corrigió—, *Prime*? Sería el mejor de lo casos.

Norton no parecía haber notado la casi metedura de pata o, al menos, no mostró reacción alguna.

—No creemos que sea el caso, porque ¿para qué vendría aquí para enviar un mensaje al lugar del cual quería escapar como fuera y que, además, tardará treinta y cuatro años en llegar?

En la oscuridad entre las estrellas hay un peligro antiquísimo, regresó la advertencia de Nasaku a su mente, mientras a su alrededor se iniciaba una discusión salvaje. ¿Podría haberse referido a *esa* oscuridad entre las estrellas? Un lugar que no había sido aún descubierto por los organismos aeroespaciales, no precisamente vecino de nuestro Sistema Solar pero, cósmicamente visto, relativamente cercano. Y ¿por qué habría enviado ella precisamente allí un mensaje revelando la posición de la Tierra?

—Hace mucho que saben de nuestra existencia —dijo en voz alta y la conversación en la mesa enmudeció—. Nuestras señales de radio deberían haber llegado allí hace tiempo. Llevamos más de ochenta años emitiendo señales de radio al espacio, aunque de forma no intencionada. —James calló de repente—. Comandante, acaba de decir que había otra mala noticia aún peor.

—Sí. —Norton cogió aire—. Las imágenes del telescopio por infrarrojos del WIRO muestran otros objetos que no se encuentran en el sistema que ha sido bautizado como LP-3445. Primero se pensó que eran errores de pixeles en la valoración de los datos, pero ya se han tomado imágenes comparativas y el telescopio James-Webb se ha reorientado ya para verificarlas ópticamente: No son errores. Se trata de un total de seiscientos objetos más pequeños, posiblemente más. La

gente de la NASA dice que son solo los que están entre nosotros y la estrella central de LP-3445, pues todo lo que queda fuera de este ámbito resulta invisible para nosotros ya que no produce desplazamientos de luminosidad.

—Objetos más pequeños —dijo Smailow—. ¿Quiere decir, naves espaciales?

—No lo sabemos. Pero existe esa posibilidad, sí. El presidente ha ordenado que la NASA intente descubrir con prioridad máxima si se acercan o no a la Tierra.

En la oscuridad entre las estrellas se esconde un peligro antiquísimo.

Por la habitación se extendió un silencio de desconcierto como una masa viscosa e invisible que dificultaba la respiración.

—Hasta entonces quedan suspendidas todas las actividades del teletransportador. Pavar acaba de dar la orden, directamente en nombre del presidente.

—¿Qué? —dijo Meeks y hasta Smailow, siempre tan impertérrito, parpadeó sorprendido.

—No podemos hacer eso, Nasaku ha ... —James tragó.

—¿Qué? —preguntó Norton clavando la mirada en él—. ¿Qué ha dicho Nasaku?

—Yo ... ¡debemos volver allí, comandante!

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Cuando James continuó en silencio, la mirada de Norton se volvió aún más intensa. A James no le hubiera extrañado que ahora salieran láseres de sus pupilas y lo convirtieran en un montoncito de ceniza.

—¿Se le ha comido la lengua el gato? ¡Ya me lo imaginaba! ¿Cojan todos sus cosas, hemos empezado a evacuar la instalación y esta misma noche llenaremos la caverna de cemento.

—¿QUÉ? —gritaron todos al unísono—.

¡No puede hacer eso!

—¿Quién lo ha autorizado?

—¿Se han vuelto locos?

—¡No pueden hacer eso! —resaltó la voz colérica de Mila de entre las demás—. ¡Nuestro gobierno no lo aprobaría jamás! ¡Este no es un proyecto americano!

—*Su gobierno* ya ha sido informado. Rusia, China y la UE han sido informados ya de las imágenes de la NASA y se los ha implicado del todo en el tema. Este es un problema potencialmente global y el presidente ha ordenado una transparencia total —rugió Norton con una carga emocional inusual. Algo no le cuadraba, pero James no sabía qué era—. El teletransportador queda suspendido hasta nueva orden.

—¡Pero es nuestro único enlace con allí arriba! —Mette hizo un gesto como si señalara al cielo, que aquí, adecuadamente con el

momento, no era más que un trozo de hormigón sin pintar.

—Precisamente por eso, los presidentes de nuestros países han decidido desenchufarlo hasta saber algo más. Un riesgo menos es un problema menos en este punto y tiendo, excepcionalmente, a darles la razón a los políticos.

—Ha sido idea de Pavar, ¿no es cierto? Ella lo ha recomendado —gruñó James.

—Si, ante la información de que dispone, ha sido una decisión acertada —dijo Norton con repentina frialdad. De nuevo pareció taladrarle con esa mirada penetrante y estar reteniendo algo solo con un gran esfuerzo—. Esto no es un debate. Hagan sus maletas y reúnanse dentro de treinta minutos frente al ascensor. Les recuerdo que no pueden llevarse ningún documento u objeto de esta instalación consigo. Solo sus pertenencias privadas de sus alojamientos. De todo lo demás se ocupan las Fuerzas Aéreas.

—No puede haberse acabado —susurró James y los demás parecían igual de consternados.

—¿Qué quiere decir?

—Nada.

—Bien. ¡En marcha, es una orden! Van a desmontar pronto la rampa del teletransportador, y en cuanto llegue al montacargas se iniciará la evacuación. —Norton dio media vuelta y se marchó. Cuando se abrió un poco la puerta pudo echar un vistazo a uno de los soldados que hacían guardia. Parecía inseguro. ¿Habría estado escuchándolos?

Reinaba un silencio sepulcral, excepto por el crujido de una de las sillas de aluminio.

—La rampa —dijo Mila al fin, cuando Falkenhagen se levantaba con los hombros caídos—. Debemos hacerlo *ahora*.

—¿Hacer qué? —quiso saber el alemán.

—Lo sabes de sobras.

22



—Si hacemos esto ya no hay marcha atrás, lo tenéis claro, ¿verdad? —preguntó Falkenhagen con expresión lívida. Había saltado cuando todos los demás se habían puesto en pie y mantenía las manos estiradas al frente como si quisiera pararles por arte de magia.

—Lo tenemos —respondió Mila, que ya iba hacia la puerta—.

¡Norton ha dicho que van a echar cemento en toda la caverna! Si viene el monstruo del que nos habló James, entonces ...

—Entonces no habrá escapatoria. —Smailow, que había llegado junto a la puerta con Mila, apoyó una oreja contra el frío plástico y pareció estar escuchando.

—Justus, no tenemos tiempo y hay que tomar una decisión ya. O salimos de aquí y nos olvidamos de que hubo una vez una posibilidad de investigar mundos lejanos y descubrir lo que Nasaku y estos teletransportadores significan, o dejamos todo esto atrás —dijo Meeks, señalando hacia las paredes de hormigón que les rodeaban—. Tengo miedo, pero más miedo me da pasarme veinte años en una mecedora en mi terraza y pensar que podría haber encontrado algo grandioso. Una nueva verdad sobre el cosmos. Para eso nos hicimos científicos, ¿no?

—Yo se lo prometí —dijo James más para sí mismo—. Pero resulta muy fácil decirlo porque no hay nada que me retenga aquí, excepto mi miedo al lugar más horrible que he visto en mi vida.

—¡Pensad en nuestros cuerpos! Si realmente utilizamos el teletransportador, los cuerpos ... ¡nosotros! ... quedarán atrás y esperemos que nos metan en un hospital y nos mantengan en coma. ¿Y si no volvemos hasta pasados tres años y han apagado ya los dispositivos?

—No creo que volvamos —dijo.

—Pero ... —El astrofísico parpadeó como si se le hubiera metido algo en el ojo y retrocedió unos pasos—. Pero ...

—¡Decídete, Justus! —exigió Meeks, él mismo blanco como la cera, pero con la cabeza bien alta y decidido.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? Quiero decir, que no vamos a dar un simple paseo por el infierno.

Fue Smailow quien respondió: —Voy a echar un vistazo afuera, para ver si sigue habiendo cuatro guardias. Si es así, salimos y vamos

a la esclusa de aire con la excusa de que tenemos cosas que recoger de allí. Si son menos, los metemos aquí dentro y los dejamos fuera de combate. Con dos uniformados seguro que podemos.

—Pero el comandante nos ha prohibido llevarnos aparatos. Solo pertenencias personales —comentó Falkenhagen.

—Dudo que sus hombres lo sepan, además, dentro de la histeria general que estará reinando.

—Pronto lo sabremos —dijo Mila y asintió a su compatriota.

—Si los hago entrar, debéis saltar sobre ellos de inmediato y quitarles las radios, si llevan alguna. ¿Todos listos?

—No. —Falkenhagen sacudía la cabeza y tragaba—. Pero hazlo.

El cosmonauta asintió, esperó a que el grupo se posicionara de forma que quedara tras él cuando abriera la puerta y señaló entonces hacia Mette.

—Túmbate en el suelo frente a la mesa.

La danesa no dudó en seguir sus órdenes e hizo como si se hubiera desmayado. Smailow abrió entonces la puerta y salió. James solo vio el curioso color blanco grisáceo de la puerta frente a su nariz y oyó voces apagadas.

—Emergencia ... inmediato ...

Era solo un soldado el que entró y corrió hacia Mette, no dos ni cuatro. Tras un breve e incómodo instante en el que nadie se movió, se lanzaron todos a la vez sobre el soldado en uniforme de batalla y cayeron todos al suelo en una masa de brazos y piernas. James cayó dolorosamente sobre un costado, pero pudo agarrarle el aparato de radio y se lo arrancó de la correa que llevaba al hombro, donde se fijaba con velcro. Mientras detrás de él había lucha, se desplazó un metro, no encontró con dedos temblorosos por la adrenalina el botón correcto, así que lo lanzó con todas sus fuerzas contra la pared.

El otro ha salido corriendo a por un enfermero —dijo Smailow con expresión compungida mientras los demás estaban ocupados amordazando y atando al soldado—. Corramos hasta la esclusa de aire y démonos prisa. Cuando lleguen los otros aquí tendremos un par de minutos de ventaja.

—¡Pues en marcha! —James empujó a los demás hacia afuera y salió tras el ruso al gran pasillo donde torcieron a la izquierda y corrieron hacia la esclusa que allí les esperaba. Bajo los techos cóncavos resonaban docenas de pasos y el eco recorría los múltiples tubos de plástico y canalizaciones mientras hombres y mujeres corrían con cajas y contenedores con ruedas hacia los ascensores. Al final había un suboficial que gritaba órdenes y parecía ocupado en intentar poner algo de orden en el caos. Ni siquiera sabía que aquí abajo había tanta gente de servicio. Todo estaba en modo evacuación o emergencia y James se sintió como en una fantasía de la guerra fría,

cuando este lugar había estado bajo permanente tensión ante una posible guerra nuclear. Época en la que los soldados habían sido entrenados para recibir en cualquier momento órdenes del Pentágono para un primer ataque o de respuesta y para lanzar el arsenal de armas nucleares y destruir, de hecho, la Tierra entera.

—¡Adentro, adentro, adentro! —siseaba Smailow cuando llegaron a la esclusa de aire y él mantenía la puerta abierta. Los hizo entrar a toda velocidad cuando se oyó un grito por encima del ruido del pasillo.

—¡Eh, ahí no puede entrar ya nadie!

James no necesitó mirar pasa saber que era el suboficial de antes. Pasó rápido junto a Smailow y respiró aliviado cuando el cosmonauta se introdujo directamente tras él, cerró la puerta y señaló hacia los trajes protectores.

—¡Poneos eso!

—Si no tenemos tiempo —dijo Meeks.

—Es por el disfraz. Con eso no nos reconocerán tan rápido ya que aún estarán recogiendo; ¡si somos iguales a todos, no llamaremos la atención tan pronto! —dijo Mette y se puso uno de los trajes que colgaban. Los seis llenaban prácticamente todo el espacio disponible en ese pequeño cubículo y resultaba difícil meter los pies por las perneras. A ello se añadió que, antes de poder pensar en cerrarse la cremallera, alguien golpeaba fuerte contra la puerta.

—¡ABRAN! —so oía una voz amortiguada por el grueso polímero de la puerta. El grupo quedó un segundo paralizado, para luego continuar a mayor velocidad aún que antes.

—Pongo ya en marcha la desinfección —dijo Mila.

—Pero no debemos respirar eso porque ... —quiso objetar Falkenhagen.

—¿Porque es nocivo para la salud? —preguntó ella y resopló, mientras su puño golpeaba el botón de las boquillas de desinfección. James aguantó la respiración y se colocó el casco y la capucha antes de haber metido su torso en la parte superior del traje. Mila y Meeks ya tenían las manos sobre la rueda de desbloqueo sin haberse puesto las botas, así que él también las dejó estar al ver que le resultaba imposible agacharse entre la espalda de Smailow y la cadena de Mette para ponérselas.

El silbido cesó y la neblina desapareció. Frente a ellos vio un espacio algo más claro y los dos frente a él salieron corriendo, por lo que al fin dispuso de más espacio. Los siguió corriendo, con la cabeza gacha. Llegaron a la cueva como si fueran un líquido volátil y se sorprendieron al ver que no había nadie. Estaba todo vacío excepto la rampa, que aún llevaba al centro del teletransportador, que se erguía en su profundo negro entre las cuatro columnas; una constante

inquietante y recubierta de una fina capa de cristales de agua congelada. A derecha e izquierda había mesillas de ruedas y contenedores, algunos derechos otros caídos, rodeados de trozos de papel y expedientes que, por lo visto, habían dejado atrás.

James había esperado encontrarse con un desorden mayor, con personal ocupado en recoger los últimos restos de la cueva y con la apertura de las compuertas que había en el lejano techo como manchas de nacimiento y en las que hasta hacía poco había cohetes intercontinentales. Pronto verterían cientos de toneladas de hormigón líquido por ellas y todo esto quedaría sumergido como un mal recuerdo. Era difícil de imaginar, pero sería pronto realidad, pues no creía que Pavar fuera alguien que cambiara fácilmente de opinión; y si el presidente había dado ya la orden, no habría marcha atrás.

¡A la rampa! —conminó Smailow a todos y los empujó como una horda de gallinas sin cabeza hacia el armazón blanco de polímetros plásticos endurecidos.

—¡QUIETO TODO EL MUNDO! —ladró un vozarrón cuando alcanzaron el pie de la rampa. El tiempo pareció congelarse. Mila, la primera, había puesto ya un pie en la rampa y James casi habría chocado con ella. De la esclusa en el lado opuesto salió un puñado de soldados totalmente equipados con uniformes de camuflaje, cascos y chalecos antibalas. Se abrieron en abanico y les apuntaron con sus pistolas.

—No queremos crear problemas —dijo el cosmonauta, pero su acento ruso no pareció facilitar las cosas ante los marines armados.

—Solo queremos entrar en el teletransportador —dijo Meeks a continuación—. Escuchad, compañeros, no vamos a crear ningún problema ni hacer daño a nadie. Simplemente vamos a entrar ahí y desaparecemos, ¿de acuerdo?

—¡NEGATIVO! —bramó uno de los hombres, un latino corpulento y de hosca mirada—. Apártense de la rampa y mantengan las manos detrás de la cabeza. Esta zona está cerrada para todo el personal.

—No tenemos tiempo —maldijo Mila y dio un paso hacia delante.

—¡Último y único aviso! —Gritó el soldado y James vio como dirigía la pistola hacia la rusa. Instintivamente dio un paso al frente colocándose en la línea de tiro. Levantó las manos y miró decidido a los soldados armados.

—¡James! —susurró ella—. No.

—Estoy justo en el lugar en el que quiero estar —respondió con voz firme.

—No tenemos elección —dijo Meeks—. Espero que no se crea usted en la necesidad de matar a tiros a civiles desarmados. Porque resulta que tenemos que entrar en este teletransportador.

—Dije que era el último aviso. Un paso más y abrimos fuego.

Apártense de la rampa y mantengan las manos detrás de la cabeza. ¡AHORA! —Uno de los soldados se llevó la mano al hombro y comenzó a hablar por el aparato de radio.

—¡Me cago en la leche! —maldijo Meeks.

—Solo nos queda una salida —dijo Smailow con la cara sombría.

—¡No! —respondió James, pero ya era demasiado tarde. Notó el movimiento de Mila antes de verla como una sobra por el rabillo del ojo. Corrió por la rampa a toda velocidad y pronto había recorrido la mitad del camino. Tenso y como paralizado vio como corría, y su corazón dio un respingo cuando apareció la puerta de brillante luz blanca y repartió su brillo por la gigantesca caverna de hormigón.

Entonces sonó el primer disparo. Y luego un segundo.

Horrorizado, James vio como Mila se agachaba y estaba ya a solo dos pasos de la luz. Quiso respirar aliviado por haber evitado los disparos, pero entonces salpicó sangre roja de su hombro izquierdo y fue lanzada hacia un lado. Ya temía que caería de la rampa, pero logró recuperar el equilibrio para recibir en ese momento un disparo en el muslo. Sus gritos de dolor le llegaron hasta la médula. Quiso ir hacia ella, pero alguien le retenía.

—¡No!

Le rompía el corazón ver cómo la rusa intentaba ponerse el pie. La sangre parecía brillar en su traje blanco. Tanta sangre.

Siguió arrastrándose hacia la entrada. Más disparos resonaron por la caverna y el eco rebotó en las paredes. Cada disparo le daba un sobresalto e intentaba resistirse con más fuerza a esas manos que le retenían como cables de acero.

Mila cruzó la luz blanca, pero no antes de recibir otro disparo en la pantorrilla. Al final desapareció también su pie y se hizo el silencio. El aire estaba lleno de olor a pólvora.

—¡SOIS UNA JODIDA PANDA DE CERDOS IMBÉCILES! —gritó James hacia los soldados, que dirigieron sus pistolas hacia él y el resto del grupo.

—Tenemos un código 101 —dijo uno de los hombres y la esclusa de aire se volvió a abrir. Entraron más uniformados levantaron pistolas y rifles y apuntaron hacia ellos.

—Al suelo, ¡ya!

Querían tomar el teletransportador por asalto. Se acabó.

—¡No! —bramó otra nueva voz. Era la voz del comandante Norton que entró también sin traje por la isma esclusa que habían utilizado ellos.

—¡Bajen las armas, es una orden! —gritó a sus hombres.

—Señor, tenemos la orden directa de la decana de no dejar acercarse a nadie al teletransportador —respondió un soldado con la mejilla chafada contra la culata de su rifle y que apuntaba hacia

James, o al menos eso pensaba.

—Hoy no vamos a matar a civiles, ¿entendido?

James sintió de repente un cosquilleo en la lengua y parpadeó confuso.

—¡Mila! —dijo. *¡Está viva!*

El campo magnético ganó fuerza de golpe. Docenas de armas fueron arrebatadas de las manos de los soldados y volaron contra el teletransportador donde quedaron pegadas al casco. Algunos hombres gritaron, se doblaron sobre índices rotos, otros habían mantenido el agarre con tanta fuerza que habían sido arrastrados.

—¡Ahora! gritó Smailow, pero James ya estaba corriendo a toda velocidad rampa arriba y saltó por la abertura.

Mila estaba en el asiento que llevaba a *Prime, Al'Antis*. Estaba cubierta de sangre y no se movía; una figura de blanco, cubierta de flores rojas. Saltó hacia ella y cogió su cara entre las manos; estaba fría, pero tenía los ojos cerrados. Dos dedos en su cuello le dijeron que no tenía pulso.

—Por favor, espero que lo consiguieras —rogó y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Sorbiéndose los mocos la agarró y levantó del asiento; Meeks, que apareció como de la nada junto a él, le ayudó. Le pareció un sacrilegio mover su cuerpo de esa forma a pesar de que ya no era más que un envoltorio de carne destruido. Pensó en tirarla al embudo, pero no habría sido capaz. En su lugar la colocó en una de las otras sillas. Meeks le empujó entonces al asiento de *Prime*, le quitó casco y capucha mientras él mismo se arremangaba para colocar los brazos sobre las bandas de inducción.

—Eres el siguiente —dijo el ingeniero. Tenía los ojos enrojecidos y su voz temblaba ligeramente; su aspecto era penoso: el de un hombre que acaba de ver algo que no debería haber visto nunca, algo que afectó especialmente a James, ya que Meeks, por su tamaño y su aspecto de oso, irradiaba una sensación algo paternalista que se había perdido del todo.

Mette y Falkenhagen entraron en ese momento, sudados y con los ojos de par en par. Smailow fue el último, con respiración entrecortada y se dio la vuelta cuando vio a Norton entrar detrás de él. El ruso le clavó el puño en el estómago y el comandante se inclinó hacia delante intentando recuperar el aliento. James pensó que iba a caer o a atacar a Smailow, pero en su lugar levantó un brazo y señalo hacia la luz tras él.

—La ... rampa —logró decir—. Empujadla. ¡Tiradla ... al suelo!

El cosmonauta pareció dudar entre darle el resto a Norton o no, y al final se arrodilló y la mitad de su cuerpo desapareció en la puerta de luz antes de que regresara de nuevo. James creyó oír un lejano ruido y gritos.

El comandante se arrastró por el suelo y se apoyó contra la pared de celdillas del teletransportador, recuperando poco a poco el aliento.

—Eso debería darles tiempo suficiente —tosió.

—¡Su gente ha disparado contra Mila! —gruñó Smailow fuera de sí —. Le juro que si no lo ha conseguido ...

—He intentado retenerlos.

—¡Usted nos metió en esta situación!

—¿Y qué podría haber hecho? Este proyecto está bajo el control civil de la Sra. Pavar. No he dado esas órdenes. Solo puedo ayudarles a pasar al otro lado antes de que esto se llene de hormigón —dijo el comandante.

—Nos ha utilizado para encontrar a Nasaku —dijo James con tanta amargura en su voz que él mismo se sorprendió.

—Les utilicé a todos para proteger a Nasaku. ¿Habrían preferido que el FBI la hubiera encontrado primero? No sé qué les habrá contado, pero espero que todo esto valga la pena.

A James le pasó una idea por la cabeza y levantó su brazo derecho de la tira de inducción para abrir la cremallera del traje y meterse la mano en el bolsillo. Respiró aliviado al notar la oscura canica entre los dedos.

—Debe funcionar —murmuró, se la metió en la boca y se la tragó.

—¡Dese prisa, hombre! Intento proporcionarles tiempo y espero que pueda conseguir que en Washington se calmen un poco los ánimos y vuelvan a la cordura en lo referente a este proyecto —continuó Norton, con ambas manos sujetándose la barriga—. Pero será mejor que se preparen para estar allí solos y sin refuerzos. Pueden pasar meses o incluso años antes de que preste juramento una nueva administración y cambien las cosas. Dado el hecho de que posiblemente haya una flota de alienígenas en dirección a la Tierra, podría ser también que enterrásemos el teletransportador de todo. Que lo sepan.

—Eso ya lo sabemos todos —dijo Meeks y ni siquiera Falkenhagen protestó.

—¡Váyanse, ahora!

—Nuestros cuerpos ... —comenzó Mette.

—Hare lo que pueda —les aseguró Norton haciendo gestos para que se apresuraran.

James no se lo hizo repetir dos veces y apoyó su brazo derecho sobre la banda metálica.

Por favor, Mila, espero poder verte cuando llegue al otro lado, pensó y se inquietó mucho con la idea de abrir los ojos y despertarse totalmente solo en el teletransportador de *Prime*. Pero no había vuelta atrás y la única forma de saberlo era cerrando los ojos ahora. Miró hacia Meeks.

—Daos prisa y no tengáis cuidado alguno con mi cuerpo. —tragó —. No es más que un clon.

Esperó al impaciente gesto de asentimiento del ingeniero, cerró los ojos y respiró por última vez.

23



James abrió los ojos, despacio y con cuidado. Los notó algo más pesados de lo acostumbrado al despertarse en *Prime*, pero ayudó con un poco de esfuerzo, los abrió y vio a una Mila desnuda frente a él. Su cabello rubio caía ondulado sobre sus hombros y cubría la mitad de sus pechos. Su cuerpo era realmente escultural y ... sus mejillas se enrojecieron, así que parpadeó un par de veces, la miró a la cara y saltó de su asiento para abrazarla. Le daba igual que él también estuviera desnudo y sintió un poco de miedo de que ella notada su alegría de varias formas distintas.

—Lo conseguiste —dijo, y sopló para quitarse sus cabellos de la boca. Ella le devolvió el abrazo.

—Sí, no estaba segura, fue ... —tragó y pudo notarlo en su hombro antes de separarse—. Yo misma creí que había muerto, James. Debí perder el conocimiento en el asiento de nuestro teletransportador, pero parece que lo logré en el último instante.

—Lo importante es que ha funcionado. —La volvió a apretar para asegurarse de que era real y que no se lo estaba imaginando—. ¡Ha sido una auténtica heroicidad, lo que has hecho!

—Solo hice lo que había que hacer.

—Vale, pero no vuelvas a hacerlo nunca más, ¿de acuerdo? —La observó con mirada muy seria, pero ella rompió a reír.

—Creo que no voy a poder hacerlo, James, pero gracias por preocuparte por mí, yo ... —Dudó y carraspeó antes de señalar hacia un cadáver. Estaba tan nervioso, que no se había dado cuenta.

Era *él*, lleno de abscesos, pus blanquecino y una especie de hongo que le cubría la boca y la nariz como una tela de araña. James palideció ante los restos de su propio último clon. Estaba recubierto de sangre, le faltaba el brazo derecho y estaba en un inmenso charco de sangre. La piel parecía húmeda, blanca como la cal y los hombros y el cuello estaban lleno de heridas profundas en la carne, donde mantuvo sujetos los brazos de Norton mientras subía la escalerilla como en trance.

—Oh, James —susurró Mila y apretó su mano—. No puedo ni imaginar por lo que debiste pasar. Esto es ... es ...

—Está bien—respondió y tragó—. Era solo un cuerpo.

Pareció notar que solo intentaba mantener la cordura y parecía

dolido.

—¿Dónde está el cuerpo de Norton?

—Lo tiré al embudo antes de seguirle.

—Bien pensado —dijo ella y miró por el rabillo del ojo el cadáver destrozado—. Y valiente.

—Fue horrible, Mila —susurró e intentó no mirarlo más—. Pero lo peor es imaginarse haber estado dentro de tantos cuerpos. Veo mi propia muerte ante mí y sigo viviendo, de alguna forma. En la Tierra, allí en casa, hay otro *yo* más, en coma o en cuidados intensivos en la base de las Fuerzas Aéreas, o igual ya en una morgue. Me parece tan ...

—¿Insignificante?

—Intercambiable. —James asintió—. Una vaina de carne hueso que se tira y crea de nuevo.

—Entiendo.

—Sí, ahora lo entiendes y lo lamento mucho.

—Está bien, creo. En el fondo, no lo sé. ¡Oh, ya viene el siguiente!

Se giró y vio esa leche parecida al mercurio que se extendía por el asiento que acababa de utilizar él y que salía de múltiples boquillas invisibles para ir formando poco a poco un cuerpo. Aunque no tardaba más de un minuto, el proceso le pareció ir a cámara lenta.

—¿Lograsteis entrar todos en el teletransportador? —quiso saber Mila y James asintió.

—Sí. Norton intentó ordenar a los soldados que nos dejasen, pero no le hicieron caso.

—¿Cómo?

—Al parecer fue Pavar quien dio la orden por encima de él. O ya no se fía del todo del comandante, o teme perder su puesto. Los políticos como ella se convierten en obsesos del control cuando hay peligro de sufrir consecuencias.

—Seguramente tengas razón. ¿Vendrá ...?

—No. Se quiere quedar e intentar influir todo lo posible en los sucesos en torno al proyecto. Creo que quería que hiciéramos esto.

—Sí —dijo Mila y asintió—. El discursito ese sobre la evacuación, ¿no? Al decirnos que estaban a punto de retirar la rampa. Ya me imaginaba que sonaba todo algo extraño. ¿Quién hubiera pensado que un militar sería al final la persona más sensata?

—Sí, quien lo diría. —Agarraron a la vez a Mette que abría los ojos y miraba sorprendida a su alrededor. La levantaron con la máxima delicadeza, pero con insistencia para llevarla al asiento de enfrente y procurando que no apoyara los brazos en las tiras de inducción.

—Todo en orden, Mette —dijo Mila con suavidad.

—¡Mila! —La confusión desapareció de los ojos de la danesa para dar paso a auténtica alegría y alivio—. ¡Estás viva!

—Creo que sí. Supongo que no se puede decir lo mismo de mi cuerpo al otro lado.

—La cara de Mette se oscureció y dio paso a la compasión antes de mover la cabeza ligeramente de un lado al otro.

Mila se enderezó y tragó.

—No pasa nada, ya me lo suponía. Al menos sigo viva.

Pronunció lo de *sigo viva* con lentitud, como si le resultara difícil pronunciar ese hecho. Siguiendo un impulso, James la cogió de la mano y la apretó. No se soltó y lo miró agradecido, lo cual le produjo una sensación cálida y agradable dentro de esa tensa situación.

—Ya podría haberme quitado un par de kilos la máquina esta —murmuró Mette y se tocó su blanda y prominente barriga.

—No te preocupes, este lugar ya se encargará de ello —dijo él y deseó que fuera recibido como la broma que pretendía ser.

El siguiente fue Meeks, lo cual pudo verse en el tamaño y las dimensiones del clon. El ingeniero entrecerró los ojos, confuso, y sonrió aliviado al ver a Mila. Él también la abrazó y se dejó llevar como un niño de escuela a uno de los asientos exteriores junto a Mette, donde conversaron en voz baja mientras James y Mila se ocupaban de los siguientes. Falkenhagen, con su musculoso cuerpo, sin grasa sobrante alguna y la piel bien morena, se anunció ya pronto en el proceso de creación de su clon; se levantó sin perder casi el equilibrio y miró a su alrededor como Alicia en el País de las Maravillas. Se dejó llevar sorprendido a otro asiento.

—Tenía realmente razón —dijo, como si le sorprendiera—. Este es otro teletransportador. No estoy soñando, ¿verdad?

—No —le aseguró James sacudiendo la cabeza—. Al menos, creo estar bastante seguro de ello.

Ya que el alemán arrancó a toser espantado al ver el cadáver de James, asustando con ello a Meeks y Mette, que habían conseguido ignorarlo conscientemente, se giraron de nuevo hacia el asiento esperando a la «leche», mientras el espanto tras ellos era compartido por tres voces.

No llegó. Las boquillas se mantuvieron mudas y cerradas.

¿Dónde está? —susurró Mila y miró por encima del hombro a los demás, que conversaban en voz baja.

—No lo sé. Igual lo han entretenido.

—¿Entretenido? ¿Crees que Norton no ha conseguido mantener alejados a los soldados?

Se encogió de hombros y su mirada recayó en el oscuro embudo tras él.

—O igual falta biomasa —dijo y se dirigió a su cadáver junto al asiento más exterior donde Mila lo debió arrastrar tras su llegada. Ahuyentó a los demás y agarró sus propias pantorrillas. Estaban frías y

se notaban húmedas y demasiado blandas. Se concentró en su trabajo y arrastró el cuerpo con esfuerzo hasta que Mila se sumó y le ayudó. Los demás miraban con cara lívida y atónitos cómo metían la carne muerta en el embudo y lo presionaban entre los asientos. Una de sus pesadas piernas se rompió con un crujido asqueroso.

Al cabo de pocos segundos el embudo emitió un horrendo ruido como de deglución. Su cadáver se fue disolviendo en una masa de color rojo grisáceo que fue succionada lentamente hacia abajo.

James sintió unas repentinas ganas de vomitar cuando vio su propia cara en medio de ese proceso de descomposición y que parecía que le lanzaba una mirada de reproche, con la boca abierta en un grito mudo, sujeto por esas telarañas blanquecinas. Luego, tras unos crujidos y chirridos, la cabeza desapareció también en el interior.

Todo su autocontrol se desgarró y cayó hacia delante sobre sus temblorosas manos, con tremendas arcadas, pero sin llegar a vomitar, ya que no había nada que pudiera expulsar.

Su frente se llenó de frías gotas de sudor que le hicieron tiritar. Mila, recién salida de su propia parálisis ante ese espectáculo, se puso en movimiento, se sentó detrás de él, lo rodeó con brazos y piernas y sujetó su cabeza en alto apoyándosela en su hombro.

—Ya está, James, ya está.

Le costó un gran esfuerzo calmar los latidos y la respiración entrecortada, por lo que apenas se percató de que Smailow se levantaba del asiento central y era recibido por los otros con voces apagadas.

Se tranquilizó muy lentamente y permitió que Mila lo mantuviera abrazado, esperando a que se calmara el temblor de sus extremidades.

—Gracias —dijo Smailow al cabo de un rato, en el que James apenas registró lo que sucedía a su alrededor. El ruso se agachó delante de él y le puso la mano sobre el hombro.

—Todo bien, doctor —replicó con voz débil.

—Adrian. Me llamo Adrian.

—Gracias.

—Y yo soy Justus —dijo Falkenhagen, que estaba algo más atrás y lo miraba con una mezcla de compasión y sorpresa.

—Pues yo seguiré siendo Meeks, que quede claro —dijo el americano con una sonrisa. Logró realmente sacarle una sonrisa a James, o al menos una especie de intento de producir una sonrisa.

El grupo parecía confundido. Se les veía que no sabían qué hacer a continuación. A nivel intelectual sabían lo que pasaría, que dejarían atrás sus cuerpos y saldrían en copias exactas realizadas por una máquina extraterrestre en un planeta lejano. Pero *experimentarlo* uno mismo era algo totalmente distinto. Recordaba cuando, a los veintipico, le regalaron un salto en paracaídas por su cumpleaños. Se

preparó durante semanas por su vértigo y sabía cómo debía comportarse mientras colgara frente a la barriga del paracaidista profesional. Pero cuando llegó el momento y se abrió la puerta de la avioneta para el salto, toda su preparación desapareció y solo quedaron él, el aire y el miedo. Solo que la situación actual aquí y ahora se parecía más a saltar sin paracaídas, pues no había vuelta atrás. Pronto quedaría el silo en la Tierra sumergido bajo hormigón y totalmente sellado. Podrían pasar años antes de que las cosas cambiaran, y todos eran conscientes de ello. Pero ¿cómo llegar a *comprenderlo*? ¿Cómo se puede llegar a entender una situación como esta? Apartado definitivamente de todo lo conocido, huyendo exclusivamente hacia delante y con la espalda contra la pared. Solo el hecho de que nadie parecía darse mucha cuenta de que estaban desnudos era otro indicio de que sus pensamientos giraban en torno a cosas muy distintas.

Debemos permanecer en movimiento para no tener tiempo para pensar en lo que estamos precisamente haciendo, pensó James y se incorporó un poco. Mila se soltó de él lentamente y le ayudó después a levantarse junto con Adrian.

—Gracias —murmuró y se giró hacia la blanca luz tras él—. Deberíamos ponernos en marcha.

Asintieron tensos uno tras otros.

—Antes de salir ahí fuera debo explicaros un par de cosas. Allí afuera no hay nada que resulte agradable. Hace calor, apesta y el monstruo del cual os he hablado ... excepto Adrian, que llegó después, habéis visto todos lo que es capaz de hacer. Todo se asemeja a la muerte y también huele a muerte. Cuidado con los pies, no toquéis los matorrales, aunque la capa de ceniza sobre ellos parezca blanda; todo corte que os hagáis con las espinas se convertirá en una pústula purulenta. La última vez intentamos traer del escondrijo de Nasaku trozos de tela y medicamentos, pero el monstruo ... Esas cosas están ahora en algún lugar que dudo que sea capaz de encontrarlo. —James miró a todos a los ojos para recalcar bien sus palabras—. Iremos directos a la nave espacial, pues allí hay armas.

—¿Armas? —preguntó incrédulo Meeks—. ¡Nunca dijiste nada de eso! Ni Norton tampoco.

—No quise que los militares se hicieran con la misión y que ante la palabra *armas* quisieran de inmediato hacerse con una avanzada tecnología alienígena. A saber qué consecuencias podría haber tenido para *Prime* y para la Tierra.

El equipo asintió dándole la razón.

—Y tampoco estoy seguro de que sean armas porque no pude ver mucha cosa, aunque deberíamos intentarlo al menos, si queremos lograr llegar a la muralla.

—De acuerdo —dijo Adrian.

—Coged algo de la tela que hay por aquí y ponéosla en los pies. Es más importante eso que taparse las vergüenzas —explicó James cuando vio las primeras mejillas sonrojadas y miradas vergonzosas. Señaló hacia los restos de tela cerca del asiento y que estaban empapados de su sangre coagulada—. Creedme.

Primero a regañadientes, pero luego con gran decisión, se envolvieron los pies con aquellos sucios harapos. Solo Mila se quedó junto a él y se arrodilló a su lado.

—¿Realmente estás bien?

—Estoy bien. No creo que a ninguno de vosotros os vaya mejor, pero tendremos que vivir con ello porque debemos *sobrevivir*.

—¿Qué hay de la canica que te dio Nasaku?

Un susto le recorrió las extremidades como una descarga eléctrica.

—Pronto lo sabremos. Si no la vomité antes, aún la llevo dentro. Espero que ella supiera que funcionaría. Si no, no me la habría dado ni pedido que la trajera aquí. Además, vimos los implantes de su cuerpo en las radiografías. El teletransportador es capaz de replicar objetos.

—Al menos mientras sean parte del cuerpo.

James asintió.

—Deberías coger algo de tela tú también.

—¿Y tú? —Ella observó a los demás—. No parece haber suficiente para todos.

—Yo ya me las apañaré. Ya estoy algo familiarizado con este suelo y la última vez conseguí librarme bastante —mintió, y se tranquilizó cuando ella asintió tras pensarlo unos segundos y se acercó al resto del equipo. Aprovechó ese breve instante y se giró. Con los miembros aún algo rígidos, camino los dos pasos hasta la apertura y sacó lentamente la cabeza. La escalerilla estaba allí donde la había dejado, algo torcida, pero el último peldaño tocaba aún el borde. Cuando la levantó con una mano, le llamó la atención que las ramas que formaban los lados derecho e izquierdo estaban cortadas con gran limpieza, como con un láser de precisión. La soltó y se retiró, observó la luz brillante y sintió un escalofrío.

—¿Todos listos? —preguntó, cuando Mila se envolvió el último trozo de tela alrededor del pie y el grupo charlaba muy bajito a la espera. Veía en sus caras como las ideas pasaban a toda velocidad por sus cabezas. Sobre todos ellos flotaba un peso que él notaba incluso en su interior, pero todos mantuvieron el control y se esforzaron, lo cual era lo más importante—. Pues en marcha. Hay una escalerilla, bajad con mucho cuidado saliendo del interior caminando a cuatro patas hacia atrás. Yo saldré primero y os sujetaré la escalera.

Sin esperar respuesta se lo mostró y cruzó la luz de la puerta hasta

que sus pies tocaron los escalones. Fue bajando con cuidado y lentamente, procurando no desequilibrarla para que la escalera no comenzara a oscilar. Cuando salió del todo noto de repente cómo hacía mucho más calor, aunque aún no tanto como alejados del teletransportador. El hedor a putrefacción y azufre era casi como un reencuentro y el horror de su huida con Norton a la espalda regresó con imágenes espeluznantes. Cerró momentáneamente los ojos y respiró hondo, alcanzó el lodazal que le cubría hasta los tobillos y sujetó la escalerilla con ambas manos. El mero contacto con esa madera angulosa le resultaba tranquilizador.

Justus fue el primero en salir y se las apañó mucho mejor que él en el descenso. Se puso a su lado en la ciénaga y arrugó la nariz; luego sujetó el lado izquierdo con ambas manos y James hizo lo mismo con el derecho hasta que salieron todos del interior del artefacto. Luego escondieron la escalerilla en el lodo hasta que ya no se viera.

Mila miró hacia el cielo cubierto de nubes y los demás también miraban incómodos a su alrededor. Los dejó un rato a que se acostumbraran al entorno.

—No has exagerado ni un ápice —susurró Mette.

—Pongámonos en marcha —sugirió, y añadió en pensamiento: *Antes de que el monstruo se percate de nuestra presencia.*

Como nadie se movió, se puso al frente y caminó en línea recta desde la parte frontal del teletransportador en dirección a su sur. Era algo más oscuro que la otra vez, por lo que podría estar anocheciendo, o igual la capa de nubes era más gruesa de lo normal y no dejaba pasar tanta luz. Al cabo de un par de cientos de metros, recorridos con pasos que producían desagradables ruidos en el lodazal pero sin pronunciar ni una palabra, comenzó a caer una nieve gris. James estiró la mano y dejó caer algunos copos en la palma de su mano. No se fundían a pesar del calor. Lo olió y no pudo evitar un mal trago.

Ceniza, pensó. *¡Esto es ceniza!*

Los demás también comenzaron a murmurar, pero el ruido fue cesando cuando el suelo se volvió más pedregoso y alcanzaron los primeros aledaños del bosque de piedras. Ahora debían concentrarse para no cortarse las plantas de los pies con las afiladas piedras, pero no pudo reprocharles que se sorprendieran con las impresionantes formaciones pétreas y que era lo único en este lugar abandonado de la mano de Dios que tuviera al menos algo parecido a una curiosa estética.

—Parecen las garras gigantescas de un monstruo aquí enterrado y petrificado, como si hubiera intentado liberarse —dijo Adrian, absorto en sus impresiones. Ya que su tono de voz era más bajo de lo esperado, James se giró y vio que el grupo se había parado y observaba con grandes ojos las gigantescas formaciones pétreas.

—Nunca había visto nada igual —Mette estiró la mano y tocó la basta roca—.Cómo puede doblarse así la roca? El viento no puede haberle dado esta forma y haberla pulido así.

—¿Igual una antigua obra de arte? —propuso Mila.

—¿Arte, en este entorno?

—Por eso es antiquísimo. A saber cómo llegó a ser este lugar hace tiempo.

—Lo siento, amigos —intervino James—. ¡Debemos continuar!

Para su tranquilidad, nadie se opuso y se pusieron de nuevo en marcha, aunque ahora la comparación con garras de un animal le daba una perspectiva nueva y más adecuada a ese paisaje.

Consiguieron llegar a la guarida de Nasaku sin más paradas y, sobre todo, sin el bramido de la criatura. Durante el camino hacia allí había seguido cada uno sus propios pensamientos, pero cuando corrieron la cortina y entraron en la oscuridad de ese hueco a modo de cueva, comenzaron a romper el silencio.

—¿*Aquí* había vivido? —preguntó Mette, mirando a su alrededor en esa penumbra. En el cálido aire danzaban partículas de polvo, igual levantadas por ese calor del eternamente sucio suelo, o que caían del techo lentamente.

—¿Es esto un avión o una nave espacial?

—¿Qué causó todos estos daños? —Mila pasó la mano por una de las paredes—. El material muestra signos de abrasión, es difícil de decir cuánto tiempo habrá estado expuesto al viento y la lluvia, pero los aparatos que vuelan por los aires o por el espacio no deberían agujerearse tanto en tan poco tiempo.

—Norton escribió en su informe que suponía que esa nave había sido abatida a disparos con algún arma —respondió Meeks, y escarbó entre algunas mantas que James y Norton habían dejado allí, para colgarse una alrededor de la cintura.

—No tenemos mucho tiempo —les advirtió y se dirigió al agujero en la pared. Tenía casi mala conciencia por no dejarles más tiempo para acostumbrarse al nuevo entorno y procesar lo que estaban viendo; a fin de cuentas, él ya lo conocía, pero ellos no. Pero cada minuto sin escuchar el bramido del monstruo contaba. Además, el entorno era lo suficientemente tóxico como para sufrir abscesos y a saber qué más en sus cuerpos; así que cuanto antes encontraran los medicamentos que Norton y él dejaron atrás en su huida, mejor que mejor. Había pensado en no ir en su busca, pero la muralla se veía muy lejana y en el dorso de sus manos ya surgían las primeras manchas rojas. El tiempo era un recurso escaso en *Prime.*

—¡Aquí está el agujero! —se colocó junto a la pared trasera y golpeó con los nudillos sobre el frío metal junto al lugar que Nasaku, al parecer, había intentado abrir con su herramienta—. Norton y yo

nos llevamos un hacha y un cuchillo la última vez. Pero creo que había más por aquí, aunque haya muy poca luz.

—Esto es material endurecido —dijo Meeks, que golpeaba las paredes con los nudillos.

—¿Endurecido?

—El acero y otros derivados del hierro pueden alcanzar una mayor resistencia mecánica cuando se altera su estructura —explicó Mila.

—¿Qué estructura?

—La microestructura, la disposición de sus componentes. Suele hacerse industrialmente con calor y enfriado repentino. —La experta en materiales pasó la mano por la pared y la fue liberando poco a poco de la pátina y el musgo.

—Si realmente dispararon contra la nave haciéndola caer y tras esta pared se guardan armas —intervino Justus y se puso a ayudar a limpiar junto con Adrian y Mette la superficie—, tiene sentido que haya sido construido completamente con materiales compuestos. ¿Dónde está la puerta?

—No hay puerta —respondió James, que dio un paso atrás para dejar sitio a los científicos, ya que él mismo se sentía inútil mientras ellas intercambiaban ideas.

—Claro que hay una puerta —resopló Meeks—. ¿Has volado alguna vez en un avión que tuviera una parte inaccesible? Durante el vuelo no puede uno salir para entrar desde fuera.

James no dijo nada, pero estuvo a punto de golpearse la frente con la mano. Seguramente estaba tan asustado las veces anteriores, o se tomó este escondrijo más como cueva que como nave espacial, que no pensaba con claridad. Ahora se alegraba de que ellos estuvieran aquí. El grupo parecía realmente en su elemento, limpiaron la pared y dejaron a la vista gran cantidad de irregularidades y una ola que se extendía de lado a lado por toda la pared.

—¿Qué es esto?

—Una deformación, eso es bueno —dijo Mila ausente y dirigió a Mette más a la izquierda, conde se podía ver una sombra totalmente recta, ahora que los ojos se habían acostumbrado a la penumbra reinante.

—¿Una deformación?

—Sí, cuando los metales como este se deforman plásticamente, por ejemplo, por una caída violenta —explicó Mette—, se producen desplazamientos en la estructura. Un fallo en la periodicidad de la trama cristalina de la que están compuestos, por decirlo de forma sencilla.

—Clarísimo.

—Un punto débil —tradujo Justus y soltó un grito de triunfo cuando sus dedos encontraron una hendidura en la línea de sombra,

muy cercana a la ola—. Esto podría funcionar.

—Puntead y haced palanca —dijo Mila y el resto del equipo asintió, por lo que se apartaron de la pared como siguiendo una orden silenciosa y rebuscaron por todo el habitáculo. James estaba en medio del caos que se estaba creando y miraba como iban reuniendo distintos objetos como astillas, barras, fragmentos del casco roto con aspecto más o menos puntiagudo y robusto y piedras del tamaño de un puño. Clavaron todo lo que tenía alguna punta alrededor de toda la longitud de la hendidura deformada hasta que se oyó un chirrido y se pusieron todos a trabajar con aún más ahínco. Un par de horas más tarde, en las que con ayuda de una esquirla afilada había confeccionado faldas a partir de dos mantas (una de ellas se la quitó a Meeks), junto con dos cintas para que Mila y Mette pudieran cubrirse los pechos, lo consiguieron. Con ayuda de la barra metálica que antes sirvió para colgar la cortina de la puerta, hicieron palanca en la estructura debilitada de la pared y crearon una grieta que crecía de abajo arriba, a través de la cual podía colarse alguien delgado.

24

—Ya entro yo —dijo Mila, que aunque más alta que Mette, era mucho más delgada y pequeña que los hombres.

—¡No! —Todos miraron a James, que se levantó de la caja sobre la que había estado elaborando las prendas y repartía el resultado entre los demás—. Yo iré primero; no sabemos si hay algún peligro ahí dentro.

—Solo es un espacio más.

—No asumiremos ningún riesgo —insistió—. Os he visto trabajar y estoy seguro de que aquí sois todos mucho más útiles que yo.

Quisieron llevarle la contraria, pero hizo un gesto de rechazo y se dirigió a la grieta en la pared. Parecía una solapa de americana, aunque señalaba en la dirección incorrecta. Ahora entraba algo más de luz en aquel espacio oculto; un brillo trapezoidal más claro que iluminaba un suelo desigual. Varias grietas se extendían a todo lo largo, como si un monstruo con garras inmensas hubiera querido rasgar el brillante metal de punta a punta. James entró con cuidado por el reborde afilado y lo hizo con muchísima cautela para no cortarse. Al otro lado había bastante menos polvo y el aire era más fresco, aunque entrara una corriente constante de humedad cálida. A la izquierda estaban los objetos alargados que le pareció ver la última vez a través del agujero. Los observó pensativo, miró su brillo, pero no los tocó, mientras los demás le iban haciendo preguntas.

—¿Qué pasa?

Se giró de golpe, sorprendido. Era Mila, que apareció de repente a su lado y le miraba con la frente arrugada.

—Solo estaba pensando.

—¿Ahora?

—Sí. Nasaku intentó claramente abrir un agujero en la pared a golpes, ¿por qué lo haría si no era para poder entrar aquí?

—Entiendo. Te preguntas por qué no tuvo la misma idea que nosotros, pues al parecer era muy lista e inteligente —dijo.

—Lo suficiente como para aprender en pocas horas inglés, escapar de una instalación de alta seguridad, conducir un coche y manejar el ordenador de un observatorio —James asintió—. ¿Por qué no hizo palanca y abrió la pared ella misma?

—Ha sido un trabajo duro incluso para cinco personas.

—Tenía todo el tiempo del mundo.

—Hmm. Igual no estaba interesada en las armas —Mila se encogió de hombros.

—Allí fuera sigue habiendo un monstruo. Y ella llevaba consigo siempre un hacha y un cuchillo —comentó él.

—Hacha y cuchillo son herramientas. Podría haberlas utilizado para cortarse telas a medida cuando tuviera que reparar sus zapatos, o para construir cosas como la escalerilla. El hacha puede servir incluso como gancho de escalada con la que podría haber entrado en el teletransportador incluso sin escalerilla. —Mila vio que James no quedaba convencido—. Cuando estuviste aquí la primera vez, ¿utilizó sus herramientas como armas para amedrentarte?

—No, creo que no. —James sacudió la cabeza e intentó recordarlo —. Pero no es prueba de que no necesitara armas.

—Igual encontró una forma de evitar a la criatura, sabía cuándo dormía o cómo evitarla.

—Es posible. Pero se preocupó mucho cuando lo oímos y me instó a darnos prisa.

—Eso también tiene sentido. *Tú* no sabías cómo comportarte y ella difícilmente te lo podía explicar. —Mila fue hacia la pared de la izquierda y James la siguió pensativo. En un armario medio empotrado en la pared había seis artilugios que podían sacarse con un considerable esfuerzo de sus soportes en forma de pinza.

—Esto son rifles, no me cabe duda alguna —murmuró sorprendido y sujetó el mango con una mano y en la otra apoyó el cañón. Era algo más corto y ancho que un rifle de asalto normal, pero tenía gatillo, cañón y boca. Sin duda un arma, aunque muy ligera.

Mila comprobó su propio ejemplar entre sus hábiles dedos, orientó el cañón hacia el suelo y apretó el gatillo. Un rayo los cegó a ambos haciéndoles pegar un grito y levantando tierra y esquirlas de metal.

—¡Mierda! —dijo James.

—Parece que funcionan —comentó Mila para calmar el caos producido.

—¿No podrías advertirme la próxima vez?

—Honestamente, dudaba mucho de que funcionaran. No he podido encontrar ningún mecanismo de recarga.

Igual funcionan con una batería de alto rendimiento u otra fuente de energía. ¿Ha sido eso un proyectil?

Ni idea.

—¿Todo bien ahí dentro? —preguntó Adrian preocupado.

—¡Sí, todo perfecto! —respondió James en alto y se acercó a la grieta para pasarles su rifle—. Cuidado, que están cargados.

Luego soltó los demás de sus soportes y los distribuyó hasta que solo quedó el suyo. Mila le dio un toquecito. Señalaba hacia el otro

lado de ese cuarto, donde solo podía verse el contorno oscuro de una especie de armarios que ocupaban toda la pared de la nave por ese lado.

—¿Ves esto? —preguntó, pero James negó con la cabeza. Mila se acercó a la grieta que comunicaba con el escondrijo de Nasaku y pidió algo que no llegó a oír. Poco después, alguien del equipo le entregó un trozo de metal que frotó con su improvisado sujetador hasta que brilló. Entonces se colocó en el centro de la débil luz que entraba y giró la pieza de forma que reflejara la luz como un espejo contra la pared.

James se giró hacia allí y se asustó. Lo que parecía una pared oscura con armarios resultó ser una serie de figuras. Primero creyó que estaban vivas y que se lanzarían sobre él, pero no era más que una ilusión óptica. Eran seis contornos humanoides metidos en una especie de armadura, extraña y a la vez familiar, con láminas oscuras que se extendían a lo largo de las extremidades y acababan en un arnés que parecía hecho de una sola pieza y con aspecto de ser de goma. Los cascos eran cónicos con una banda sensora oscura donde deberían estar los ojos, pero tras un visor transparente solo veía agujeros de nariz y dentaduras de esqueletos.

—Maldita sea ... —se sorprendió y tragó.

—Llevan mucho tiempo muertos, evidentemente —dijo Mila y le puso el improvisado espejo en la mano para que iluminara mientras se acercaba a los cadáveres que estaban fijados a la pared con sujeciones, de forma similar a las armas, como si alguien los hubiera plantado allí —. Ya no quedan restos de tejido. Diría que llevan unos decenios o siglos ya muertos. Se puede ver abrasión ósea, aunque el esqueleto está totalmente cubierto por esta armadura.

—Con este aire cálido y húmedo deberían haberse descompuesto hace mucho, ¿no? —preguntó James y calmó su respiración.

—En principio sí. Al menos, tras tanto tiempo, en todo material aparecen puntos débiles. En este clima viviría a gusto cualquier tipo de insecto, pero no parece haber aquí nada que se coma los huesos.

—¿Y cómo ha desaparecido la carne de los huesos?

—Microorganismos. Aunque por aquí no parece haber nada volando o arrastrándose, debe haber bacterias; a fin de cuentas, los matorrales de ahí fuera no sobrevivirían sin microorganismos. Sería incluso posible que los cráneos tras esas bandas sensoras se conviertan en polvo si pudiéramos tocarlos, aunque por la humedad reinante no puedo estar segura.

—Son seis, exactamente.

—¿Cómo dices? —preguntó Mila y miró por encima del hombro.

—Seis cadáveres, seis armas. —Señaló hacia los cuerpos en sus impresionantes armaduras y al armario de armas al otro lado—. Y

nosotros somos también justo seis. Curiosa casualidad, ¿no te parece?

—Sí, pero irrelevante.

—¿Irrelevante? ¿Cómo puede haber aquí algo que sea irrelevante?

—Muy fácil: porque la gente siempre tiende a ver paralelismos y significado en todo porque el cerebro siempre busca patrones. Pero no se trata más que de coincidencias, relaciones incorrectas. —Mila se encogió de hombros y agarró uno de los rígidos trajes por los hombros para tirar de él con todas sus fuerzas, pero no se movió nada excepto un pequeño alud de polvo que le cayó encima y la hizo toser con violencia.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió afónica—. Están fijados a la pared como el granito.

—¿También consideras que es casualidad que encontremos a humanos precisamente aquí? —preguntó en tono lacónico.

—No.

Como no parecía que fuera a añadir nada más a su respuesta, James suspiró—. No deberíamos perder más tiempo; hay que ponerse en marcha. Las últimas dos veces, por la noche clareó mucho, las nubes parecen cubrir el cielo solo de día y paradójicamente de noche hay a veces incluso más luz.

—De acuerdo. —Mila se apartó a regañadientes de los mudos testigos de tiempos pasados y se acercó a él—. Me habría gustado tener más tiempo para investigar más todo esto.

—Pero no lo tenemos. —James bajó el improvisado espejo ya que ambos estaban en el estrecho corredor de luz que formaba a grieta en la pared del escondrijo de Nasaku. James tomó con cuidado la mano izquierda de Mila en la suya y ella lo miró medio sorprendida y casi con timidez. Le habría gustado quedarse allí, sumergido en sus grandes ojos azules, pero giró su mano lo suficiente para que viera el absceso que se le había formado y que mostraba ya indicios de formar ampollas de pus.

Parpadeó asustada.

—¡Virgen santa!

—Sí. Debemos darnos prisa en encontrar los medicamentos —dijo preocupado y la empujó hacia los cuatro pares de ojos que se habían apiñado junto a la grieta para poder ver todo lo posible, aunque seguramente no pudieran ver casi nada bajo la escasa luz dispersada. Explicaron de forma resumida lo que habían encontrado y se familiarizaron con las armas siguiendo las instrucciones de Adrian y Mila, y que parecían funcionar igual que las de la Tierra: apuntar el cañón hacia el objetivo, poner el dedo en el gatillo, que curiosamente estaba algo doblado hacia afuera, y la culata al hombro, aunque Mila aseguró que apenas había notado retroceso y que seguramente no

había proyectil cinético, sino que había disparado solo un impulso energético.

Cada uno de ellos sujetaba ahora de forma algo patosa uno de esos rifles en las manos, que excepto en el ruso, parecían totalmente fuera de lugar, ya que todos parecían sucios salvajes con sus improvisados taparrabos y falditas de tela impregnada de mugre.

Cuando James se asomó al exterior por el agujero del casco, vio que ya se abrían irregularmente agujeros en la capa de nubes y que la oscuridad estaba siendo desplazada lentamente por la luz de la luna.

Debería bastar.

Así que se pusieron en marcha en dirección al teletransportador, para lo que solo tuvo que llevarlos en línea recta una vez girado en ángulo recto desde el agujero de salida de la nave. El ala delta arrancada servía de indicador de dirección. El monstruo seguía sin oírse. No había bramidos, rugidos, ni vibraciones suaves en la roca bajo sus pies. James continuó, sin embargo, muy atento y tenso como un muelle bajo presión, intentando hacer el mínimo ruido posible, lo cual resultaba fácil con los pies envueltos en trapos. Lo que le resultaba más difícil era mantener al equipo en silencio, ya que no podían dejar de discutir sobre lo que habían visto en el escondrijo de Nasaku. Entendía que querían distraerse del fantasmagórico paisaje y de esa luna destrozada que ya lucía en el cielo con todo su horrendo esplendor. Además, habían encontrado más indicios de que fuera de la Tierra existían –o *habían existido*– humanos, lo cual los ponía bastante nerviosos y les daba mucho que pensar.

Pero el mismo silencio y la tensión de James fue los que les hizo callar un poco y centrarse en el camino, hasta que al final acabaron en fila india como una procesión silenciosa a través del bosque de piedras, con sus garras petrificadas en el tiempo.

¿Dónde giramos hacia la izquierda?, pensaba James una y otra vez, hasta alcanzar el borde de la ciénaga donde empezaba una capa de varios centímetros de barro y biomasa apestosa. *Demasiado lejos.*

Así que caminó en dirección a su oeste relativo e intentó dejar de lado los recuerdos de la última vez, cuando corrió seguido de Norton casi ciego de adrenalina.

¿Cuánto rato fue? ¿Cuánto tiempo estuvieron corriendo?

Era imposible recordarlo. Si ahora mismo apenas tenía sensación de tiempo, en aquella situación de emergencia aún menos. Así que reunió al grupo a su alrededor y los distribuyó a intervalos de unos diez metros, para no perderse de vista y poder cubrir a la vez mayor terreno. Aunque podría estar en un instante con Mila y Meeks, que caminaban a derecha e izquierda de él como figuras fantasmagóricas, se sentía más solo aún que antes.

Pero funcionó. Tras un rato que le pareció una eternidad, Adrian

emitió un grito y corrió hacia una de las grandes garras de piedra. James reconoció desde lejos la gran mancha blanca y los dos bultos marrones que parecían dos matorrales juntos, pero que en realidad eran los dos sacos que Norton y él dejaron atrás. Levantó uno de ellos y lo sacudió un poco. Lo abrió contento y sacó seis inyectores llenos.

—Rápido. Esta es la sustancia que Nasaku me inyectó contra los abscesos. Actuó con rapidez y no deberíamos arriesgarnos más.

—¿Arriesgarnos más? —preguntó Justus y se limpió el polvo y el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Inyectarse un medicamento alienígena del que no sabemos nada me suena a bastante riesgo.

—Creo que es un antibiótico. Extremadamente efectivo, si me preguntas. Mis abscesos desaparecieron al cabo de poco tiempo.

Adrian se adelantó y levantó el brazo.

—Es evidente que no tenemos tiempo para ser más precavidos.

El cosmonauta tenía razón. Su piel estaba peor que la de los otros, cubierta por todas partes de manchas rojas y pústulas gruesas en la cara y el vientre. James se levantó y le presionó el inyector en el cuello, antes de pulsar el botón disparador en el extremo opuesto y el ruso parpadeó brevemente. Tiró sin pensarlo el cartucho vacío y repitió el procedimiento con Mila, Meeks y Mette; finalmente también se sumó Justus al procedimiento y le presentó el cuello muy a su pesar.

Se concedieron una breve pausa en la que James se alejó un poco del grupo y se metió un dedo en la garganta. Al principio no funcionó, hasta que el cuello le dolió y notó el sabor de sangre y finalmente le sobrevinieron las arcadas y pudo vomitar la canica oscura junto con un chorro de ácidos gástricos. La sostuvo aliviado en la mano un momento, entre algunos hilillos de baba sanguinolenta. Tras limpiarla, regresó con los demás.

—Bien. Para llegar a la muralla bastará con ir en una dirección cualquiera. No lo recuerdo muy bien, pero parecía como si el teletransportador estuviera justo en el centro, así que deberíamos mantenernos apartados de la ciénaga y caminar en una única dirección hasta llegar a la muralla —propuso James, y los demás asintieron en silencio. Se colgó uno de los sacos al hombro y Adrian cogió el otro con las telas. Por el calor reinante, nadie quiso hacer uso de las muchas cintas que había preparado con Norton.

Se pusieron en marcha cuando percibieron un profundo y alargado retumbar en la lejanía. Primero creyó que se trataría de truenos lejanos, pero lo identificó como un intento del cerebro de James de obviar el auténtico origen de ese ruido: el monstruo. Todas sus esperanzas de que estuviera herido por su último encuentro y que se hubiera retirado desaparecieron con ese salvaje grito en la noche.

—¡Maldita sea! —Agarró el fusil con más fuerza y se lo presionó contra el pecho como un náufrago se agarra a un madero antes de coger el saco de medicamentos y colgárselo de mala gana al hombro —. Deberíamos largarnos de aquí.

—Creo que vino de la dirección del teletransportador —opinó Adrian aguzando la mirada en esa dirección. La débil luz lunar parecía ser absorbida por la superficie casi negra del lodazal y no había reflejo alguno, lo cual dificultaba reconocer prácticamente nada.

—Pues caminemos en dirección opuesta —dijo Mila y señaló hacia el oeste. Giraba nerviosa la cabeza a derecha e izquierda y si antes ya parecía tensa, ahora parecía estar enchufada a la corriente.

—¡En marcha! —James comenzó a caminar a un paso ligero, aunque una voz en su nuca le decía que arrancara a correr lo más rápido posible. Pero no permitió que la adrenalina que pulsaba por sus venas tomara el control y se concentró en una respiración regular y en pasos precisos, para no darse de bruces con la carga que llevaba. Tenían varios kilómetros por delante y no lo conseguirían si se agotaban en los primeros cientos de metros.

Ahora permanecieron bien juntos, lo cual no era muy inteligente, pero nadie dijo nada y se aprovechaban, al menos, de la cercanía con los otros. Los tremendos gritos del monstruo los empujaban a caminar deprisa como perseguidos por una ola de crueldad, y cada pensamiento en los brillantes dientes metálicos de esa boca le daba escalofríos. Aún sonaban lejanos, pero se acercaban sin duda alguna.

El paisaje cambió tras un rato; siguió siendo rocoso, pero sin las grandes garras de piedra. Unas superficies circulares en el suelo pelado parecían como cristalizadas y presentaban un aspecto resbaladizo. Los pies de James estaban tan destrozados que la tela estaba empapada de sangre y, paradójicamente, parecía facilitarle mantener el equilibrio. Apenas notaba el dolor con tanto nerviosismo, aunque sabía que en algún momento debería pagar un precio por ello, cuando bajara la adrenalina ..., o cuando el monstruo se lo merendara.

—¿Veis eso? —resopló Meeks en un determinado momento. El voluminoso ingeniero parecía ser solo un mar de sudor, que le caía a chorros por frente, nariz y barbilla y su piel brillaba bajo una capa de suciedad húmeda.

—No —quiso responder James por acto reflejo, pero en ese momento también lo vio: la muralla, que llevaba un rato visible como una línea oscura de separación en el horizonte por estar algo más alta de lo esperado, mostraba una especie de mella más al oeste, a través de la que se veía el cielo azul oscuro de la noche.

—¿Qué ... es ... eso? —preguntó Mette sin aliento. La gordita danesa parecía totalmente agotada, apenas podía seguir a los demás y casi solo tropezaba con cada paso que daba. Cada segundo paso que

daba parecía que perdía el equilibrio y caía.

—¿Un trozo de muro dañado? —propuso Mila, que ralentizó la marcha y pareció con ello darles a todos una especie de permiso para parar, al que todos esperaban con ansia. El grupo entero frenó su marcha e intentó recuperar el aliento. El aire era denso, caliente, y los pulmones de James parecían arder en un horno.

—¡No os paréis! —les advirtió—. Si es una brecha … deberíamos cambiar de dirección hacia ella, pero nunca pararnos.

—James, ya no puedo ni con mi alma —se lamentó Mette.

—Si hubieras visto al monstruo, te aseguro que te metías el alma en cualquier sitio y seguirías —se le escapó con más dureza de la pretendida, pero ni siquiera lo notó y continuaron corriendo en silencio, empujados por sus propios jadeos. La superficie cristalizada parecía ahora una pista de patinaje sobre hielo, tan lisa, que los cascotes de la luna se reflejaban en ella y algunas nubes pasajeras formaban zonas algo más mates.

Fue Adrian quien, tras un rato, sacó a James de una especie de trance de músculos ardientes, respiración fuerte y adrenalina bombeando en sus oídos.

—Ya no lo oigo.

—¿Cómo?

—Al monstruo. Hace ya mucho … —El cosmonauta se paró y apoyó las manos en las rodillas— Hace ya mucho que no lo oímos.

Era cierto. No se había dado cuenta, pero ahora que lo pensaba, también le llamó la atención. Hacía rato que habían dejado de oír los gruñidos y bramidos de la criatura. ¿Se había marchado? ¿Había perdido su rastro?

—Igual vive en ese bosque de rocas y se queda allí. Podría ser su coto de caza particular, por así decirlo —propuso Meeks—. Mierda, lo que daría ahora por un trago de agua.

James no respondió; dejó que hablaran los demás mientras oteaba los alrededores en la penumbra con los ojos entrecerrados. El bosque de garras de piedra apenas se reconocía como un campo de arbustos en la lejanía. Frente a ellos se levantaba la muralla como una gigantesca barrera negra de unos cien metros de altura y a un par de kilómetros de distancia; una distancia que le pareció la de un maratón olímpico. Era opresivamente imponente y, bajo otras circunstancias, se habría quedado simplemente maravillado porque algo así de impresionante existiera.

A punto estaba de girarse de nuevo hacia el grupo cuando miró una última vez en la otra dirección, donde en algún lugar lejano estaba el teletransportador, y donde ahora, a un par de docenas de metros de distancia, se rompía una de esas superficies de roca cristalizada. Se elevó un chorro de rocas y astillas en el aire como un

géiser de metralla. Dos fuertes brazos con garras brillantes se afianzaron en el borde y emitieron un horrible chirrido cuando el monstruo comenzó a emerger del agujero. Sin ojos, con la boca abierta y sus dientes como cuchillas de afeitar brillando a la luz de la luna, giró la cabeza hacia un lado y el otro olisqueando, hasta quedar fijada en dirección al grupo totalmente exhausto.

—¡Corred! —gritó Adrian innecesariamente porque nadie se hizo rogar dos veces. Salieron a toda velocidad, con James justo detrás de Mette que quedó con el pie enganchado en una grieta. Mette se rompió el tobillo derecho con un crujido tan fuerte que le llegó hasta la médula, y cayó de bruces al suelo. El rifle se escapó de sus manos y salió resbalando por el liso suelo como una metáfora de suerte perdida.

El shock en la mirada de los demás, que se dieron la vuelta, expresaba lo que ya sabía: No había salvación para ella.

James se arrodilló junto a la danesa que comenzó a llorar desconsoladamente y que echó a los demás cuando se le acercaron. Miró hacia atrás, hacia el monstruo, a punto de salir del todo del agujero y de entre los cascotes que había causado.

—¡Seguid corriendo! —dijo finalmente él al equipo y señaló la brecha en la muralla, cercana y a la vez tan lejos—. ¡Ahora!

—¡No, no la dejaremos sola! —protestó Mila.

—No lo haremos. Yo me quedo con ella. —En cuanto salieron esas palabras de su boca sintió una enorme tranquilidad que le sorprendió tanto como haber tomado esa decisión sin siquiera haberlo pensado antes. Le resultaba muy correcta.

—¡No! ¡Lucharemos!

—No vamos a discutir eso. No la dejaré ... —*¿morir sola?*, pensó y tragó—. Sois mucho más adecuados que yo para llevar esto a cabo y los rifles seguramente no sirvan de mucho. Además, mis pies ya no me llevarán más lejos.

Señaló hacia sus dedos sangrientos y la tela empapada de rojo. Sacó la canica y se la entregó a Mila, que se le había acercado. Como no reaccionó, fue Adrian quien se la cogió de la mano y le lanzó una mirada de gran respeto.

—Eres el más valiente de todos y al que más necesitamos —susurró ella y se le llenaron los ojos de lágrimas cuando se dio cuenta de la inevitabilidad de lo que iba a pasar a continuación. Parecía querer decir muchas cosas más, pero sus labios solo temblaban descontroladamente.

Meeks y Justus parecían atormentados, incapaces de decir nada y temblaron cuando la criatura emitió un grito que ponía los pelos de punta.

—¡LARGAOS! —gritó James y los echó con gestos. Adrian agarró a

Mila por la muñeca y se la llevó con dificultad a rastras consigo, aunque bajo los bramidos de esa bestia cedió rápidamente y sintió un gran alivio al ver cómo los cuatro científicos salían corriendo.

—James, no —se lamentaba Mette, tumbada en el suelo y sujetándose el tobillo roto.

—Estoy exactamente donde tenía que estar. Ya no puedo salir corriendo, pero puedo recorrer este camino contigo. —Levantó el rifle y miró hacia la criatura que se le acercaba. Se apoyó la culata en el hombro y disparó. Del cañón surgió un rayo que arrancó un poco de piel del flanco del monstruo, pero no salió sangre ni pareció ralentizarlo. Asintió, lanzó el arma a un lado y se colocó delante de la danesa para que no tuviera que mirar el horror de esas fauces que se acercaban.

—James, no es demasiado tarde …

—Sí que lo es —la interrumpió y miró lo que venía corriendo hacia ellos y que los alcanzaría en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Es este el Portero?

La pregunta de Mette le sorprendió.

—¿Cómo?

—Nos contaste que Nasaku te había dicho que, para poder cruzar la muralla, debíamos convencer a ese portero o vigilante de que no pertenecíamos a los *Primeros Hijos*. Si con Portero se refería a … *eso*, los demás …

Otro rugido rasgó la noche.

—El Portero. Esa palabra viene de Portenarius y significa el que vigila un portal —dijo, sorprendido por la tranquilidad analítica que le inundaba en ese momento, a pesar de que esa boca con dientes de cuchillas estaba a punto de destrozarlos a los dos. El silencio se hizo más profundo, resultado del conocimiento de que ese era su fin, y resultó clarísimo—. Es el vigilante de este lugar, igual que ella.

Nasaku no llevaba armas consigo, porque no las necesitaba, pensó. *No era enemiga del Portero. ¿Y si ha estado cuidando esta zona de los enemigos de este mundo? ¿De los Primeros Hijos que lo destruyeron? Destruyen todo lo que les da miedo, igual que en la Tierra. ¿Por qué no nos persiguió a Norton y a mí después de haber luchado?*

Siguiendo un impulso, extendió los brazos hacia los lados y cerró los ojos, a la espera del mordisco final.

Pero no llegó. Cuando los abrió de nuevo, miró la cabeza sin ojos de la bestia, con sus dos orificios nasales en el extremo de su morro en forma de cono y que ahora le olisqueaba. Tenía las fauces algo abiertas y olía a ozono y metal oxidado. Se había plantado ante él como una gigantesca sombra, y aun así claramente más grande que él.

—¿James? —le llamó Mette tras él. Sonaba insegura, pero no aterrada.

—No tenemos miedo —respondió él, sin moverse—. No te tenemos miedo, porque no somos tu enemigo.

El monstruo se retiró un poco solo para volver a rugir con las fauces abiertas, tan fuerte que le pitaron los oídos. Los dientes estaban a menos de un palmo de distancia y James miraba directamente al agujero negro que formada su garganta y que parecía tragarse cada fotón del entorno. James se mantuvo firme, con las mandíbulas prietas, y cerró momentáneamente los ojos hasta oír de nuevo cómo le olisqueaba la mano izquierda donde había llevado hasta ahora la canica. Abrió lentamente los dedos y dejó que la criatura le olisqueara la palma, aún impregnada por los restos de la canica que ahora tenía Adrian.

La criatura se retiró lentamente, caminando hacia atrás y rasgando el suelo acristalado con sus garras, con la cabeza gacha y los hombros bajos, antes de darse la vuelta y marcharse corriendo en dirección hacia donde James suponía que estaba el teletransportador.

—¿Qué … qué ha pasado? —preguntó Mette.

—Era el Portero, que ha reconocido que no somos un peligro porque no somos de los enemigos, sino de su dueña.

—Nasaku —murmuró.

Asintió ligeramente y se giró hacia ella.

—Ven conmigo.

—No puedo.

—Pero te puedo llevar.

EPÍLOGO



La vista desde la cumbre de la brecha era fascinante. James estaba entre Mila y Mette y las sujetaba a ambas por las manos para asegurarse de que realmente estaba aquí.

Antes de que el monstruo desapareciera en la lejanía, James se había subido a Mette a caballito y pasó de todos sus ruegos de abandonarla como en una película de Hollywood. Aunque ahora le dolían la espalda y las piernas o, mejor dicho, el cuerpo entero, había conseguido llevarla hasta el pie de la brecha en la muralla, abierta como con el hacha de un gigante, hincada en esta inmensa obra y cuya cumbre estaba muchos metros más arriba que aquel suelo cristalizado. Los otros los vieron gracias a Mila, que se giró a medio trepar y lo miró incrédula, antes de lanzarse cuesta abajo a una velocidad que casi le da un soponcio que a estas alturas ya no se podía permitir, al llevar a Mette a cuestas.

Los demás cayeron sobre ellos incrédulos como viejos amigos o familiares, se abrazaron y besaron; una reacción que habría resultado muy extraña en otras circunstancias, ya que apenas se conocían. Pero nada une tanto como mirar juntos a los ojos de la muerte.

Juntos consiguieron, al final, pasar a Mette al otro lado de los cascotes de la brecha, tirando y empujando, aunque les costara mucha energía y los labios agrietados y las inmensas ojeras anunciaran ya una peligrosa deshidratación. La danesa descansaba ahora sobre unos restos en forma de columna que a James recordaban hormigón desgastado. Adrian, Meeks y Justus, por otro lado, respiraban con dificultad y se quitaban las gotas de sudor que no paraban de resbalarles por los ojos y la nariz.

—Esto es precioso —comentó Mila junto a él y James no podía más que darle la razón.

El paisaje que se extendía frente a ellos era de un jugoso verde, que bajo la luz de la luna no brillaba, pero daba a entender que, de día y a la luz del sol se asemejaría a una manzana madura. Un paisaje casi infinito de bosques se extendía hasta el horizonte y entremedio del verde de las hojas brillaban miríadas de pequeñas luciérnagas azules; o al menos es lo que pensaba y probablemente se equivocaba. Frente a ellos había un río o una bahía, que se deformaba como un embudo en dirección a la muralla y cuyas aguas negras reflejaban el brillo fragmentado de la luna. Acababa a algunos kilómetros de allí y

se dividía en docenas de pequeñas ramificaciones.

—¿Veis eso? —preguntó y estiró una mano hacia el noroeste.

—¿Son eso luces? —preguntó Meeks sin aliento.

—Creo que sí.

—Podría ser una ciudad —propuso Mette.

James entrecerró los ojos y tuvo que darle la razón. Parecía haber torres de forma similar, más mates que los árboles circundantes, y entre ellas había luces dispersas de un cálido amarillo que iluminaban las estructuras artificiales.

—¿Oís eso? —preguntó después, y nadie respondió, pero todos sonrieron, lo cual fue respuesta suficiente. El trinar de pájaros era algo inevitable de percibir cuando no se había escuchado durante mucho tiempo. Los graznidos, trinos y cantos complejos se mezclaban en un crescendo de vida tras haber cruzado el lugar más hostil que jamás hubiera pisado en su vida.

—Oigo que lo hemos conseguido —respondió Mila y le apretó la mano.

—Veo agua, vegetación verde y percibo *vida* —dijo Meeks.

—Yo veo un planeta entero que tenemos que explorar —Smailow observaba la noche como un halcón—. Desde que salimos solo había un camino hacia delante, y ahora, al fin, lo podemos ver.

—Yo veo *esperanza* —dijo James contento—. Y que estén cantando los pájaros significa que está a punto de amanecer un nuevo día.

Corrección: Jasmin Kraft

Agradecimiento especial a: Viktoria M. Keller

Diseño de cubierta: Elementi.Studio

Traducción: Miguel Núñez Ferrer

1ª edición, 2024

Joshua Tree

N269-1 Empr. Arrancada Village

8365-207 Pera

Portugal